

Mauricio Orellana Suárez

LA DAMA DE LOS VELOS:
H. P. Blavatsky



THEOSOPHICAL UNIVERSITY PRESS
PASADENA, CALIFORNIA

PDF eBook: 978-1-55700-239-6

© 2011, 2016 Mauricio Orellana Suárez
Para esta edición: © Theosophical University Press 2016

“Cuando esté muerta y me haya ido, la gente quizás apreciará mis desinteresados motivos. He prometido ayudar a la gente a llegar a la Verdad mientras viva, y mantendré mi palabra. Que abusen de mí y que me injurien. Que algunos me llamen una MÉDIUM y una espiritista, y otros una impostora. Vendrá el día cuando la posteridad aprenda a conocerme mejor. ¡Oh pobre, tonto, crédulo, malvado mundo!”.

—LIBRO DE RECORTES DE H.P.B., volumen I, páginas 20-21, bajo el título “Nota importante”, escrita a mano por la misma H.P.B, 1875.

Primera parte

Linaje y nacimiento

EL CANTO del gallo despertó al conde von Rottenstern en el instante mismo en que un adelantado sarraceno violaba los umbrales de su tienda; la sombra blandía una faca cuya curvatura filosa llevaba once vidas extraídas de los cuellos de igual número de cruzados.

Acostumbrado a pasar en cuestión de medio segundo (como lo exigía el peligro de sus empresas a favor de la Religión Verdadera) del sueño más hondo a la vigilia defensiva que tenía como mejor confederado a su inseparable puñal que asemejaba un crucifijo (cuyo escondrijo se hallaba bajo el almohadón de rápido acceso); acostumbrado también, aunque en esto más por predisposiciones hereditarias que por otras causas, a oler, más que a ver, las tinieblas que se atrevían a moverse en la faz de los abismos de su tienda, en vuelo de vidente el conde von Rottenstern se fue al encuentro de la mano intrusa cuya metálica extensión amenazaba a solo tres pasos del camastro. Detenido el avance con la diestra, una siniestra arremetida vio nacer un vientre bien de carne en donde el puñal o crucifijo, certero, hizo funda, aniquilando al morador de la noche andante sarracena que había osado interrumpir su sueño.

Posteriormente, y en gratitud al buen agüero (mensajero, concluyó, de los Santos Protectores de la Religión Verdadera), el conde von Rottenstern agregó la palabra alemana «gallo», a su nombre, volviéndose, de esta forma, el conde von Rottenstern-Hahn.

Algunas generaciones después, en la ucraniana ciudad de Eka-terinoslav, luego rebautizada por los rusos como Dnepropetrovsk en honor a Pedro el Grande, nació Helena Petrovna Hahn, hija del coronel Petro Hahn, descendiente directo de los condes von Hahn originarios de Mecklenburg, Alemania, quienes tiempo después del incidente del gallo salvador, a finales del siglo diecisiete, se habían asentado en Rusia.

Debido a su desempeño estratégico en las batallas de Suiza, el general Alexis Gustavovich von Hahn von Rottenstern-Hahn, abuelo por línea paterna de Helena Petrovna, había llegado a ser comandante de Zurich durante la ocupación rusa. Se había casado con la condesa Elizabeth Maksimorva von Pröbsen, de quien se dice que

Helena Petrovna había heredado «su cabello rizado y su vivacidad», y era primo de la condesa Ida Hahn-Hahn, hija del productor teatral, conde Karl Friedrich von Hahn, y conocida escritora cuyas novelas habían sido, por años, muy populares en los círculos aristocráticos alemanes. Su doble apellido Hahn se debía a que, al parecer por motivos de fortuna familiar (su padre había dilapidado gran parte de esta en producciones dramáticas), Ida, como estrategia de recuperación, se había casado con su primo, el conde Friedrich Wilhelm Adolph von Hahn, con quien había tenido una vida infernal hasta su divorcio.

Luego de seguir un camino de mujer emancipada, siendo su sola aficción su única hija nacida con capacidades mentales especiales y físicamente deforme, Ida Hahn-Hahn había viajado por todo el mundo, hasta que un día de 1849 había abierto la Biblia al azar y se había encontrado con Isaías 60:1: «Levántate, resplandece, Oh, Jerusalén, porque tu luz ha venido, y la Gloria del Señor se levanta so bre ti». Había aceptado la señal, y luego de «batallar con su alma por muchos meses», según lo asegura alguna enciclopedia religiosa cuyo nombre no viene al caso, un día había escrito al príncipe Obispo Diepenbrock, pidiendo ser admitida en la Iglesia Católica. Terminó fundando el convento Vom Guten Hirten, en el que vivió hasta su muerte.

Esta y otras historias familiares serían confirmadas y ampliadas más tarde por el mismo Petro Hahn, padre de Helena Petrovna, en San Petesburgo, por el año 1859, cuando se aplicara a la tarea de reconstruir la cronología familiar y de restaurar desde sus raíces el árbol genealógico «perdido en la noche de las primeras cruzadas», con ayuda de las entidades sutiles que probarían estrechos vínculos con las facultades fuera de serie de su hija.

Curiosamente, la madre de Helena Petrovna, Helena Andreyevna Fadeyev (luego Hahn, al casarse con el entonces Capitán de Artillería, Petro Hahn), hizo causa común con Ida Hahn-Hahn en la década de los treinta de ese siglo, tratando por primera vez en la historia «cuestiones concernientes a la posición social de las mujeres, en todos sus aspectos», como se lee en el prefacio de la segunda edición de sus *Obras completas* publicadas en 1905, y trazando así el principio del llamado Movimiento Feminista, siendo las responsables de este, tres mujeres: George Sand, en Francia; Ida Hahn-Hahn, en Alemania; y Helena Andreyevna Hahn, en Rusia, quien desde 1836 hasta algunos meses antes de su muerte había escrito bajo el *nom-de-plume* «Zenaida R-va.», siendo una de las primeras novelistas aparecidas en Rusia, conocida también como la «George Sand rusa» —como la lla-

maba Grigorievich Belinsky, el más importante crítico de la época—, y reconocida como el igual femenino del lírico Mijaíl Lérmontov, todo esto a pesar de solo contar con 28 años al momento de su muerte.

El padre de Helena Andreyevna Hahn y abuelo de Helena Petrovna, Andrey Fadeyev, se había casado con la princesa Helena Pavlovna Dolgorouki, artista connotada, políglota y científica autodidacta en botánica y arqueología (reconocida, entre otros, por Alexánder von Humboldt), y descendiente directa del príncipe de Rus o gran duque Rurik, el primer gobernante de Rusia. Una de sus ancestras, María Nikitishna, Princesa de Dolgorouki, se había casado con el Zar Miguel Fedorovitch, abuelo de Pedro el Grande y fundador de la dinastía de los Romanov. Dentro de la misma historia familiar de ancestros connotados, La princesa Catalina Alexivna murió en vísperas de su boda con el Zar Pedro II.

El gran duque Rurik o príncipe de Rus, que no era eslavo sino vikingo, llegó a ser príncipe de Novgorod en 862 D.C., y aunque las crónicas recientes los califican como invasores, en realidad Rurik y sus dos hermanos no habían invadido Rusia sino que habían sido implorados a ir: «Ven con nosotros, gran príncipe... porque vasta es nuestra tierra materna; pero hay poco orden en ella», habían dicho a Rurik los eslavos delegados.

¿Fue la misma remota imploración la que escucharon los cielos en la medianoche entre el 30 y 31 de julio del calendario juliano (entre el 11 y 12 de agosto del calendario moderno), instantes antes del nacimiento de Helena Petrovna?

Para esa época, ciudades enteras habían sido devastadas por una epidemia del cólera asiático. El mismo gran duque Constantino, hermano del Zar, había muerto tras contraer la enfermedad. Bajo el mismo techo —el hogar de sus abuelos maternos— varias muertes habían antecedido al nacimiento de la niña, por lo que la recién nacida había dejado escuchar su primer llanto entre los juegos de tra-moya de la pena y de la incertidumbre, o como lo describe su primer biógrafo, el señor Alfred Percy Sinnett, «entre ataúdes y desolación». Más aún, no era una fecha normal la que había escogido para venir al mundo: según una tradición rusa de linaje popular, quienes nacían en la noche entre el 30 y el 31 de julio venían envestidos con una suerte de poderes mágicos relacionados con la hechicería y sus quehaceres, lo que los capacitaba para ejercer control sobre los llamados *goblins* o «elementales» —criaturas del folclor desarrolladas en los elementos: agua, tierra, fuego y aire; fuerzas que, según se dice, como serviles

agentes de los magos o empleadas por entidades de los bajos planos de la existencia, pueden producir efectos fenoménicos diversos—. Según se creía, cada casa estaba bajo la tutela de uno de estos *goblins*, el *domovoi*, cuya custodia era propicia durante todo el año excepto en marzo 30, cuando por alguna razón desconocida se volvía malicioso e irritable. Cualquier evento inaudito podía suceder en esa fecha: loza y cristalería rota sin causa, desaparición de avena y heno o cualquier otra extravagancia por el estilo. De su hechizo solo escapaban los nacidos en la fecha referida.

Por supuesto que sus padres y abuelos no estaban al tanto de las chácharas y los rumores de la servidumbre. Petro Hahn ni siquiera se hallaba en casa para los días del nacimiento y el bautismo: la carrera militar lo mantenía distanciado de su esposa, y para esa época se encontraba en Polonia sofocando un alzamiento contra el conquistador ruso de aquel país. No la vería hasta cuando Helena Petrovna tuviera seis meses.

Aparte de la tradición que relacionaba la fecha del nacimiento de la niña con poderes especiales sobre las fuerzas de la naturaleza, las llamas salidas del irracional amasijo de respeto, devoción y temor que inspiraba entre los sirvientes de la casa Fadeyev la recién nacida, se alimentaron profusamente con lo sucedido en la ceremonia de bautizo oficiada en uno de los salones de la residencia.

El cirio de Nadya

LA PEQUEÑA TÍA Nadya había saludado a los parientes que venían a la casa y le decían qué grande estás y qué preciosa te ves en ese traje de velos color lila. «Es nuevo», les contestaba Nadya, tímida y alegre, llevada a nubecitas altas con los agasajos de los señores y de las señoras elegantes a quienes muchas veces no creía conocer. «Anda, dile buenas tardes a tus primos, Nadyezhda», decía, parada tras de ella y presionando apenas sus hombros, su madre, la princesa Helena Dolgorouki. «Buenas tardes, primos», obedecía, mientras las manos de los apuestos jóvenes buscaban su barbilla para jugar con ella y los ojos se les llenaban de guiños, los rostros de muecas peregrinas y sus bocas proferían nuevos qué grande estás y qué preciosa te ves en ese traje de velos color lila.

Los sirvientes habían transformado la casa desde muy temprano. Los ires y venires sazonados con gritos de mando, arrastres de muebles, golpeteos y constantes llamadas a la puerta, despertaron a Nadya cuando ni siquiera el sol había levantado bien su tienda. Al menos así le pareció a Nadya al asomarse por la ventana y buscarlo afuera. Lo que había hallado era paseantes grises que se detenían uno a uno delante de la casa, estiraban los cuellos y trataban de capturar alguna actividad detrás de los ventanales; después se retiraban, comentando algo entre ellos, volviendo a ver atrás con la ansiedad que les provocaba el evento en el hogar Fadeyev cuyos miembros habían apresurado los preparativos del bautizo de la niña «investida de poderes especiales sobre el domovoi de la casa» debido a que había venido prematura al mundo y con salud precaria. Si Nadya hubiese podido escuchar lo que los paseantes decían al retirarse, habría capturado frases como: «mejor cuanto antes que dejarla morir con las manchas del pecado original, pobre criatura», «ni siquiera podrán esperar al padre, es una pena», y «no serán muchos días los que el alma inocente pueda estar con nosotros, en estos tiempos de calamidades».

Al bajar halló los salones principales vestidos con una elegancia que hacía desconocer por completo los aposentos familiares, lo que la había hecho parar en seco y, boquiabierta, mirar alrededor antes de echarse a reír no dando crédito a sus ojos. De pronto jugaba sin que-

rer a descubrirle nuevos rostros a los espacios de siempre. Había una inmensidad de candelabros y flores blancas adornando los ambientes desde la exquisitez de sus tronos-jarrones, preciosas; además, desprendían un olor tan agradable que a Nadya le parecía estar soñando. Estaba tan entretenida deambulando en medio de los ajetreos de la servidumbre que la mañana se le apareció de pronto convertida en tarde, luciendo, en otro salón, manteles largos adornados de manjares.

El colmo de su felicidad ocurrió cuando su madre le dijo que estaría adelante con ella al momento de la ceremonia. No entendió motivos ni sabía, por supuesto, de qué iba la tal ceremonia —palabra tan rara—, pero estar adelante debía de ser sin duda algo muy divertido; aunque luego lo pensó dos veces, al ver entrar al imponente hombre de ojos tristes y barba larga vestido con una especie de bata negra y sombrero chistoso, repleto de anillos y adornado en el pecho con toda suerte de atavíos relucientes; olía a diablos, y sin duda estar adelante significaba también estar cerca de él. La razón «adulta» de la decisión era que una de las madrinas estaría ausente, y la emergencia había sido resuelta delegando el honor en la niña-tía de solo tres años.

La casa desbordaba gente, y una mirada hacia afuera, por uno de los ventanales, le había bastado a Nadya para saber que la calle de enfrente también se hallaba desbordada de curiosos, entre los cuales Nadya creyó reconocer a algunos de los que habían desfilado desde muy temprano delante de la residencia exhalando toda clase de malos augurios. Adentro, todos se acercaban al «dador de cirios» cuando estaban por traspasar el umbral del salón dispuesto para el sacramento. Nadya no podía esperar a prender su cirio. «Por ningún motivo dejes que se te apague», le había dicho su madre, por lo que la ansiedad que le provocaba el tener que ser responsable de cuidar a la pequeña niña-llama de su vela de cera, era mucha. Por suerte entró de las primeras, pero para su infortunio le tocó estar justo detrás del temible hombre de negro, el solemne *protopapa* que oficiaría el sacramento. Cuando todos estuvieron dentro, parados y con sus respectivos cirios encendidos, la voz de trueno del clérigo oficiante la hizo estremecerse. Frente a él, la niña objeto de tanto alboroto era cargada en brazos, ni siquiera sabía por quién, ya que el atuendo del clérigo no la dejaba ver gran cosa por estar tan cerca, y como el tono tenebroso del hombre aquel le daba miedo, la pequeña Nadya dejó que en el mundo de afuera solo la niña-llama de su cirio existiera, no hizo más que cuidarla; cuidar su llama y olvidarse del calor que hacía y de lo grande que eran todos a su alrededor. Viendo la llama, comenzó

a bambolearse como había visto que lo hacían las madres al cuidar de sus niños. Así, sintiendo que el tiempo también debía de estar de pie entre los congregados en el salón, esperando, como todos, a que el del sombrero chistoso hiciera y hablara, comenzó a hurgar en los rostros serios que la rodeaban, buscándolo; alguno de ellos debía ser el señor Tiempo que aguardaba de pie en la ceremonia. Eso la entretuvo un rato, pero pronto el juego le aburrió hasta arrancarle bostezos que el mismo señor Tiempo de seguro había sembrado con paciencia en su boquita, y decidió sentarse a esperar, cuidando a su niña-llama que estaba al menos tan quieta y soñolienta como ella.

Debió quedarse dormida justo antes del punto culminante de la ceremonia en el que se renuncia al Diablo y a sus actos escupiendo tres veces sobre su presencia invisible, porque cuando, en su infante duermevela, se acordó de la llamita de su cirio y abrió los ojos para seguirla cuidando, la encontró crecida, agarrada de los mantos traseros del clérigo, jugando en ellos, lo cual a la pequeña Nadyezhda le pareció un proceso muy divertido de observar y de alentar. ¿Tres escupitajos salvarían al clérigo de voz tonante de las travesuras de su flama, que ahora se había convertido en toda una llamarada a punto de ser descubierta? Había sido muy tarde cuando los presentes, ocupados en el cuidado de sus propios cirios, se habían percatado del inusual arbusto en llamas en que se había convertido el oficiante, y en el jaleo posterior, muchos, incluyendo por supuesto al viejo clérigo, eran ya víctimas de las quemaduras de la llama de Nadyezhda.

Las creencias populares y las supersticiones de la Rusia ortodoxa no tuvieron entonces más remedio que augurar una vida llena de problemas, vicisitudes, extraños acontecimientos y poderes, a la niña objeto del sacramento. ¿Había que interpretar lo ocurrido como un reto a duelo del domovoi, como corrió la voz entre los sirvientes de la casa? Como fuera, a partir de ese día no solo asumieron una actitud de veneración respetuosa con la pequeña Helena Petrovna, sino también le temieron, por aquello de las desgracias y perturbaciones que pudieran ocurrir en su presencia.

Como reacción involuntaria a las murmuraciones maliciosas a veces no bien disimuladas, la niña sería desde entonces objeto de excesos de benevolencia, sobreprotección y mimos por parte de sus padres y abuelos.

Sedmitchka

LAS PRIMERAS trazas de conciencia de sí misma que tuvo Helena Petrovna Hahn estaban ligadas a las sensaciones de poseer poderes singulares que la hacían distinta del resto de los seres —por tanto, especial a los ojos del mundo—, y a la temprana identificación de sus funciones como intermediaria propiciadora de energías invisibles, pero reales. Se recordaba a sí misma llevada en los brazos de las ayas por la casa y los establos; veía sus manos salpicando con agua las esquinas de los cuartos y los espacios abiertos, mientras una de las ayas, en estado semejante al trance, repetía todo un florero de místicos ensalmos que con seguridad pueden leerse aún en la *Demonología rusa* de Sacharof. Esto sucedía en las mañanas de los primeros marzo 30 de su vida, a escondidas de sus familiares, tanto en la casa de sus abuelos en Ekaterinoslav como en las distintas ciudades en que vivió debido a los regulares traslados de su padre. Desde esa temprana edad, la constante autoidentificación con el manejo de las energías y poderes ocultos le fue formando un carácter de emancipación sobre lo terreno y de autonomía respecto a sus semejantes, una mente inquisidora que se revelaba contra cualquier signo de imposición y un espíritu aventurero con propensión a lo inusual y a lo exótico. Su imaginación era alentada de manera incesante con las consejas y los relatos populares vertidos a su alrededor por los mozos, ayas, criadas y sirvientes, quienes incitados por los mismos poderes que le atribuían a la pequeña sedmitchka (palabra que relaciona al sujeto en cuestión con el número 7) y espoleados con los añadidos fantásticos de cosechas propias, no paraban de soltar prenda una vez abiertos los repertorios de la tradición.

El río Dniéper ejerció asimismo una influencia importante en la temprana formación de Helena Petrovna. La dinastía de sus antepasados, los Rúrik, prosperó y se engrandeció a sus orillas; alcanzó relevancia religiosa cuando otro antepasado de la pequeña, el príncipe Vladimir Sviatoslávich el Grande, descendiente de los Rúrik, recién convertido al cristianismo ordenó a su pueblo pagano entrar al río para ser bautizado en masa, acontecimiento por el que fue canonizado y nombrado en vida «Príncipe San Vladimir». A nivel popular,

al río se le confería características de un encantamiento que prescribía que cualquier cosaco del sur ucraniano lo cruzara «preparado él mismo a morir». Se decía que, en sus orillas, las rusalky (ondinas y ninfas) encantaban los sauces y las plantas que crecían cerca de sus aguas, hechizos para los que, por supuesto, las niñeras de Helena Petrovna se habían encargado de proclamarla inmune, por lo que, ejerciendo precoz tiranía sobre estas fuerzas personificadas, solo ella se atrevía a acercarse a las márgenes del encantado Dniéper.

Como resultado, el pequeño monstruo de cuatro años que las ayas mismas habían creado y alimentado comenzó a valerse de los atributos que le dispensaban para vestir hasta los mínimos caprichos con las galas de las exigencias más tercas. La pequeña sedmitchka amenazaba con retirarse y dejar a las ayas sin protección alguna contra las malvadas ondinas y ninfas si no obedecían a su voluntad.

En una ocasión, mientras transitaban a cierta distancia de las márgenes del río, la niña la emprendió contra el muchacho de unos 14 años que empujaba su cochecito al desobedecer aquel su antojo de ir más cerca de la orilla. Fuera de sí, saltó del coche, y encarando al muchacho de nombre Pavlik, le gritó:

—¡Haré que te siga y te agarre una rusalka y luego te torture hasta morir! —y dirigiendo la vista hacia el tronco de un sauce cercano, señalando hacia el mismo con semblante de malvada satisfacción, añadió—: ¡Ahora mismo está bajando de aquel árbol!... ¡Ya viene por tí!... ¡Mira!..., ¡mira, Pavlik!

Aterrorizado y desobedeciendo los mandatos de la aya, el muchacho echó a correr por las márgenes del río hasta perderse de vista.

Más tarde ese día, importunada por lo que consideró era una desobediencia osada del muchacho, la vieja aya regresó a la casa dispuesta a castigarlo con el máximo rigor que le fuese posible, pero no lo encontró por ningún lado. Nadie volvió a hablar más del asunto.

Para ese entonces, Helena Petrovna pasaba mucho tiempo en las habitaciones de sus padres, jugando con su hermana Vera, tres y medio años menor que ella. Allí estaba la tarde en que la misma vieja aya que había sido testigo de la amenaza de Helena en las orillas del Dniéper, atravesó el umbral farfullando en evidente estado de histeria, mirando con terror a la pequeña Helena. Pavlik había aparecido muerto en las arenas del río. Pero lo que Helena Andreyevna no comprendía era la insistencia de la aya en asociar a su hija con la tragedia. Interrogada más tarde por su madre, Helena Petrovna no negó la acusación; por el contrario, se mostró enfática al afirmar, no sin orgullo,

que ella misma había entregado al criado desobediente en las manos de sus fieles siervas las rusalky.

La policía supuso que tras haber intentado el muchacho atravesar uno de los pantanos dejados por las inundaciones de primavera, había caído en una de las muchas depresiones arenosas que las turbulentas aguas del río transforman en remolino, y se había ahogado.

Aunque inflexible a las amenazas de castigo con que los familiares pretendían desentrañar de la conciencia de Helena Petrovna las rarezas que en secreto le había inculcado la servidumbre, ella, en silencio, sufría remordimientos asfixiantes por la muerte del muchacho: primeras consecuencias de la certeza que residía en ella de haber sido privilegiada con capacidades especiales de percepción. El poder sobre las fuerzas de los elementos, en las que había aprendido a creer a fuerza tanto de superstición como de oficio práctico, para su ejercicio traía aparejada la responsabilidad que necesariamente pasa por el autocontrol. En su tierna mente, claro, aquello no era percibido más que como una terrible injusticia.

La gran ciudad y otros destinos

EN 1836 Petro Hahn fue transferido a la gran ciudad.

La travesía de más de dos mil kilómetros entre Ucrania y San Petesburgo se había llevado mejor con Helena Petrovna, hecha para la aventura y el camino, que con ningún otro miembro de la familia Hahn. Sin embargo, ya en su nuevo hogar los días los había hallado aburridos y las tardes demasiado largas. Para su madre, en cambio, la estancia en la ciudad era un prodigio que descubriría tarde a tarde y noche a noche rodeada de eventos culturales a los que asistía con regularidad, si no con su esposo, con la familia de este. En especial las posibilidades de alternar con artistas e intelectuales de la época la entusiasmaba, y la condición precaria de su salud, minada todavía más por el viaje, mejoró de manera notable en este período de su vida.

En uno de estos eventos vespertinos tropezó una vez con una figura que le pareció familiar. «En un segundo vistazo», escribió a su hermana Catalina, «reconocí a Pushkin. Lo había imaginado de un moreno oscuro, pero su cabello no es más oscuro que el mío; es largo y alborotado. Es bajo de estatura, con un rostro de barbilla enmarcada, no es guapo, pero sus ojos brillan incesantemente como carbones... Me volvió a ver muchas veces y sonrió: obviamente había una expresión de adoración en mi rostro».

Luego de leer *Godolphin*, la novela de Bulwer-Lytton que estaba en boca de todo aquel que pretendía llamarse culto en esa temporada, se dio a la tarea de traducir al ruso algunos episodios escogidos y de enviar el trabajo a la revista *Library for Reading*, muy popular por entonces. La traducción no solo fue aceptada, sino que además el mismo editor de la revista la alentó a escribir algo propio. Y fue así como Helena Andreyevna comenzó su carrera de escritora.

No obstante el regocijo de vivir en la gloriosa ciudad, tan aburrida en opinión de Helena Petrovna y de su hermana Vera, pronto hubo que partir a Ucrania; pero esta vez no con el jefe de familia, sino con Andrey Mihailovich Fadeyev, el abuelo de las niñas, quien había sido nombrado fideicomisario de las tribus budhistas kalmuk y de los colonizadores alemanes en Astrakán, a orillas del Mar Caspio. Allí vivieron un año en el que la pequeña Helena Petrovna conoció de cerca

por primera vez una religión oriental. Luego la familia Hahn se reunió para seguir el ritmo del peregrinaje militar de Petro Hahn.

En Poltava, la familia se hizo de una eficiente institutriz, Antonia Kuhlwein, pensionada de por vida por el Zar Nicolás I tras haberse graduado con honores del prestigioso Instituto Catalina de San Petersburgo, fundado por Catalina la Grande «para hijas de familias de bien». A los ojos de los padres de Helena Petrovna y de Vera lo más conveniente de la institutriz era su educación europea alejada de las supersticiones de la servidumbre local. Esto mismo los condujo luego, en Odessa (donde por motivos de salud Helena Andreyevna había permanecido por un breve período con sus hijas, dado el alivio que le proporcionaban los tratamientos de agua mineral en los baños de la región), a contratar a otra institutriz para la enseñanza del inglés, una mujer inglesa de Yorkshire llamada Augusta Sofía Jeffers, dispuesta además, para alivio de una Helena Andreyevna cada vez más preocupada por las excentricidades de su hija mayor (a quien entonces le había dado por jugar con los hijos de los sirvientes, y debía ser cuidada para que no escapara de la casa y se hiciera amiga de niños andrajosos de la calle), a lidiar con el forzado régimen nómada de la familia.

Por esos años, la enfermedad de Helena Andreyevna había ido incrementando. En los períodos de buena salud se encerraba a escribir por horas detrás de una cortina verde de percal, que separaba el cuarto de estar de las niñas del llamado «Estudio de mamá», del cual estas estaban proscritas y amenazadas con un riguroso «¡No se atrevan a tocar nada en esta esquina!».

—¿Qué escribe? —preguntó Vera a Antonia Kuhlwein una tarde.

—Tu mamá escribe libros.

—¡¿Libros?!

Vera estaba maravillada, y no despegaba la vista del rostro de Antonia, esperando de esta una explicación más detallada.

—Mira —prosiguió la institutriz—. Primero aparecen pequeños trozos en revistas, hasta que se completa el libro y lo publican. En las revistas aparecen los escritos de tu madre junto con los de otros autores importantes a quienes se les paga por su contribución.

—¿A mamá también le pagan?

—Sí. Mucho dinero. Usa el dinero para pagar los salarios de la institutriz y de los profesores, y para comprar libros que necesita para ella o para nosotros.

—¿A ti también te paga?

—No. No me paga nada. Yo obtengo dinero del Zar, y estoy vi-

viendo con tu familia solo porque amo a tu madre más que a nadie en este mundo.

En junio de 1840 nació un tercer niño del matrimonio Hahn: Leonid. Petro había sido transferido un año antes a Polonia, en donde la salud de Helena Andreyevna había empeorado, razón por la cual, a los pocos meses había aprovechado que sus padres se trasladaban hacia Saratov, donde Andrey había sido nombrado Gobernador de la provincia, para mudarse con ellos llevándose a las niñas. Allí nació Leonid.

Muerte de la madre

—¡Una digna descendiente de sus gloriosos ancestros, los caballeros germanos von Hahn von Rottenstern-Hahn, quienes nunca supieron algún otro idioma que no fuera el alemán! —proclamó Petro Hahn, al constatar el sorprendente avance que Helena Petrovna hacía en el idioma bajo la tutela de Antonia Kuhlwein, y en régimen de tres lecciones a la semana.

De nuevo estaba la familia reunida, esta vez en Mala Rohozianka, Ucrania.

Cerca de navidad, tras un rápido viaje de Petro a Kharkov, de donde había traído regalos para todos, un montón de paquetes fueron llevados al cuarto de los padres.

—¿Qué hay en ellos? —preguntó Helena Petrovna.

—Suministros de cocina —respondió Petro.

Esa misma tarde las niñas fueron convocadas a la sala de estar. Todos estaban reunidos allí, a la luz de una sola vela. Ya estando dentro, Petro apagó incluso esta, dejando el cuarto a oscuras.

—¿Por qué no hay luz?

—Esperen y lo verán —respondió Helena Andreyevna.

—¡No se muevan! —Les ordenó Antonia a las niñas, tomándolas de los hombros hasta lograr acomodarlas en cierta precisa posición— Esténse quietas y miren directamente hacia adelante.

En un principio solo había oscuridad adelante; pero, de pronto, unas líneas de luz azulada incandescente habían cruzado frente a ellas formando patrones que permanecían vivos dos o tres segundos en la pared: venían de la nada y a la nada volvían.

—¡¿Qué es eso!?! —exclamaron al unísono las niñas.

—¡Miren! ¡Miren el lápiz ardiente que tiene Mamá! ¡Miren lo que está dibujando! —profirió Petro, exaltado.

La silueta de un rostro redondo con nariz corva, ridículamente orejón, se dibujó en la pared delante de ellas, y, así como esa, una tras otra se fueron sucediendo más imágenes, surgidas del rápido movimiento de la mano de Helena Andreyevna.

—¡Lean! —les pidió esta, y unos patrones de letras aparecieron de pronto:

Lolo y Vera son unas tontitas

Todos estallaron en risa, pero la más sorprendida y al borde del éxtasis era Helena Petrovna, quien ya casi no soportaba la ansiedad de descubrir los secretos de tal prodigio.

—¡Muéstrame eso, mami! ¿Qué es? ¿Con qué estás escribiendo? —insistía.

—¡Aquí está! —accedió por fin su madre, dando un fuerte y rápido deslizón en la pared con el misterioso lápiz, haciéndolo estallar hasta volverlo un pequeño fogonazo en sus dedos y luego una llama que iluminó el perfil de su rostro que las miraba sonriente, de reajo. Era el primer cerillo fosfórico que Helena y Vera veían en sus vidas.

Pasaron los días, y en la víspera de la navidad rusa, se les dijo a las niñas que su madre estaba enferma, y desmejorando, por lo que estaría en su habitación sin salir. Como era muy común que estas recaídas sucedieran, ellas no mostraron inquietud o sorpresa al notar que Antonia y Petro se turnaban para permanecer por largos ratos en el aposento de la madre. Al momento de la cena, Petro salió un instante, tragó una sopa de remolacha, les sonrió, pellizó la mejilla de Vera, bromeó con Helena y se disculpó, diciendo que estaba muy ocupado, y las dejó con Augusta, quien luego también salió de escena.

Vera y Helena, silenciosas como nunca, se sentaron en la semioscuridad de la sala de estar, viendo hacia la misma pared que antes había servido de pantalla de patrones fosforescentes. Se escuchaba el viento aullando a través del fuego de la chimenea. Así pasaron un largo rato, hasta que la puerta se abrió y aparecieron Annushka, la costurera, con Leonid en brazos, y Marya, la hermana de aquella y ama de llaves. Tomaron asiento. Se notaban nerviosas y miraban constantemente hacia la puerta como si supieran que algo estaba por suceder. Luego entró Masha, la criada de Helena Andreyevna.

—Vengan, jovencitas —les dijo—. Mamá quiere verlas.

—¡Ah! —exclamó Helena, dando un salto y pegándose en la frente como si estuviera terminando de atar cabos —¡Ya sé de qué se trata todo esto! —agregó, saliendo disparada hacia el cuarto de su madre.

Al llegar y abrir la puerta encontró un hermoso árbol de navidad iluminando el centro de la habitación, y juguetes al pie, y todos alrededor, saboreando el logro de haber burlado con éxito absoluto la perspicacia de las niñas, y en especial de Helena Petrovna.

En junio 24 de ese mismo año murió Helena Andreyevna en los brazos de su madre, la princesa Dolgorouki. Tenía 29 años.

Durante la primavera su salud había decaído, por lo que se había trasladado junto a sus hijos de nuevo a Odessa. Los desangramientos a que era sometida como parte de una usual práctica médica de la época la habían debilitado aún más, pero el arribo de sus padres y hermanas parecía volverla de nuevo a la vida. Se había recuperado casi por completo, y en el alborozo provocado por su convalecencia hasta se habían hecho planes de regresar a Saratov para vivir allí de manera permanente. Un día, sin embargo, mientras Helena Andreyevna veía a sus hermanas y a Helena Petrovna tomar un baño en las orillas del Mar Negro, sintió de pronto cómo un hálito glacial se solidificaba en sus huesos y músculos. Estuvo a punto de caer, pero logró mantenerse firme e incluso sonreír al notar que la pequeña Helena había dejado de chapuzar y se había parado para verla, a lo lejos, con una seriedad estremecedora. Helena Andreyevna casi no la reconoció; le pareció que su hija, de solo once años, se había vuelto una mujer de ojos relumbrantes que le sonreía y movía su mano, pequeña y fina, saludando.

Esa misma noche recayó y ya no se levantó más. En su lecho de enferma parecía que la única preocupación que tenía era el destino de sus hijos, sobre todo el de Helena.

—Bueno —pareció conformarse ya cerca del final—, quizá sea mejor que esté muriendo, así al menos me ahorraré el ver lo que le suceda a Helena. De esto estoy segura: su vida no será como la de otras mujeres, y tendrá mucho que sufrir.

El salón de la libertad

SE DECIDIÓ que los hijos de Helena Andreyevna vivieran en la casa de sus abuelos en Saratov. La distracción de un viaje tan extraordinario entretuvo a las niñas, sobre todo cuando en la travesía de los desiertos dos regios carruajes de los Fadeyev fueron trocados por camellos.

En el campamento de verano de los budhistas kalmuk de Astrakán, la abuela Dolgorouki les explicó sobre la rueda de oraciones:

—Si están muy cansados o muy ocupados para orar, los budhistas solo tiran de la palanca lo más rápido que pueden, desenrollando así las oraciones, para luego enrollarlas de nuevo.

—Los muy tontos —dijo Vera.

—Bueno, hay tontos también entre nuestra gente —respondió Helena, ¿o no es lo mismo tirar de una palanca que balbucear tus oraciones sin pensar? ¿Acaso no recuerdan cómo el ama de llaves de los abuelos les grita a las criadas o las tira de sus orejas mientras reza delante de sus íconos?

La nueva residencia resultó ser una suerte de castillo medieval algo en ruinas, lleno de suficientes recovecos como para transigir con la agudeza imaginativa, cada vez más compleja, de Helena Hahn. Hicieron falta semanas de exploración antes de que empezara a conquistarlo. La mansión rentada por los abuelos Fadeyev había sido construida por una familia local de abolengo, los Pantchulidzef, y había albergado a varios gobernadores de Saratov, incluyendo a algunos miembros de dicha familia. Como era de esperarse, se contaban muchas leyendas de lo ocurrido en ella; entre otras, se decía que un hombre que durante muchos años la había administrado en nombre de sus dueños había sido una persona notoriamente cruel y sanguinaria, en particular debido al trato que dispensaba a la servidumbre. «Muchos fueron azotados hasta la muerte en estos mismos subterráneos —les decía a las niñas la nueva institutriz, Enriqueta Peigneur, una anciana francesa de cuyos senos marchitos parecían haber marmado treinta revoluciones de su patria cuando joven. Al menos, así le pareció a Helena Hahn—. Por lo que cuidado con querer perder los pasos en esos lugares proscritos a la inocencia de un par de niñas

primorosas de recatada formación —añadía, sonriendo con ojos chispeantes que usaban gorros fríos de malicia, mientras con sus botines de rígido charol daba tres profundos taconazos en el suelo para sacar ayes tormentosos a la casona, los que de inmediato huían rebotando en las paredes—. Ecos de viejas torturas —remataba, siguiéndolos con el mismo mirar atribulado con que todavía regresaba para verlas, transformándolo, ante los ojos aterrados de Vera, en sereno candor de abueleta meliflua—. Cráneos... Huesos... Manchas de sufrimiento en las paredes... Apariciones que cuidan puertas y suenan sus cadenas de advertencia. Todo eso encontraremos ahí», decía, mientras retiraba su lerdito para caminar hasta desaparecer en uno de los recodos olvidados por la luz. Por su parte, Helena Hahn estaba encantada con las, para ella, promesas de Enriqueta Peigneur, cuya intención, nacida de la experiencia de haber cuidado a tres generaciones Pantchulidzev, era evitarse paseos innecesarios por lugares muy húmedos. La muy ingenua no sabía a qué sequía leñosa irían a parar sus prematuras chispas de admonición: esa misma tarde, Helena Hahn se encontró haciendo planes para aventurarse en una serie de incursiones «a los mismos intestinos de las catacumbas», como dio por llamar al subterráneo. Horrorizada de solo pensar en tal contingencia, Vera soltó prenda a los abuelos; sin embargo, no hubo suplica o amenaza capaz de disuadir a Helena Hahn, quien insistió y manipuló con estrategias incluso de reciente huérfana de madre hasta ablandar el corazón de los parientes, que terminaron por sumarse a un plan negociado de «controladas» expediciones a las dichosas catacumbas de Helena Hahn. Mucho creía esta haber logrado con ello, puesto que una vez conocidos los territorios podría aventurarse con mayor libertad en nuevas y más detalladas exploraciones del mismo.

Fueron necesarias tres excursiones para terminar de conocer los corredores subterráneos de la vieja mansión. En todas ellas, las niñas fueron guiadas y protegidas por seis criados provistos de antorchas y linternas. Mientras Helena Hahn se topaba con un edén a la medida de su imaginación, Vera creía ver espectros en cada sombra proyectada, y los criados se mostraban sorprendidos y con frecuencia confundidos por los embrollos de pasadizos y cámaras de los sótanos.

—Toda una rareza —contó Vera a su abuela, con la vanagloria agitada de quien venía de un safari excitantísimo realizado en tierras ignotas.

—Ni cráneos, ni potros de tortura, ni ninguna calavera —se quejaba por su parte Helena Hahn, mirando de reojo a Enriqueta Peig-

neur—. Solo ratas, fondos rotos de botellas de vino y, ah, sí, unos cuantos huesos de gallina.

Había encontrado, no obstante, el sitio perfecto para erigir su Salón de la Libertad. Toda la idea había nacido debido a las anécdotas que la misma Enriqueta Peigneur les relataba de cuando era una joven muy hermosa, en la época de la Revolución Francesa, período que se esmeraba en narrar de manera muy amena. Entonces su rostro se iluminaba y su mirada se perdía atravesando los muros de los salones, se levantaba de su asiento y hasta sus senos parecían ganar antiguos talles. Una y otra vez contaba a las niñas que había sido elegida por los gorros frigos para representar en los festivales públicos a la diosa de la libertad, y que día a día era conducida en triunfo por las calles de la *grande ville* en gloriosa procesión. Fue en una de esas ocasiones que Helena Hahn, en pleno delirio, como iluminada de pronto con una idea que la había alcanzado como un rayo, había declarado que ella misma estaba destinada a ser una Diosa de la Libertad toda su vida. Así lo pregonaba delante de todos y a toda hora, hasta el cansancio, y para tales propósitos había encontrado el lugar idóneo, sobre todo para empezar a liberarse a ella misma.

Evadiendo custodias, nutrida a base de cachivaches tales como sillas rotas y mesas desvencijadas, en sigilo se había erigido una torre en una esquina perdida de las catacumbas libertarias, tan alta como el cielo mismo de la bóveda, justo bajo una ventanilla de barrotes que le proporcionaba suficiente ventilación y luz para refugiarse, estar a solas y escaparse de las fastidiosas lecciones de las ayas; leer, y a través de la lectura tomar contacto con el mundo entero. Allí pasaba, la destinada a ser Diosa de la Libertad, en franca serenidad, leyendo sus libros, en especial uno que trataba de leyendas populares, *La sabiduría de Salomón*, cuyas extraordinarias aventuras las tomaba por verdades absolutas más allá de toda razón que interrumpiera inoportuna.

Enriqueta Peigneur supo entonces que Helena Hahn sería la causante de los últimos dolores de cabeza de su vida. No en vano la niña venía precedida de la fama de ahuyenta-institutrices; pero por más que había hecho por corregir las indisciplinas y pataleos de Helena, nunca pudo con ella. En ocasiones, era la niña más transigente y aplicada que hubiera conocido; se zambullía por horas, días y noches enteros, en el estudio de las lecciones, absorbiendo el conocimiento con una facilidad inquietante; pero cuando esas rachas, que en ocasiones duraban semanas y a veces meses, pasaban, era como si otra persona hubiera tomado posesión de la niña, volviéndola inaplicada, insolente

hasta el despotismo, y fantasiosa. Entonces se perdía y no había manera de encontrarla por mucho que cuadrillas de siervos la buscasen por la casa y sus cercanías. Huyendo de sus perseguidores, muchas veces Helena Hahn se perdía en los laberintos de las catacumbas, y afirmaba luego a su joven tía Nadyezhda, su confidente, que cuando eso ocurría nunca tenía miedo, ya que en esas ocasiones siempre había sentido lo que ella llamaba «la presencia de mi guardián benévolo», que la hacía sentirse protegida. Pasaron muchos meses antes de que descubrieran y allanaran el santuario de sillas rotas y mesas desvencijadas, pero lejos de escarmentar, Helena Hahn había encontrado nuevo refugio en los inexpugnables bosques de los alrededores, en los que luego confesaba a Nadyezhda que era protegida por los seres invisibles que habitaban los caminos, las piedras, las plantas y los riachuelos.

—¿Hablas con ellos? —le preguntaba Nadyezhda.

—Claro —respondía Helena Hahn, como si escuchar a las piedras hablar fuera lo más natural del mundo—; pero solo lo hacen con quienes se han ganado el privilegio de escucharlos y creen, en vez de burlarse de ellos.

Esto lo había aprendido Helena Hahn de un tal Beraning Buyrak, centenario que vivía en un barrancal no muy lejos de la mansión Fadeyev, con fama bien ganada de hechicero de índole benévola y que se decía versado en las propiedades de las plantas y flores. El anciano cultivaba centenares de colmenas alrededor de su cabaña, y la primera imagen que Helena Hahn tuvo de él, y que hasta el final persistió en su memoria toda vez que lo recordaba, fue la de una figura humana recortada entre colmenas bajo un cielo muy azul, cubierta en su totalidad por una coraza de abejas zumbadoras, moviéndose lentamente, y contestando él mismo en un lenguaje extraño hecho de cantos y murmullos que, como aprendería luego, tenían su efecto en la conducta de las abejas, provocando, por ejemplo, que dejaran de zumbar o que no acometieran contra algún intruso.

—Esta señorita es distinta de ustedes —solía decir al grupo de niños reunidos a su alrededor—. Y su porvenir la aguarda con sucesos extraordinarios. Yo no viviré para atestiguarlos, por desgracia. Pero sucederán. Ya lo verán ustedes que sucederán.

Helena Hahn se hizo asidua visitante del anciano, le hacía todo tipo de preguntas y escuchaba con respeto las respuestas. Más tarde, con sus amigos, se jactaba de haber aprendido de él el lenguaje de las abejas, aves y otros animales más complejos.

El museo de la abuela

—¡Que caiga la desgracia sobre ti!... ¡Que caiga la desgracia sobre ti! —pataleaba Helena.

Su rostro estaba rojo y parecía como si los demás, de momento petrificados delante de ella, solo esperasen a que comenzara a echar espuma por la boca para emprender la retirada.

—¿Qué le ha pasado a Helena? ¿Por qué grita de ese modo? —preguntaba la abuela, observando el espectáculo desde uno de los ventanales de la casa.

—De nuevo le han matado a una esfinge.

—No de nuevo —susurró con lástima la abuela.

Sucedía que una de las adoraciones de las niñas era la caza de mariposas para enriquecer el acervo del muy decente Museo de Historia Natural que la abuela, Princesa Dolgouruki, se las había ingeniado en distribuir en varios de los salones de la mansión, provocando el entusiasmo tanto de naturistas expertos como de profanos. Muchas veces las cazas se hacían de noche, ya que la abuela estaba especialmente interesada en las variadas y extrañas especies de mariposas nocturnas por las que eran famosos los bosques de la provincia del Volga. Los hijos de los amigos y conocidos de la casa eran invitados a participar y se les proveía con redes de gasa y linternas, amén de todo un contingente de siervos y guardianes (más de cincuenta en total) que era movilizado para acompañar a los niños y jóvenes en sus expediciones de cacería que comenzaban a eso de las 7 de la noche y que a veces se prolongaban hasta la una o dos de la mañana.

En ocasiones, sin embargo, las cazas eran privadas, improvisadas y diurnas, realizadas como afición y deporte más que con propósitos entomológicos. Entonces era raro ver una esfinge, *Acherontia atropos*, la mariposa nocturna favorita de Helena Hahn.

—¡Que caiga la desgracia sobre ti, infame!

—Cálmate, Helena, es solo una mariposa calavera.

—¿¡Una mariposa calavera has dicho!? ¿¡Solo una mariposa calavera, eh!?... ¡Fui clara, fui muy clara en decirles: son sagradas, no deben matar a las esfinges, la naturaleza ha impreso en ellas la imagen del cráneo de algún difunto héroe! ¡No se mata a las esfinges!

Y se adentró en el bosque patealeando, fuera de sí, con la esfinge de ala destrozada inerte sobre la palma de su mano blanca, aún más blanca al contrastar con el fondo de la esfinge sobre el que destacaba todavía buena parte de las pintas marrones y negras que componían una forma parecida, en efecto, a un cráneo humano. Se sentó sobre unas piedras y comenzó a hablarle al cadáver de la mariposa. Le explicó que había sido un accidente y que trataría de liberarla de su infortunio haciendo una bonita pira funeraria para ella. Con hojas y ramitas secas hizo un montoncito en un claro y depositó a la mariposa sobre ella, rozó su pulgar por su cuerpo y por sus alitas rotas: eran suaves; sintió como si pasara el dedo sobre talco derramado.

—Espérame —le dijo—; voy por los cerillos de mi madre. Son especiales, ¿sabes?, en ellos reside la magia de las figuras primordiales.

Y ahogándose en suspiros y sollozos se dirigió hacia la vieja mansión. Se la vio entrar a las habitaciones de los abuelos y buscar en gavetas y cajones sin atender a las preguntas de las ayas y de los familiares, hasta dar con la caja de cerillos de su madre. Con ella en mano, llevada como se lleva un tesoro invaluable, regresó al punto del bosque donde había dejado a su esfinge yaciendo sobre el lecho de hojitas y ramas secas, improvisó una oración y le prendió fuego a la minúscula pira funeraria. Las alas de la esfinge se disolvieron casi de inmediato y Helena Hahn volvió a sonreír, con los ojos fijos en las llamas.

—¡Eres una pequeña pagana adoradora de fetiches! —la reprendió Enriqueta Peigneur, quien se había tomado la inusual molestia de seguir a Helena Hahn hasta el rincón del bosque escogido para el ritual.

—Refréscame la memoria —respondió Helena Hahn, sin siquiera tomarse el cuidado de volverla a ver—. ¿Cuántos gorros frigios dices que te adoraban a diario en tu desfile triunfal por las calles de la *grande ville*?

El museo de la abuela motivaba los más ingeniosos relatos con que Helena Hahn entretenía a sus amigos, a quienes reunía a su alrededor para dar cuenta de las encarnaciones pasadas de los animales disecados, de los que juraba y perjuraba haber merecido la confianza para escuchar tales historias contadas por ellos mismos. Era pues, un testimonio de primera mano. Subida en una enorme foca disecada, mientras le acariciaba la piel, pasaba a narrar las historias del mono, del oso y del flamenco.

—Este no fue ave —decía del último—, sino un hombre de veras,

un criminal y asesino que fue convertido por un poderoso genio en flamenco, ave estúpida con las alas salpicadas con la sangre de sus víctimas y condenada a vagar perpetuamente por desiertos y pantanos.

Este relato en particular hacía que su hermana Vera tuviera que taparse los ojos y correr para no tener que vérselas con el asesino ensangrentado cuando tenía que cruzar el museo, sola y de noche, para dar las buenas noches a su abuela.

A unos diez kilómetros de la mansión Fadeyev había un extenso campo de arena que en un tiempo había sido el lecho de un lago. Con facilidad podían hallarse reliquias y fósiles de peces ahora extintos, conchas y grandes dientes que Helena Hahn aseguraba habían pertenecido a monstruos antediluvianos. Este era un sitio que de manera particular motivaba la elocuencia imaginativa de Helena; en ese escenario era capaz de envolver a sus amigos de tal forma en sus relatos, que muchas veces lograba sugestionarlos y subyugarlos hasta el punto del trance colectivo y de las convulsiones de los más pequeños, como cuando les había narrado los incidentes ocurridos millones de años atrás en el punto exacto del lecho arenoso en que estaban entonces sentados. Entre gracias y ocurrencias, la narración había nacido un poco en broma, pero pronto la intensidad y cercanía de los acontecimientos descritos obró silencio en todos; Helena, de pronto, parecía estar viviendo las escenas de su propio cuento y hasta comenzaba a hacer ver lo que según ella había acontecido alrededor. Subiendo de tono, los escalofríos recorrían las pieles de los escuchas, mientras la niña pasaba a narrar, enardecida, secuencias imposibles que de un tajo abarcaban las eras y edades más arcaicas del sitio.

—...Y por allá un monstruo flotante que nace de esporas y se multiplica, habitando un extraño paisaje marítimo lleno de cuevas de estalactitas y arrecifes de coral en cuyo fondo solo plantas espinosas surgen de la dorada arena y acuchillan al agua al ver pasar a esos otros gigantescos peces de fauces rabiosas y garras bermellones —decía, trazando rápidamente sus siluetas en la arena con el índice—, justo ahí, ahí mismo lucharon con aquellos, provocando el batir de una olas azul intenso en la superficie, donde los reflejos de un sol zigzagueante jugaba a zambullir sus arco iris hasta donde estas mismas olas, distraídas por la lucha de colosos, lo permitían. ¿Los ven? Ahora están ahí golpeando sus vastos cuerpos en feroz lid. Imaginen que todo esto los rodea, está ahí, invisible e intangible, pero presente. ¡Miren!: ¡Se está abriendo la tierra! ¡El aire se condensa alrededor de nosotros! ¡Estamos rodeados de agua!—había comenzado a gritar de pronto, cu-

briéndose los ojos con ambas manos, como solía hacer en el pináculo de sus paroxismos, y se había tirado en la arena, gritando, horrorizada, al máximo de su voz—. ¡Ahí está la ola... Ya viene...! ¡...El mar; nos estamos ahogando!

En este punto del relato, todos sus amigos se habían lanzado sobre la arena gritando desesperados porque el mar los había tragado, convencidos por completo de que era el fin y de que ya no existirían nunca más.

El misterio de los ojos

Los ojos la soñaban.

Eran unos ojos serenos, de mirar fijo, imparciales.

¿O ella soñaba esos ojos?

Estaban siempre allí, en su sueño y fuera de él, vigilantes, curiosos, incomodando siempre a la pequeña Helena Hahn, que solo quería que la dejaran en paz y se fueran de una vez, que desaparecieran y se quedaran guardados en un sueño al que pondría llave como se le pone a una habitación a la que nunca más se regresará.

—Me está viendo esa lámpara —decía de pronto— ¡Me fastidia que me vea! Haz que deje de verme.

—Deja, Helena, es solo una lámpara —respondía su abuela, interrumpiendo a medias su lectura.

Después de todo no había motivo para alarmarse: era común que los objetos vieran a Helena; y lo que seguía a eso era un terror inaudito que la hacía salir huyendo de pronto, a veces despavorida, de las habitaciones.

Pero nunca se libraba de esos ojos, de esa vigilancia que juzgaba siempre inoportuna. Toda la casa estaba llena de ojos y a veces no le quedaba más remedio que encerrarse en su habitación, taparse la cara con la almohada y dormir. Se dormía deseando no soñar, porque sabía que en sus sueños hallaría de nuevos esos ojos.

¿O los ojos la hallaban a ella?

Siempre allí, y ella huyendo, desde que tenía uso de razón. Extraño, porque siendo así, sería muy natural estar acostumbrada. No lo estaba, y sentía que nunca lo estaría. Si hubiese sido una boca, una voz que le hablara, entonces habría sabido. Pero una mirada fija, neutra, era solo eso. Observaba. Nada decía.

El misterioso cuadro de la gran mansión

HABÍA UN cuadro tapado con cortinas en uno de los cuartos más recónditos de la gran mansión; estaba colgado demasiado alto, lejos de todo esfuerzo de la pequeña Helena por descubrir quién era el modelo del mismo. De los familiares, nadie le quiso decir, y una y otra vez se negaron a develarlo para ella, por lo que Helena buscó el momento de estar sola en los salones e ingeniárselas para alcanzar el cuadro. Arrimó una mesa a la pared y puso sobre esta otra mesa más pequeña, y de remate una silla. Escaló la primera y la segunda mesa; antes de subir a la silla miró alrededor; sintió vértigo y tragó fuerte mientras casi se arrepentía de seguir subiendo; pero nada la iba a detener en su propósito de descubrir al del retrato. Tomó valor con el artilugio de visualizarse delante de sus parientes y amigos revelando la identidad, o al menos la apariencia, del que presumía Helena era un ancestro familiar. Por lo que tomó un último impulso y subió a la silla. La estructura entera bamboleó. Para no perder el equilibrio, puso su diestra a un lado del cuadro, en la pared, y con la otra mano tiró con fuerza para descender la cortina, con la mala suerte de haber quedado ella justo a la altura de los ojos del hombre del cuadro, por lo que solo estos vio, y sobresaltándose al creerlos los ojos de sus sueños que la veían desde el cuadro, tambaleó, haciendo que el improvisado andamio se derrumbara por completo bajo sus pies. Vio todo negro y se sintió caer. Siguió cayendo, perseguida por los ojos, hacia una oscuridad sin fondo, y luego el mundo se apagó.

Fue mucho después que abrió los ojos. Se sentía amodorrada, como si se despertara recién de un sueño muy profundo. Habían pasado minutos, quizá, en los que había estado sin conciencia, y lo pensó dos veces antes de incorporarse, ya que de seguro hallaría huesos quebrados y heridas, mucha sangre a su alrededor. Pero para su sorpresa, nada le dolía. Pronto comprobó que su cuerpo estaba bien, sin un rasguño, y cuando volvió a ver, encontró intacta la tarima de mesas y sillas que había sentido derrumbarse bajo sus pies, ahí delante de ella, bien colocada en el mismo sitio donde la había puesto, y el cuadro con las cortinas cerradas. Llegó a considerar entonces que todo lo había soñado. Confundida, y sobre todo temerosa de los ojos, se resignó y

desarmó la tarima; luego, aceptando quizá su derrota, desde su pequeñez volvió a ver al altivo cuadro con desdén.

—¡Haaahh! —aspiró de pronto, con la boca abierta, no dando crédito a lo que veía al lado del cuadro.

La pequeña huella de su mano derecha había quedado impresa en la pared, volviéndose la evidencia más clara de que todo había sucedido en realidad. ¿Pero cómo se hallaba ella ilesa, la tarima en su puesto y todo en orden? Por una fracción de segundo creyó recordar algo: la sensación de unos brazos, sí, unos brazos sosteniéndola en la caída, y también el rostro, sí, el rostro, más que familiar, de un hombre exótico, de rasgos étnicos muy peculiares que, sin embargo, y a pesar de sus esfuerzos, no podía precisar.

¿Pero qué podía hacer? El episodio entero quedaría desde entonces velado por un manto de misterio similar al que tapaba el cuadro en la pared. Y eso sería todo, al menos hasta cuando ese extraño rostro se le revelara de verdad.

Aparte de experiencias tan extrañas como la anterior, Helena hablaba sola y en sueños; era sonámbula. No era raro encontrarla en las habitaciones sosteniendo largas charlas con personajes invisibles, entre ellos, uno cuya mención provocaba el terror de las ayas, y a quien Helena Hahn se refería simplemente como su jorobadito. En broma, su abuelo decía que se llevaba a sus camaradas de sueños a los salones, y allí los sentaba para entrevistarlos.

Por esa época Helena se hizo asidua lectora de los libros de la biblioteca de su abuela, quien la había heredado de su padre, el príncipe Paúl. Ya los cuentos de las ayas que trataban de la princesa Melestresa, encerrada en un calabozo hasta que el zarewitsch abriera la puerta con llave de oro, o del inmortal Kashtey, o del Lobo Gris, un hechicero que volaba montado en una criba; o las aventuras del zarewitsch Iván, no eran suficiente para ella. Quería entender su naturaleza singular y los fenómenos que rodeaban a esta, y los libros de magia y ciencias ocultas que acumulaban polvo en la biblioteca de la abuela echaban cierta luz sobre ellos, por lo que los devoró sin piedad, hasta llegar a asegurar que muy pronto ni Paracelsus, ni Kunrath, ni Agrippa tendrían nada que enseñarle.

Unas chicas comunes

LA CAMPANA de la mansión sonó varias veces para convocar a los sirvientes de la casa. Una vez reunidos en el gran salón, apareció la princesa Helena Dolgorouki seguida de Helena Hahn, quien venía cabizbaja y con las manos enlazadas en la espalda, se diría que recorriendo su camino al cadalso.

La abuela se detuvo delante de los congregados y se dirigió a Helena en voz alta.

—Actuaste como no debe una dama al golpear de forma insolente e injustificada a una indefensa servidora que no se atrevería a defenderse. Ahora ruégale perdón y besa su mano en señal de sinceridad.

Toda la conmoción se debía a que Helena Hahn había golpeado en el rostro a una vieja niñera que era considerada como de la familia. Al tanto de lo ocurrido, su abuela la llamó y la interrogó hasta hacerla confesar su culpa.

Roja de la vergüenza, el primer impulso de Helena fue el de escabullirse de ahí, negándose a obedecer a la abuela; pero esta no cedió ni un ápice.

—Si no obedeces de inmediato, serás enviada lejos de esta casa en deshonra —profirió inamovible—. Ninguna verdadera dama noble rehusaría reparar los daños hechos a un sirviente, especialmente a una que por toda una vida de servicio fiel se ha ganado la confianza y amor de sus amos.

Helena estalló entonces en llanto, se aproximó a la vieja niñera, y ante la incomodidad y preocupación de esta, que negaba reiteradamente con la cabeza para no poner en una situación todavía más apremiante a la niña, se arrodilló delante de ella, besó su mano, y con voz suave y llena de sollozos, le pidió ser perdonada.

Unos años más tarde, en 1845, Andrey Mihailovich Fadeyev fue substituido en el cargo de gobernador de Saratov, y nombrado Tesorero de Estado de los recién conquistados territorios del Cáucaso, antes poseídos por los turcos, y previo a ello por los iraníes.

Los primeros en partir fueron los abuelos de Helena y Nadyezhda, con la intención de instalarse y hacer los preparativos necesarios para recibir a los otros miembros de la familia: Helena Petrovna, Vera,

Leonid, su tía Catalina, su esposo Yuli de Witte y sus dos hijos. Mientras tanto, estos últimos se pasaron a vivir por un tiempo a una granja pública manejada por Yuli de Witte, tío político de Helena.

—Ahora somos chicas comunes —le dijo a su hermana Vera—. Y nuestro tío es un granjero común, como el granjero Gray, el de la historia.

Durante el invierno se trasladaron de nuevo a Saratov, ya no a la vieja mansión que habían habitado antes sino a una pequeña casa con cuartos del tamaño de una caja de cerillos.

—¡Esto es verdadera pobreza! —se quejaba entonces Helena toda vez que pasaban delante de su vieja mansión, ocupada ahora por el nuevo gobernador.

Allí estuvieron hasta mayo de 1847, cuando partieron hacia Tiflis, a establecerse primero en una casa propiedad de un comerciante armenio y luego en una mansión antes propiedad del príncipe Chavachavadze, en la que los Fadeyev vivirían hasta su muerte.

El príncipe Golitsyn

LA CASA Fadeyev en Tiflis era visitada por muchos; pero ninguno se ganaba tanto el cariño de Helena Hahn como el príncipe Alexander Vladimirovitch Golitsyn, un hombre de mediana edad, parsimonioso en sus maneras, pero que, según Helena observó, «lanzaba centellas sutiles de vitalidad con su mirada provocativa y casi obsena». La atrajo su donaire, que parecía genuino, pero sobre todo una particularidad que Helena Hahn había descubierto guiada por una fuerza cautivadora, la cual, debido a la naturaleza poco mundana de sus intereses —ni siquiera entonces fue proclive su naturaleza a albergar pasiones sensuales—, sin esfuerzo logró no confundir con un mero sentimiento de atracción física: esto era, la incalculable posesión de conocimientos en alquimia y en otras ciencias llamadas ocultas que parecía poseer Alexander Golitsyn. Para Helena el descubrimiento de los secretos del príncipe fue como aventurarse en un viaje, con la sola tutela de un mapa intuitivo en el que la gran X de un tesoro incalculable estaba bien marcada. Se había aproximado a él movida por la incógnita, y había explorado sus ojos, su manera de hablar, indagado entre las pausas y descifrado los silencios y los guiños de un interlineado que Alexander Golitsyn parecía gozar en producir entre frase y frase, como si desde el primer cruce de miradas hubiese sabido hacia dónde debía dirigir el confuso pero resuelto interés de la vehementemente jovencita, para entonces de diecisiete años recién cumplidos. Cuando, hablando de los cambios de estaciones, Alexander Golitsyn saltó a los trabajos de Zósimo el Panopolita, Geber el árabe y Thomas Vaughan (Eugenius Philaletes), Helena, tras una pequeñísima pausa, que procuró aderezar con una mirada de contubernio y que el príncipe envolvió con más de sus centelleos vitales, se soltó a nadar en aguas conocidas de manera tan espontánea como cuando hacía años había jugado en las aguas del Mar Negro, bajo la mirada contenidamente protectora de su madre. Alquimia, magia y misterios: esos eran sus temas de conversación.

Helena Hahn no dormía las noches anteriores a las visitas anunciadas de Alexander Golitsyn. Se la pasaba dando vueltas en la cama, tramando cómo romper los sellos que Alexander se divertía en colocar

en los portales de los conocimientos más anhelados por ella, solo para provocarla.

—Es un hombre muy sugestivo a todas luces —le dijo a las ayas, hinchada de dicha, luego de uno de sus apetedidos encuentros.

—¿Hablas del viejo Nikífor? —preguntó en broma una de las ayas, tan solo por contrariar a Helena.

Se refería a Nikífor Vassilyevich Blavatsky, un feo cuarentón bastante desgastado, de nariz ganchuda como una hoz, aires de condolencias perennes, ojos saltones que hacían pensar en ahorcamientos fallidos y extremidades que remitían a secos y torturados oquedales, a quien Helena solía referirse simplemente como el «Viejo Cuervo Desplumado». Nikífor Blavatsky, que pertenecía a la pequeña hidalguía de la Provincia de Poltava, Ucrania, compartía cierto interés en los temas discutidos por Helena Hahn y Alexándér, y a veces participaba con timidez en algunas de sus pláticas. Mostrándose siempre respetuoso y reflexivo, se paraba frente a ellos y se tambaleaba como viejo árbol sin hojas embestido por el viento, lo que terminaba por provocar las encubiertas risas y burlas de los dos compinches sin que jamás cayera en cuenta de que la razón de tales burlas era él.

Pero ni los incisivos comentarios de las ayas podían bajar a Helena de lo éteres tras las tertulias con su admirado Alexándér Golitsyn, quien, en su calidad de místico y libremasón, llegó a proporcionarle datos bastante precisos acerca de los lugares de iniciación —que, según él decía, existían alrededor del mundo—, y de ocultas órdenes y hermandades secretas y sus líderes.

Una noche en que Helena había discutido los frecuentados temas de las transmutaciones de los elementos, y una vez llegado el instante de las despedidas, Alexándér palideció delante de su pequeña amiga, guardando un silencio que pronto a Helena se le volvió revelador.

—¿Te vas?

—Helena, no seas insolente —la reprendió su abuelo, mediando, según él, en lo que creyó una broma pesada de Helena.

Pero Helena mantuvo la mirada fija en Alexándér, hasta que de nuevo dueño de su encanto este se dirigió a los aún congregados en el salón.

—Debo anunciarles...

—¡Te vas! —estalló Helena, interrumpiendo de nuevo y esta vez con el rostro oscurecido en furia—. ¡Te vas y no has tenido la decencia de...! —en el medio de la incomodidad de todos, miró al

suelo, bufando; luego volvió a ver a Alexándér, forzando una sonrisa que se convirtió por un segundo en una encarnada máscara grotesca—. Pues, que te vaya muy bien entonces, príncipe Alexándér Golitsyn —le dijo, antes de disculparse y abandonar a prisa el salón.

Cerca de la madrugada aún había algo de luz en las habitaciones de Helena. A esa hora se la veía agitada, correteando en sigilo por los aposentos. No había sombra de tristeza en su rostro; lejos de eso, parecía animada, y a juzgar por su mirar ufano e inquieto, hasta jubilosa y resuelta. De pronto se paró en medio del cuarto, una mano en la cintura y la otra en la barbilla, entrecerró los ojos y se preguntó algo entre dientes, mirando alrededor. Así estuvo unos segundos, dejando que lo lleno de la luna entrara a bosquejar ondulaciones de un argentado cambiante en uno de los hombros de su vestido glauco. Movimiento repentino y un chasquido de dedos, y Helena se dirigió, decidida, hacia uno de los baúles que solo con su tacto apareció, luego de haber permanecido escondido —como niño bajo las faldas de su madre— entre las sombras de la habitación. De él emergieron dos zurronecillos cómplices, al parecer suficientemente espaciosos como para auxiliar los pormenores prácticos de los planes en gestación. Comieron todo cuanto Helena les dio de estas y de aquellas gavetas, y esperaron, pacientes, todavía algunos momentos más al lado de la cama inquieta, hasta cuando fueron cargados por unas manos ansiosas, blanquísimas, y salieron, haciendo que lo lleno de la luna expirara intranquilo sus últimas lumbres, sin hallar más en dónde posarse, vencido por los tenues grises de un bostezo de sol.

Bajo amenazas de severas reprimendas, Helena Hahn se había hecho ensillar un caballo cosaco y había partido, guiada por su instinto, hacia el sureste, con la intención de alcanzar a Golitsyn en uno de los poblados de la ruta. La lógica y las probabilidades indicaban que Golitsyn buscaría uno de los puertos del Mar Negro, rumbo oeste, y que partiría desde ahí; pero, por lo visto, esa contingencia ni tan siquiera había tenido la ocasión de cruzarse por la mente de Helena Hahn, quien por la tarde dio alcance a Golitsyn cerca de Rustavi. Apuró a su cosaco blanco solo lo necesario como para que la llevara a la par del corcel del príncipe e igualar su paso. Alexándér ni siquiera volvió a verla. Ella tampoco lo hizo.

—¿Te lo temías? —preguntó Helena Hahn, después de unos momentos de avanzar juntos mirando ambos hacia el frente, como si al frente la lejanía del horizonte no conspirara para unirlos.

—Peor que eso —respondió Alexándér sin énfasis alguno, como hablando para sí mismo—: estaba seguro.

Llegados a Rustavi, Golitsyn le explicó que se quedaría allí tres días para luego partir al puerto de Bakú, en el Mar Caspio, desde donde emprendería un largo viaje de investigación por su cuenta. Le permitiría quedarse con él esos tres primeros días.

—Pero luego tendrás que regresar a tu casa, o yo mismo te haré regresar con mis hombres, así tengamos que atarte de pies y manos y que agregar una mordaza como adorno.

De nada valieron súplicas y ruegos, pataletas y gritos.

—No hay que huir en deshonra, Helena —le dijo Alexándér al cabo—, negar tu destino y provocar la desdicha de tu familia. Ya llegará el tiempo en que la Sibila se una al Hierofante —añadió, aludiendo a códigos alquímicos con los que ambos estaban bien familiarizados—, y juntos emprendan la búsqueda.

Salieron a la vez, con rumbos opuestos: Alexándér Golitsyn hacia el este, buscando el Caspio; Helena Hahn hacia el oeste, de regreso a Tiflis, con los dos zurroneles al costado del cosaco blanco y en la mano un papel con el nombre de la condesa Kisselev, una amiga de la familia Fadeyev, y las señas de un mago copto escritas en él.

Nikífor Blavatsky

UN VOCERÍO la recibió, y tras eso la tensa cordialidad de sus familiares, quienes esforzándose por no tocar el tema del escape no se atrevían a mirarla a los ojos. Después de la cena sus abuelos la llamaron aparte.

—Tienes que casarte —dijo el abuelo.

Solo entonces se encontraron las miradas. No había rastros de sorpresa en el semblante de Helena. Más bien hastío.

—Casarme —repitió, con voz de autómeta.

—La gente empezará a hablar —trató de explicar el abuelo.

—La gente siempre habla —dijo Helena despacio, como si se lo repitiese a ella misma para recordarlo más tarde.

—Te diré qué haremos mientras tanto —prosiguió el abuelo, aclarándose la voz y luego haciendo un gesto como de seguir tragándose las trufas de la cena—: consultaremos a tu padre. Aunque casi puedo asegurarte que será de la misma opinión —tosió—. Tú misma escoge entre tus pretendientes. Tras el consentimiento de tu padre lo arreglaré todo en persona. ¿Está acordado? —preguntó.

Helena asintió.

—¡Con esa disposición que muestras, tu natural temperamento aborigen y tus actitudes de beduina, no encontrarás hombre sobre esta tierra que quiera casarse contigo! —le refunfuñó Enriqueta Peigneur, a manera de reto—. ¡Un caso perdido, eso eres! ¡Hasta el viejo que hallaste tan feo, y de quien te reíste tanto llamándolo Cuervo Desplumado, incluso él rehusaría tomarte como su esposa!

Helena exploró de hito a hito a la vieja institutriz para hallar en ella una pizca de la pretendida pasada gloria con la que se solía llenar la boca, pero sin encontrar más que severas trazas de una mal llevada frustración de lustros y decenios, desencantos seguidos de desencantos, amontonados los cadáveres de los mismos en una mirada sin brillo. Se estremeció, y nada dijo. No obstante, tras haber legado su padre la responsabilidad de la decisión del matrimonio a su abuelo, dados, según dijo, los pocos elementos de juicio a su disposición, Helena se las ingenió y conspiró para envolver al viejo Nikífor Blavatsky

hasta hacer que pidiera su mano en matrimonio. Al escuchar de boca de la misma Helena el anuncio de que estaba comprometida en matrimonio, el resto de la familia y las ayas, sobre todo Enriqueta Peigneur, mostraron su sorpresa, y después su horror, cuando escucharon el nombre del elegido.

—¿¡Estás loca, muchacha?! —saltó Enriqueta—. ¿Hasta dónde puede llevarte tu orgullo? ¡Válgame Dios! —y salió espantada, sosteniendo su cabeza como para que ni por un segundo se le fuera a ocurrir al dolor escapársele por alguno de sus agujeros.

En secreto, Helena mantenía al menos una leve esperanza de encontrar junto a Nikífor los medios para su libertad de búsqueda espiritual, que era lo que realmente le interesaba; recordaba las palabras de Alexánder, y confiaba en que el interés mostrado por Blavatsky en la alquimia y las otras ciencias ocultas la llevarían a consagrar un matrimonio de aspiraciones trascendentales, con los pies nunca puestos sobre las marismas de las pasiones mundanas.

Sin embargo, esto solo ocurría en su cabeza, como muy pronto lo vería, pues una vez ya asegurado el compromiso, un vaporoso pero significativo y perceptible cambio de actitud de Nikífor Blavatsky le dejó ver muy claro que el interés de él abarcaba *sobre todo* las tradicionales transacciones mundanas de cualquier matrimonio común y corriente que se preciara y que se hubiera dispuesto en trato contractual, de palabra, como era el caso. Inquieta, intentó en vano persuadir a su abuelo para que anulara el compromiso, y como última opción decidió confrontar a Nikífor, en forma de advertencia.

—Cometes un gran error al casarte conmigo por los motivos más simples y mundanos —le dijo—. Sabes muy bien que eres lo suficientemente viejo como para ser mi abuelo.

Nikífor apuró su té, estrujando, ostensible, su nariz de cuervo en el borde de la taza.

—Llegado el momento, ya verás que no soy tan viejo como piensas —le respondió, examinando entero el ser físico de Helena.

—Vas a causar la desgracia de alguien —le advirtió entonces Helena—; ¡pero no será la mía! ¡En cuanto a mí, no te tengo miedo! ¡Y te prevengo que no serás tú quien salga ganancioso de nuestra unión, y te aclaro que la única razón que he tenido para preferirte a los demás que desean casarse conmigo, es que me importa menos hacerte desgraciado a ti que a cualquiera de los otros!

En ese mismo instante Helena comenzó a fraguar la huída del lado de su futuro esposo, esto, al menos, como una alternativa a la

cual echar mano en caso de no poder hacer entrar en juicio al viejo; pues aún confiaba en su capacidad de persuasión, y mantenía el buen ánimo de lograr junto a él la unión de la Virgen Roja y el Mineral Astral de que hablaban sus queridos libros de alquimia. Por tanto, tomándose a pecho el consejo de Alexánder, dejó que los eventos transcurrieran y que se pronunciara su destino sin escapar de él, al menos hasta que no lo soportara ya más.

Boda en Ereván y el escape de la novia

PARA QUE Helena no tomara la situación a la ligera, y ya que no había más opción, las ayas se esmeraron haciéndole hincapié en la solemnidad del matrimonio y en las obligaciones y responsabilidades de la mujer con su marido.

Para añadir todavía más dignidad al evento, veinte pomposos jinetes kurdos hicieron las delicias de los invitados a la boda, efectuada en un pueblo cercano a Ereván, capital de Armenia. Corría un 7 de julio de 1849 y faltaba poco para que Helena, hasta ese día Hahn, cumpliera los 18 años.

Llegó el momento de la ceremonia en que el sacerdote hacía el último severo énfasis en la solemnidad de los votos bajo el amparo de la Iglesia Ortodoxa. Con voz de ultratumba se dirigía directamente a Helena:

—¡...Vos debés honrar y obedecer a vuestro marido!

La tía Nadya observó desde la cercanía de su asiento cómo ante el sonoro «debés» del sacerdote el semblante de Helena enrojecía de furia, para luego pintar una palidez de muerte. Entonces creyó escucharla mascullar una frase imposible en respuesta a la terrible consigna: «Con seguridad... que *no* deberé».

No obstante, y tras una pausa conminatoria del sacerdote, el rito continuó imperturbable su curso.

La pequeña Vera no pudo contener el llanto una vez concluida la ceremonia, al ver a su hermana Helena, ahora madame Blavatsky, al lado de su exótico cortejo nupcial compuesto por Nikífor y los veinte jinetes kurdos, ondeando un pañuelo desde su caballo, en la saliente más baja de la cuesta que los llevaría a Darachichag, residencia veraniega de los oficiales de Ereván, al pie del Monte Ararat, próximo a Ereván. Los kurdos elevaron al cielo sus lanzas emplumadas, gestando sus adiós, y se perdieron finalmente en la lejanía de una hondonada.

En ese mismo viaje, plagado de enfadosos tira y hale desde las cerradas posiciones de ambos cónyuges, Helena Blavatsky improvisó un plan de fuga que la llevaría a abandonar a Nikífor, para el cual necesitaría de la participación de alguno de los guerreros Kurdos que los acompañaban en la caravana.

Aprovechó un descuido de Nikífor para abonar la simpatía de uno de los más jóvenes, quien, a diferencia del trato reticente de los otros, hasta ese momento había mostrado una conducta abierta y hasta amistosa con ella. Helena pronto le esbozó la deplorable situación en que se hallaba, apoyando sus argumentos con el ejemplo de los altercados constantes ocurridos a lo largo del viaje.

—Usted habrá podido darse perfecta cuenta de ello, como todos sus otros compañeros, para mi vergüenza. ¿Quién no iba a notarlo, con lo imposible que se nos vuelve esconderlo? —preguntó, esperando alguna reacción de condescendencia.

Mostrándose discreto, el joven kurdo hizo caer su mirada, y sonrió apenas.

—Lo sé —continuó madame Blavatsky—, es un asunto muy penoso para todos.

—Si pudiera ayudar en algo, lo haría —le dijo el guerrero, a manera de disculpa, aún mirando al suelo.

—Ah, pero sí puede usted —le respondió madame Blavatsky—. Y debe —añadió—, por el bien de todos, incluyendo el de monsieur Blavatsky.

Nada dijo el guerrero. Se limitó a observarla, esta vez mirándola a los ojos, gesto que madame Blavatsky interpretó como una disposición franca a colaborar con sus planes.

—Vea usted: un enredo de convenciones, conveniencias familiares y otras imposiciones absurdas ha llegado a ponernos en esta situación absurda que debe terminar lo antes posible. Ya lo he decidido. Usted debe ayudarme a partir lejos de monsieur Blavatsky ahora mismo, por la frontera persa, más allá de la cual me las arreglaré para encontrarme libre de las obligaciones de esta farsa. Diga que lo hará, se lo suplico. Por supuesto, le estaré muy agradecida, y a la larga, monsieur Blavatsky, su amigo, también lo estará. ¿Qué me dice? ¿Se aviene usted a librarnos a todos de este disparate? Piense usted en las consecuencias fatales que acarreará este desatino si no actuamos ahora.

El joven guerrero se mantuvo en actitud meditativa, oteando por momentos en dirección a la frontera persa.

—Deberá aguardar por mi señal —respondió por fin.

Madame Blavatsky apretó el brazo del joven de ojos negros, como de cuervo, sonriendo agradecida.

—Me hallará preparada cuando ese momento llegue —le dijo.

Pero ese momento nunca llegaría. En su lugar, el joven guerrero kurdo reveló los planes de madame Blavatsky a Nikífor, quien a

partir de ese mismo instante encargó al jefe tribal kurdo, Safar Ali Bek Ibrahim Bek Oglı, montar, durante el resto del viaje y llegados a Darachichag, una estrecha vigilancia en torno a su esposa en abierta rebeldía. Era, pues, su prisionera.

Tres meses duraron en batalla conyugal permanente, monsieur Blavatsky tratando de consumir el matrimonio, y su esposa intentando convencerlo de formar, como le decía: «un vínculo de orden superior desde el cual poder acceder juntos a las sabidurías ancestrales, denegadas al ordinario mundo de las pasiones carnales». Pero sus palabras no calaban hondo en el pedernal que tenía por cabeza monsieur, de la que solo chispas emergían.

Nombrado Gobernador de Ereván, monsieur Blavatsky se trasladó con madame Blavatsky a esa ciudad para vivir en el Palacio de Sardar. Allí se extremaron todavía más las posiciones, hasta cuando madame Blavatsky abandonó su lucha, confrontada por la insistencia cada vez más obtusa de su esposo, y, después de una discusión muy violenta, eludió la vigilancia del jefe kurdo y escapó a lomo de caballo, sola, cruzando la peligrosa ruta que la conduciría hacia la casa de sus abuelos, en Tiflis.

La posición incómoda en que la consorte en fuga puso a la familia, obligó a una asamblea para decidir qué hacer con ella.

—No me importa lo que pueda pensar la gente. ¡Juro que me mataré si soy forzada a regresar! —profirió la joven madame Blavatsky.

Se decidió entonces que debería ser enviada donde su padre, quien se reuniría con ella en Odessa.

Madame Blavatsky no dio señales de desánimo; parecía, más bien, complacida ante la idea de alejarse lo más posible de Nikífor, quien sin duda no se quedaría de brazos cruzados. Apuró y colaboró, se diría que hasta con fervor, en los preparativos del viaje. Acompañada por un viejo sirviente y una doncella partió rumbo a Odessa después de unos días, con órdenes de abordar en el puerto de Poti, en el Mar Negro, el vapor que la llevaría según su familia hacia su padre, pero según ella, a su destino.

Viaje al destino

LA BUENA disposición mostrada por madame Blavatsky dejó tranquilos a sus familiares de Tiflis. Sin embargo, algo muy extraño estaba ocurriendo: la fugitiva esposa comenzó a buscar pretextos y a esgrimir excusas insustanciales que, sumadas, fueron retrasando el viaje de Tiflis a Poti: ordenó al cochero detenerse para poder comer algo, tras afirmar que no podía hacerlo en movimiento. «Necesito calma», les dijo a los sirvientes custodios: «Tengo otras costumbres ahora que soy una mujer casada». Tras tomarse su tiempo, entreteniéndolo a los otros con pláticas y cuentos, subió de nuevo al coche, pidiendo esta vez al cochero que fuera despacio ya que la espalda la estaba matando; y más adelante, que detuviera de nuevo la marcha, necesitaba estirarse, «...esta espalda, por todos los cielos», se quejaba; y a las preocupaciones de los sirvientes, quienes clamaban que perderían el vapor si el viaje llegaba a demorarse más, madame Blavatsky respondía con la calma de un perezoso comiendo sus hojas.

—No hay nada de qué preocuparse. Créanme; teniendo suerte, esos botes siempre zarpan con horas de retraso; siempre hay algo que no está a punto, si lo sabré yo. Además, ¿no soy la más interesada en abordarlo? —les decía.

Y lo temido por los sirvientes terminó por suceder: perdieron el programado vapor sin escalas a Odessa, y madame Blavatsky no dejó de lamentarse y disculparse con los atribulados sirvientes. «He sido una tonta», les decía. «Debí escucharlos, mis pobres queridos; me siento muy contrariada y apenada con ustedes... Pero no debemos perder la serenidad. Sé muy bien qué hacer en estos casos, ya verán que otro barco habrá que llegue a Odessa así tengamos que bordear en él todo el Mar Negro. Yo misma me encargaré de hallar el más conveniente mientras ustedes se toman un descanso merecido. ¡Que tonta he sido!».

Pronto armó una revolución en el puerto hasta dar con un bajel que estaba fondado en el muelle, y con unos rublos convenció al capitán del mismo de aceptarlos bajo un plan concebido por ella. El barco iba con destino a Kerch, en la Península de Crimea; luego a Taganrog en el Mar de Azof, y luego, cruzando hacia el otro extremo del Mar Negro..., ¡a Constantinopla!

—¡El *Commodore*! —anunció a los sirvientes, eufórica—. Es un barco inglés. Tomé pasajes hasta Kerch; ya ahí nos las arreglaremos para seguir si es preciso por tierra hacia Odessa. Zarparemos en un par de horas; mientras tanto enviaré un telegrama a mi padre para darle a conocer los nuevos planes. ¿Ven?: no hay que perder el temple en estos casos. Todo tiene solución, mis queridos.

Llegaron cerca de Kerch ya entrada la noche, y la joven madame Blavatsky envió a los dos sirvientes a la costa para que se procuraran habitaciones y prepararan su arribo dispuesto para la mañana siguiente.

Desde la borda, la Península de Crimea mostraba un aspecto fantasmal, untada con la crema diáfana que vertía una luna creciente bastante enfatuada; un camino hecho de leche brillante llevaba el bote, con los sirvientes a bordo, hacia Kerch, y con ellos alejándose, se diría que madame Blavatsky soltaba las últimas amarras que detenían a su propio bajel, uno que no tendría ya más un dueño que la fastidiara.

La polizón del SS. *Commodore*

EL BARCO zarpó esa misma noche hacia Taganrog; no obstante, el «viaje de la libertad», como en la cabeza de Helena se llamaba, no estaría exento de peligro y aventura: yendo desde Kerch en calidad de polizón, al llegar a Taganrog madame Blavatsky fue convidada a buscar refugio entre la suciedad de las calderas debido a una imprevista inspección policial que estaba por tomar lugar a bordo.

—¡Ni por un momento lo piense usted! —se negó, observando las infelices condiciones del refugio y generando la alharaca concomitante del capitán para que la madame se callara la boca y se echara en silencio en lo profundo del hoyo de ratas que le ofrecía. Por suerte el grumete de a bordo, al ver la desesperación en el rostro de la joven madame, pero sobre todo al escuchar las evocaciones que ya comenzaban a salir de su boca, dirigidas al capitán, se ofreció a intercambiar el lamentable escondrijo por su pequeño camarote..., ¡y sus ropas!, a lo cual accedió la apurada polizón. Madame vistió entonces las ropas del joven grumete, se metió al camastro envuelta en mantas, y, so pretexto de estar «enfermo», pasó la inspección se diría que viento en popa y sin ninguna dificultad, pero teniendo que soportar, a cambio, por el resto de la corta travesía por el Mar Negro hasta Constatinopla, la rabieta del capitán, quien «por unos miserables rublos de una poco agraciada madame fugitiva» se había puesto «en peligro de multas y calabozos».

No obstante, con el correr del viaje el capitán debió cambiar de parecer respecto a los atributos de la exótica madame, puesto que se dio a la tarea de perseguirla de no muy buena manera, para obtener sus favores. Pero lo que encontró fue un torrente de vocabulario afrentoso y una tempestad de pescozones y garrotazos que casi hacen naufragar en sangre la cabeza del acosador. Madame Blavatsky le dejó, así, muy claro, que si había salido airoso del acoso de su propio marido, con mucha más razón lo haría de los arrebatos de un mugriento capitanzuelo de tercera con aliento a diablos. Convertido en el hazmerreír de su propia tripulación, el vejado capitán llegó a jurar que la entregaría a las autoridades de Constantinopla al solo atracar. Pero, otra vez, la buena voluntad de uno de los tripulantes la salvó. En medio de las ruidosas disputas, este subalterno había intervenido

para aplacar los ánimos del superior, habiéndose ganado amenazas de arresto por desacato de parte del enfurecido capitán. Por lo que madame Blavatsky, en contubernio con él, huyó en un bote justo antes de alcanzar la costa.

Ya en Constantinopla, madame Blavatsky se dio a la tarea de buscar la dirección apuntada en el pedazo de papel que llevaba apuñado en su mano. Así dio con la condesa Kisselev, quien le confesó haberse preocupado mucho al no verla desembarcar del SS. *Commodore*.

—Pregunté al capitán —le dijo—. Y te confieso que su respuesta me terminó de inquietar. Estaba a punto de telegrafiar a tus familiares.

Tan pronto como pudo, madame Blavatsky se contactó con su padre, y este, entendiendo que lo mejor para lograr una separación de su marido, era que se mantuviera fuera de Rusia durante un buen tiempo, acordó enviarle periódicamente dinero dondequiera que se hallara.

Luego de recibir el primer envío, partieron con la condesa Kisselev hacia Grecia, Egipto y el Medio Oriente. En El Cairo conocieron a un estudiante de arte norteamericano llamado Albert Rawson, con quien madame Blavatsky se inició bajo la tutela de supuestos magos y sabios, en conocimientos ocultos que resultaron ser, después de todo lo esperado, insatisfactorios y de muy baja estofa. Después de volverse discípula del mago copto: un hombre muy respetado en Egipto —cuyas señas habían sido anotadas por Alexander Golitsyn en el papel que le diera al despedirse—, se unió a los drusos del Monte Líbano y realizó, aún, una serie de peregrinajes. Esta travesía duró cerca de un año. Luego, desencantada por no encontrar lo que andaba buscando —esto es: pistas que la condujeran a desentrañar y verificar en ella misma los misterios alquímicos de la Piedra Filosofal, de la Virgen Roja y el Mineral astral, o lo que era lo mismo, del matrimonio de la Sibila con el Hierofante— convino con su padre para viajar por Europa, tomar lecciones avanzadas de piano y contemplar la posibilidad de dedicar el resto de su vida a la interpretación musical.

Fueron días de mucha desilusión, tras querer romper con sus anhelos adolescentes para llevar una vida práctica que nada tuviera que ver con lo desconocido. En Londres, en 1850, madame Blavatsky recibió lecciones musicales, entre otros, de Ignaz Moscheles, quien enseñaba en el Conservatorio de Leipzig, fundado por Mendelssohn en 1843. Sin embargo, pronto sus ansias de búsqueda interior comenzaron a arder de nuevo en su ser. Al poco tiempo se separó de su padre y se dirigió a Paris, olvidando, así, para siempre, su carrera

musical que había comenzado muy temprano en su niñez, y en la que su padre y sus maestros depositaron tanta fe.

En París tomó contacto con celebridades de la época, artistas, escritores y un famoso mesmerista que al tomar conciencia de la clase de psíquica natural que madame Blavatsky era, trató de imponer su dominio magnético en la joven señora rusa para retenerla a su lado a toda costa, por lo que tuvo esta que salir huyendo despavorida de nuevo hacia Londres para escapar de su influencia. Allí se empleó como acompañante de una vieja dama rusa, la condesa Bagration-Muhransky, amiga de la familia, con quien se hospedó en una habitación del Hotel Mivart's, en donde pasaba muchas horas de encierro, lamentándose de sí misma, viéndose esta vez sin la posibilidad de contemplar una carrera práctica con la cual sentir que vivía una vida al menos útil.

* * *

Cuando estuve asqueada de todo, cansada de la pobre vieja condesa Bagration, quien me mantenía confinada en el «Hotel Mivarat's», obligándome a leer el Chitaminyi y la Biblia, escapé al puente Waterloo, ya que un fuerte deseo de morir se había apoderado de mí. Por mucho tiempo había sentido acercarse la tentación. Esta vez no busqué resistirla, y el agua turbia del Támesis me parecía una cama deliciosa. Buscaba reposo eterno al no ser capaz de encontrar la «Piedra» y habiendo perdido a la «Virgen». En ese instante percibí con claridad la figura de mi protector, el mismo que de niña me había acostumbrado a ver en sueños y visiones. Me despertó y salvó y, para consolarme con vida, me prometió «la Piedra y la Virgen».

Segunda parte

Encuentros con el Mahatma

1851 FUE EL AÑO de la «Gran Exhibición de los Trabajos de la Industria de Todas las Naciones», en Hyde Park, Londres: la primera Feria Mundial jamás realizada. Para ella se había convocado a una competencia arquitectónica para el diseño de una estructura temporal capaz de acomodar decenas de miles de visitantes a la vez, y de mostrar las artes y manufacturas de todo el mundo, con el resultado de doscientos cuarenta y cinco diseños de arquitectos de muchos países, ninguno de los cuales había satisfecho por completo a la Comisión Real, que había optado por tomar los elementos más satisfactorios de varios diseños y, con ellos, idear una nueva propuesta, que no sería bien recibida por el público. La exhibición se habría cancelado de no haber sido por una propuesta de último momento realizada en 10 días y presentada en detalle por Joseph Paxton, quien había planteado una estructura ligera con techo de vidrio ensamblado en marcos de madera liviana que descansaban sobre delgadas columnas tubulares de hierro fundido, y que incluía un enorme crucero central arqueado, razón por la que el periodista Douglas Jerrold lo llamó «El Palacio de Cristal».

La estructura abarcaba 33 millones de pies cúbicos, y había requerido para su construcción de más de 900,000 pies cuadrados de vidrio, 3,300 columnas de hierro, 2,224 vigas, y 205 millas de reglas de marquetería. Se habían creado unas láminas de vidrio de 49 pulgadas especialmente diseñadas por la única firma manufacturera de vidrio de Inglaterra capaz de producir las cantidades requeridas por el diseño de Paxton. Era la edificación ideal para que Gran Bretaña exhibiera al mundo su superioridad económica e industrial.

El Palacio de Cristal, de la Gran Exhibición de los Trabajos de la Industria de Todas las Naciones de 1851, albergaría, por cinco meses y medio a partir de mayo, una extraordinaria colección, nunca antes vista hasta la fecha, de maravillas del arte y de la industria, y llegarían visitantes de todas partes del mundo a ver, participar y apreciar el logro de la arquitectura y de la ingeniería de la época. Trece mil exhibiciones componían la muestra, y estaban esparcidas en una serie de áreas que representaban la historia del arte y la arquitectura desde el antiguo Egipto hasta el renacimiento, con muestras de la industria y

de la ciencia, y objetos procedentes de todo el mundo. Los atractivos más populares eran el crucero central arqueado, que albergaba árboles, fuentes, colecciones de estatuas, el órgano más grande del mundo y hasta un circo; y la estupenda fuente de cristal hecha especialmente para la ocasión.

Se había duplicado todo el sistema de ferrocarriles de Inglaterra en los cinco años previos a la exhibición, lo que permitiría que esta fuera visitada por más de 6,200,000 personas, y dejara, al final, un superávit suficiente como para permitir la fundación de instituciones como el Museo de Ciencia, el Albert Hall, el Museo de Historia Natural y el Museo Victoria y Alberto.

En la nave occidental del Palacio, Helena miraba un poco distraída los objetos sagrados expuestos en la sección de piezas eclesiásticas. De pronto, entre pilares de madera y una enorme cruz celta de piedra que dominaba el costado del salón, apareció una comitiva hindú de dignatarios y personalidades importantes. Los coloridos manteos y tocados de los príncipes y su séquito atraían la curiosidad de los transeúntes; se movían, absortos en sus pláticas y comentarios, como en una pompa inaccesible, flameando radiantes entre los demás espectadores. Entre estas personalidades destacaba un excepcionalmente alto hindú de vestidos sobrios y maneras pausadas, en cuyo reflexivo y hermoso rostro barbado madame Blavatsky reconoció el mirar piadoso de su protector de siempre. La comitiva caminaba hacia ella, y tras salir de la inicial inmovilidad que le había generado la sorpresa de hallarse, de pronto, cara a cara, y esta vez en carne y hueso, con el hindú de su infancia y de su adolescencia, el de sus sueños y sus visiones, el del puente Waterloo, el dueño de esos mismos ojos, de esa misma mirada que siempre había hallado, vigilándola, en toda clase de objetos de sus recuerdos, su impulso inmediato fue el de aproximarse a él y asir su mano. Sin embargo, cuando inició a caminar, presurosa, para ir a su encuentro, el hombre hindú le dirigió una mirada grave, esbozando con una de sus manos un gesto discreto para que desistiera. Compelida por una oleada de fuerzas constrictivas del todo invisibles, madame Blavatsky se petrificó a un lado del paso de la comitiva, y desde ahí pudo ver primero el perfil adusto de su querido protector pasar de largo, y después el turbante blanco perderse entre la multitud.

No obstante las encontradas sensaciones que le había provocado el encuentro fugaz y la discreción extrema del hindú, que le hizo doler algunas úlceras de orgullo como reacción instintiva, entendía

que no era prudente un encuentro tan obvio entre ambos. Todavía no sabía la razón; pero intuía que era así; y esas oleadas de fuerzas antes constrictivas, ahora las volvía a sentir como manos ígneas, gentiles, maniobrando energías en su pecho, impeliéndola a regresar al parque unos días después. Por supuesto, no estaba dispuesta a poner reparos provenientes de la naturaleza susceptible de toda niña mimada —pequeñeces de su personalidad—, contraviniendo instancias superiores y sagradas. Por tanto, una mañana de agosto, caminó temprano hacia el parque, y esperó en los alrededores de la fastuosa feria que se sabía sería clausurada el primero de noviembre, tratando de imaginar cómo la efigie de cristal, desde la monstruosidad de sus dimensiones, se iba a lamentar del vacío en que se hallaría a partir de esa fecha de clausura, hasta su desmantelamiento. Cuando madame Blavatsky dirigió la vista a su diestra, el corazón le dio un vuelco al observar al mismo hindú del otro día aproximarse a ella y saludarla. Era alto. Muy alto.

El encuentro se dio en la mañana del doce de agosto: el cumpleaños número 20 de madame Blavatsky. El Palacio de Cristal, testigo (o velo, quizás, junto a la fecha, según algunos biógrafos, y no sin razones de peso, debido al silencio que debía cubrir este encuentro), del mismo, sería desmontado y erigido un año después, a instancias de su creador, Joseph Paxton, en Sydenham Hill, en donde ochenta y cinco años más tarde sucumbiría presa de las llamas.

En Inglaterra, madame Blavatsky volvería a encontrarse con su maestro en casa de un desconocido. Llegaría acompañando al destrozado príncipe Dhuleep Singh, Mahârâja de Lahore, en junio de 1854. Esto sería luego de que madame Blavatsky regresara de su primer gran viaje alrededor de casi todo el mundo, nutrida de muchas más vivencias y aventuras.

De regreso en Rusia

EN LA noche del 6 de enero de 1859 había fiesta en casa del suegro de la hermana de Helena, Vera, para entonces viuda de Yakhontov. La hija de monsieur Yakhontov se había casado y los invitados llegaban ininterrumpidamente en los carruajes mientras se servía la cena en el interior de la mansión, ubicada en la ciudad de Pskov, cerca de San Petesburgo.

Justo en el momento solemne en que los padrinos de la boda se levantaban con sus copas listas a brindar por la pareja de recién casados, la campana del vestíbulo comenzó a sonar de manera incesante una vez más. En esta ocasión, Vera Yakhontov no resistió un impulso que la hizo levantarse de su asiento y apresurar sus pasos hacia la puerta de entrada de la mansión Yakhontov, incluso corrió y se adelantó a los sirvientes, y, cuando abrió, parada en el umbral estaba su hacía diez años perdida hermana, madame Blavatsky. Se abrazaron llenas de júbilo. La hermana viajera usaba aún la capucha de su traje negro y un grueso chal de lana a juego sobre sus hombros. Sus ojos celestes destellaban como enormes faros, y por un instante Vera Yakhontov sintió cohibirse al verlos irradiar una sagacidad envolvente hasta entonces desconocida para ella.

Madame Blavatsky había tomado la precaución de comunicarse con su tía Nadya, y a través de ella hacer consultas a monsieur Blavatsky para evitar cualquier problema que pudiera suscitar su estadía en Rusia. La respuesta no se había hecho esperar:

Puede asegurar a H. P. bajo mi palabra de honor que nunca la perseguiré... Desde el tiempo de mi infortunio, y como consecuencia de él, he estado trabajando sobre mi carácter con el propósito de no ser afectado por nada. Con frecuencia incluso me río de las estupideces que cometí... Uno puede llegar a acostumbrarse a todo. Así es cómo me he acostumbrado a una triste vida en Ereván, sin Helena.

—No esperábamos que arribaras sino hasta dentro de unas semanas —le dijo madame Yakhontov, reencontrándola en la sonrisa con que la recién llegada la obsequiaba—; pero al escuchar la campanilla, no me preguntes cómo, supe que eras tú. Pero qué descortés soy. En-

tra, subamos a mi habitación. Debes estar cansada. Tendrás mucho que contarme.

Ya adentro, madame Blavatsky se quitó la capucha. Llevaba la enrespada cabellera impecable, recogida hacia atrás en un peinado que se dividía en el centro de su cabeza, mostrando su frente amplia y despejada. Un juego de campanillas se dejó escuchar en el aire cuando subían las gradas. Confundiéndolo con uno de tantos tañidos de la noche de fiesta madame Yakhontov no le prestó atención hasta que estuvieron solas en su cuarto. Y fue tanta la conmoción de Vera, que retrataría luego en su diario este y otros acontecimientos posteriores con mucho detalles.

—¿Escuchas? —dijo, ante la mirada fija de madame Blavatsky, quien se reía divertida—. Hasta escucho campanillas de la felicidad. Ven toma asiento —agregó, llevándola de la mano hasta los bordes de la cama—. Tenemos tanto de qué hablar.

De pronto se oyeron unos golpecitos en una de las columnas del lecho. Madame Yakhontov calló, desorientada.

—Disculpa, querida —dijo madame Blavatsky, algo avergonzada, todavía riendo con más convicción—, pero es que aún no logro controlar a voluntad estos desarreglos, y cuando me emociono se vuelven por completo impredecibles; son un dolor de cabeza.

—¿De qué hablas?

Vera Yakhontov había dejado congelada una sonrisa en su rostro.

—De esto —dijo su hermana, levantando su diestra con suavidad. De inmediato estalló en el aire un concierto de campanillas de delicados timbres.

—¡Oh, demonios! —exclamó madame Yakhontov, llevándose las manos a la boca—. ¡Sigues siendo una bruja, por todos los cielos!

Escuchó estupefacta por unos minutos. Al concierto de campanillas le siguió un sordo golpeteo de muebles y chasquidos en el aire, como pequeñas descargas eléctricas.

—¿Cómo lo logras? —quiso saber.

—Anda, piensa una pregunta, algo que solo tú sepas —requirió su hermana.

A madame Yakhontov se le vino a la mente la escena de su madre y las luces encantadas que dibujaban figuras en la pared en el cuarto sin luces de Mala Rohozianka, cuando eran unas niñas. Algún truco debía existir en eso de los golpecitos y los chasquidos y las campanillas, el equivalente a algún cerillo fosfórico.

—¿La tienes?

—La tengo.

—Formula tu pregunta entonces, solo para ti. Uno o tres golpes es un *sí*, dos golpes es un *no*.

Una y otra vez madame Yakhontov formuló mentalmente sus preguntas esa noche, y una y otra vez los golpes dieron un *sí* o un *no* certero como respuesta.

Pronto madame Yakhontov estuvo convencida de que su hermana había adquirido en sus viajes ciertos poderes que llamó milagrosos.

En esos diez años transcurridos desde su encuentro con quien ella llamaba el Sahib, su Instructor, había viajado por muchos lugares, principalmente en el continente americano. Había recorrido Norte y Centroamérica: había arribado a Québec a finales de 1851, en donde había hecho amistad con grupos de pieles rojas y estudiado los misterios de sus curanderos; no obstante, al final los más aviesos de entre ellos habían terminado por despojarla de muchas de sus pertenencias, en especial de un par de zapatos que ella estimaba mucho, provocándole una enorme decepción; luego había viajado por varias ciudades de los Estados Unidos, deteniéndose en Missouri para conocer sobre los mormones y sus costumbres; sin embargo, la principal ciudad de estos había sido para esa época destruida por las turbas vecinas, y los mormones sobrevivientes se habían dispersado en busca de un nuevo sitio en donde establecerse. Tomó, entonces, rumbo a Nueva Orleans, para intentar desentrañar, ahí, los secretos del Vudú y de sus ritos. En sueños, su Instructor le había advertido del peligro que corría si entraba en muy estrecha relación con ellos. Lo mismo que le había sucedido en París con el mesmerizador que deseaba mantenerla bajo su dominio, le había ocurrido en Nueva Orleans con un mago negro que había pretendido desviarla del sendero que le trazaba su Instructor, teniendo que partir de inmediato a Texas, en donde había conocido a un francocanadiense que la había acompañado por un tiempo en sus posteriores aventuras en territorio mexicano, en donde había tomado contacto con iniciados de Sinaloa y del Usumacinta, yendo luego de templo en templo y de ruina en ruina, hacia el sur, estudiando el secreto de las ciudades lacustres, la sabiduría perdida de los ancestros de olmecas y nahuas, los grandes panteones mesoamericanos, y penetrando luego al mundo de los mayas, sus tradiciones, sus cultos, su posterior decadencia nigromántica, sus centro ceremoniales, en el sur de México y en la península yucateca, después en Guatemala y en Honduras. En las ruinas de Copán se había unido a ella un discípulo de un alto iniciado de la zona, y la había acompañado por los pueblos,

aldeas y templos de Guatemala y de El Salvador, estudiando sus misterios, sus ritos y los vestigios esotéricos del *Popol-Vuh*; incluso había penetrado hasta Nicaragua y Costa Rica, regresando de nuevo al norte del territorio centroamericano, desde donde se había embarcado hacia Sur América, por el Pacífico, en su afán de visitar todos los grandes centros iniciáticos importantes, entre los cuales destacaba el ubicado en territorio peruano, donde, según contó a Vera, un anciano sacerdote indígena la había iniciado en los misterios de los Incas y la había enterado de la existencia de ciudades sagradas aún desconocidas por los europeos, yendo luego hacia Bolivia y más al sur, hasta Chile, desde donde había emprendido viaje, desde el Puerto de Valparaíso, hacia la Isla de Pascua —en donde a primera vista decía haber reconocido en las cabezas colosales, rasgos típicos atribuidos a los gigantes de la que ella llamaba la Cuarta Raza, la Atlante—. Se había dirigido, entonces, hacia la India, en pos de los Instructores de la ciencia oculta, y su expedición había continuado por ese extenso territorio. Después de dos años de incontables aventuras por la sagrada tierra, había intentado entrar en el Tíbet, vía Nepal; pero las condiciones no le habían sido propicias y había sido devuelta al territorio hindú, luego de lo cual había regresado a Inglaterra en 1854, habiéndole dado, así, una vuelta entera al mundo. La guerra de Crimea entre Turquía y Rusia se desarrollaba en esos momentos, y la declaración de estado de guerra entre Rusia, e Inglaterra y Francia, había sido la razón por la que madame Blavatsky se había sentido forzada a abandonar Inglaterra y partir de nuevo hacia Norte América, luego de haber coincidido con su Instructor en un par de ocasiones más, en Londres. Así, en julio de 1854 había arribado a Nueva York. Después de un tiempo, había visitado Chicago, y desde ahí había emprendido viaje hacia San Francisco cruzando las Montañas Rocosas. De ese puerto había partido de nuevo hacia el Oriente, y, pasando por Yokohama, había llegado por segunda vez a las costas de la India en 1856. Un segundo intento vía Cachemira la había llevado a Tíbet Occidental; pero de nuevo no había logrado alcanzar su principal objetivo: Tíbet Oriental. De la India había partido hacia la isla de Java, y luego hacia Europa.

Dormida o despierta, en la época en que llegó de nuevo a Rusia tras sus incansables viajes, Helena estaba siempre rodeada de «desarreglos» sonoros, movimiento de muebles, temblor de objetos pequeños, golpecitos y chasquidos incesantes. Pronto Vera tuvo la oportunidad de comprobar la inteligencia de estas fuerzas de manera más elaborada: tras hacer siempre preguntas mentales, procedía a

recitar despacio el alfabeto, y en forma secuencial, los golpecitos indicaban de qué letras se componía la respuesta, con resultados sorprendentes.

—¿Cómo lo logras? —insistía madame Yakhontov.

Madame Blavatsky se lo intentó explicar.

—Sucede luego de dirigir las fuerzas sutiles y las corrientes magnéticas a voluntad, o por acción de los seres con quienes permanezco en constante comunicación, ya sean pequeños y traviesos elementales o entidades superiores.

Pronto estos poderes y milagros que obraba la recién llegada se hicieron del dominio público, y madame Blavatsky no ofrecía reparos en conceder demostraciones cuando su humor era propicio. A tal punto llegaba el escepticismo de muchos, que le revisaban los bolsillos, las manos, le desnudaban los pies y hacían otras maniobras de lo más absurdas para evitar cualquier fraude, ante lo cual la madame no hacía más que sonreír.

En una ocasión, sus manos y sus pies fueron puestos a descansar sobre almohadas para que pudieran ser vistos por todos y no tuviese oportunidad de producir los conocidos golpecitos.

—Ahora hágame el favor, madame, de reproducir los golpes en aquel punto de la habitación —dijo el escéptico invitado, señalando con precisión la esquina más alejada del cuarto.

—Trataré —respondió madame Blavatsky—; pero no prometo nada.

No obstante, de inmediato comenzaron a escucharse los golpes en el sitio especificado.

Otro de los escépticos, un joven profesor de lentes, recibió lo suyo en el momento en que los golpecitos se generaron tan fuertes en los vidrios de sus lentes que estuvieron a punto de tumbárselos.

—¿Cuál es el mejor conductor para la producción de esos golpecitos? —preguntó, con obvia ironía, una dama, conocida por superficial y vanidosa— ¿Pueden producirse en cualquier excéntrico lugar?

«Oro», fue la respuesta recibida por conducto de los golpes; «se lo probaremos de inmediato».

La dama se mantenía sonriendo burlona ante la extravagante respuesta; pero de pronto dio un salto en su silla, se puso pálida y se tapó la boca con la mano. Se veía aterrada, azorada y humillada, y salió corriendo de la habitación luego de que los golpecitos expusieran a los congregados el secreto del oro en sus molares.

En las filas de los incrédulos se contaba su propio hermano Leonid,

para entonces un robusto joven universitario bien nutrido de positivismo. El joven no participaba de las demostraciones de su hermana; se limitaba a pasearse por la habitación y a observar los rostros de los visitantes. En una ocasión, sin embargo, pareció molestarse mucho por las «ligerezas», dijo, con que madame Blavatsky, apoltronada en una silla, explicaba raros e imposibles fenómenos.

Leonid se paró detrás de la silla y escuchó con atención.

—...Y entre estos quienes se llaman a sí mismos médium —decía su hermana en ese instante—, sé que los hay capaces de volver tan pesados los objetos livianos, que haría imposible levantarlos incluso con la fuerza concentrada de diez elefantes; o, por el contrario, otros objetos por su naturaleza pesados, volverlos notablemente livianos.

—¿Y quieres decir que tú puedes hacerlo? —preguntó Leonid.

—Los médium pueden, y yo lo he hecho ocasionalmente —respondió la madame—; aunque no siempre puedo garantizar un éxito.

—Pero, ¿lo intentaría? —secundó uno de los presentes, provocando una petición general.

—Lo intentaré —respondió madame Blavatsky—; pero les suplico recordar que no prometo nada. Usaré esta mesa de ajedrez. Ahora permitan que quien quiera hacer el experimento la levante, y después intente de nuevo, luego de que la haya fijado.

—¿Luego de que la haya fijado? ¿Y qué se supone que sucederá entonces? ¿Quiere usted decir que no tocará para nada la mesita?

—¿Y para qué habría de tocarla? —respondió, extrañada.

Uno de los jóvenes presentes se acercó y levantó la mesita sin problemas.

—Muy bien, ahora haga usted el favor de dejar la mesa sola y apartarse —pidió la madame.

Expectantes, todos hicieron silencio. Madame Blavatsky no hizo más que mirar la mesita, y luego, sin dejar de verla, hizo un ademán para que el joven intentara de nuevo levantarla. Este se acercó y se aprestó confiado a levantarla con una mano; pero no pudo ni siquiera moverla; entonces la agarró con ambas manos sin lograr mejor resultado, pegada, como estaba, al suelo, como si pesara toneladas. Como última medida se agachó y la agarró de nuevo con ambas manos, hasta ponerse rojo puso todas sus fuerzas en el intento de levantarla siquiera unos milímetros sobre el suelo, sin otro resultado más que el de la risa general que invadió a los presentes al verlo en tan ridícula posición, seguida de aplausos. Aún así, el joven, confuso y apenado, no hallaba qué pensar.

—Para mí que todo esto es una trampa —dijo, rascándose la cabeza.

—Sí que lo es —secundó Leonid, quien había sospechado un conubio entre su hermana y aquel joven para burlarse de los presentes—. ¿Puedo también intentarlo, hermana? —preguntó.

—Hazlo por favor, querido —respondió madame Blavatsky.

Sonriente, Leonid se acercó a la mesita, y asíéndola de una de las patas intentó levantarla, solo pudiendo conseguir anular su sonrisa mordaz y cambiar la expresión irónica de su rostro por una de gran asombro. Se apartó un poco y le asestó una patada con todas sus fuerzas. La mesa ni siquiera se estremeció. Fuera de sí, Leonid se tiró sobre la mesa para abarcarla con la extensión de su pecho, y abrazándola por debajo trató de sacudirla. La madera comenzó a crujir, pero ni así fue capaz de hacerla ceder un milímetro. Solo entonces Leonid desistió apabullado, se apartó de la mesita y con ceño fruncido miró a la hermana.

—¡Qué extraño! —le dijo.

Luego, una larga fila de invitados intentó en vano mover la mesita. Jóvenes, viejos, hombres y mujeres desfilaron sin éxito. Al final, viendo el asombro silencioso en que Leonid había quedado, madame Blavatsky se dirigió a él.

—Intenta levantarla ahora —le dijo, con su ya conocida risita despreocupada.

Leonid tomó nuevo impulso, agarró la mesita por una de las patas y empleó toda su fuerza para levantarla; pero esta vez fue necesario tan poco esfuerzo para conseguirlo, que poco faltó para que, con el excedente de fuerza, la hiciera salir volando por el salón luego de casi dislocarse el brazo.

Las pesquisas de Petro

PETRO HAHN era otra clase de escéptico: no quería saber nada de esos presuntos fenómenos que seguían como peste a su hija mayor, y por tanto se limitaba a mantenerse al margen en las reuniones sociales que tenían como centro de atracción a los mismos. Bastaba con que se pusiera a leer un libro o a jugar cartas para no tener nada que ver con aquello. «Actitud muy volteriana», decían los más crédulos, como si fuera un agravio personal.

—No puedo decir al presente la opinión que yo pudiera tener si la palabra fuera correctamente adivinada —expresó una vez que accedió a ser parte del juego de adivinación de su hija—. Aunque una cosa puedo responder —agregó con énfasis—: para el tiempo que puedan hacerme creer en su alegado espiritismo y sus fenómenos, estaré listo a creer también en la existencia del diablo, de hechiceros y de brujas, y en toda la parafernalia, en resumen, de supersticiones de viejas; y deberán entonces estar preparados a ofrecerme como residente de un asilo de lunáticos.

El episodio ocurrió en el Hotel de Paris, en San Petesburgo, en donde para la primavera de 1859 Petro Hahn y sus dos hijas estaban hospedados por asuntos de negocio. En esa ocasión, dos antiguos amigos del coronel Hahn visitaban a la familia en las habitaciones del hotel. Habiendo quedado asombrados y convencidos de los milagrosos métodos de adivinación de madame Blavatsky, no podían dar crédito a la impasibilidad y despego con los que el coronel se acorazaba, jugando un juego de *Paciencia*.

—Oh, vamos, esas patrañas no son dignas de ocupar la atención de ningún señor que pretenda llamarse distinguido —balbuceó, distraído en su juego de naipes, desde la poltrona en que estaba arrellanado.

Los visitantes insistieron en que el coronel Hahn hiciese un experimento por cuenta propia antes de declararse crítico de los prodigios que frente a sus narices estaban ocurriendo, y lo convidaron a pasar a la habitación contigua en donde habría de escribir una frase cualquiera, para permitir, luego, que el extraordinario código de golpecitos alfabéticos la descifrara. Petro Hahn accedió a regañadientes, seducido por la idea de hacer quedar en ridículo el pretendido

método portentoso de su alocada hija. Pasó a la habitación contigua y escribió en un pedazo de papel la frase, depositándolo luego en su bolsillo.

—Bien, nuestra disputa se dirimirá en pocos momentos—dijo uno de sus invitados—. ¿Qué dirás tú, viejo amigo, si la palabra escrita por ti es reproducida correctamente? ¿No te sentirás compelido a creer en ese caso?

Fue entonces cuando Petro Hahn expresó que antes de creer en tales fenómenos creería en el diablo, y estaría listo a ser conducido a un manicomio.

Con toda comodidad se sentó de nuevo en la poltrona a esperar, riéndose entre dientes de los perifollos dramáticos asociados al ritual de adivinación. Madame Yakhontov repetía el alfabeto mientras uno de los invitados apuntaba las letras marcadas por los golpes. Madame Blavatsky se mantenía, en apariencia, al margen, sin hacer nada. Finalmente, los golpes cesaron y la frase estaba lista. Para desazón de los huéspedes, era una sola palabra, extraña y por demás imposible, por lo que prefirieron, antes, consultar usando el mismo método para salir de dudas, obteniendo afirmaciones reiteradas.

—¿Y bien? ¿Tienen alguna respuesta ya? —apuró el coronel Petro Hahn, mirando por encima de sus lentes—. Debe de ser algo muy elaborado y profundo, sin duda alguna— se burló, dejando su asiento para asistir de cerca al resultado.

—Tenemos solo una palabra —confesó madame Yakhontov, un tanto insegura.

—¿Y cuál es?

—Zaitchik.

El estremecimiento acudió al semblante del anciano, volviéndolo una clorótica máscara del espanto. Tembloroso, se ajustó los lentes, intentando ganar algo de control con ello.

—¡Déjame verla!... ¡Pásamela!... ¡¿En realidad dice eso?! —exclamó titubeante, precipitándose sobre la nota—. ¡Zaitchik! ¡Sí: Zaitchik! —leyó con voz excitada—. Así que sí es. ¡...Es tan extraño!

Extendió el pedazo de papel que llevaba en su bolsillo y sin decir palabra lo entregó a madame Yakhontov.

Decía:

¿Cuál era el nombre de mi caballo de batalla favorito, que cabalgué durante mi primera campaña turca?

(«Zaitchik»).

El coronel Petro Hahn no solo admitió que algo de verdad debía de haber en los recursos exhibidos por su hija mayor; también, a partir de esa ocasión, se sumió en investigaciones propias sobre cuanto se relacionara a ese tipo de fenómenos, y se valió de las facultades de su hija para llevar a cabo una serie de experimentos e investigaciones. Pero no fue sino hasta cuando el singular método de los golpecitos le revelara una fecha perdida de un suceso familiar ocurrido hacía siglos, que se dedicó a la reconstrucción rigurosa de la cronología familiar y del árbol genealógico con ayuda de madame Blavatsky.

Años, meses y días de un sinfín de acontecimientos familiares fueron reconstruyendo la historia familiar como si se tratasen de piezas arqueológicas claves encontradas y sacadas de las entrañas de la tierra. Desde las historias del conde von Rottenstern y sus descendientes, hasta detalles más frescos de la vida de Ida Hahn-Hahn y otros miembros que se relacionaban a su estirpe directa.

J. A. Hahn, hermano de Petro Hahn, se interesó asimismo en esa suerte de expediciones al pasado de la familia. Escéptico como su hermano, intentaba pillar a madame Blavatsky y sus recursos en detalles históricos que con dificultad podrían ser manejados de primera mano por los supuestos agentes de las revelaciones.

—Dices que en el año 1572 el conde Carlos Hahn-Hahn se casó con la baronesa Otilia. Esto sucedió en junio, en Mecklenburgo. ¿Quién era entonces el elector reinante? ¿Quién era el papa y quién su confesor en aquel año? —preguntó en una ocasión.

Las respuestas eran instantáneas y exactas, y lo que demoraba más era el constatar los nombres y datos recibidos, tarea para la cual el tío escéptico consultaba archivos y libros, y llegó incluso a extremos de solicitar por escrito a Alemania informes concernientes a los datos requeridos, siempre obteniendo la confirmación correspondiente.

La quinta en Rugodevo

TERMINADOS LOS negocios en San Petesburgo, el padre y sus hijas vivieron por un tiempo en una quinta en Rugodevo, propiedad que el difunto esposo de Vera, monsieur Yakhontov, había comprado unos meses antes de su muerte, y que había pasado en herencia a Vera. La familia Hahn, por tanto, no tenía idea de quiénes habían sido los propietarios originales del inmueble, ni conocían a los vecinos ni tenían relación con gente de los pueblos cercanos. Sabían, como todo dato, que el vendedor, un señor de apellido Statkowsky, era el esposo de la nieta de los propietarios ya fallecidos, y que estos llevaban por apellido Shusherin.

La mansión de dos plantas consistía en unas veinte habitaciones: la planta superior era habitada por madame Yakhontov, madame Blavatsky y el resto de la familia, a excepción del coronel Hahn, a quien habían dejado algunos aposentos del ala derecha de la primera planta. Las habitaciones posteriores eran ocupadas por la servidumbre, y el ala izquierda, que consistía de unas cinco habitaciones de la primera planta, se mantenía aún cerrada, y se adaptarían para que sirvieran de cuartos para huéspedes. Pocos días después de su arribo, según lo refirió madame Yakhontov en su diario, ella y su hermana se paseaban por los alrededores de la casa; era de tarde y el sol daba de lleno en las ventanas del ala inhabitada. Cuando pasaron justo frente a la fachada de esas habitaciones, madame Blavatsky se mostró atraída por algo que notaba en las ventanas. Detuvo la marcha y un gesto de sonriente indagación se perfiló en su rostro.

—¿Sucede algo? —preguntó madame Yakhontov.

Madame Blavatsky pareció dudar por un momento.

—¿Te lo digo? —dijo, mirándola con aires de misterio—. Sí: te lo diré; pero solo si prometes no asustarte.

—No me digas —respondió madame Yakhontov, un tanto inquieta—: estás viendo gente del otro mundo, como de costumbre.

—No estoy del todo segura, porque no los conozco. Pero me atrevería a afirmar que son los cascarones de habitantes del otro mundo, en efecto. Los reconozco por ciertas señas.

—¿Cascarones? —preguntó madame Yakhontov, intrigada por la palabra elegida por su hermana.

—Las sombras, los residuos de sus cuerpos inferiores —acotó con descuido madame Blavatsky, mientras seguía en la atenta vigilancia de los ventanales.

—¡Gracias a Dios no veo nada!; pero, ¿a qué señas te refieres? ¿Tienen caras de muerto? ¡Mira que me crispas los nervios!

—Nada de eso —respondió su hermana, mirándola, con extrañeza, por una fracción de segundo—. Solo en el lecho mortuario o en el ataúd tienen caras de muerto —añadió, volviendo a sus pesquisas visuales—. Estos andan como vivos, caminando de un lado a otro. Es solo que tienen aspecto de gente antigua, con excepción de uno.

—¿Qué aspecto tiene ese?

—Es joven. Parece... artista..., o estudiante alemán. Usa una camisa de terciopelo negro con cinturón ancho de cuero. La cabellera es muy larga, y le cae sobre los hombros y la espalda. Está separado del grupo.

Madame Yakhontov, por más esfuerzo que hacía, solo se hallaba con los trazos refulgentes del reflejo del sol.

—Está mirando ahora. Y se ha sobresaltado. Se fue. Se ha como disuelto en los rayos del sol. Qué raro.

—Esta noche preguntemos quiénes son —sugirió madame Yakhontov.

—No tiene caso, ninguno de estos cascarones son de fiar; son solo residuos mentales, emotivos, anclados a lugares, por hábito. Nada tienen que ver con los espíritus que los abandonaron a su suerte.

—¿No son entonces las almas de los difuntos?

—Nunca lo son, salvo en rarísimas ocasiones, cuando se trata de algunos personajes que podría nombrar.

—¿A quiénes te refieres?

—A quienes saben y pueden, no a las sombras que se hacen usar por los médium. ¡Oh, pero mira ese espectáculo, es horrible! ¿Quién será ese? —exclamó de pronto, observando con disgusto dentro de la casa.

—Francamente, Helena: ¡¿Cómo quieres que vea?! Sabes que no puedo hacerlo, no me digas que mire. Mejor descríbelo; aunque si es algo espantable mejor déjalo así, ¿quieres? —solicitó madame Yakhontov, sacudiéndose un repentino escalofrío—. Te suplico que no digas más si es muy espantoso.

—No te asustes. Solo me pareció terrible a primera vista. Ahora veo a una anciana que surge y se sumerge y vuelve a surgir de la sombra del rincón. Lleva una cofia en la cabeza, un pañolón cruzado sobre

los hombros y un vestido color amarillo con delantal de tela escocesa.

—Estarás describiendo un retrato imaginario de la escuela holandesa —bromeó madame Yakhontov.

—Nada de eso. Lamento que no puedas verla.

—Pues créeme que yo no lo lamento. ¡Paz a todos esos espectros! ¡Qué cosa más nauseabunda!

—Te equivocas. Todos tienen un aspecto agradable, a excepción de ese viejo.

—¿Otro?

—Es grotesco. Alto, flaco, con un semblante decrepito en el que se adivina el sufrimiento. Lo que más me impresiona son sus uñas: largas, parecen garras.

—¡Santo Dios! ¿A quién describes de esa forma? —preguntó madame Yakhontov, quien estuvo a punto de añadir: «¿Al demonio mismo?»; pero se contuvo, sobrecogida por un súbito temblor de su cuerpo, que la hizo retirarse hasta poner un buen espacio entre ella y la ventana.

—Estoy resuelta a averiguar quiénes fueron estos personajes que he visto —dijo madame Blavatsky—. Con seguridad son los reflejos de quienes habitaron la casa —agregó—. En particular quisiera saber quién fue el viejo de las uñas largas. Llevaba un gorro muy extraño, ¿sabes?, y alto, parecido a un klobuk.

—Ya deja de pensar en esos horribles fantasmas.

—¿Por qué? Es interesante, sobre todo porque los veo raras veces. La noche pasada vi un hombre alto con patillas en el dormitorio de Lisa.

Lisa era la hija menor del coronel Hahn, a quien tuvo en segundas nupcias.

—¡Cómo! ¿En el dormitorio de los niños? ¡Oh! ¡Hazme el favor de sacarlo de allí de inmediato!

—No te preocupes, casi siempre son inofensivos. Yo, a lo sumo, siento disgusto y piedad por esos pobres cascarones, y además estoy convencida de que todos los mortales estamos constantemente rodeados de muchas de esas sombras dejadas atrás por sus antiguos propietarios.

—Y si todos son las sombras de gente muerta, ¿por qué no son las de nuestros parientes y amigos cercanos las que nos rodean? —preguntó madame Yakhontov.

—No creas que no he tratado con toda mi alma de reconocer a parientes o amigos entre estas sombras; pero en vano. Más bien pienso

que los cascarones de los muertos son atraídos no por los vivos sino por los lugares que habitaron o por los sitios en donde sus personalidades quedaron más intensamente impresas, o, a lo sumo, hacia quienes manifiestan hábitos mentales y emotivos de similar índole que la de ellos, cuando estaban vivos. ¿No te parece que si preguntamos a los viejos esclavos que nacieron aquí, obtendremos información sobre estas sombras que he visto en casa?

Madame Yakhontov estuvo de acuerdo. Esa misma noche enviaron a un criado a que averiguase sobre los esclavos más viejos de la aldea. Regresó con un anciano de nombre Timoteo y otro de nombre Ulyan. Madame Yakhontov no dejaba de sentirse incómoda por los inauditos propósitos que escondía su indagación, por lo que decidió abordar el asunto con pesquisas ambiguas e inconexas, hasta que por fin se sintió en condiciones de preguntar de la forma más natural que pudo sobre el viejo de uñas largas y gorro extraño.

Los viejos esclavos exclamaron casi al unísono que habían conocido muy bien al sujeto descrito por madame Yakhontov, ya que era su difunto amo, Nicolás Mahaylovitch.

—¿Statkowsky? —preguntó madame Yakhontov, confundiendo el apellido de familia con el del vendedor.

—No, señora —respondieron los viejos— Statkowsky vive todavía y era nuestro dueño nominal por haberse casado con la señorita Natalia Nikolavna, nieta de nuestro verdadero dueño, Nicolás Mihaylovitch Shusherin, a quien ha descrito usted muy bien.

Madame Yakhontov decidió proseguir con las indagaciones sin mostrar mayor interés en lo revelado por los esclavos.

—Habíamos escuchado hablar de él —dijo, conteniendo un poco la respiración, que se le había vuelto de pronto muy agitada—. Pero díganme algo: ¿por qué llevaba ese gorro tan extraño y se dejaba las uñas tan largas?

—Se nos dijo que esto era a consecuencia de una enfermedad incurable que el señor Susherin contrajo en Lituania. Se llama el Koltun, o sarna polaca. No podía cortarse el cabello ni las uñas por riesgo de una hemorragia, y llevaba la cabeza cubierta con una monterilla de terciopelo negro, parecida a la de los capataces de los sacerdotes.

Luego descubrieron que la dama de aspecto holandés era Mina Ivanovna, ama de llaves alemana que había servido más de veinte años en la casa, y que el joven con aspecto de estudiante alemán, era efectivamente un estudiante alemán venido de Goetinga, quien había muerto de tisis tres años después de su llegada. Todos los aposentos

en los que madame Blavatsky había visto las supuestas sombras de los difuntos, supieron, habían servido ya sea de estancia mortuoria o capilla ardiente de alguno de ellos, y sus cadáveres habían permanecido allí de tres a cinco días antes de haber sido inhumados en una capilla lejana.

Isidoro de Kiev

DURANTE SUS años de vagabundeo, en un accidente madame Blavatsky había sufrido una herida profunda en el tórax, muy cerca del corazón, misma que de cuando en cuando parecía reabrirse como si surgiera de la nada; esto le producía dolores intensos y la postraba durante días, manteniéndola inconsciente y convulsiva, en un trance que parecía ser mortal, hasta cuando algo sucedía y, en solo momentos, la herida se cerraba sin dejar huella. Esto mismo aconteció en la casa de Rugodevo, generando la alarma de sus familiares, quienes desconocían esta peculiaridad de su pariente. Dada la gravedad del caso, llamaron a un médico para que atendiera la lesión; sin embargo, cuando este examinaba su tórax, unos ruidos comenzaron a gestarse en los muebles de la habitación y en la habitación misma, en el techo, en el suelo: golpes repentinos, crujidos que parecían nacer de dentro de los objetos. De pronto, el médico vio aparecer en la zona de la herida unas sombras en forma de manos. Al principio las atribuyó a una ilusión óptica producida por el fluctuar de las llamas de las velas incidiendo en algunos objetos de la habitación; pero luego pudo observar con asombro, antes de salir huyendo aterrado del cuarto, cómo estas sombras hacían ante sus ojos movimientos metódicos, suaves y reiterados, que iba desde el cuello hasta la cintura de la paciente como si un ser invisible estuviese manipulando toda el área, no sabía con qué fin; lo cierto es que pocos minutos después, madame Blavatsky parecía haber vuelto del mismo borde de la muerte y gozar de una perfecta salud.

Luego de este incidente las dos hermanas partieron hacia Tiflis en la primavera de 1860 para visitar a sus abuelos, un viaje que duró tres semanas en diligencia. Una de las escalas la hicieron en Zadonsk, un lugar de peregrinaje en el que se conservan las reliquias sagradas de San Tikhon. Inspirada por el ambiente de devoción que se vivía en el sitio, madame Yakhontov insistió para que madame Blavatsky la acompañase a la iglesia a oír misa, principalmente atraída por el hecho de que el oficiante de esa mañana sería el metropolitano de Kiev, uno de los tres papas de Rusia, un viejo erudito amigo de la familia Hahn de nombre Isidoro Nikolsky. Reconociéndolas entre los

feligreses, este Isidoro invitó a las dos hermanas a que lo visitasen en el palacio arzobispal.

—Hazme el favor y trata de que tus diablillos permanezcan quietos mientras estemos con el venerable —pidió madame Yakhontov a su hermana cuando estaban por entrar al recibidor del metropolitano Isidoro.

Madame Blavatsky rió como cómplice hallada en sus propios temores.

—Créeme que nada deseo más que eso en este instante —dijo—; pero en verdad no puedo responder por ellos.

—¡Trata! —le alcanzó a decir madame Yakhontov cuando estaban ya frente al anciano.

Aún así, y luego que Isidoro preguntara a su hermana por sus viajes, madame Yakhontov creyó que iba a morir de la vergüenza cuando los golpecitos de siempre hicieron acto de presencia en el escritorio del venerable. Toc, toc... Toc, toc, toc. Por si esto fuera poco, las tazas del té, los espejos, las vidrieras de los armarios y hasta las mismas cuentas del rosario que el hombre santo tenía en sus manos, comenzaron a vibrar y a emitir toda suerte de quejidos y chirridos. El metropolitano interrumpió entonces el curso de la charla, notando la quieta zozobra —de aturdimiento en una, y de apenado gozo en la otra— en que las dos hermanas se hallaban en medio de aquellas manifestaciones muy poco sutiles e inoportunas. Se incorporó en su asiento, observó con atención a las hermanas y de manera inquisitiva preguntó:

—Y... ¿quién de ustedes dos posee tan extraña facultad?

Madame Yakhontov no vaciló.

—¡Ella! —dijo, echándose un poco de lado y señalando a madame Blavatsky.

El metropolitano, con mucha más paciencia y sabiduría de la esperada por las dos hermanas, inquirió acerca de semejantes manifestaciones, confesando que algo había leído de esos fenómenos llamados espiritistas. Con el consentimiento de madame Blavatsky, y ante el desconcierto de madame Yakhontov, que no terminaba de dar crédito a sus ojos y oídos, el metropolitano pedía probar el dichoso método de comunicación por golpecitos, haciendo, dijo, unas cuantas preguntas serias a los «invisibles» de madame Blavatsky, y recibiendo respuestas tan pertinentes, precisas y, a juzgar por el convencimiento del mismo santo hombre, acertadas, que la conversación se prolongó por horas, con órdenes expresas de no ser interrumpidos por nada ni por nadie. Concluida la reunión se mostró por completo asombrado y persua-

dido debido a la omnisciencia de los interlocutores invisibles, y, ofreciendo la bendición a las hermanas, se dirigió a madame Blavatsky, sin ocultar su emoción.

—No hay poder que no venga de Dios —le dijo—. Así que no deberás nunca sentirte conturbada si no haces mal uso de la facultad especial que te ha sido conferida. ¿No existen muchos poderes aún no explicados en la naturaleza? —preguntó—. No se le prohíbe al hombre conocerlos; a su debido tiempo todos serán gobernados y usados para el beneficio de la humanidad. Así, pues, que te bendiga Dios por todas las cosas bondadosas y buenas que en ti ha depositado.

Estas fueron las palabras que el metropolitano de Kiev tuvo para madame Blavatsky en presencia de su hermana madame Yakhontov.

Yuri

MADAME BLAVATSKY NO había vuelto sola a Rusia. Tras la prolongada ausencia de diez años, un niño de pocos meses de nacido la acompañaba; era frágil y pequeño, enfermizo y jorobado, deformado de cabeza y rostro. Su nombre era Yuri, y como era de esperarse, incluso el mismo general Petro Hahn sospechó de su hija Helena a pesar de las reiteradas afirmaciones de esta en el sentido de que se había hecho cargo de la criatura para salvar el honor de una amiga de familia cuyo nombre juró no revelar jamás. Para aplacar la suspicacia de su padre, días después de su arribo madame Blavatsky accedió a someterse a los exámenes médicos de un conocido de familia, el profesor Bodkin y Pirogoff, en Pskov, quien para la tranquilidad de todos quienes estaban genuinamente afligidos —mas no para las lenguas bífidas de la comarca, para cuyos poseedores ni siquiera un examen realizado bajo su personal supervisión, o, mejor aún, por sus propias manos, habría bastado—, confirmó que la examinada no podía haber dado a luz a la criatura.

Años después, siendo madame Blavatsky una figura pública mundial atacada por propios y extraños, la polémica alcanzaría de nuevo el asunto de Yuri, y harían falta dos nuevas partes médicas que corroborasen este y otros asuntos aún más delicados. La primera se daría el 3 de noviembre de 1885, y sería firmada por el Dr. Leon Oppenheimer, en Würzburg, a quien madame Blavatsky visitó por un problema de vejiga. En la traducción se lee:

El abajo firmante atestigua, como fue solicitado, que madame Blavatsky de Bombay —Secretaria Corresponsal en Nueva York de la Sociedad Teosófica— se encuentra actualmente en tratamiento médico con el abajo firmante. Ella padece de Anteflexio Uteri, muy probablemente de nacimiento; porque, como fue probado por un minucioso examen, ella nunca gestó un niño, ni tuvo ninguna dolencia de mujeres.

La ambigüedad del término «dolencia de mujeres» y los significados de un *Anteflexio Uteri*, que permitían suponer que la tal condición no impedía un embarazo, hicieron que a pedido de la condesa Constance Wachtmeister, discípula y amiga íntima de madame Bla-

vatsky para esa época, el mismo Dr. Leon Oppenheimer emitiera un segundo informe más detallado, en el cual se lee:

Certifico que madame Blavatsky nunca estuvo grávida y, consecuentemente, nunca podría haber engendrado un niño.

«Vea que la palabra *grávida*», escribiría después la misma condesa Constance Wachtmeister al coronel Henry Steel Olcott, el 10 de febrero de 1886, «comprende todos los sentidos, pues sin estar grávida ella no podría haber tenido un aborto, ni una criatura. El primer informe fue mal traducido. En el original, en manos del Sr. Sinnett, la palabra 'aborto' fue traducida por 'dolencia de mujeres'. El doctor me dice entonces que aunque ningún médico pueda atestiguar positivamente si una mujer vivió o no con su marido, siendo que la virginidad puede haber sido perdida por una caída o ejercicio fuerte, según sus mejores luces, madame Blavatsky no vivió con un hombre».

Sea como fuere, mientras estuvo en Rusia madame Blavatsky nunca se separaba de Yuri. Su existencia, sin embargo, quedaría oficialmente excluida de su vida, debido a que en su momento pediría, tanto a su hermana Vera (entonces madame Zhelihovsky), como al señor Alfred Percy Sinnett (su primer biógrafo), que no mencionaran nada de Yuri en sus escritos, puesto que ella no podía contar la verdad sin dañar las reputaciones de terceros. «¿Ahora deberé», le escribiría a Alfred Percy Sinnett «con la ilusoria esperanza de justificarme, comenzar a exhumar esos cadáveres —la madre del niño, Metrovitch, su esposa, el propio pobre niño y todo lo demás?— NUNCA. Eso sería tan mezquino y sacrílego como inútil. Le pido que deje a los muertos que duerman... No los toque, pues usted solo haría que se aumenten las bofetadas en mi rostro y los insultos que estoy recibiendo; y de cualquier forma no tendría éxito en protegerme. No quiero mentir; pero no tengo permiso para contar la verdad. ¿Qué se puede hacer? Toda mi vida, con excepción de las semanas o meses que pasé con los Maestros en Egipto o en el Tibet, está tan inextricablemente llena de eventos cuyos secretos y verdadera realidad hablan respecto a los muertos y a los vivos, siendo yo responsable solo por sus apariencias externas, que para defenderme tendría que pisar sobre una hecatombe de muertos y cubrir de lodo a los vivos. Yo no haré eso». Y en otra carta: «'El incidente de la adopción del niño'. Prefiero ser ahorcada a mencionarlo. Incluso omitiendo nombres, ¿usted sabe a qué conduciría eso? A un huracán de lodo lanzado sobre mí... Bien, mi querido Sr. Sinnett, si es para arruinarme (aunque eso sería casi

imposible ahora) entonces mencione ese 'incidente'. Mi consejo y pedido es que no lo haga. Hice demasiado en el sentido de probar y jurar que era mío —y pasé los límites—. El informe médico no servirá para nada. Las personas dirán que compramos o sobornamos al médico. Eso es todo».

Este Metrovitch —Agardi Metrovitch—, de quien habla en la anterior carta, era según sus palabras un «fiel y devoto amigo desde 1850», año en que, junto con la condesa Kisselev, lo ayudara a escapar de una prisión en Austria, en donde permanecía recluido por ser un revolucionario y mazinista ruso que había sido exiliado de Roma por haber insultado en público al papa. En Tiflis, en abril de 1862, madame Blavatsky se lo encontraría de nuevo en la Casa de la Ópera, interpretando a Mefistófeles en el Fausto de Charles Gounod junto con su esposa Teresina, también cantante de ópera que interpretaba el papel de Margarita.

Pero antes de eso sucedieron algunos incidentes importantes: la abuela, Princesa Helena Dolgorouki, murió en agosto de 1860. Un tiempo después, madame Blavatsky hizo las paces con Nikífor Blavatsky, y bajo las condiciones de respeto y compañía sin convivencia marital impuestas por ella, a cambio de la custodia legal con que Nikífor amparó al pequeño Yuri, vivieron bajo el mismo techo durante un año, convivencia probablemente pactada a favor de madame Blavatsky por el hecho de las altas probabilidades de que la verdadera madre de Yuri fuese Natalie Blavatsky, una hermana soltera de Nikífor.

Maloney y Jack

—Pero me faltó paciencia para vivir con semejante tonto y me fui de nuevo —le contaría madame Blavatsky a su amigo, el coronel Henry Steel Olcott, en la residencia que sería luego conocida como la Lama-sería, a finales de 1876—. Residí menos de dos años en Tiflis, y no más de tres en el Caúcaso —añadiría—. Viajé por la región de Imeretia, Georgia, Mingrelia y a lo largo de la costa del Mar Negro, inventando negocios y huyendo siempre no sé de qué. De los «espíritus», supongo, esa pandilla de cascarones que se energizaban siempre a mi alrededor sin darme un minuto de paz. Por otra parte, fueron años muy activos y llenos de habladurías que muchas veces yo misma había inflamado. Yo diré lo que juzgue conveniente, todo cuanto hice durante los veinte años o más, en los que di diversión al *qué dirán* y encubrí todos los rastros de aquello en que estaba realmente ocupada, las ciencias ocultas, por ejemplo, por el bien de mi familia y parientes que en aquella época podrían haberme maldecido. Desde mis dieciocho años intenté hacer que las personas hablaran de mí, y dijeran que este y aquel otro hombre eran mis amantes, y centenas de ellos. Luego también, muchos de mis amigos y parientes quedaban sorprendidos al enterarse de mi supuesta permanencia en Viena, Berlín, Varsovia y París, referida en términos tales como de ‘persona conocida tanto en la alta como en la baja sociedad’ de esos lugares, cuando ellos tenían en sus manos pruebas de que yo estaba lejos de Europa en las fechas indicadas. Se trocaba y entreveraba así mi vida con la de Natalie Blavatsky. En todo esto, mi querido coronel, Agardi Metrovitch es solo una de las muchas piezas con que el enemigo algún día jugará contra mí. Al ayudar a rescatarlo de la reclusión injusta en que se hallaba en Austria, el cónsul me dijo que yo no debía ser amiga de revolucionarios y mazinistas, y que las personas decían que él era mi amante. Ese fue el germen de todo el discurso posterior. Yo le respondí que como Metrovitch había venido de Rusia con un pasaporte regular, era amigo de mis parientes y no había hecho nada contra mi país, yo tenía derecho de ser amiga de él y de quien yo eligiese; y en cuanto a las habladurías, yo estaba acostumbrada a eso y apenas lamentaba que la reputación no correspondiese con los hechos. *Avoir la*

reputation sans en avoir les plaisirs. Además, si yo publicase cartas de Meyendorff dirigidas a su 'querida Natalie' en las que él habla de su cabello negro como el cuervo, *longs comme un beau manteau de roi*, entonces estaría dando una bofetada en el rostro de una mártir muerta, y haciendo surgir una sombra conveniente sobre alguien más de la larga galería de mis supuestos amantes. Solo Dios sabe cuánto he sufrido por mi pasado. Es claramente mi destino no recibir absolución en la tierra. Ese pasado, como la señal de la maldición impuesta sobre Caín, me ha perseguido toda mi vida, y me persigue hasta hoy mismo aquí, en América, hacia donde vine para estar lejos de él y de las personas que me conocieron en mi juventud. Con respecto a Agardi Metrovitch, en 1872 fue enviado por mis familiares a Egipto, para ubicarme y convencerme de regresar a casa; pero el pobre Agardi no solo me encontró a mí sino a su propia muerte. En esto, por supuesto, los católicos romanos estaban metidos hasta los cuernos: instruyeron a algunos malteses para que le prepararan una emboscada con la idea de prenderlo y darle muerte. De esto fui enterada por el Mahatma Hilarión, y al solo llegar Metrovitch, hice que fuera directo a mi lugar de residencia en Boulak y permaneciera allí sin salir. Lo logré por diez días; pero aquello era más de lo que el carácter opuesto y osado de Agardi podía soportar. Contra todo, se fue a Alejandría, y yo lo seguí, tal como me aconsejó el Mahatma. También me había pronosticado este su muerte, y así fue. Ninguna iglesia quiso enterrar a Metrovitch. Acudimos a los francmasones, pero estaban tan temerosos que no quisieron involucrarse, así que con ayuda de un abisinio —un discípulo del Mahatma Hilarión— y con el sirviente del hotel, cavamos una sepultura debajo de un árbol a la orilla del mar, y enterramos allí su pobre cuerpo. En fin, coronel, antes de eso, durante aquellos años en el Cáucaso, emprendí algunos negocios muy variados. Era muy buena haciendo flores artificiales, así que puse a funcionar un taller; luego, en Mingrelia, en las costas del Mar Negro, me inicié en el comercio maderero, vendiendo troncos de nogal en el exterior; aún después, en Odessa, me involucré en asuntos relacionados con un proceso barato de extracción de tinta, que funcionó muy bien y que luego vendí. Hacía mucho que no me comunicaba por medio del método de los golpes: en esa época respondía a las preguntas verbalmente o por escrito, era más rápido y satisfactorio. Además, los fenómenos que ocurrían alrededor de mí sin mi consentimiento iban desapareciendo poco a poco, hasta volverse esporádicos. Para entonces caí enferma con una fiebre que nadie acertó en diagnosticar. En el

trance más álgido de la enfermedad, me sentí estar viviendo una doble vida. Me llamaban por mi nombre y yo abría los ojos al oírlo, y me encontraba de lleno en mi propia personalidad; pero tan pronto como me quedaba sola, volvía a caer en la ya regular condición de adormecimiento y me transmutaba en otra persona. Pasaba una semana sin tomar más alimento que un poco de agua, y al cabo de cuatro meses quedé reducida a un esqueleto. En casos cuando era interrumpida mientras me hallaba en mi *otro yo*, cuando se pronunciaba el sonido de mi nombre, y cuando estaba conversando en mi vida de sueño (digamos, a mitad de una oración proferida ya sea por mí o por aquellos que estaban con mi segundo yo en ese momento), y abría mis ojos para responder al llamado, solía responder de manera muy racional, y entendía todo, ya que nunca tuve delirio. Pero tan pronto como volvía a cerrar los ojos, la oración que había sido interrumpida era completada por mi otro yo, desde la palabra, o incluso la mitad de palabra, en donde se había interrumpido. Cuando despertaba siendo yo misma, recordaba sin dificultad quién era yo en mi segunda capacidad y lo que había y estuve haciendo. Pero cuando era ese alguien más, la persona en la que me convertía, sé que no tenía idea de quién era H. P. Blavatsky. Me hallaba entonces en otro país muy lejano, en una individualidad totalmente diferente de la mía, sin conexión alguna con mi vida presente. Finalmente, debido al grado avanzado de mi debilidad, lo que imposibilitaba el traslado a grandes distancias a tiro de caballo, me terminaron llevando en un bote en un viaje de cuatro días hacia Kutaísi, en un río estrecho apenas navegable, con solo cuatro sirvientes nativos para cuidar de mí. Yo misma no estoy segura de lo ocurrido durante esa travesía, y solo existen los testimonios de los sirvientes, tres de los cuales abandonaron mi custodia al solo llegar a Kutaísi, donde reside una pariente lejana. Antes afirmaron que durante tres noches seguidas habían visto con espanto que alguien que ellos habrían jurado era yo misma se deslizaba del bote y, cruzando las aguas, se dirigía hacia los bosques adyacentes mientras mi cuerpo yacía tendido en la cama, en el fondo de la embarcación. Dijeron que dos veces el timonel se aterrorizó al ver aquella figura, y de no haber sido por la insistencia de un viejo criado fiel, me hubiera abandonado con todo y la embarcación en medio del río. Este último afirmó luego haber visto en la última noche dos figuras espectrales abordar el bote, mientras que yo estaba dormida ante sus ojos. De Kutaísi me trasladaron con mucha dificultad a Tiflis, en carruaje. Fue a partir de esta extraña condición y enfermedad, que se desvaneció, para no volver, el

último vestigio de mi debilidad psicofísica. Al recuperarme de la nada, me sentí purificada y limpia de aquella terrible inclinación a atraer hacia mí cascarones errantes y afinidades etéreas. Desde entonces fui libre, y las manifestaciones quedaron sometidas a mi voluntad, gracias a aquellos a quienes a toda hora bendigo.

En este punto madame Blavatsky hizo una pausa para enrollar un cigarrillo para ella y otro para el coronel. Mientras hablaba, había estado dando golpes en el suelo con la punta de su pie derecho, un hábito que el coronel ya conocía bien, y que solía ir asociado, aunque no fuera el caso esta vez, con estados de profunda reflexión en que caía su amiga.

Luego de dar un par de caladas al cigarrillo, madame Blavatsky continuó.

—Dejé Tiflis porque me sentía enferma del corazón: tú sabes, la vida convencional y todo eso, y mi alma necesitaba espacio una vez más. Luego vino Irán, Siria, Líbano, Egipto, Jerusalén, Grecia e Italia. Para esa época estudié la cábala bajo la tutoría de un sabio rabino. En Italia visité Venecia, Florencia y Mentana, que estaba sumida en una lucha convulsiva entre italianos liberadores al mando de Garibaldi, las fuerzas papistas y las francesas. Todo un barullo. Por supuesto, yo quedé en medio de aquel descontrol. Tal vez tú recuerdes que se escribió en alguna parte que yo había luchado por la libertad bajo el estandarte de Garibaldi, ganando renombre por... «valentías intrépidas», decían, en muchas «batallas duramente peleadas», que me habían ganado el ascenso a una alta posición «en el Estado Mayor de Garibaldi», y que en dos ocasiones habían acertado en hacer blanco en mi caballo, escabulléndome, así, de la muerte debido a mi «frialidad y habilidades sin igual», hazme el favor, como si pudiese uno escabullirse de la muerte. ¡Puras patrañas, mi querido Maloney!, cada palabra es mentira. Lo cierto es que llegué a Mentana como voluntaria «de a pie» junto con otras damas europeas, y así me quedé. Nunca estuve en el Estado Mayor de Garibaldi, y me hirieron casi de muerte, sí, pero en revueltas de no mucha monta, debo confesar para tu desilusión.

—¿Quieres decir que el Caballo Viejo conserva aún esas heridas? —preguntó el coronel.

—¡Y vaya que sí las conserva!, ¿quieres verlas? Mira —dijo madame Blavatsky, remangándose la tela del vestido hasta la altura del codo izquierdo, y señalando un punto preciso del brazo—. Dame tu mano. Aquí, ¿sientes? —agregó, colocando el índice del coronel Ol-

cott primero a mitad del brazo y luego más hacia arriba, y ejerciendo con él presión en dichos lugares—. Justo en este punto... y en este otro, una estocada de sable le rompió el brazo a tu querido Caballo Viejo, Maloney impertinente.

—Deja ver... Sí, sí, puedo sentirlo.

—Ahora siente aquí y no se te ocurra pensar que te estoy seduciendo.

—No osaría, Jack, tú sabes.

—Solo calla y siente.

Esta vez lo hizo tocar sobre la tela, en su hombro derecho, algo que el coronel sintió como una dureza redonda incrustada en el músculo, y que, a decir de madame Blavatsky, era una bala de mosquete.

—Tengo otra aquí —le dijo luego, ya subida en la momentánea exaltación de las pasadas glorias de un soldado. Se levantó el vuelo de las faldas y sacó la pierna derecha, en cuyos músculos el coronel volvió a palpar una dureza similar, dándole esta vez la sensación de que aquella dureza no estaba incrustada en la carne, sino a punto de brotar de ella—. Cinco heridas en total. Me dieron por muerta y me dejaron tirada en una fosa común, de donde por suerte me recogieron, no me preguntes quiénes ni cómo. No recuerdo.

—¡Vaya que eres un Caballo muy marcado por los trotes y las correrías de tus tiempos de potro salvaje! —le dijo el coronel, genuinamente impresionado.

—Y otras marcas más que no se notan en los músculos —respondió madame Blavatsky, endulzando el semblante con cierta dignidad de mártir—. Yuri murió en esa época —dijo, y la meditación de dos silencios que se hacían compañía se nutrió de un tiempo largo, guardado por años—. Pero no vamos a hablar de esa época terrible—susurró por fin, mirando al aire—. Estaba en Florencia cerca de la navidad de 1867. De allí partí hacia Antemari con rumbo a Belgrado, donde tuve que esperar en las montañas por orden del Mahatma para ir a Constantinopla pasando por Serbia y las montañas Cárpatos, esperando a cierta persona que él había enviado para buscarme y llevarme primero a la India y luego al Tíbet —otro silencio siguió—. Pero es muy tarde ya —dijo madame Blavatsky, dejando la poltrona para tomar rumbo a su habitación—. Buenas noches, Maloney.

—Buenas noches, Jack.

Tercera parte

El comisionado

HENRY STEEL OLCOTT revisaba una vez más las certificaciones de los altos oficiales anexadas a los recibos de comida y cuarto de los reclutas para regimientos voluntarios. Desde noviembre de 1862 hasta la fecha —corría el final del verano de 1863—, había estado trabajando, primero en su casa, en el número 93 de Franklin Street, Nueva York, y luego en cualquiera de sus dos oficinas de Washington o Nueva York, tras haber sido comisionado para investigar un sospechoso caso de corrupción y fraude relacionado con el contratista del ejército Solomon Kohnstamm, cuya investigación muy pronto había dejado al descubierto numerosos casos más de desfalcos cuantiosos maquillados, a los que Henry Olcott ya daba por llamar «El carnaval del fraude de la guerra». Amparados en sus cargos, muchos especuladores y oficiales inescrupulosos había hallado la manera de enriquecerse valiéndose de toda clase imaginable de prestidigitaciones, muchas de ellas descaradas, mientras otros filtraban o canalizaban ayuda e información al enemigo del sur o a sus potenciales aliados europeos. El trabajo, que originalmente había sido pensado para resolverse en una quincena, se había prolongado meses y había obligado al montaje de dos oficinas con personal completo de detectives, estenógrafos, interrogadores y oficinistas para el trabajo burocrático. Uno tras otro habían ido descubriéndose casos como el de Kohnstamm. Cuando se comprendió la magnitud de la investigación y el peligro que implicaba, viéndose que se trataba de un asunto en el que estaban involucrados altos oficiales y gente poderosa, amén de esbirros y sicarios, le fue otorgado a Henry Steel Olcott el rango de coronel.

Con su mirar sereno de filósofo, su frente amplia despejada y su cabello pulcramente acicalado hacia atrás, de cuyas sienas parecía chorrear el orden de una barba que cubría los costados de su cuello y dejaba la barbilla libre para unirse a un bigote entrecano, a la manera de moda que hacía recordar a las gallinas guineas, el coronel Henry Steel Olcott, para entonces de 31 años, con los papeles aún en mano, miró por la ventana desde su escritorio, atraído por un cielo despejado que lo hacía cavilar introspectivamente —como solía hacer toda vez que estaba a punto de sumirse de lleno en la acción—, queriendo

encontrar en el vuelo de algunos pájaros que revoloteaban afuera, el significado de estar ahí investigando, en lugar de estar en campos de batalla como hacía apenas un año lo había estado.

En efecto, casi desde el principio de la guerra civil, en 1861, funcionando como oficial de comunicaciones, había formado parte de la expedición de Burnside a Anápolis, y había participado en la captura de la Isla Roanoke, en la batalla de Newbern, en el sitio y posterior captura del Fuerte Macon y en las batallas de de Rappahannock, entre otras. ¿Pero qué lo había llevado a que lo comisionaran en tan peligroso asunto de fraudes y espionaje, cuya rutina oficinesca pintaba todo de conveniente alejamiento del peligro? Temía por su vida, por la de su esposa Mary y por sus hijos de uno y dos años; no como se teme en batalla: con los estruendos alrededor y la adrenalina al tope, sino con el aparente inocuo silencio de firmas a veces falsificadas de oficiales comisionados que amparaban vales por comida y cuarto, él: coronel ahora, quien nunca había sido dado a tener tratos con cuestiones de oficiales y autoritarismo.

Hacía tan solo unos minutos, una fuente muy confiable había llegado a esa misma oficina de Nueva York para advertirle que él, como comisionado especial para las investigaciones que se llevaban a cabo, el fiscal de los Estados Unidos y el Secretario de Guerra, serían encausados por restringir el recurso de habeas corpus amparándose en un alegado acto inconstitucional del Congreso que suspendía al mismo. Solomon Kohnstamm había hecho uso de su red de amigos influyentes luego de haber sido capturado, con precipitación imperdonable, por las autoridades involucradas, antes de que el coronel Henry Steel Olcott pudiera reunir toda la necesaria evidencia, y las voces de protesta de sus cómplices y partidarios, muchos de ellos desconocedores de los desmanes cometidos por Kohnstamm y convencidos por su imagen de hombre honrado, se dejaron oír.

Henry Steel Olcott

SEGÚN EL LIBRO *Los Olcott y sus congéneres*, por Mary L. B. Olcott, publicado en 1956, el apellido Olcott procede del nombre de un lugar normando llamado Olcotes, y se encuentra en los viejos archivos de Londres en variaciones tales como Ulecote, Ulecott, Hullcote hasta llegar a ser a veces Alcock, Alcocke, Allcox, etcétera. El «cock», gallo, debió ser desde el inicio una parte importante del apellido, puesto que uno de ellos aparece en la cresta del escudo de armas de la familia, con el motivo «Vigilate» escrito en su base. Años después, al ir tras la pista de sus ancestros, Henry Steel Olcott afirmaría, convencido, que era un descendiente del obispo Dr. John Alcock a las órdenes de Enrique VII.

Alrededor de 1635, Thomas Olcott (a veces escrito Thomas Alcock), tátara (por 5) abuelo de Henry, se aventuró en la entonces Norteamérica salvaje, y su nombre aparece en los registros de 1638 de Hartford, Conecticut, como terrateniente y comerciante. En agosto 2 de 1832 nació Henry Steel —el primero de la octava generación posterior al pionero Thomas Olcott—, hijo de Henry Wyckoff Olcott y de Emily (cuyo apellido de soltera era Steel), y a él le seguirían 3 hermanas. Tanto Henry Wyckoff como Emily eran presbiterianos ortodoxos, puritanos y devotos temerosos de Dios, y así fueron criados Henry Steel y sus hermanas. La familia se trasladó a Nueva York, en donde Henry asistió primero a una de las escuelas públicas de la ciudad y luego, a la edad de 15 años, a la Universidad de Nueva York, donde no estuvo más que un año debido a que la bancarrota alcanzó a los negocios de su padre, lo cual obligó al joven Olcott a hacerse una vida independiente basada en el trabajo para la subsistencia; en esto, sus tres tíos maternos fueron sus mentores. George, Isaac y Edgar Steel eran granjeros propietarios en Ohio, y para allá se trasladó Henry Steel Olcott, a trabajar una parcela de 50 acres con sus propias manos, y allá también hizo contacto por primera vez con la naciente moda del espiritismo a la que sus tíos se habían vuelto asiduos luego de la primera noticia escandalosa y pública que se tuvo de ella, en 1848, con el resonado caso de las hijas de John Fox, en su casa de Rochester, Nueva York, en donde se habían hecho pruebas para verificar

la autenticidad de los ruidos y golpes extraños que ellas escuchaban en la casa, y que se producían sin aparente intervención de nadie y de nada, lo que había conducido a establecer una rudimentaria y muy noticiosa «comunicación con los espíritus» a base de golpes con los que los supuestos espíritus respondían en ocasiones a preguntas formuladas por investigadores serios. Aunque los fenómenos de esta naturaleza tenían un amplio historial de siglos, y antes de volverse una nota muy común en los periódicos de la época ya eran practicados sin mucha resonancia por individuos aislados e incluso por sectas como la de los *Shakers* en Estados Unidos, el muy pronto célebre caso de los Fox se contagió a otros centros de Norte América y Europa; en ellos se hizo sentir con toda su fuerza lo que después se volvería la típica parafernalia de los fenómenos espiritistas: materializaciones, aportaciones, voces de ultratumba, levitaciones, sesiones, mesas móviles, posesiones y las demás variadas formas de manifestación y recepción de los mensajes de los seres que se comunicaban desde «el otro lado».

Años después, Henry Steel Olcott escribiría respecto a los tíos Steel en sus *Páginas de un viejo diario* en los siguientes términos: «Puedo casi considerarlos como mis grandes benefactores en esta encarnación, puesto que fue por ellos, y por las otras mentes iluminadas y almas nobles en conexión con ellos en un grupo espiritista, que aprendí por vez primera a pensar y empeñarme sobre líneas que me conducirían finalmente a H.P.B. y el movimiento teosófico».

La joven e inquieta mente de Olcott también halló gran fascinación en el estudio y en la práctica del mesmerismo, ya de moda un poco antes de las manifestaciones espiritistas, con resultados muchas veces perceptibles, como cuando trató con pases magnéticos de manos a una vecina que estaba a punto de someterse a una operación dental sin anestesia, en la cual, ya sea por el éxito de Henry en el manejo del fluido magnético vital, llamado Od en mesmerismo, o por sugestión, la paciente no sufrió ninguno de los terribles dolores que debió haber sentido sin el uso de la anestesia. A lo largo de su vida venidera, Henry Steel Olcott, ayudado, según declararía en su momento, por los Mahatmas, iba a lograr mucha fama con este tratamiento de pases mesméricos para la curación de muchos pacientes que adolecían de distintas afecciones.

Después de unos años viviendo vida de granjero en Ohio, Henry Steel Olcott empleó sus ahorros para estudiar química agrícola y otras materias relacionadas con agricultura científica en una granja modelo cerca de Newark, Nueva Jersey, dirigida por el profesor J. J.

Mapes, interesado también en espiritismo. Allí encontró en sí mismo un nuevo talento desconocido por él hasta la fecha, cuando colaboró como editor asistente de una publicación del profesor Mapes, *The working farmer*. Después de dos años, y tras recibir la herencia de un pariente, junto con un amigo emprendió las operaciones de una escuela de ciencia agrícola, en Monte Vernon, Nueva York, con métodos pioneros basados en modelos suizos.

La inminencia de la guerra entre el norte y el sur planteaba la necesidad de buscar alternativas que le permitieran al norte volverse independiente de los suministros de azúcar procedentes del sur, para lo cual se pensó como alternativa en el cultivo del sorgo, o azúcar china, cuyas semillas podían importarse desde Francia.

Henry cultivó la caña del sorgo y del imphee, o azúcar africana, se involucró en el proceso de refinamiento de las mismas y se volvió una autoridad en ese asunto de importancia política estratégica en esa época, lo que lo llevó a dar conferencias sobre el tema y posteriormente a publicar un libro especializado sobre el mismo, que alcanzó siete ediciones y fue recomendado como libro de texto. A este le siguió un segundo libro. Como sea, su proyecto de escuela agrícola fracasó por falta de apoyo y Henry se quedó de nuevo sin capital. En ese momento, sin embargo, se le plantearon un par de opciones bastante seductoras: la dirección del Buró de agricultura en Washington, o el presidir la dirección en Agricultura en la Universidad de Atenas, Grecia, ninguna de las cuales aceptó. En lugar de ello, se trasladó adonde su familia. Su madre había muerto hacía dos años, «rezando hasta el final para que su díscolo hijo, Henry, regresara al redil cristiano». Henry obtuvo un puesto como Editor Asociado de Agricultura en el *New York Tribune* y se le nombró corresponsal del *Mark Lane Express*, el máximo órgano británico en lo que al comercio de maíz se refería.

Se le plantearía un giro interesante a su vida cuando fue asignado por el *New York Tribune*, de fuertes convicciones abolicionistas, para cubrir el ahorcamiento de John Brown, conocido activista en pro de la libertad de los esclavos por vía de la violencia.

John Brown había concebido el plan de establecer una fortaleza para refugio de esclavos en fuga en las montañas de Virginia, y había tenido éxito en hacerse de armas para defender dicha fortaleza atacando el arsenal federal en Harpers's Ferry, con solo 18 hombres. Como respuesta, el entonces coronel Robert Lee, subyugando a su minúsculo ejército, capturó a Brown, quien fue juzgado y sentenciado

a ser colgado en Charlestown, Virginia, en diciembre 2 de 1859.

Sabiendo los riesgos que corría un miembro del personal de dicho periódico en Virginia, y ya no se diga un corresponsal del mismo (se decía incluso que en privado se había ofrecido una suma importante de dinero por la captura de cualquier hombre del *Tribune*), Henry Steel Olcott propuso cubrir el ahorcamiento con la condición de que se le permitiera hacerlo a su manera.

Con la ayuda de un amigo que ignoraba su misión, se las ingenió para unirse como voluntario a una unidad del sur que estaba de servicio en Charlestown. El estar vestido de civil en medio de sus compañeros en uniforme lo volvía sospechoso. Ya mientras llegaba a Charlestown le sucedió un percance que bien pudo volverse un asunto de vida o muerte: vio entre la multitud a un fanático secesionista sureño que lo conocía bien y que sabía que trabajaba para el *Tribune*, y por las intrincadas maniobras que tuvo que hacer para que el mencionado conocido no lo identificara, dejó su baúl en la estación. Luego se enteró de que en esos casos el equipaje era llevado a las oficinas de la comisaría hasta que fuese reclamado. El problema era que estaba aún etiquetado como de Nueva York, lo cual era suficiente motivo para que el dueño del mismo estuviera en serios problemas. Tampoco era opción dejar el baúl sin reclamar porque su propietario podría ser perseguido y capturado con mucha facilidad.

Luego de pensarlo muy bien, Henry decidió hacer uso de una muy arriesgada estrategia: escogió a un valiente y atento miembro del personal, y bajo el sello del secreto masónico le dijo quién era, y le ordenó reclamar por él su baúl. Sorprendentemente el plan dio resultado y pudo darse a la tarea de atestiguar, dentro de lo que cabía, con un poco más de tranquilidad, el ahorcamiento de Brown.

De regreso a Nueva York fue nombrado periodista editor y se casó con Mary Eplee Morgan en abril de 1860. Un año después estalló la guerra civil, y a finales del siguiente año Henry fue comisionado para investigar el caso de corrupción de Solomon Kohnstamm, que era solo uno de muchos casos de desmán, espionaje y corrupción que habría de pasar por sus manos.

Tras el inicial alboroto causado por las acusaciones de los amigos de Kohnstamm luego de su precipitada captura, Henry tomó acción y se presentó delante del gran jurado con todos sus papeles, poniéndose a disposición de los investigadores en todas las interpelaciones y pesquisas que se juzgaran oportunas llevar a cabo, con resultados

de elogio por su labor y del inmediato desvanecimiento de cualquier amenaza de acusación en su contra dada la contundencia de las pruebas presentadas. Posterior a ello ofreció una conferencia de prensa para explicar la naturaleza y avance de las investigaciones, lo que le generó una simpatía pública y de prensa que terminó de validar sus labores oficiales, permitiéndole continuar con las investigaciones con la eficiencia y hermetismo requeridos.

Solomon Kohnstamm fue sentenciado en mayo de 1864 a diez años de trabajos forzados en la prisión de Sing Sing.

Después de fungir más de un año como Comisionado Especial para el Departamento de Guerra, el Secretario de la fuerza Naval solicitó que llevara a cabo servicios similares para ese departamento, por lo que fue comisionado como Investigador Especial en la Marina, en donde encontró la misma corrupción que en la Armada.

Henry Steel Olcott tuvo participación en otro acontecimiento de importancia capital en la historia norteamericana de la época. En la mañana siguiente del asesinato de Abraham Lincoln perpetrado por John Wilkes Booth en el Teatro Ford de Washington, Henry escribió un telegrama al Secretario de Guerra ofreciendo sus servicios y los de sus colaboradores al país. «Deseo sus servicios. Venga a Washington de inmediato, y traiga su fuerza de detectives con usted», fue la respuesta inmediata.

Esa misma noche el coronel partió a Washington y fue designado como miembro de la terna cuyo propósito era recabar las evidencias que pudieran hallarse en referencia a cualquier indicio de conspiración tras el asesinato, y de exhibir a los conspiradores. La siguiente noche del arribo y de la instalación de la comisión, hizo el primer arresto de unos de los principales conspiradores, Ned Spangler, y montó la redada en la pensión de los Suratt en donde los conspiradores habían sostenido sus reuniones.

Mientras tanto, el trabajo de investigación de los desmanes cometidos durante la guerra continuó, y el coronel Olcott se propuso establecer nuevos métodos de procedimiento para volver transparentes las instituciones, al punto de que dejaran traslucir el mínimo abuso o corrupción. Su trabajo en la comisión especial terminó a finales de 1865, y en ese punto decidió dar un nuevo rumbo a su carrera y a su vida.

La tierra de los pasos elevados

—No PUÉDOLO recordar —respondió madame Blavatsky al caballero que en traje de montar se paseaba por la sala.

—¡Qué inglés gracioso usa usted! —observó el hombre.

Madame Blavatsky volvería a verse sentada sobre la estera, a un costado de ese hombre sabio lleno de encanto. Toda la escena se le vendría a la mente de pronto en un sueño lúcido que tendría años después de sucedidos los eventos, tras la lectura de unas pocas páginas del Reporte Hodgson en el que se la acusaba a ella de ser un fraude.

Lo que soñaría ya había ocurrido entre 1868 y 1869, en casa del Mahatma Koot Hoomi, en las afueras de Ladakh y a más de 4000 metros de altura sobre el nivel del mar, entre las cordilleras del Karakorum e Himalaya. El hogar del Mahatma Koot Hoomi era una antigua construcción de estilo chino, parecido a una pagoda, aislada de todo vestigio de civilización. Con él vivía también la hermana del Mahatma con el sobrino del mismo, y no era inusual que el Mahatma Morya se hospedara asimismo con ellos.

Protegida de las nubes nerviosas del monzón indo por la barrera natural de los Himalayas, y de los vientos invernales que soplan desde el Asia Central por las cumbres del Karakorum, la región era un desierto helado con bajo nivel de oxígeno atmosférico, por lo que a madame Blavatsky se le había hecho necesaria una aclimatación gradual y vigilada, como era norma para cualquier otro viajero que llegaba a tales tierras procedente del sub-continente indo.

Pronto daría inicio su entrenamiento. Estaría recluida en algunos gompas o monasterios budhistas tras-himaláyicos, en donde estudiaría y memorizaría los preceptos sagrados ancestrales, originalmente grabados en delgadas placas cuadrangulares y copiados en discos que solían guardarse en los altares de los centros mahayanas, por lo general escritos en caracteres ideográficos. Para esta labor, madame Blavatsky iba a recordar haber necesitado antes ejercitarse en el conocimiento de la antigua y sagrada lengua sacerdotal, llamada *senzar*; en el alfabeto criptográfico tibetano basado en números y colores, llamado *lug* en tibetano; y en inglés, cuyo dominio convencional y pronunciación con fuerte acento rural de Yorkshire (que tanto la fas-

tiabiaba y que, incluso, trató de evadir en lo posible desde los 14 años, sobre todo debido a las risas que provocaba en otros) estaba lejos de ser un vehículo eficiente para la transmisión de una parte de todo ese saber al occidente, a lo cual parecía estar destinada el resto de su vida.

Así, pues, los primeros meses iba a recordar haberlos invertido en un aprendizaje heterodoxo del inglés y del senzar. Justo como lo hiciera en esa ocasión, en el sueño pensaría con una claridad pasmosa: «Ahora que estoy aquí y que solo hablo inglés, tal vez pueda aprender a hablarlo mejor con Él». En su estadía siempre habló en inglés, bueno o malo, con el Mahatma Koot Hoomi, cosa que a él le daba lo mismo porque no lo hablaba, y, sin embargo, de alguna manera entendía cada palabra que ella decía desde su cabeza y hacía que ella lo comprendiera a él. Recordaría en su sueño haberle mostrado al Mahatma Koot Hoomi unas frases en lengua senzar que había estado estudiando, y pedido que le dijese si las había traducido bien al inglés.

—Ahora su inglés está mejorando —le transmitió el Mahatma—. Trate de sacar de mi cabeza incluso lo poco que yo sé de él.

Y puso su mano en la frente de ella, en la parte de la memoria, y presionó con sus dedos allí. Ella sintió un pequeño dolor superficial que le provocó un escalofrío.

A partir de ese día el Mahatma Koot Hoomi hizo lo mismo todos los días con su cabeza, durante dos meses.

Luego fue capaz de comprender, traducir y memorizar algunos de los preceptos que después formarían la base de *La Doctrina Secreta*, una de sus obras fundamentales que el mundo occidental conocería.

Iba a recordar haber sido guiada por el Mahatma a través de grutas sagradas y templos, haber sido iniciada en un subterráneo cauce del Río Indo que corre debajo del mismo Himalaya, y haber visitado templos y cuevas. Por siete semanas había permanecido aislada en los bosques cercanos a las montañas Karakorum, en donde solo el Mahatma Koot Hoomi la visitaba a diario. Recordaría que en uno de los templos-cavernas de ese bosque había contemplado una serie de estatuas que representaban a los grandes maestros del mundo: una enorme estatua de Jesús Cristo, en el momento de perdonar a María Magdalena; Gautama Buddha ofreciendo agua en la palma de su mano a un mendigo, y Ananda, discípulo predilecto de Gautama, bebiendo de las manos de una prostituta paria.

En el sueño, cambiaría la escena de nuevo, y se vería a sí misma 17 años atrás en las afueras de Ladakh, la Tierra de los pasos elevados, alejándose con el Mahatma Koot Hoomi que la enviaba de nuevo a

Europa. Se vería despidiéndose de la hermana de él, de un niño y de los otros chelas o discípulos. Recordaría las palabras de despedida del Mahatma, sonriente como siempre, diciéndole:

—Bien, si no ha aprendido mucho de las ciencias sagradas y del ocultismo práctico, y quién esperaría que una mujer lo hiciera, al menos ha aprendido un poco de inglés: ¡Ahora lo habla solo un poco peor que yo!

Dos cartas

*A la honorable
y la más honorable Dama—
Nadyejda Andreevna
Fadeyev
Odessa*

Los nobles parientes de Mad. H. Blavatsky no deben tener causa alguna de aflicción. Su hija y sobrina no ha abandonado este mundo en absoluto. Está viva y desea hacerles saber a aquellos a quienes ama que está bien y que se siente muy feliz en el retiro distante y desconocido que ha seleccionado para ella. Ha estado muy enferma, pero ya no más; debido a la protección del Señor Sangyas ha encontrado amigos devotos que cuidan de ella física y espiritualmente. Que las damas de su casa, por consiguiente, estén en calma. Antes que 18 lunas nuevas se hayan elevado, ella regresará a su familia.

[Carta y sobre enviados al coronel Henry Steel Olcott en 1884, escrita en francés y a mano, en papel de arroz usado en Cachemira y Punjab.

En el sobre, y con caligrafía de Nadya, en ruso, se lee a lápiz:

«Recibida en Odessa, noviembre 7, referente a Lyolinka, probablemente desde el Tibet, noviembre 11, 1870, Nadejda F.»

La nota y el sobre están escritos en la caligrafía del Mahatma Koot Hoomi].

* * *

[Carta de Nadya a Olcott, fechada en junio 26, 1884, escrita en francés]

Narraré lo que me sucedió en relación con cierta nota, recibida por mí de manera fenoménica, cuando mi sobrina estaba en el otro lado del mundo... Nadie sabía dónde estaba —lo cual nos afligía profundamente—. Toda nuestra búsqueda había terminado en nada. Estábamos listos a creerla muerta cuando —creo que fue por el año de

1870, o posiblemente después— recibí una carta de ese a quien creo que ustedes llaman «KH», que me fue traída, en la forma más incomprendible y misteriosa, por un mensajero de apariencia asiática, quien luego desapareció delante de mis propios ojos. Esta carta en la que se me suplica no temer nada, y que anunciaba que ella estaba a salvo, aún la tengo en Odessa...

¡Ruego que me excuse, pero es difícil, por no decir imposible para mí, comprender cómo puede existir gente tan estúpida como para creer que ya sea mi sobrina o usted hayan inventado a los hombres a quienes llaman los Mahatmas! No estoy al tanto de si usted los ha conocido en persona por mucho tiempo, pero mi sobrina me habló de ellos, y mucho, hace años. Me escribió que había conocido y reanudado relaciones con algunos de ellos, aun antes de que escribiera su Isis. ¿Por qué debería haber ella inventado esos personajes?...

Si yo, que he sido siempre, y espero continuar siempre siendo una ferviente cristiana, creo en la existencia de esos hombres —aunque rehúse dar crédito a todos los milagros que les atribuyen—, ¿por qué otros no deberán creer en ellos? Al menos puedo verificar la existencia de uno de ellos. ¿Quién, si no, podría haberme escrito esta carta para tranquilizarme en el momento cuando tenía la enorme necesidad de tal sosiego, a menos que haya sido uno de esos adeptos mencionados? Es verdad que la caligrafía no me es conocida; pero la manera en la cual me fue entregada fue tan fenomenal, que nadie más que un adepto en ciencia oculta podría haberla realizado. Me prometió el regreso de mi sobrina —y la promesa fue debidamente cumplida—. Como sea, se la enviaré, y en cuestión de una quincena deberá usted estarla recibiendo en Londres.

SS. *Eunomia*

CUANDO DIVISÓ las costas de Alejandría madame Blavatsky tomó una bocanada de aire, llenó sus pulmones hasta saturarlos y luego la soltó, adoptando una pose facial que hacía recordar una representación de Céfiro antes de provocar con su aliento el brote de las flores en la boca de la ninfa Cloris. Llegaba con lo que llevaba puesto, y pensaba en las dificultades que tendría luego en Cairo mientras sus parientes se las arreglaban para enviarle algunos fondos para hacerse de lo básico. Al menos el Gobierno griego había proveído a los sobrevivientes de la reciente catástrofe del SS *Eunomia* —ella incluida— con pasajes hacia sus destinos, y eso era algo; no debía preocuparse por tales pequeñeces: por mucho que fueran molestas cargas estaba ahora bajo el amparo de los Mahatmas, y ellos sabrían conducirlo a través de los intrincados caminos de la supervivencia física. Si la protegieron antes de haberla conocido en el físico, si la salvaron de accidentes, si la sacaron con vida de esa terrible explosión del SS. *Eunomia*...

Al SS *Eunomia* lo había abordado en el Puerto Pireo, cerca de Atenas, y el vapor estaba supuesto a conducir a los casi cuatrocientos pasajeros a una de las islas del Mar Jónico, de donde ella tomaría rumbo a Cairo tras arribar a Alejandría, como se lo había ordenado el Mahatma Hilarión, a quien, decía, recién había tenido la dicha de conocer en el físico en Chipre.

Tras haber partido de la residencia del Mahatma Koot Hoomi en Ladakh, había tomado el vapor que la había conducido vía el recién abierto Canal de Suez hacia Chipre, en donde había compartido con el Mahatma Hilarión, quien le había ayudado a comprender la tarea que tenía adelante: la misión de divulgar en el mundo occidental algunos conocimientos ancestrales que serían revelados por ciertos iniciados. Sin ella saberlo claramente para eso se había estado preparando toda su vida, podía sentirlo ahora, inundada como estaba por el dejo de esa bocanada de aire que sabía a Sahara, a rumbos peregrinos que debía tomar por un desierto de saber, llevando un poco de agua para dar a beber a quien se pusiese a sí mismo en actitud de aceptarla. Para eso se había vuelto cada vez más consciente de sus facultades naturales y había puesto orden en el caos con que estas se manifestaron

en su vida temprana; para eso había estudiado tantos libros y visitado tantas tierras; para eso había tenido que lidiar con viejos cuervos desplumados, sacrificar sueños, dejar parientes, soportar infamias.

Se sentía, no obstante, ansiosa e indecisa acerca de cómo debería iniciar esa tarea, cómo debería enfrentar al materialismo circundante, que hacía del hombre una suerte de estado de la nada manifestándose en los engranajes del cuerpo: la máquina que lo genera como efecto secundario de la dinámica de los elementos químicos que lo constituyen. ¿Cómo debería revelar el alma de las cosas cuando, en el otro extremo, el instinto de reconocimiento en la trascendencia del hombre estaba llevando a este a credulidades arteras tales como la evocación de «espíritus», frenología y prácticas de hechicería que revelaban más desesperación que tino y fundamento? Ya el Mahatma Hilarión le había advertido que tendría que esmerarse en mostrar a la gente dispuesta los universos abiertos en las potencias latentes en la misma naturaleza humana que, educidas debidamente, conducirían al hombre al encuentro con su herencia espiritual, «al tiempo que desarrolladas con intenciones egoístas le conducirán a catástrofes de dimensiones extraordinarias», le había dicho.

El SS *Eunomia* llevaba una carga de pólvora y fuegos artificiales que estalló a mitad del viaje, sumiendo al buque en un lecho de llamas precisamente de dimensiones extraordinarias en tan solo unos segundos. Así se manifestaría la consecuencia de las rutas emprendidas por el hombre, pensaba madame Blavatsky, de dejarlo suelto, por un lado, en los parajes de sus angustias pesimistas, y libre, por el otro, en los vericuetos de la superchería y de las prácticas más superficiales de pretendido sello espiritual. De los casi cuatrocientos pasajeros a bordo del SS *Eunomia*, solo dieciséis habían sido rescatados. Al llegar a Alejandría con lo que llevaba puesto desde la tarde de la catástrofe marítima, a madame Blavatsky el naufragio que había recién padecido se le revelaba como una señal para la renovación, el renacimiento a una misión para la que debería estar atenta al surgimiento de *formas* que le revelarían por fin la *manera*.

La Société Spirite y Emma Coulomb

MADAME BLAVATSKY reunió en Cairo a un grupo de personas interesadas en el estudio del mediumnismo y sus manifestaciones, y formó un grupo llamado *Société Spirite*. Recurrir al espiritismo de Allan Kardec como objeto de estudio era la única manera que se le ocurrió para poner en evidencia el peligro a que se sometían tanto los médium como el público asistente a las sesiones, debido a la naturaleza poco precisa y superficial de semejante aproximación a los fenómenos llamados espirituales. A los integrantes de la *Société Spirite* los animaba una actitud de investigación imparcial, aunque esto no fuera así para los asistentes comunes y corrientes a estas sesiones, ni para los mismos médium, quienes también eran considerados objetos de estudio. La idea era dejar que las sesiones se realizaran en entera libertad, como se hacían en cualquier otra parte del mundo, estudiar lo allí ocurrido, y solo después intentar explicarlas a la luz de las enseñanzas espirituales de abolengo. Entendía madame Blavatsky que este método tenía el inconveniente de hacerla pasar a ella misma ante las gentes de Cairo como una médium espiritista más; pero estaba dispuesta a correr el riesgo ya que, al final, terminaría dejando bien clara la diferencia que había entre un médium pasivo, ignorante o inconsciente de las fuerzas naturales que se ponían en juego en el transcurso de dichas sesiones, y un clarividente con pleno dominio de tales fuerzas.

Como las condiciones de Cairo no eran lo que se diría ideales para ese tipo de investigaciones, madame Blavatsky solicitó le envíen algunos médium de reconocida fama desde Inglaterra y Francia; pero al no recibir respuesta favorable a su petición, a fuerza de necesidad tuvo que recurrir a lo que había a mano. Así, en abril de 1872 se publicó la noticia de la formación de la *Société Spirite* en el *Human Nature Journal* de Cairo, y en la nota se solicitaba varios médium para demostrar «la existencia de seres espirituales».

Y lo que había a mano era un grupo de médium francesas aficionadas al espiritismo, «rezagadas del ejército de ingenieros y operarios de M. de Lesseps, del Canal de Suez», en su mayoría —pronto lo iba a descubrir—, «mendigas vagabundas, cuando no aventureras», como

escribió a su familia tan solo unas pocas semanas después de iniciado el experimento.

Se roban el dinero de la Sociedad, beben como esponjas, y ahora las he sorprendido engañando de la manera más desvergonzada a nuestros miembros, quienes vinieron a investigar los fenómenos, con manifestaciones fraudulentas. He tenido escenas muy desagradables con algunas personas que me hacen la única responsable de todo esto. Así que les he dicho que se fueran... La Sociéte Spirite no ha durado ni quince días, es un montón de ruinas majestuosas, pero tan sugestivas como las de las tumbas del faraón. Para ventilar la comedia con el drama, por poco me mata de un tiro un griego perturbado que había estado presente en las dos únicas sesiones públicas que sostuvimos, y que fue poseído, supongo, por un fantasma vil y pendenciero.

Para esos días de agonía de la efímera *Sociéte Spirite*, apareció una figura aún más peligrosa que todos los espectros de las sesiones espiritistas juntos, y bien de carne y hueso, con quien madame Blavatsky establecería vínculos amistosos circunstanciales en Cairo, y que años después reaparecería en la puerta de la sede de la Sociedad Teosófica en Bombay, llevando consigo una carga de nubes infectas que afectarían profundamente las reputaciones de la entonces robusta Sociedad y de la misma madame Blavatsky.

Emma Cutting —para entonces Emma Coulomb—, británica de nacimiento, «una señora arrugada con aspecto de bruja», estaba casada con Alexis Coulomb, de familia francesa establecida en Egipto, «un franchute de apariencia fantasmal con la complexión de un tonel de ceniza al que se le ha prendido una barba negra, y con un ojo de vidrio que te atraviesa mientras su compañero vaga inciertamente por otros lados».

Antes de casarse con Alexis Coulomb, Emma Cutting había trabajado como institutriz en la familia de cierto *pasha* egipcio; pero pronto había sido despedida, puesto que los padres de los educandos habían considerado, no sin sentirse escandalizados, que Emma estaba llenando sus cabezas de ideas perniciosas: Emma les hablaba de demonios que los castigarían eternamente con aceites hirvientes si no le obedecían al pie de la letra en todo cuanto les ordenaba que hiciesen, o que serían comidos por Dios si le contradecían. Cosas por el estilo. Luego había conocido a la madre de Alexis, madame Edward Coulomb, y hecho amistad con ella, consiguiendo pronto ser invitada

al Hotel Oriental, que administraban los Coulomb en Cairo. Pronto logró que Alexis le propusiera matrimonio. Alexis, para entonces interesado en los fenómenos del mesmerismo y la psicometría, había sido una presa fácil para Emma, quien había acudido a la ingeniosa imposura de pretender tener ciertos poderes que le permitían encontrar tesoros ocultos, algo que, por supuesto, pasado el tiempo nunca pudo comprobar con hechos.

Para la época en que madame Blavatsky estuvo en Cairo con motivo de la fundación de la *Société Spirite*, Alexis Coulomb aún tenía bajo su cargo la administración del Hotel Oriental. Emma Coulomb, que todavía se las llevaba de psíquica, y que según muchos testigos, algunos poderes tenía, mostró interés en la sociedad fundada por madame Blavatsky y quiso incorporarse en los momentos en que ya era inevitable su fracaso; pero continuó frecuentándose con la fundadora. Madame Blavatsky, luego de finiquitado lo de la sociedad y tras haber establecido una amistad más cordial con el matrimonio, acudió a Emma Coulomb dada la menesterosa situación temporal en la que se hallaba mientras esperaba a que algunos fondos le fueran transferidos por sus familiares luego del naufragio del SS. *Eunomia*. Emma Coulomb se portó a la altura de la situación y madame Blavatsky, tras saldar su deuda luego de recibir los fondos requeridos, quedó agradecida con el matrimonio. El matrimonio Coulomb, no obstante, tendría siempre muy en cuenta ese favor, y reiteradamente intentaría cobrárselo toda vez que la situación lo permitiese.

* * *

[Emma Coulomb, 1884:]

En el año 1872, un día mientras caminaba por la calle llamada «Sekke el Ghamma el harmar» —«La calle de la mezquita roja»— en Cairo, Egipto, fui sacada de mi ánimo meditabundo por algo que rocé rápidamente. Miré y vi una dama. «¿Quién es esa dama?», pregunté a un transeúnte. «Ella es esa espiritista rusa que llama a los muertos y hace que respondan sus preguntas». Estas fueron buenas nuevas para mí, ya que aún lloraba la muerte de mi querido y único hermano, a quien había perdido hacía poco. La idea de ser capaz de escuchar su voz significaba para mí un enorme júbilo. Me dijeron que si pedía al secretario de su sociedad espiritista que me presentara a ella, lo haría (él

era un caballero griego conocido por mí). Fui presentada, y la encontré muy interesante y muy inteligente. Mi primer intento con los espíritus no tuvo éxito. No vi ni escuché nada más que unos cuantos golpes. Habiendo mostrado mi desilusión al secretario de la sociedad, me fue dicho que a los espíritus no les gustaba aparecer en un cuarto que no hubiera sido purificado y que no fuera de uso exclusivo para tal propósito, pero que si regresaba en unos pocos días vería maravillas, ya que ellos estaban preparando una pieza en donde no se haría otra cosa más que sesiones. Fui a ver la pieza, y vi que estaba cubierta de tela roja por los cuatro lados y el techo, con un espacio entre la pared y la tela de cerca de tres pulgadas. Tanto ignoraba yo estas cosas para esa época, que no me formé ninguna idea maliciosa al respecto. Llegué otra vez cuando la pieza estuvo lista, pero cuál no fue mi sorpresa cuando en lugar de encontrar allí los espíritus amables que respondieran nuestras preguntas, hallé un cuarto lleno de gentes, todas vivas, y usando un lenguaje ofensivo contra la fundadora de la sociedad, diciendo que había tomado sus dineros y los había dejado solo con eso, señalando al espacio entre la pared y la tela, en donde varias piezas de cordel colgante habían servido para halar a través del techo un guante largo relleno de algodón, que estaba supuesto a representar las materializadas mano y brazo de algún espíritu. Me fui, dejando a la multitud tan roja como el fuego, listos a tumbarla cuando apareciera. Después me la encontré de nuevo, y le pregunté cómo se la había ocurrido hacer semejante cosa; a lo que me respondió que habían sido asuntos de madame Sebire (esta era una dama que vivía con madame Blavatsky), así que dejé pasar esta cuestión. Observé que se veía muy desdichada. La visité el siguiente día. Nuestra relación continuó mientras estuvo en el país.

A mi entender, madame Blavatsky nunca vivió en un hotel mientras estuvo en Cairo. La conocí en tres diferentes apartamentos. El primero fue en «Skee el Ghamma el harmar», el segundo en «Abdeen», y el tercero en «Kantara el dick». En «Abdeen» había abierto al público su apartamento, y fue ahí donde fui a consultar a sus espíritus, y donde el fiasco de la mano y brazo materializados ocurrió.

Partió de Cairo con destino a Rusia.

Galle, 10 de junio de 1879.

Mi querida amiga,

Ahora le contaré lo sucedido luego de que dejara Cairo. Usted sabe que me envió la tela con la señora Sebire. Pues bien, ella la dejó en casa de una tercera persona, aceptó un dinero por ella y yo no obtuve ni un céntimo, y tuve que pagarle el dinero al hombre que me había prestado las diversas sumas que usted sabe, aparte de lo cual la señora S. se comportó muy mal conmigo, habiendo yo sido tan amable con ella. Escribió cartas contra nosotros y solía levantar calumnias cuando regresó de --- Se nos acercó y le dijo a mi esposo que tenía el secreto de un tesoro que había sido enterrado en Alejandría. Creímos esta estupidez y fuimos con ella allí. Nos hizo gastar cualquier suma de dinero y al final tuvimos que rendirnos, perdiendo Frs. 2,000. Madame S. murió desde entonces para nosotros, así que, como usted dice, paz a sus cenizas. Ahora debo pedirle que me ayude con un préstamo de Rs. 200 a corto plazo y le diré para qué quiero esta suma. Hemos adquirido un bonito jardín y villa que abriremos al público, tendremos un hotel allí o a lo mejor un restaurante, y para llevar a cabo este plan nos obligan a pagar una licencia de Rs. 250. Nos la hemos arreglado para instalarnos con todas las de la ley, pero no alcanzamos a pagar esta licencia. La considero una buena amiga y por lo tanto me tomo la libertad de pedirle este favor. Si no está en su poder hacerlo, trate de obtenerlo por mí de alguna manera. Si no toda la suma, tanto como le sea posible y se lo regresaré en dos meses. Usted sabe bien lo que es estar en problemas y en un lugar extraño. Estaba en Calcuta y ahí me iba bien, pero ese clima no va con nosotros; mi esposo estaba siempre sufriendo de fiebre, por lo que no podemos regresar allí. Confío en que no me negará el favor que tanto necesito.

Esperando escuchar de usted muy pronto.

*Quedo en espera,
Suya muy sinceramente,
E. Coulomb.*

P.D. Le daré una nota promisoría.

Los cascarones de Pedro y Máximo

TRAS LO FALLIDO de la *Société Spirite* los ánimos de madame Blavatsky no estaban tan malos como se podría suponer. En Boulak, hacia donde pasó a residir, el que llamaba el Mahatma Hilarión estaba con ella, y le aseguró que lo observado en las sesiones y lo sucedido con las pretendidas médium, pasados algunos años le serviría de valioso material para explicar al mundo occidental lo que llamó «las arbitrariedades en los juegos ciegos con fuerzas y potencias desconocidas». Pronto, sin embargo, sufrió la muerte de su amigo mazinista Agardi Metrovitch en Alejandría —a quien antes había ayudado a escapar de una prisión en Austria—, incidente que hizo mucho para que se pusiese de nuevo en movimiento y dejara Cairo cuanto antes.

Pero antes se dio un episodio muy curioso a través de la correspondencia que mantenía con su hermana, madame Vera Jelihowsky. Para entonces, la familia de madame Blavatsky se encontraba toda en Odessa, y en Tiflis solo se mantenía madame Jelihowsky con su familia y algunos criados que antes fueran sus siervos, y a quienes poco a poco había ido despidiendo o pensionando. Esto mismo había hecho con dos viejos, llamados Máximo y Pedro, a quienes hospedó de forma vitalicia en el asilo de la ciudad. El primero había sido cocinero y el segundo lacayo. Este último, Pedro, se había vuelto un borracho empedernido y a consecuencia de ello había llegado incluso a perder una mano.

Madame Jelihowsky, para entonces de veraneo en Maglis, ciudad cercana a Tiflis, recibió una extraña carta de madame Blavatsky. «Dime si es verdad que murió el viejo Pedro. Debe haber muerto la noche pasada o antenoche», decía la carta, con una fecha de matasellos que delataba haber sido enviada diez días antes de la fecha en que madame Jelihowsky la recibió.

Estaba escrita a lápiz y en hojas sueltas arrancadas de un cuaderno de notas, y según pudo percibir madame Jelihowsky, parecían ser apuntes tomados en el mismo sitio donde habían ocurrido los eventos que la misma carta revelaba. En ella madame Blavatsky hablaba de una joven inglesa que era médium y que hacía unos instantes escribía mecánicamente en pedazos de papel sobre una antigua tumba egip-

cia. De pronto, contaba, el lápiz había trazado una maraña de caracteres desconocidos en Egipto. Sin embargo, cuando madame Blavatsky echó una hojeada al escrito por encima del hombro de la médium, le pareció reconocer algunas letras del alfabeto ruso. Como pensó estar interfiriendo en lo que la médium estaba intentando captar de la tumba, de inmediato había vuelto a ver a otra parte; no obstante, le daba la impresión de haber reconocido frases perfectamente lógicas, por tanto, había vuelto a ver el papel, impidiendo que lo rompiera como ya había hecho la médium con otros, y con gran sorpresa había leído, en ruso, una súplica desesperada dirigida a ella: «Baryshnya, querida baryshnya [señorita], ayúdame, ¡ah!, ayuda a este miserable pecador. Dame bebida, un trago, ¡estoy sufriendo! ¡Estoy sufriendo!».

El título baryshnya le dio la clave: la súplica debía provenir de un antiguo esclavo, y de inmediato tomó ella misma un lápiz para anotar cuanto veía. En ese instante había resonado en su mente el nombre de Pedro Kutcherof y ante ella apareció una masa informe de humo gris que repetía las mismas palabras. También comprendió que el antiguo siervo había muerto en la clínica de un conocido doctor, el doctor Gorolevitch, situada junto al asilo de Tiflis, en donde ella sabía que Pedro estaba asilado junto con su hermano Máximo, quien, según percibió, también había muerto pocos días antes que Pedro. «No me participaste la muerte del pobre Máximo. Dime si es cierto o no», reclamaba en su carta, y pasaba a relatar la visión con más detalle. Aseguraba haber escuchado las auténticas palabras pronunciadas por el «cascarón» de Pedro, que se quejaba de sed, desesperado. En la posdata afirmaba madame Blavatsky que ya no le cabía duda de la muerte de los dos hermanos, por haber visto sus cascarones astrales, «uno pasivo e inofensivo; el otro, activo y peligroso».

De inmediato había quedado demostrada la peligrosidad del que llamaba el cascarón de Pedro, puesto que la inglesa que en un inicio había servido de médium, una muchacha joven, «institutriz de carácter modesto y afable», luego de transcribir las palabras en ruso se había visto aquejada por un temblor incontrolable, ¡y había exigido que se le diese algo de beber! La mujer había rechazado rotundamente el agua ofrecida, y cuando se le dio vino, bebió de manera febril ante las miradas escandalizadas de todos, y entre convulsiones gritaba: «¡Más vino!» hasta que cayó desmayada.

Desde Manglis, madame Jelihowsky telegrafió a Tiflis para corroborar cuanto la carta revelaba. El mismo doctor Gorolevitch pudo entonces dar fe de cuanto madame Blavatsky había notificado: Pedro

Kutcherof había muerto el mismo día que la carta señalaba, y su hermano Máximo, dos días antes que aquel.

En julio de 1872, madame Blavatsky se reunió de nuevo en Odessa con su familia tras viajar por Siria, Palestina y Constantinopla. 18 lunas nuevas habían pasado desde el recibo de la carta enviada por el Mahatma Koot Hoomi desde Ladakh.

Hacia Nueva York

—¡NINGÚN JUDÍO o adorador de ídolos podrá nunca entrar al Reino de los Cielos o será jamás encontrado en él! —exclamó la tía Catherine de Witte para dar por terminada la discusión.

Era de noche en Odessa, y los comensales observaron un silencio absoluto tras la también absoluta y además contundente sentencia de la tía, con quien madame Blavatsky había entablado una candente discusión sobre religión, que había ido subiendo de tono hasta sacar de quicio a la apacible señora.

—La fe que la gente profesa no depende de ellos sino de su propia constitución. Si los dogmas no existiesen, no habría tampoco protestantes, católicos, budhistas, brahmanistas etcétera —había dicho madame Blavatsky, de la forma más paciente que pudo—; todos creerían en *un* solo Dios, todos se considerarían hermanos, se avergonzarían delante de sus otros hermanos de matarse y hacer carnicería con ellos en guerras, para torturarse entre ellos como bestias salvajes, y de crear un infierno para los otros.

—*Nuestros* dogmas no se cuestionan porque son los verdaderos, tan verdaderos como el martirio que los santos sufrieron en su nombre —había contestado madame de Witte.

—Las diferencias en materia de dogmas religiosos no fueron creadas por los santos sino por simples mortales pecadores —había observado madame Blavatsky, lo que ocasionó que madame de Witte perdiera el control.

«Si incluso la tía», pensó entonces madame Blavatsky, «tan buena, noble y justa mujer, está tan enceguecida por la fe cristiana que puede creer en tan terrible, horrorosa injusticia de Dios, entonces, ¿cómo serán otros cristianos, muchos de los cuales no valen ni el más pequeño de sus dedos?».

Nueve meses estuvo en Odessa; luego partió a Rumania y después a París, donde viviría bajo la protección de su primo Nikolay von Hahn. Había ido con la intención de establecerse allí por una buena temporada; pero un día recibió la instrucción de los Mahatmas de ir cuanto antes a Nueva York y esperar por nuevas órdenes ahí.

Madame Blavatsky no pudo haber tomado más al pie de la letra tal

instrucción, puesto que al día siguiente se las arregló para embarcarse a Nueva York «con apenas un poco más de recursos que lo suficiente para pagar su pasaje», escribiría años después en su diario el coronel Olcott. Antes había mandado un cable a su padre poniéndolo al tanto de su viaje y solicitándole que le enviase fondos adicionales a Nueva York.

La actividad en el puerto de El Havre era intensa. Los pasajeros abordaban ya, y madame Blavatsky estaba a punto de hacerlo cuando vio a una mujer que sollozaba con mucha amargura a la orilla de la fila. Dos niños la acompañaban. Se acercó a ella compelida por el llanto de la mujer, quien parecía no tener consuelo.

—¿Por qué está llorando? —le preguntó.

La mujer le mostró unos boletos y apenas pudo hallar voz para explicarle que un estafador le había vendido esas falsificaciones sin valor, dejándola a ella sin un centavo.

—Mi marido me había enviado ese dinero desde Estados Unidos. Íbamos a reunirnos toda la familia allá. ...Y ahora no hay manera de encontrar a ese bribón —le explicó en total desconsuelo.

Madame Blavatsky no se lo pensó dos veces.

—Venga conmigo —le dijo.

Y fueron directo a la oficina de la compañía, consiguiendo que el agente del vapor le cambiara su boleto de cabina por cuatro de proa. Así, abordó el barco junto con la agradecida mujer y sus dos hijos.

A madame Blavatsky le aguardaba un suplicio de dos semanas en la incomodidad de una proa colmada de inmigrantes. Para colmo, la máquina del vapor sufriría algunos daños debido a los fuertes vientos del oeste que azotarían y a oleajes frontales considerables, lo que haría que el viaje durara cuatro días más de lo previsto. Sin embargo, el ir apiñados, con facilidades sanitarias casi inexistentes y poca ventilación, no hacía arrepentirse a madame Blavatsky, quien se conformaba con solo ver la cara de gratitud y de satisfacción de la mujer. Si ya había viajado de polizón, si ya había sobrevivido a un naufragio, aquello no sería tan difícil después de todo. «A lo sumo algunas incomodidades físicas agrupadas en un par de semanas, y ya», pensó.

Así fue como el 7 de julio de 1873 llegaba a Nueva York una mujer de notorias y más bien toscas características eslavo-orientales que ni siquiera en su juventud la habían hecho acercarse a ningún prototipo común de hermosura. Su falta de gracia en el vestir, manías burdas y hábitos masculinos eran suficiente razón para atemorizar y sacar de

sus casillas a cualquier bulliciosa, encorsetada dama fina de la oronda y vacua sociedad en boga.

Esa mujer de todas las edades tendría luego la osadía de afirmar que sus creencias manaban de la misma fuente de información que había sido usada por Raymond Llully, Pico Della Mirandola, Cornelius Agrippa, Robert Fludd, Henry More y todos quienes habían buscado un sistema que pudiera revelarles lo más profundo de los pozos de la naturaleza divina, mostrándoles el recóndito nudo que liga todas las cosas. «Logré por fin —diría—, y hace muchos años, saciar la sed de mi mente con la teosofía enseñada y comunicada por los ángeles... para ayuda del destino de la humanidad».

Primeras semanas en Nueva York

Las primeras semanas fueron duras. A diferencia de París o Londres, epicentros de la cultura occidental, Nueva York era en comparación una ciudad naciente y pequeña, llena de gente de pensamientos comedidos y conducta victoriana a veces a ultranza.

Una dificultad que tuvo madame Blavatsky a su arribo había sido encontrar alojamiento en un hotel decente. Ninguno estaba dispuesto a admitir a una mujer que pretendía hospedarse sin compañía masculina. Esto la obligó a buscarse un lugar que rentar y la puso en nuevas dificultades financieras mientras esperaba más fondos que pronto le iban a ser transferidos por su padre (los que esperaban por ella a su llegada los había ya utilizado casi todos en el pago adelantado de la renta, víveres y otros gastos de establecimiento). Por suerte había podido conseguir un pequeño cuarto amueblado en el segundo piso de una lastimera vivienda cooperativa experimental de mujeres trabajadoras (que eran una verdadera rareza en esa época): un mesón, ubicado en el 222 de Madison Street, en el bajo East Side.

Nueva York era ya una ciudad de mucha actividad comercial llena de inmigrantes. Particularmente el East Side y el bajo East Side eran lugares con mucho dinamismo; podía hallarse desde casuchas construidas por colonos usurpadores de tierras ociosas hasta nuevos estilos de casa que habían comenzado a construirse desde hacía veinticinco años en todo Nueva York, con sus típicas fachadas de piedra arenisca de color pardo rojizo traída desde Nueva Jersey.

La casa del 222 Madison Street tenía en el primer piso una sala de estar compartida que daba a la calle, y en ella solía permanecer madame Blavatsky buena parte del tiempo, enrollando cigarrillos tanto para ella como para quienes lo apetecían. Muy pronto tuvo que recurrir a sus habilidades manuales para subsistir debido al retraso de los fondos que esperaba. Se dedicó entonces a la manufactura de corbatas y corbatines que vendía a un viejo y amable judío para su tienda. Vivió, así, por un tiempo, en la más extrema de las necesidades, según se lo diría después al coronel Olcott: «teniendo que hervir una y otra vez mis posos de café a falta de unos cuantos centavos para comprarme un suministro fresco».

Mientras tanto, los Mahatmas le habían depositado una fuerte suma de dinero, de alrededor de 23,000 francos, para su custodia, con instrucciones de entregársela a una persona en los Estados Unidos cuya dirección le sería dada luego de su arribo. Con el tiempo había llegado la orden y los datos, y madame Blavatsky viajó a Búfalo, en donde entregó la suma intacta al hombre por los Mahatmas indicado. Se supo, entonces, el agente por medio del cual se resarcía una injusticia que se había cometido con ese hombre, a quien encontró en condiciones desastrosas, a punto de cometer suicidio.

No fue sino hasta finales de octubre de ese mismo año que madame Blavatsky recibió una considerable suma de dinero, que ascendía a 1,000 rublos, junto con una nota atroz que le anunciaba lo que ella ya había venido presintiendo: la muerte de su padre, acontecida a principios de mes. Ese dinero resultaba, pues, ser parte del legado de su padre Petro Hahn. Posteriormente, decía la nota —y de hecho así ocurrió— le sería enviado el resto del patrimonio, lo que le permitiría trasladarse a un mejor sitio: primero a Union Square, luego al este de la Calle 16, y finalmente a Irving Place. Sería muy pronto cuando conocería al coronel Olcott en Chittenden: se diría que todas las fuerzas de la vida de ambos habían por años tendido a incidir en tiempo y espacio para que dicho encuentro sucediera.

Formas fantasmales solidificadas

EL CORONEL Olcott examinaba un relato del más reciente número de *Banner of Light*, una publicación del movimiento espiritista en boga. Momentos antes, sentado en su oficina, una absurda asociación de ideas había hecho pasar a su mente de los entresijos de la construcción de contadores de agua al espiritismo. Pensó que hacía mucho no dedicaba tiempo a los fenómenos del mismo, y no pudo evitar ir de inmediato al puesto de revistas de la esquina y hacerse de una copia del *Banner of Light*, en el que había encontrado el relato que lo mantenía absorto, de pie en la acera, a pocos pasos del puesto de revistas. En dicho relato se hablaba de formas fantasmales solidificadas que estaban supuestamente apareciendo en la casa de una granja en Chittenden, Vermont. Las posibilidades que suponía el que esto fuera cierto eran extraordinarias: el coronel pensaba que si un visitante pudiese ver e incluso tocar o platicar con parientes fallecidos capaces de volverse sólidos temporalmente, ese debía ser el acontecimiento más importante de la física moderna, y en el acto tomó la decisión de ir y ver por sí mismo lo que en esa casa de granja sucedía.

Luego de su experiencia como investigador al servicio del Estado, el coronel Olcott había decidido estudiar más a fondo el campo de las leyes, para lo cual se había sometido a un entrenamiento de dos años hasta especializarse en la práctica legal relacionada con rentas internas y casos de seguro. Su cartera de clientes incluía el Ferrocarril de Panamá, la Bolsa de Cambios de Nueva York, el Tesoro Nacional y la Unión de Manufactureros del acero de Sheffield, Inglaterra. A su vez, colaboraba de manera independiente con el *New York Sun* y otros periódicos y revistas.

Precisamente este ejercicio de periodismo independiente le permitió ver concretados sus deseos de examinar lo que sucedía en la granja de Chittenden. En una primera visita corta a la casa de los hermanos Eddy, el coronel escribió un vívido relato para *The New York Sun*, que logró resonancia inmediata y se reprodujo alrededor del mundo, poniendo la casa de granja de Chittenden en el centro del interés de todos, y de la controversia. En ese relato el coronel se manifestaba bastante seguro de que las figuras fantasmales que

aparecían todas las noches convocadas por William Eddy —uno de los hermanos propietarios de la granja—, venían del más allá. Pronto, *The Daily Graphic* propuso al coronel regresar a la granja para hacer una investigación detallada y controlada de los fenómenos, con fines de despejar cualquier duda respecto a la autenticidad de los eventos y de enviar reportes regulares de los mismos al periódico. Para su nueva investigación debía crear condiciones de prueba rigurosas y acumular evidencia concreta que echara por tierra cualquier argumento esgrimido por los más escépticos, quienes no conferían a lo que ahí estaba sucediendo otro estatus que el de espectáculo barato de circo.

Esta vez el coronel iba acompañado por el artista Alfred Kappes, quien había sido designado por el periódico para hacer bosquejos de las figuras materializadas en las sesiones.

En la granja de los hermanos Eddy

«...y las ruedas de nuestro carro de guerra comenzaron su profético rodar sobre las más bajas capas del Akasha».

— PÁGINAS DE UN VIEJO DIARIO. H. S. Olcott.

EN EL mediodía del 14 de octubre de 1874, al entrar al comedor de la granja de los hermanos Eddy —conocidos médium de Chittenden, Vermont—, los ojos del coronel Henry Steel Olcott se vieron atraídos por el escarlata fulminante de la camisa garibaldeana de una de las comensales, quien con su desaliño intenso parecía haber entrado en guerra con los mustios colores que predominaban en el salón y los vestidos de tonos apagados del resto de los ahí presentes: seres deslucidos y luctuosos. Lo siguiente que encontraron sus ojos fue la melena rubio-cobriza, rizada, que al coronel le pareció como el vellón de una oveja de Cotswold, y que como suaves greñas de fuego brotaba de la cabeza del estrambótico ejemplar. Luego vio su rostro: ancho y de pómulos prominentes, nariz corta y gruesa, boca pequeña y movediza, de dientes ínfimos y finos. Toda ella era un contraste fascinante, y pese a los detalles aislados y a algunas de sus maneras poco femeninas, irradiaba potencia, cultura, refinamiento y una autoridad que, como su camisa, parecía estar lista a vaporizar con un soplo de fuego esos lugares comunes que la rodeaban.

—¡Válgame Dios! ¡Mira ese personaje! —susurró el coronel Olcott a su asistente, el señor Alfred Kappes, en el umbral de la puerta.

Igualmente sorprendido, Kappes se vio obligado a tragarse los brotes de una violenta carcajada.

El coronel era aficionado a estudiar caracteres, y a aquella dama sentada a la mesa no la podía perdonar. Se apresuró, pues, a ocupar el asiento que estaba libre justo frente a ella, y desde esa privilegiada atalaya comenzó a estudiarla mientras el almuerzo era servido por los anfitriones.

Hablaba en francés parisino con una amiga de aire canadiense, con quien había llegado algunos momentos antes del mediodía por cuanto el coronel había logrado deducir después de rearmar las frases que cazaba al vuelo. “¡Francesa!”, concluyó el coronel en su mente, y

puso más empeño en capturar cualquier otro detalle revelador. Mientras tanto, los ojos celeste-grisáceos de la mujer parecían insuflarle vida al aire mientras conversaba con la amiga; al menos así lo creyó el coronel.

A veces la granja de William y Horatio Eddy llegaba a acomodar hasta cuarenta gentes, todas interesadas en los fenómenos que ambos hermanos —médium involuntarios, según decían los conocedores de estos temas— producían en las sesiones que tomaban lugar casi todas las noches en uno de los cuartos de la casa. La fama de los granjeros se había vuelto una cuestión de interés nacional con repercusiones internacionales gracias, en parte, a las cartas que el coronel Olcott enviaba al *Daily Graphic* de Nueva York en su calidad de corresponsal y a razón de dos por semana, acompañadas de los bocetos de su asistente Kappes. Kappes y él ya habían plasmado en papel decenas de dibujos de espectros que según se decía se materializaban en las sesiones, y en los días en que se publicaban los reportes de la granja de los hermanos Eddy, los ejemplares del *Daily Graphic* se vendían rápidamente y mucho más caros debido a la desproporcionada demanda que generaban esas historias de presuntos fantasmas nada huidizos.

Durante todo el almuerzo el coronel Olcott no tuvo oportunidad de dirigirse a la extraña madame; no obstante, su interés había ido creciendo hasta tal punto que platicar con ella se le volvió un imperativo. Terminada la comida la siguió furtivamente hasta fuera de la casa, hacia donde la afrancesada dama se había dirigido para enrollar un cigarrillo y fumarlo. Entonces el coronel reconoció la oportunidad que buscaba, y entró en acción.

—*Permettez moi, madame* —le dijo, ofreciéndole fuego.

Y tras solo unos breves momentos, la charla inició con una calidez de fuego hogareño, como si dos viejos amigos regresaran y se contaran las aventuras vividas en el día.

—¿Desde cuándo está usted acá?—, preguntó la madame.

—Desde hace más de un mes —respondió el coronel—. Y es, por cierto, mi segunda visita —agregó, como si eso fuera motivo de orgullo.

—¿Tan asiduo es el caballero? ¿Pues qué piensa de los fenómenos que están sucediendo en esta extraña casa de peregrinaje? Por mi parte estoy muy interesada en estos asuntos, ¿sabe?; hasta tal grado que este mismo interés me trajo a la lejana tierra de Chittenden tras leer las cartas en el *Daily Graphic* —comentó la dama—. Es tal el atractivo público que ejercen esas cartas, que a veces se vuelve impo-

sible encontrar copias del periódico a solo una hora de su publicación. Tuve que pagar un dólar por un ejemplar del último número —se quejó—, y le confieso que titubeé antes de venir acá, porque tenía miedo de toparme con ese tal coronel Olcott.

El coronel, quien también había prendido un cigarrillo y lo fumaba, soltó una bocanada prematura y tuvo que hacer un esfuerzo extra para recobrar el aplomo, sacudido por la inesperada alusión, pero sobre todo por la manera como escuchó sonar su apellido en los labios de la dama extranjera.

—¿Y por qué tendría usted que tener miedo de él, madame? —preguntó.

—¡Ah!, Me aterroriza pensar en la posibilidad de que él escriba sobre mí en ese periódico —respondió, bajando la voz como si temiera ser escuchada por el susodicho.

—Puede sentirse usted tranquila al respecto —respondió con parsimonia el coronel, ufano y con una sonrisa bajo el bigote—, ya que puedo prometerle que el coronel Olcott no la mencionará en sus cartas a menos que usted así lo desee; eso se lo puedo asegurar porque yo soy el coronel Olcott, a su servicio, madame —añadió.

Ella encontró muy divertido el incidente.

—En ese caso —respondió, sin perturbarse en lo más mínimo—, me confieso a salvo. Soy Helena Petrovna Blavatsky —le dijo.

Acontecimientos en la granja

DESDE SU primera visita a la granja de los hermanos Eddy, en Chittenden, hasta mediados de octubre de 1874, el coronel Olcott seguía convencido de la autenticidad de las manifestaciones espectrales que aparecían noche a noche en las sesiones dirigidas por el médium William Eddy. El día en que por primera vez se encontró con madame Blavatsky, el coronel Olcott no pudo dejar de sentirse fascinado con la confianza que aquella mujer le transmitía.

—Cuando niña me empaparon en agua bendita, en una cantidad que hubiera podido mantener un buque a flote —explicó al coronel—, y los sacerdotes me exorcizaron con la misma eficacia que si exorcizaran al viento. Las ayas me creían poseída de siete espíritus de rebelión, ni uno más, ni uno menos, ¿qué le parece?

Nada había en esa dama excéntrica y rotunda que hiciese sentir ni por un instante al coronel algo parecido a una atracción de índole sexual; simplemente se encontraba tan a gusto a su lado como estar con un viejo amigo íntimo, y esa simpatía mutua hizo que la charla fluyera, ininterrumpida y fácil, y recayera en puntos de interés común. «Gentes malvadas trataron de insinuar de tiempo en tiempo que estábamos unidos por un lazo más íntimo, así como acusaron a esa pobre H. P. B., sin atractivos y perseguida, de haber sido la amante de otros varios personajes, pero ningún espíritu sano podía conservar esta opinión después de haber pasado algunos momentos en su compañía: de tal modo sus miradas, palabras y acciones demostraban su asexualidad», escribiría años después en su diario el coronel.

En esa ocasión, madame Blavatsky habló en forma concluyente sobre lo que llamó la «tendencia materialista del espiritismo americano»:

—Créame, coronel —le dijo en forma graciosa y cautivante, metida en ella misma y con los ojos fijos en los suyos—, es un movimiento corrompido por un positivismo nutrido de inocente e inconsciente credulidad, una perversión de fenómenos acompañada por una comparativa indiferencia a la filosofía, única que puede iluminar todo este desbarajuste efectista. ¿Y a quién le importa? —preguntó, alzando los brazos de forma dramática— ¡A nadie! Todos están enamorados de los fenómenos.

Era la época del llamado «Verano indio».

«...Un día soleado —escribió después, en su diario, el coronel Olcott—, e incluso la sombría y vieja casa de granja parecía alegre. La casa está ubicada en medio de una campiña pintoresca, en un valle delimitado por laderas cubiertas de césped que se elevan hacia montañas llenas hasta sus cumbres con frondosas arboledas».

La vieja casona de dos pisos, construida en forma de L, afectaba siempre de alguna forma no siempre consciente el ánimo de los que en ella se reunían, quienes luego de permanecer allí se volvían muchas veces particularmente susceptibles y, en algunos casos extremos, incluso hiperestésicos.

Esa noche se llevó a cabo, con madame Blavatsky presente, la diaria sesión en un salón del piso superior de la casa conocido como la «sala circular» o la «tienda fantasma».

La sala circular abarcaba el área de lo que en el primer piso eran el comedor y la cocina. En uno de los extremos de dicha sala había una tarima sobre la que los supuestos espíritus desfilarían. A un costado de ella se veía una cabina que el coronel Olcott ya había hecho pasar por su cinta de medir. «Mide 7 pies de largo por 2 pies con 7 pulgadas de ancho», comunicó, orgulloso, a madame Blavatsky, quien estaba sentada a su lado, junto con otros veinte visitantes, frente a la tarima.

—Son paredes bastante sólidas las de la cabina, y puedo asegurarle, madame, que no hay tablas sueltas en ella, ni mucho menos paneles móviles que permitan el ingreso desde abajo —añadió.

La cabina, como había tenido la oportunidad de apreciar madame Blavatsky esa misma tarde —cuando había subido al salón para conocerlo—, tenía una puerta cortinada «por donde entrarán y saldrán los espíritus hacia y desde la tarima», le había dicho el coronel; y una pequeña ventana de 2 pies cuadrados que daba al espacio abierto de fuera, a una altura de casi 14 pies sobre el suelo.

—No debemos preocuparnos por esa ventana —informó el coronel— ya que siempre es vigilada desde afuera durante las sesiones.

Además, el coronel en persona se había tomado la molestia de colocar en ella una red mosquitera, montada en el marco con cera sobre la que había puesto el sello de su anillo, para que no pudiese ser removida y vuelta a colocar sin él saberlo. Aparte de esto, se había dado a la tarea de examinar y reexaminar con la ayuda de un ingeniero mecánico todo el escenario, para cerciorarse de que la única entrada a la cabina fuera la puerta que estaba a la vista de todos los asistentes a las sesiones.

Pronto la iluminación de la sala circular se redujo a la proporcionada por un par de lámparas de aceite encendidas a los costados de la tarima. Las ventanas y cortinas se cerraron. El silencio se hizo. William Eddy, el granjero médium —un tosco y retraído hombrunazo de 5 pies 9 pulgadas y 179 libras de peso, inculto y ordinario pero respetuoso, como había tenido madame Blavatsky la oportunidad de comprobar en el transcurso del día—, entró vestido con ropa normal a la sala desde uno de los costados, subió a la tarima, la cruzó y entró a la pequeña cabina en donde tomaría asiento y, si había suerte, entraría en trance, conectando con algún difunto disponible. Cerró la cortina de la cabina y luego todo fue esperar.

Cabe decir acá que los hermanos Eddy provenían de una familia con antecedentes psíquicos. Su madre poseía habilidades de este tipo, y en 1692 uno de sus ancestros había sido sentenciado a muerte por la supuesta práctica de brujería, en los tristemente célebres juicios de Salem.

No habían pasado ni diez minutos cuando la cortina de la cabina se abrió despacio, y la primera figura, absorta y como ausente, alcanzó el centro de la tarima y comenzó a estudiar las paredes del salón. Era una mujer entrada en años, de cabellos plateados y estatura media, vestida con ropas antiguas, y que de no ser por cierto fulgor en su piel, hubiera podido pasar sin dificultad por tan real como cualquiera de los presentes. El silencio solo había sido interrumpido por algunas exclamaciones de sorpresa soltadas por los visitantes más impresionables y por el repentino llanto de un hombre que parecía haber reconocido a la mujer. La extraña mujer de mirada perdida y triste no hacía más que estar ahí ante todos, examinando las paredes, musitando alguna frase inaudible tras escuchar el saludo del hombre que la había reconocido, hasta cuando comenzó a volverse traslúcida, y, tras emitir un quejido sordo, como si una almohadilla amortiguara su voz, se fue desvaneciendo delante de todos. De inmediato aparecieron en el umbral de la cabina un joven y una jovencita, y un grito sofocado pudo distinguirse al fondo del salón, entre los espectadores, provocando en muchos un escalofrío. Ambos jóvenes comenzaron a discutir amargamente en el escenario; ella parecía llorar; él se veía desesperado por algo; se revolvía los cabellos, iba y venía a lo ancho de la tarima, se detenía pensativo y reiniciaba su andar. Pronto la joven se metió en la cabina, y el muchacho la siguió, desesperado.

Hasta esa noche siempre habían aparecido el mismo tipo de personajes: jóvenes campesinos de formas ligeras, hombres y mujeres co-

munes: unos gordos, otros flacos, otros altos, otros calvos, pelos rubios, blancos, grises, negros; parientes y amigos muertos de los presentes; alguno que otro indio americano; de vez en cuando un europeo ordinario; pero desde esa noche y mientras madame Blavatsky asistió a las sesiones, algo inusual ocurrió: comenzaron a desfilar una serie de personajes exóticos, de tierras lejanas y desconocidas, hablando lenguas extrañas. Esa primera noche apareció en escena un sirviente georgiano de la tía de madame Blavatsky que ella misma identificó como Michalko Guegitze; un chico del Cáucaso, un musulmán mercante de Tiflis, una chica rusa, y, luego, en una sesión posterior, mientras madame Blavatsky tocaba el órgano que estaba ubicado en la orilla de la tarima, se vio aparecer a un caballero kurdo armado con cimitarra, pistolas y lanza, que ella misma reconoció como el jefe Safar Ali Bek, quien, para la época en que se encontraba con su esposo en el Monte Ararat, le había sido designado como su escolta personal. En otra sesión aparecería un caballero europeo que llevaba la cruz y el collar de Santa Ana, y que sería reconocido por madame Blavatsky como su tío. Y, así, un desfile de personajes extravagantes y diversos.

Las dudas del coronel

PARA EL coronel Olcott era difícil concebir que unos granjeros burdos e incultos, presumiendo que tuviesen cómplices más sagaces que ellos, fueran capaces de dar vida a personajes de tan variada índole, muchos de estos graciosos y dignos en sus maneras; otros, de culturas desconocidas y costumbres extrañas.

—De ser así, los señores Eddy de seguro cuentan con un ejército de actores adiestrados en el exterior —refunfuñó, notablemente incómodo con la sonrisa condescendiente, pero crítica, de madame Blavatsky—. Además, tome usted en cuenta, madame, que los Eddy no cobran tarifa alguna por tener derecho a presenciar las sesiones, sino apenas lo que el pelotón de incrédulos consume a diario; por lo que no es tras el dinero que andan. Tampoco puede decirse que manejen un estrategia de relaciones públicas para volverse conocidos o famosos; más bien son hoscos y poco cooperativos, incluso con quienes no los atacan injustamente.

Sin embargo, madame Blavatsky no dejaba de sonreír de forma enigmática.

—¿Ha considerado usted, coronel, la posibilidad de que estén siendo impelidos a efectuar estas sesiones por los poderes que hay detrás de estas entidades que se manifiestan? —preguntó.

—¿A qué se refiere usted?

—Me refiero a que todo esto tiene su razón de ser, más allá de la mera manifestación caótica de desocupados seres del más allá. De ser fenómenos reales, como parece ser el caso, estos serían prueba de cómo un médium pasivo puede ser controlado por los llamados «espíritus». Verá: debe de haber una parte del médium que escape de su cuerpo y se vista con la apariencia de otros, proyectados, en la mayoría de los casos, inconscientemente por los asistentes.

—Con toda honestidad, no lo creo posible. Las formas materializadas son de tal diversidad de altura, contextura, manera y apariencia que me resulta imposible pensar que sean mascaradas de William Eddy. Deben de ser lo que parecen: espíritus de muertos.

—Por mi parte y sabiendo lo que sé, puedo asegurarle que no todo es lo que parece. Esto de los fenómenos espiritistas no sucedería

sin que fuerzas superiores lo permitiesen con algún propósito bien definido. Pienso que este propósito ha sido poner de manifiesto los errores de las creencias materialistas de moda, probar que existen fuerzas invisibles en la naturaleza; pero ello no significa que el reino de los muertos haya abierto de par en par sus puertas para que los difuntos puedan desfilan en un escenario para el entretenimiento de gente superficial y curiosa. Si no es así, explíqueme usted por qué los espíritus que se materializan no tienen nada importante que decir; parecen marionetas por entero incapaces de enseñar algo de valor, y las sesiones se vuelven poco menos que eventos sociales para alternar con los muertos. Creo que, cumplido el propósito que mencionaba, termina la función, y no creo que deba permitirse que estos fenómenos, huérfanos de filosofía que los explique, arrastren al mundo a un error aún más grave que el que se quiere evitar: a la superstición boba y a la magia negra.

Ante estas sugerencias, el coronel Olcott no pudo hacer otra cosa más que guardar un silencio reflexivo, digno tanto de cualquier caballero que no desea contrariar a una dama insistente, como de un ser simplemente pensante.

Diez días después, tras la notable permanencia de madame Blavatsky en la casa de granja de los hermanos Eddy, la confianza entre ella y el coronel había llegado a tal punto de camaradería que este último la había bautizado con el sobrenombre de Jack, que fue aceptado con gracia y regocijo por madame Blavatsky.

Cartas, diarios, recortes y artículos

EN LAS CARTAS de esa época enviadas a su hermana, Madame Blavatsky comentaba que entre más era testigo de las sesiones espiritistas en lo que llamaba la «cuna y madriguera del espiritismo y de los médium», con más claridad veía cuán peligrosos eran para la humanidad. Los poetas, decía, hablaban de una delgada división entre los dos mundos. Pero no había división de ningún tipo, aseguraba, y lo que sucedía era que la gente ciega había imaginado obstáculos de ese tipo porque sus groseros órganos de audición, vista y tacto no permitían a la mayoría de las personas advertir los diferentes estados de conciencia del ser. Por otra parte, la madre naturaleza, continuaba diciendo, había hecho bien en dotarlos con sentidos burdos, ya que de otra forma la individualidad y personalidad del hombre no serían posibles, porque los muertos estarían de continuo mezclándose con los vivos, y los vivos se asimilarían ellos mismos con los muertos. «No sería tan malo si alrededor nuestro solo hubiera espíritus del mismo tipo que los nuestros —agregaba—... De una u otra forma, no podemos evitar identificarnos físicamente y de una manera perfectamente inconsciente con los muertos, absorbiendo los átomos constituyentes de los que han vivido antes que nosotros; con cada respiración los inhalamos, y exhalamos aquello que alimenta a las criaturas sin forma, elementales que flotan en el aire en espera de ser transformados en seres vivientes». Según ella, ese no era solo un proceso físico, sino, en parte, uno moral. Le aseguraba a su hermana que asimilábamos a aquellos que nos precedieron, absorbiendo de forma gradual sus moléculas cerebrales e intercambiando auras mentales, lo que significaba: pensamientos, deseos y tendencias; y que ese era un intercambio común a toda la raza humana y a todo lo que vive; un proceso natural, una consecuencia de las leyes de la economía de la naturaleza que explicaba similitudes externas y morales. «Pero existe otra ley absoluta», decía, la cual se manifestaba periódica y esporádicamente: era una ley, de por sí, de asimilación artificial y obligatoria. Durante epidemias de ese tipo, el reino de los muertos invadía la región de los vivos, aunque por fortuna esa clase de basura quedaba restringida, por vínculos de afinidad, a sus antiguos entornos. Y así, cuando eran

evocados por los médium, no podían romper con los límites y las fronteras en los que habían actuado y vivido. Y entre más se abrían esas puertas a ellos, más lejos era propagada la epidemia nigromántica; entre más unánimes eran los médium y los espiritistas en propagar los fluidos magnéticos de sus evocaciones, más poder y vitalidad adquiría el encanto. Aseguraba que una de esas visitas periódicas estaba ocurriendo en Estados Unidos, y que había comenzado con los juegos de criaturas inocentes, las hermanitas Fox, que habían jugado inconscientemente con esa terrible arma, y, bien recibidos y habiendo sido invitados con vehemencia a «entrar», la entera comunidad de difuntos se había precipitado hasta el punto de dominar con mayor o menor fuerza a los vivos. Le confesaba que había ido muy a propósito a visitar a una familia de notables médium, los Eddy, y que, durante quince días, había observado una serie de fenómenos sin tomar parte en ellos.

«Recordarás, Vera —le decía— cómo hice experimentos para ti en Rugodevo, con cuánta frecuencia vi los fantasmas de aquellos que habían vivido en la casa, y te los describí ya que tú no habrías podido verlos. Bueno, lo mismo ocurría día y noche en Vermont. Observé y vigilé a estas criaturas sin alma, las sombras de sus cuerpos terrenales, de los que, en la mayoría de los casos, el alma y el espíritu habían escapado hacía mucho, pero que conservaban y nutrían sus sombras semimateriales a costa de los cientos de visitantes que iban y venían, y de los médium.

Advertida y guiada por mi Maestro eché de ver lo siguiente:

- 1) Las apariciones auténticas eran los espectros de quienes habían vivido y muerto en determinado sector de aquellas montañas.
- 2) Los que habían muerto lejos eran menos consistentes, como una mezcla de la verdadera sombra y de la que flotaba en el aura del asistente por quien se aparecía el espectro.
- 3) Había también sombras ficticias o reflejos de los auténticos espectros de los fallecidos.

Para explicarme con más claridad te diré que los espectros no se asimilaban al médium, sino que era el médium, W. Eddy, quien se asimilaba de manera inconsciente del aura de los circunstantes la figura de los parientes y amigos nuestros.

¡Era horroroso contemplar el proceso! Con frecuencia me hacía sentir enferma y mareada, pero tenía que verlo, y lo más que podía hacer era mantener a distancia a las criaturas repugnantes. ¡Pero era

todo un espectáculo observar la bienvenida que los espiritistas les daban a estos umbrae! Lloriqueaban y se regocijaban alrededor del médium, vestido en estas vacías sombras materializadas. Seguían llorando y riendo, a veces con tal emoción y dando muestras de tan sincero gozo que se me partía el corazón por ellos. “Si pudieran ver lo que veo yo”, deseaba a menudo. Si solo supieran que estos simulacros de hombres y mujeres eran por completo fabricados de pasiones terrenales, vicios y pensamientos mundanos de los residuos de la personalidades que fueron; ya que estos eran solo las escorias que no podrían seguir al alma y al espíritu liberado, y son dejados atrás para una segunda muerte en la atmósfera terrenal que puede ser vista por los médium promedio y el público».

El día en que madame Blavatsky pegó en su álbum de recortes su primer artículo público conocido, titulado “Maravillosas manifestaciones del espíritu”, aparecido en el *Daily Graphic* el 30 de octubre de 1974, en el que prácticamente sometía a escarnio público y entre otras cosas llamaba «león rugiente» al dr. George M. Beard, un crítico acérrimo de las supuestas apariciones en la granja, encima de todo apostándole \$500 para que reprodujera ante una audiencia pública y bajo las mismas condiciones las apariciones ahí atestiguadas, o, de fallar, «soportar las ignominiosas consecuencias de su supuesta *exposé*», estableciendo así el tono sarcástico y polémico de sus posteriores escritos; ese día escribió la siguiente nota al pie de la tercera columna de su artículo:

*Podrían ser los retratos de la gente muerta entonces reproducidos... (con toda certeza no son espíritus o almas), sin embargo, son un verdadero... nómeno producido por los Elementarios.
H.P.B.*

A raíz de la publicación de ese que sería el polémico primer artículo público, el diario le pidió una entrevista y prácticamente le hizo persecución para conseguir un retrato de ella. Entonces escribió una carta a Olcott, quien aún se hallaba en la casa de los hermanos Eddy, que firmó con el nombre de *Jack el papúa*, en la que entre otras cosas escribió:

¡Creerá usted que esa gente del Graphic me ha hecho todas las picardías posibles para obligarme a darles mi retrato! Me han enviado al señor F... para hacerme hablar sobre mi intervención y mi deseo de hacerles insertar mi artículo contra... Beard. Creo

que querían hacer sensación y apoderarse de mis bellas narices y de mi espléndida boca... Les dije que la naturaleza me había dotado de una patata por nariz, pero que yo no les iba a permitir que se divirtieran con ella, por más leguminosa que fuese. Se defendieron con gran seriedad, lo que me hizo reír y ya sabe usted que el que ríe está desarmado.

* * *

[De *Gente del otro mundo*, escrito por el coronel Henry Steel Olcott inmediatamente después de la experiencia en la casa de los hermanos Eddy:]

Gradualmente fui descubriendo que esta dama, cuyos brillantes logros y eminentes virtudes de carácter, no menos que su exaltada posición social, le daba derecho al más alto de los respetos: es una de las más destacadas médium del mundo. A la vez, su mediumnidad es por entero distinta de la de aquellas otras personas que conocí; ya que, en vez de ser controlada por los espíritus para hacer su voluntad, es ella quien parece controlarlos para que hagan según su mandato. No me aventuraría a decir cuál ha sido el secreto por medio del cual ha obtenido este poder, pero de que ella lo posee, he tenido muchas pruebas como para permitirme dudar del hecho.

A la última oración del artículo que H.P.B. pegó en su libro de recortes, titulado “Formas de espíritus materializados”, aparecido en *The Spiritualist* el primero de enero de 1875, escrito por Benjamin Coleman y que trataba sobre la opinión del reformador social escocés emigrado a Estados Unidos, Robert Dale Owen, respecto a la autenticidad de los fenómenos de materialización, y que leía: “Estos hechos estadounidenses, unidos a los nuestros, deberían tener una relevancia importante en cuanto a corregir los errores tanto de la ciencia como de la teología”; a esta última oración, madame Blavatsky agregó a pluma y tinta: “—y— añadida también del *espiritismo*. La creencia en la acción de “espíritus” u almas desencarnadas en estos fenómenos es tan tonta e irracional como la creencia en la acción del Espíritu Santo en la invención de Jesús, si este último alguna vez vivió”.

La verdad de las sesiones de los Eddy

—LA FORMA MATERIALIZADA de mi tío no fue otra cosa que un retrato de William Eddy —le confesó una noche al coronel—. Yo la proyecté de mi propia mente, sin decírselo a nadie, tal como acostumbro a hacer en estos experimentos. Projecté en el cuerpo astral del médium una sosa envoltura externa de mi tío. Seguí y presencié el fenómeno, que fue tan real como podía ser, porque me consta que William Eddy es un médium sincero. Pero la realidad es que durante todos los años de experiencia en los Estados Unidos, nunca he logrado identificar, ni en un solo caso, a quienes deseaba ver. Solo en sueños y visiones me he logrado poner en contacto directo con los parientes y amigos a quienes me ligaba un vivo amor espiritual. Quiero decir con ello, Henry, que por ciertas razones psíquico-magnéticas que serían muy largas de explicar, no se acercan a nosotros las envolturas de los espíritus de nuestros seres más queridos. No tienen necesidad de ello, a menos que fuesen malvados empedernidos, ya que están con nosotros en el *devachán*, ese estado de conciencia en el que las mónadas se ven rodeadas de cuanto amaron en la tierra, lo mismo entidades humanas que objetos de anhelo espiritual. Las envolturas, separadas de sus principios superiores, nada tienen que ver con ellos; no quedan atraídas a sus parientes y amigos, sino a quienes más afinidad terrena y sensual tuvieron con ellos. De esta forma, el cascarón de un borracho quedará atraído hacia un viviente que sea borracho o que tenga en sí el germen de este vicio, y en tal caso, lo desarrollará valiéndose del cuerpo del viviente para satisfacer sus ansias. Alguien que muera en plena pasión sexual respecto de una persona, quedará atraído hacia ella. Los ocultistas no debemos olvidar jamás el profundo axioma de la doctrina esotérica, según el cual, los vivientes somos atraídos hacia los espíritus, pero que estos no pueden, aunque quieran, descender hasta nosotros, o, mejor dicho, hasta nuestra esfera. Es cierto que a lo largo de mi experiencia he recibido comunicaciones y mensajes con señas muy precisas, y en un par de ocasiones he visto formas materializadas de mis seres queridos, pero siempre el lenguaje de las comunicaciones ha sido de estilo muy distinto del que usaba el difunto. Las señas particulares las obtenían de mi propio cerebro, y en ninguna ocasión,

cuando el médium anunciaba la presencia de un pariente difunto y describía su aspecto, reconocí el espíritu de mi supuesto pariente entre el montón de cascarones y elementales que rodeaba al médium de turno, y esto en el caso de que se tratase de un médium sincero, que ignoraba que yo podía ver tanto como él. En caso contrario yo solía experimentar con disgusto que se me extraían de mi memoria mis recuerdos e imágenes cerebrales, los desfiguraba el médium en una confusa amalgama que luego proyectaba como un reflejo desde su cerebro, de manera instantánea, y yo observaba cómo los cascarones que lo rodeaban absorbían esa amalgama como una esponja y las materializaban a mi vista en sí mismos como si de pronto usasen máscaras de horrores. Es un proceso repugnante, y a pesar de ello los cascarones así vitalizados, gesticulaban y personificaban a veces detalles muy convincentes propios de los difuntos a quienes fingían representar, como eficaces marionetas de los recuerdos más íntimos que los vivos conservaban de sus parientes queridos. Si hubiesen sabido que lo que se manifestaba en vagas formas de sus parientes eran desechos astrales, larvas corporales de otras almas...

La médium Holmes

EL CORONEL OLCOTT ya había zambullido en una bolsa de tela a la médium Jennie Holmes; había amarrado el extremo de dicha bolsa alrededor de su cuello; sellado el nudo con cera, estampado en esta la marca de su anillo, y la había dejado luego en la cabina móvil triangular que antes había revisado meticulosamente y colocado a su antojo en el lugar del salón de sesiones que le pareció más adecuado. Frente a la cabina (sellada por todos lados con red mosquitera, excepto por el frente, que estaba a plena vista), se hallaba el comité de investigadores, formado por los señores J. M. Roberts, el general Francis J. Lippitt, madame Blavatsky, y él mismo. Esto ocurría en Filadelfia, la noche del 25 de enero de 1875.

El mencionado comité había sido integrado para verificar si eran o no un fraude los esposos Holmes: Nelson y Jennie, reconocidos médium que habían sido puestos en evidencia hacía no mucho por Eliza White, tras su confesión de haberse hecho pasar por el famoso espectro de Katie King que los esposos Holmes supuestamente materializaban por completo en sus sesiones.

La confesión de Eliza White había dado al traste con la reputación del espiritismo americano, que, atacado y «desenmascarado», parecía herido de muerte.

Aparte de los miembros del comité, a las sesiones solían asistir hasta 15 personas más.

Luego de asegurarse de que aparte de la médium nadie hubiese dentro de la pequeña cabina, madame Blavatsky, asistiendo al coronel en esta última sesión bajo escrutinio, usó algunos pases de mano para ayudar a entrar a Jennie en trance antes de cerrar la puerta de la cabina y ubicarse después en su asiento.

Pocas manifestaciones de mínima importancia habían ocurrido en las sesiones previas, nada que tuviera que ver con la magnitud de una plena manifestación de la conocida figura de Katie King, fenómeno por el que los esposos Holmes eran famosos. Sin embargo, de una manera misteriosa, madame Blavatsky había asegurado al coronel Olcott que algo de trascendencia sucedería en esa sesión.

—He librado órdenes para ese efecto —le había dicho.

En cierto momento de la sesión, luego de que algunas exteriorizaciones de origen ambiguo ocurrieran, el coronel Olcott sintió la

mirada de madame Blavatsky en su cuello; se volvió un segundo para verla: una sonrisa enigmática se dibujaba en sus labios. En ese mismo instante la puerta de la cabina se fue abriendo despacio, como movida por una brisa suave y tenaz. En el umbral se veía una figura delgada y baja, como de una muchacha, y quien quiera que esta fuera, resultaba obvio que no era la gruesa y alta señora Holmes, quien en ese momento estaría aún empaquetada, en trance y quizá hasta horrorizada dentro de la cabina. Era la misma Katie King que los escritores espiritistas Robert Dale Owen y el propio general Francis J. Lippitt, ahí presente, habían descrito en las páginas del *Galaxy* y del *Atlantic Monthly*, entre otros periódicos de poca o mucha monta. La figura se paseó, plena, delante de los miembros del comité, en silencio, exhibiendo claros rasgos de una nostalgia que parecía tener mucha más edad que ella misma. Después de unos momentos, el coronel Olcott escuchó a madame Blavatsky articular una palabra en una lengua que no pudo identificar, y de inmediato el supuesto espectro de Katie King se retiró hacia la cabina tan silenciosamente como había salido de ella.

Si en el momento de la aparición del espectro el coronel Olcott hubiese visto hacia donde se encontraba Nelson Holmes, habría podido apreciar que la expresión de horror y sorpresa en su rostro no era la de un médium acostumbrado, como se decía de este, a presenciar todo tipo de fenómenos y manifestaciones de ultratumba.

Terminada la sesión, los miembros del comité hallaron a la señora Holmes correctamente envuelta en su bolsa, el sello en su sitio. El estado de catalepsia tan profundo en que la encontraron logró alarmar a un doctor presente, el Dr. Fellger, a quien le llevó unos minutos conseguir que la médium recuperara la respiración y el pulso.

La conclusión a la que llegaron tanto el coronel Olcott como madame Blavatsky fue que, si bien parecía ser que los esposos Holmes, teniendo de cómplice a Eliza White, habrían hecho trampa a veces cuando se veían presionados por obtener resultados tangibles y sus poderes psíquicos estaban mermados, sí existía una entidad genuina del otro mundo, llamada Katie King, como quedó demostrado en la última sesión que tuvieron a bien asistir.

Años después, el coronel Olcott encontraría una nota escrita a mano en uno de los álbumes de recorte de madame Blavatsky, que, debido a su contenido, concluyó que había sido escrita para ser publicada luego de su muerte, y en la que madame Blavatsky explicaba lo que había sucedido en realidad esa noche del 25 de enero de 1875.

* * *

NOTA IMPORTANTE

Sí. Siento decir que tuve que identificarme con los espiritistas durante aquel vergonzoso desenmascaramiento de los médium Holmes. Tuve que salvar la situación, ya que fui enviada a propósito desde París hacia América para dar pruebas de los fenómenos y de su realidad, y mostrar la falacia de las teorías espiritistas de los «Espíritus». ¿Pero cómo podría haberlo hecho mejor? No quería que la gente supiera, a gran escala, que yo podía producir la misma cosa a voluntad. Había recibido ÓRDENES para lo contrario. Y, aún así, tenía que mantener viva la realidad, la autenticidad y posibilidad de tales fenómenos en los corazones de aquellos que de materialistas se habían vuelto espiritistas y ahora, debido al desenmascaramiento de varios médium, recayeron de nuevo, regresando a su escepticismo.

Por esto es que, tras seleccionar unos pocos de los confiables, fui donde los Holmes, y ayudada por M.:. y su poder, desde la luz astral saqué el rostro de John King y a Katie King, produje el fenómeno de materialización y permití a los espiritistas creer libremente que había sido hecho a través de la mediumnidad de la Sra. Holmes. Ella misma estaba terriblemente asustada, pues sabía que por esta vez la aparición era real.

¿Hice mal? El mundo aún no está preparado para entender la filosofía de la Ciencia Oculta —dejémoslos antes asegurarse que hay seres en un mundo invisible, ya sean «espíritus» de los muertos o elementales y de que hay poderes ocultos en el hombre, que son capaces de hacer de él un Dios en la tierra.

Cuando haya desaparecido y esté muerta, la gente tal vez apreciará mis motivos desinteresados. He empeñado mi palabra en ayudar a las personas a acercarse a la Verdad mientras viva —Mantendré mi palabra, Dejemos que abusen de mí y me denigren. Dejemos que algunos me llamen MÉDIUM y espiritista, y otros una impostora. Vendrá el día cuando la posteridad aprenderá a conocerme mejor.

¡Ah, pobre, tonto, crédulo, malvado mundo!

M.:. trae órdenes para formar una Sociedad —una sociedad secreta como la Logia Rosacruz. Él promete ayudar.

H.P.B.

Betanelly

A FINALES DE 1874, Michael Betanelly, un joven ruso georgiano que para entonces intentaba establecer un negocio de importación-exportación (lo que lo había dejado casi en bancarrota), se interesó en los fenómenos que el coronel Olcott había descrito en relación a la casa de los Eddy, al enterarse de que una de las formas materializadas en las sesiones (la primera sesión en presencia de madame Blavatsky) era la de un compatriota suyo: Michalko Guegidze, a quien decía haber conocido personalmente en Kutáisi. «Siendo yo mismo un nativo de Georgia, el Cáucaso, leí estas noticias con el mayor asombro y sorpresa, y no siendo un creyente en el espiritismo, no sé qué pensar acerca de estas manifestaciones», escribió al coronel cuando este aún se hallaba en la granja. «Le envío hoy una carta a Mrs. Blowtskey en la que le formulo algunas preguntas acerca del georgiano materializado, y si ella ya no está en donde los Eddy, por favor envíesela, si conoce usted la dirección», agregó. Siguiendo los escritos del coronel en el periódico, Betanelly pudo comprobar que todos los detalles que manifestaba el personaje eran correctos. Esto lo hizo sentirse cautivado por el espiritismo; pero más aún, por la persona de madame Blavatsky, a quien Olcott le presentó posteriormente, y de quien pronto se confesó profundamente enamorado.

Era gracioso para muchos, e incómodo para madame Blavatsky, ver a Michael Betanelly flirtear con ella toda vez que hallaba ocasión, y perderse como un estúpido en la contemplación de la amada madame cuando se reunían a conversar.

Michael siguió frecuentando a madame Blavatsky por un buen tiempo, a pesar de que esta no ocultaba su exasperación ante cada avance que el enamorado intentaba, y pronto le rogó que se casara con él.

—Entienda que no estoy interesada —le decía madame Blavatsky, cada vez que Michael volvía a la carga—. No puedo ocuparme de esas cosas. Mi vida, señor, son las ciencias ocultas, los asuntos no terrenales.

—Lo comprendo, créame usted —le respondía el desesperado joven, prometiéndole ser solo un soporte en su diaria tarea trascendental—. Solo le pido que me deje amarla como su esposo.

—¡Ni lo piense! —le decía madame Blavatsky, a quien ninguna aparición la aterraba, pero esto...

—La respetaría mucho. Incluso podría estar a su lado sin ponerle una mano encima si así es su gusto —afirmaba Michael—. La quiero bien, créame. Solo deseo el privilegio de cuidar de usted —insistió, hasta el punto de amenazar con el suicidio si ella no lo aceptaba.

En lo que un contrariado coronel Olcott atribuyó a los arrebatos de locura de su querida «Jack», y lo que madame Blavatsky explicó como una obligación kármica que debía llevarse a cabo muy a su pesar debido a complicaciones en vidas pasadas y a su extremo orgullo e impetuosidad, ella consintió; eso sí, bajo ciertas condiciones muy claras: el matrimonio no sería nunca consumado; mantendría el apellido Blavatsky, en honor a quien para entonces creía muerto (había tenido oportunidad de ver pruebas fehacientes que lo indicaban, aunque doce años después descubriría que Nikífor Blavatsky estaba con su hermano, vivo y gozando de buena salud); además, exigía que se le mantuviera su presente libertad de acción, sin interferencias, impedimentos o estorbos de ninguna clase. Michael Betanelly, no hallando más opción, aceptó las condiciones.

Se casaron el 3 de abril de 1875, en Filadelfia. El coronel Olcott, quien no entendía ni veía bien la unión, no asistió a la boda.

Solo un tiempo después, madame Blavatsky se lesionó de gravedad de una pierna tras una fea caída que había sufrido en el pavimento escarchado de una acera. Michael se preocupó mucho al escuchar al doctor decirle que no se podría hacer demasiado, y que se hacía necesaria una amputación del miembro. Madame Blavatsky, por su parte, con todo y esto, seguía escribiendo de manera incesante y mantenía su correspondencia al día, como si nada le ocurriera a pesar de que el doctor había insistido en que se mantuviera quieta y no preocupara su cerebro. Michael llegó incluso a pensar que la gravedad de su situación se debía en gran parte al descuido de ella consigo misma y a la sobrecarga de trabajo, más que al resultado directo de la caída. Sin embargo, pronto madame Blavatsky se recuperó de manera inexplicable, como antes había ya ocurrido.

Al principio Michael parecía no querer más que poder estar cerca de madame Blavatsky y auxiliarla en su trabajo, como lo había prometido; pero más pronto que tarde se olvidó del acuerdo y exigió que se cumplieran sus derechos conyugales. Ante la rotunda y reiterada negativa de madame Blavatsky, la artificial unión se desintegró a

solo unos meses de haber comenzado, y madame Blavatsky escapó a Boston. La historia se había repetido. El coronel Olcott, quien para entonces ya mantenía correspondencia «especial» con algunos Instructores, recibió entonces una carta de un Mahatma que decía llamarse Serapis, en donde le indicaba que madame Blavatsky no debía regresar a las malas condiciones y vibraciones de la casa de Michael Betanelly en Filadelfia, y que debería colocarla en un lugar en Nueva York en donde la tendría que visitar a diario. «Que no pase un día sin que la visite», le escribió. Incluso, sugirió al coronel que le dijera a madame Blavatsky que de Boston partirían a Filadelfia, pero que en lugar de eso tomara los boletos hacia Nueva York. «No más lejos», decía la carta.

Y así sucedió. El resultado fue que Michael Betanelly interpuso una demanda de divorcio alegando abandono de hogar, y pronto le fue otorgado el mismo. Tras el completo fracaso de sus negocios, algunos años después, Michael Betanelly partió de nuevo hacia Georgia.

* * *

[H.P.B. Primavera de 1875:]

Se me ha ordenado empezar a decir al público la verdad acerca de los fenómenos y sus médium. ¡Y ahora mi martirio comenzará! ¡Tendré a todos los espiritistas en mi contra en adición a los cristianos y los escépticos! ¡Vuestra voluntad, oh M.: sea hecha!

William Q. Judge

WILLIAM Q. Judge hacía su primera visita al 46 de Irving Place, Nueva York, a finales de agosto de 1875. Había caído la noche, y un gran número de personas estaban presentes.

Judge, un joven abogado de origen irlandés, que para entonces trabajaba para la firma de E. Delafield Smith, fiscal del distrito sur de Nueva York, había sido invitado por la misma madame Blavatsky a través del coronel Olcott, a quien antes había escrito para preguntar si podía este ponerlo en contacto con algún médium. «No por el momento —le había respondido el coronel—; pero tengo una amiga, madame Blavatsky, que me ha dicho le diga a usted que la visite».

Judge había emigrado con su familia hacia los Estados Unidos cuando tenía 13 años, y se había asentado en Brooklyn. A partir de un extraño acontecimiento de su niñez, de manera precoz se había interesado en los asuntos de magia y religión: contaba siete años cuando había caído mortalmente enfermo; había agravado y había muerto (o, al menos, había sido declarado muerto por el médico que lo atendía). Sin embargo, en los instantes en que sus familiares lamentaban su fallecimiento, descubrieron con obvia sorpresa que el niño había vuelto a la vida. A partir de entonces se fue volviendo evidente que el jovencito poseía conocimientos nunca antes mostrados. La familia tuvo que acoplarse a su nueva forma de ser. Ya a los ocho años, se perdía en todo tipo de lecturas que tuviesen que ver con mesmerismo, rosacrucismo, magia y religión. A los 23, los relatos del coronel Olcott en el *Daily Graphic* y su libro *Gente del otro mundo*, lo habían obsesionado, y se había hecho amigo del autor.

Lo primero que llamó su atención fue la presencia de la exótica mujer de extraños atuendos que echaba humo como una locomotora y lucía muchos más anillos que dedos. Frases en varios idiomas se escuchaban en el salón, y ella, mientras parecía conversar, absorta y en ruso, con alguien más, de pronto se había vuelto para intervenir en inglés en la discusión que otros caballeros mantenían en otra parte del salón. La profundidad y agudeza de sus palabras habían producido una especie de encantamiento en toda la sala, justo antes de que regresara como si nada a la charla en ruso que mantenía con el primer

interlocutor. Pronto había vuelto a interrumpir la conversación al notar la presencia de Judge, y le había proporcionado una bienvenida cariñosa, como la que se le otorga al reencuentro de un viejo familiar que se tiene mucho tiempo sin ver.

Para sorpresa de Judge, con el correr de la charla se fue dando cuenta de que asuntos privados suyos eran del conocimiento de ella, y que se refería a circunstancias particulares que mostraban que manejaba nociones precisas de su familia y de su manera de ser. Incluso parecía conocer lo que le había sucedido en su infancia, algo de lo que jamás platicaba con nadie. Y en lugar de incomodarse con todo esto, Judge se sintió a gusto, próximo a ella y en confianza; tanto así que esa noche decidió llevar a cabo un experimento para medir las capacidades psíquicas de su recién conocida, y puso manos a la obra: el día siguiente a su primer encuentro, de forma anónima, le envió por correo un prendedor con la figura de un escarabajo antiguo, tomando el cuidado de que fuese otra persona quien lo envolviera, lo llevara y lo entregara al dependiente de un puesto de correo para él desconocido. Judge esperó hasta la siguiente semana, que fue cuando visitó de nuevo a madame Blavatsky. Entonces ella, al solo verlo parado a la puerta, le agradeció el envío del escarabajo. Judge decidió entonces fingir que no sabía de lo que estaba hablando.

—Vamos, Señor Judge —le dijo madame Blavatsky—; es inútil pretender. Si bien es cierto no envió personalmente el escarabajo, hizo que alguien más lo envolviera y lo pusiera en el correo. No pretenda jugarle trucos a una pobre vieja desvalida. Mejor termine de entrar y tome asiento. ¿Desea que enrolle un cigarrillo para usted?

Olcott y la Hermandad de Lúxor

Poco a poco madame Blavatsky había ido descubriendo ante el coronel Olcott sus capacidades psíquicas y la existencia de una Hermandad de Adeptos que, según le explicaba, eran yoguis avanzados diseminados por el mundo, cuyo desenvolvimiento espiritual les permitía tener control sobre muchos poderes supranaturales.

—De entre ellos —le dijo— incluso los *chelas* o discípulos han desarrollado sus poderes extrasensoriales, no como un propósito en sí, sino como consecuencia natural de su entrenamiento en el manejo de las capacidades más elevadas y espirituales. Pueden, por ejemplo —añadió— viajar astralmente en plena conciencia, e incluso condensar su cuerpo astral hasta volverlo visible a través de un procedimiento oculto en el que utilizan, haciendo uso de su fuerza de voluntad, una forma ilusoria y temporal formada de elementos mentales y astrales, llamada *mâyâvi-rûpa* en sánscrito. Y han sido ellos quienes para sus propios propósitos inescrutables y elevados han usado hasta cierto punto este auge de fenómenos espiritistas, antes de que se saliera de control.

—¿Pero qué necesidad tenías de ir tan lejos como a la India o más allá de los Himalayas para conocer eso?

—Tienes toda la razón, Henry. No hay para qué ir a esos lugares lejanos ni a ningún otro, cuyos solos viajes de llegada y regreso son ya de por sí una mortificación extravagante, en especial para una dama, y esto último no lo digo por el hecho para algunos poco tangible de yo serlo, sino por la desventura punible de padecerlo en un mundo de esquemas culturales y legales masculinos, ¡sabe Dios de lo que hablo! No hay por qué ir tan lejos para hallar algún conocimiento o poder, que de todos modos están latentes en cada individuo, tan cerca o lejos como eso. No obstante, la adquisición de los conocimientos y poderes más altos requieren no solo muchos años de estudios severos bajo la guía de una o varias inteligencias superiores, aparte de una audacia que no se doblegue ante nada, sino también un retiro estricto en la sola compañía de mentes afines que perseveren en el mismo objetivo en un lugar en donde la misma naturaleza esté en igualdad de tono con la quietud y el silencio interno de los aspirantes, donde el aire esté libre de influencias nocivas, la atmósfera y el magnetismo humano

sean absolutamente puros y ninguna sangre animal sea derramada.

—Sin embargo, tengo entendido, y en esto nada tienen que hacer los objetivos sublimes de aislamiento que has tenido a bien mencionar, que la región del Tibet ha estado cerrada a cal y canto para los intrusos extranjeros.

—Lo cual es solo cierto a medias. Verás, Henry, en realidad el Tibet siempre ha estado abierto a las visitas de peregrinos y comerciantes de los alrededores, e incluso de países no colindantes como Mongolia, o regiones como Ladakh; de eso puedes deducir que si uno pasa por tales...

—No dudo que tengas, Jack, si me permites una insolente observación, un semblante que en ciertos aspectos más bien aislados remitan a oriundos de las zonas aledañas al país prohibido; pero de ahí a ocultar otras claras referencias físicas de origen muy extranjero...

Ambos rieron animadamente.

—Concedido, Maloney, a pesar de lo cual, deberás tener en cuenta la constancia en el trajinar lugares inhóspitos, que nos hace adquirir a conveniencia los rasgos, si no enteramente propicios, sí suficientes como para confundir y escabullirnos. Es el ojo descuidado el que hace que el camaleón persista en su escondite a la vista de todos.

—Sin embargo hay otro punto: los caminos hacia y desde el Tibet no son fáciles de recorrer ni para el más apto de los viajeros, según sé.

—Me subestimas, coronel.

—Oh, no, bajo ningún punto de vista. Quise decir que...

—¿Una fodonga criatura como esta es incapaz de hacer labores de caballo?

—Oh, no; yo solo...

—Te sorprenderías. Pero, además, tuve el cuidado de viajar siempre acompañada. Se consiguen muy buenas bestias de carga por allá, ¿sabes?, incluso las hay para soportar fodongas viajantes que sepan montar, lo cual es mi caso. Además, los Maestros de esa zona geográfica siempre han advertido que aquellos que de buena manera deseen conocerlos, los encontrarán en las propias fronteras, aunque otros no los encuentren aun llegando a Lhasa acompañados por ejércitos: ellos también saben lo de los ojos descuidados que tienen la mirada perdida, como puedes tú notar. Y por si esto fuera poco, Henry, existen rutas menos extenuantes para alcanzar el objetivo, te lo puedo asegurar, aunque requieran de mucha más paciencia: nos enseñan más de uno mismo esas rutas, por cierto.

—De igual forma me resulta inaudito que hayas alcanzado ese prohibido cuartel general de los altísimos adeptos.

—No es que quiera decepcionarte; pero tu observación tampoco es acertada en este punto. No existe tal cuartel de altísimos en el Tibet como tú lo llamas. La mayoría de los Maestros ni siquiera son tibetanos sino de la India. El pequeño y el gran Tibet son solo un lugar de varios donde existen escuelas de sabiduría esotérica. China, Japón, India, Egipto, Siria, Centro y Sur América son otros. Es un núcleo de adeptos de varias nacionalidades el que actúa unificado, y puedo decirte que el carácter real de este núcleo es desconocido incluso para la masa promedio de lamas, quienes en su mayoría son unos tontos ignorantes, no así para los *geshe* lamas iniciados. Me temo que no me es posible revelar públicamente los lugares en donde he tenido la dicha de ser acompañada por los Maestros, aunque eso genere luego mucha controversia. Se imponen los velos acá. Habrá quienes pongan en duda la existencia de estos seres, ya verás. Serán legión. ¡Tontos a tono con los tiempos! ¡Se repiten tanto a sí mismos...! De nuevo no sabrán que la más probable explicación no es suficiente en estos asuntos que están más allá de la razón.

Durante algún tiempo, el coronel Olcott mantuvo sus dudas al respecto; aunque no dejaba de parecerle atractiva la idea de la existencia de una hermandad de sabios maestros semejante, de algo estaba seguro: las manifestaciones que a diario observaba, y que eran producidas a voluntad y con plena conciencia por «Jack», eran inobjetables; además, ella siempre daba su lugar a tal tipo de manifestaciones, considerándolas meros efectos secundarios del desarrollo superior, que era hacia donde parecía dirigir sus esfuerzos.

Se suponía que las concreciones fenoménicas resultantes del manejo de fuerzas superiores y desconocidas por la ciencia moderna debían dar una prueba palpable de la existencia de planos de conciencia adicionales al físico, algo que con tanta ansiedad necesitaba conocer el hombre contemporáneo, atrapado como estaba entre un agnosticismo cada vez más subyugante y una credulidad sin fundamento, todo debido a una crasa ignorancia de la constitución integral del ser humano. Ella parecía también estar muy consciente de los limitados efectos que la demostración de estos fenómenos había traído consigo:

—Un ocultista puede producir fenómenos —le dijo un día—; pero no puede suplir al mundo con cerebros, ni con la inteligencia y buena fe necesarias para entenderlos y apreciarlos.

Parecía, pues, que la visión de su amiga estaba más inclinada a

abandonar la mera demostración pública de dichos fenómenos y a enfocarse en transmitir el conocimiento de las fuerzas superiores que estaban detrás de todos ellos, y su fundamento racional.

Una mañana de mayo de 1875, el coronel Olcott encontró un llamativo sobre revuelto con el resto de su correspondencia diaria en su oficina de Nueva York; era un sobre lustroso de color negro, con letras doradas en él. Presintiendo algo, antes de abrirlo preguntó a quien había llevado las cartas a su escritorio, si recordaba haber visto aquel sobre, esperando que hubiese llamado también su atención, por inusual. Nada recordaba el empleado de él. El coronel regresó a su escritorio y lo abrió. Adentro encontró una hoja de papel verde con unas palabras por demás misteriosas, escritas con la misma tinta dorada del sobre. Lleno de curiosidad y emocionado sin saberse explicar por qué, leyó:

De la Hermandad de Lúxor, Sección 5ª, a Henry S. Olcott.

Hermano Neófito, nosotros os saludamos.

Aquel que nos busca nos encuentra. INTENTAD. Aquietad vuestra mente —desvaneced toda duda injusta. Nosotros seguimos vigilando a nuestros leales soldados. La hermana Helena es una valiente, confiable servidora. Abrid vuestro espíritu al convencimiento, tened fe y ella os conducirá hacia la Dorada Puerta de la verdad. Ella no teme ni espada ni fuego, pero su alma es sensible a la deshonra y tiene razón para desconfiar del futuro [...] Vuestras nobles exhortaciones a favor de nuestra causa nos dan ahora derecho de dejaros saber quiénes somos:

Serapis Bey (Sección de Ellora)

Polyborus Isurenus (Sección de Salomón),

Robert More (Sección de Zoroastro)

[...]Por orden del Gran .: TUITIT BEY

Observatorio de Lúxor, mañana del martes, día de Marte.

Ese día también había otra carta de madame Blavatsky, y en ella le informaba que el mensaje de la Hermandad de Lúxor había llegado a través de ella, y que ella la había retenido, como era su derecho. En esta carta, además, madame Blavatsky le advertía sobre la gravedad de aceptar el privilegio de ser un neófito. «Si tu *aceptas* la palabra *neófito*, estás frito, muchacho mío, y no hay regreso posible desde ahí.

Pruebas y tentaciones a tu fe lloverán sobre ti antes que nada», decía la carta.

Aún en una correspondencia posterior, madame Blavatsky le comunicó que había sido designada por la Hermandad para impartirle instrucción. «*Deben* de tener grandes esperanzas en tus dones intuitivos», escribió.

Sociedad Teosófica

EN JULIO de 1875, madame Blavatsky apuntó en su álbum de recortes lo siguiente:

Órdenes recibidas desde India dirigidas a establecer una Sociedad filosófico-religiosa & escoger un nombre para ella —también escoger a Olcott.

En 1882, entre la voluminosa correspondencia que el primer biógrafo de madame Blavatsky, el señor Alfred Percy Sinnett, mantenía con los Mahatmas, uno de ellos, el Mahatma M., en relación con la empresa que estaban a punto de echar a andar en América, escribe que estaba estipulado que el experimento debería ser hecho con independencia de su dirección personal; y que «no debe haber una interferencia anormal de parte nuestra. Y así —continúa—, buscando medios, encontramos en Estados Unidos al hombre apropiado para erigirse como líder: un hombre de gran valor moral, abnegado y con otras cualidades. Estaba lejos de ser el mejor, pero [...] era el mejor disponible. Con él asociamos a una mujer de las más excepcionales y maravillosas dotes. Combinadas con estas tenía fuertes defectos personales, pero tal y como era, no había un segundo propicio para este trabajo. La enviamos a América, los juntamos, y el experimento dio inicio».

En Nueva York, William Q. Judge también era incluido en el entrenamiento «especial» que madame Blavatsky aseguraba había sido ordenado por los Mahatmas que dirigían sus pasos. En sus reuniones, los dos discípulos atestiguaban toda clase de fenómenos que acompañaban a la transmisión de enseñanzas fundamentales, la mayoría de las veces como demostración práctica de los poderes que los mismos implicaban, sin ser el objetivo primordial de la instrucción. Muchos de estos fenómenos eran producidos a través de una «entidad» a la que madame Blavatsky llamaba John King, aunque el nombre, ampliamente utilizado en el espiritismo europeo y americano, era más bien una especie de comodín para referirse tanto a «elementales» que obedecían a su voluntad, como a un viejo «espíritu» de familia, un «mensajero y siervo —nunca igualado— de los Adeptos vivos» e

incluso un conveniente velo para referirse a maestros y fuerzas espirituales que no deseaba revelar.

—Estas cosas son insignificancias comparadas a la magnificencia del amplio y prometedor campo del desarrollo espiritual del hombre —le dijo a Judge una tarde—; pero esto solo es conocido de unos pocos, y su transmisión acarrea más sufrimientos que satisfacciones —agregó, un tanto incómoda por tener que hacer de tutora—. Ahora mismo estoy embarcándome en una empresa que me traerá calumnia inmerecida, malicia implacable, permanentes malentendidos y trabajo constante sin recompensa terrenal: para empezar —agregó—, debido a que era de los semilleros del espiritismo que me veía obligada a escoger a unos cuantos para llevarlos al espiritualismo superior, ahora tengo en contra a mucha gente honesta. Y me veo forzada a confesar que, con toda honestidad, no creo haber hecho ningún bien al espiritismo. No es sino con profunda tristeza en mi corazón que reconozco ahora este hecho, ya que comienzo a pensar que no hay forma de salvar al espiritismo. El verdadero espiritualismo es otra cosa. Es un asunto que tiene todo que ver con el espíritu de los vivos, y nada, con el comercio con las almas de los muertos.

—¿Cuál es la alternativa entonces, según usted? ¿Qué puede ofrecerse a aquellos afligidos por las viejas instituciones religiosas llenas de dogmas, y por los avatares del positivismo que todo lo niega? —preguntó Judge.

Madame Blavatsky lo miró, condescendiente; luego sacó un poco de tabaco de su dispensador y comenzó a enrollar un cigarrillo, mientras golpeaba el suelo reiteradamente con la punta de su pie.

—Deducción filosófica en lugar de hipótesis sin fundamento —le dijo, concentrada en el proceso—; demostración en lugar de una fe ciega que no discrimina. La filosofía oculta los proveerá de los medios de conseguir los razonables requerimientos de la ciencia honesta, y los libraré de la necesidad subyugante de aceptar las oraculares enseñanzas de la «inteligencia», que, como regla, tiene menos inteligencia que un niño de escuela. Sin invocar esa ayuda, el espiritualismo solo continuará vegetando, rechazado, y no sin causa, tanto por la ciencia como por la teología.

En la noche del 7 de septiembre de 1875, alrededor de 17 personas se habían reunido en el 46 de Irving Place para escuchar la disertación de George H. Felt acerca del Canon perdido de las proporciones de los egipcios, griegos y romanos. Felt clamaba haber encontrado por

medio de sus investigaciones en egiptología este Canon perdido, que, además de ser la clave para entender el arte y la arquitectura ancestrales, era una evidencia de que los espíritus elementales habían sido usados ampliamente en los templos de misterios; además, decía haber descifrado los mantras, las fórmulas vocales, para la evocación de esos espíritus de los elementos.

Escolares, periodistas, investigadores, editores, científicos, abogados, hombres de letras y hasta un clérigo asistían a la ponencia, que, brillantemente expuesta por Felt, como era de esperar, había producido una animada discusión.

En el momento cúspide de dicha discusión, en la mente de un coronel Olcott lleno de entusiasmo comenzó a surgir la idea de formar un grupo con el propósito de estudiar estas y otras cuestiones relacionadas con el ocultismo. Impelido por un fuerte impulso interno, se hizo de un pedazo de papel y garabateó la sugerencia en él, se lo dio a Judge para que este se lo diera a su vez a madame Blavatsky. Al tomarlo, esta leyó: «¿No sería bueno formar una sociedad para esta clase de estudio?». Madame Blavatsky buscó con la mirada al coronel Olcott, y, desde el otro extremo del salón, asintió.

Siendo el coronel un hombre de inmediato accionar, un momento después solicitó la atención de quienes esa noche habían atendido, y comenzó a exponer el asunto, aludiendo al huérfano estado en que los modernos movimientos espirituales se hallaban, y a cómo las sabidurías ancestrales de oriente podrían servir tanto para dar dirección y sentido a los mismos como para disipar los errores y los absurdos en que a veces caían a falta de fundamento filosófico; luego propuso en forma la creación de un núcleo que estaría compuesto por «todas las iluminadas y valientes almas que estuvieran dispuestas a trabajar juntas por la recopilación y difusión del conocimiento», según lo escribiría luego, en su libro *Milagros del siglo diecinueve*, la señora Emma Hardinge Britten, ahí presente. Se pretendía, explicó Olcott, que fuera una sociedad formada por ocultistas interesados en el estudio «de aquellas leyes secretas de la naturaleza que eran tan familiares a los caldeos y egipcios, pero que eran en su totalidad desconocidas para el mundo moderno de la ciencia».

La propuesta fue bien recibida por todos, y durante el transcurso de ese mes y el siguiente se sostuvieron frecuentes reuniones para organizarla y establecer sus estatutos. El coronel Olcott fue nombrado Presidente; madame Blavatsky, secretaria correspondiente; y William Judge, consejero jurídico.

Finalmente, y luego de considerar muchos otros, se eligió el nombre de Sociedad Teosófica.

El nacimiento de Isis

EN EL 433 de la calle 34 oeste, hacia donde Olcott y madame Blavatsky se trasladaron (ella ocupaba las suites del primer piso y él las superiores), el coronel presenciaba nuevos acontecimientos fuera de serie cuando por las noches acompañaba a «Jack» desde el escritorio colocado frente al de ella para auxiliar la escritura en inglés del libro que madame Blavatsky había comenzado a escribir. Lo hacía de manera incesante, desde tempranas horas hasta cuando ya no resistía más, y él la acompañaba apenas en las noches debido a su diario trabajo en la oficina. Ya desde antes, en la primavera de ese mismo año, el coronel había notado un cambio psico-fisiológico importante en Jack, un cambio maravilloso que luego tuvo oportunidad de conocer más de cerca en ese trabajo próximo durante las noches en las suites de la calle 34.

Todo comenzó un día en que madame Blavatsky le mostró unas cuantas hojas escritas por ella.

—Escribí esto anoche siguiendo órdenes —le dijo—; pero no sé qué diantre irá a ser. Quizá sirva para un artículo de periódico; tal vez para un libro; o tal vez para nada; como sea, lo hice tal como se me ordenó.

Por algún tiempo, nada más se dijo al respecto. Pusieron los referidos papeles en un cajón y se olvidaron de ellos.

En septiembre de 1875, madame Blavatsky recibió una invitación para pasar una temporada en casa del profesor Corson, de la Universidad de Cornell, y fue ahí donde retomó los papeles olvidados, al punto que cuando regresó a las suites de la calle 34 ya el trabajo había tomado forma de libro. Ese fue el inicio de *Isis sin velo*.

Para comenzar, las hojas que “Jack” le daba a corregir al coronel Olcott estaban llenas de conocimientos ancestrales y diversos que la misma madame Blavatsky aseguraba desconocer, pero que se gestaban en sus páginas con la misma facilidad como si estuviese tomando un dictado directo de alguien a su lado, lo cual era ya de por sí un elemento sospechoso. Y siquiera hubiese sido solo eso; de pronto el coronel había comenzado a identificar distintos patrones de comportamiento: expresiones y tonos vocales, gestos faciales y corporales,

estados de ánimo, disposiciones de carácter y otras características que se modificaban tras una breve pausa en el afanoso escribir de madame Blavatsky, o luego que esta abandonaba la sala de trabajo durante algunos segundos. Al entrar venía como convertida en otra persona. A veces parecía ser ella quien se esforzaba en completar algunos párrafos, y cuando a mitad de ese esfuerzo necesitaba consultar algún libro para comprobar un dato o citar algo de él, detenía su labor y primero parecía perder la mirada a lo lejos, después la mirada se le acortaba y leía ahí en el aire, desde donde copiaba un poco, bajando la mirada hacia la hoja en que trabajaba, para después regresarla al mismo punto del aire desde donde estaba sacando la información, y así muchas veces hasta que la «consulta en la luz astral», como ella llamaría luego al proceso, terminaba.

Pronto el coronel, concluyendo que el cuerpo de madame Blavatsky era «ocupado» no solo por uno sino por varios personajes de manera alterna para escribir grandes porciones de la obra, llegó a saber distinguir algunos de estos personajes, ¿o personalidades?, que entraban a ocuparla y que generaban variantes caligráficas evidentes en los papeles que corregía. Varias veces se sintió confundido y avergonzado por no reconocer a tiempo un cambio de posesión del cuerpo de su amiga. En una ocasión, por ejemplo, pensando que era aún madame Blavatsky quien escribía (momentos antes habían estado bromeando como solían hacer para despejarse un rato), le dijo:

—¡Bueno, Caballo Viejo, continuemos con esto!

Al no escuchar una respuesta y notar que lo miraba sorprendida y ultrajada desde su escritorio, se dio cuenta de que quien estaba en ella era la personalidad de un filósofo grave y reservado, ya familiar para el coronel.

A otro de ellos no le gustaba el inglés, y prefería comunicarse con Olcott en francés. Otro era jovial y estaba siempre dispuesto a compartir una anécdota divertida; otro era sublime. Uno de ellos tenía la particularidad de retorcer un bigote imaginario en el regordete rostro de madame Blavatsky, mientras parecía estar sumido en profundos pensamientos. «¡Ah, las noches de elevados pensamientos! ¿Cómo podría nunca compararlas con cualquier otra experiencia de mi vida?».

Mantener algunos diálogos con tales personajes, dejarse llevar por sus historias y anécdotas, discutir sus ideas, saberse acompañado por ellos; todo eso, sin duda, completó la «instrucción» del coronel por aquella época. ¿Cómo dudar entonces, si incluso a veces extraños libros eran «aportados» en la sala por desconocidas fuerzas, para que

madame Blavatsky consultara en sus hojas? Muchas veces creyó estar perdiendo la razón al encontrarse en el epicentro en donde los temblores de una conjunción de planos, mundos y entidades se gestaban.

Una vez, revisando unas pruebas impresas del libro, encontró una cita que parecía no estar correcta.

—Debes haber cometido un error al copiarlo de tu luz astral, Jack —le dijo a su colega.

—Ah, no te molestes; déjala así —le respondió madame Blavatsky.

—¿Dejarla pasar? Vamos, no seas perezosa.

—¿Te parezco perezosa? —respondió, sumida en la febril ocupación de su escritorio, sin levantar siquiera la vista.

—Solo te llevará unos momentos —insistió el coronel.

—Muy bien —dijo por fin, desganada—. Espera un minuto y trataré de obtenerla.

Se enderezó en su asiento y por unos segundos estuvo concentrada. Una expresión de poder llenó su rostro. Enseguida, señaló hacia una esquina del cuarto.

—¡Ahí! —le dijo, con una voz grave y hueca. Y luego repitió con su voz normal:— ¡Ahí, ahí! Ve a buscarlo por ahí.

El coronel encontró en el sitio que madame Blavatsky había señalado dos volúmenes de un trabajo francés de fisiología y psicología, y podía jurar que esos libros no estaban allí antes de ese momento.

Luego de comprobar que en efecto había un error en la cita (un cambio en el orden del número de página, como solía ocurrir cuando se trataba de «consultas en la luz astral»), regresó a su sitio los libros. Al poco tiempo, y habiendo tenido siempre a la vista a madame Blavatsky, quien se mantenía afanada en su escritorio, ambos volúmenes habían desaparecido sin dejar rastro.

Claro que este y otros asuntos eran considerados por ellos no una cuestión de prodigios sino eventos naturales necesarios para el trabajo que estaban realizando.

«¡Patrañas!», llamaría Richard Hodgson, años después, a este asunto de las «aportaciones», cuando fuera designado para dirigir las pesquisas del Comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas orientadas a investigar los pretendidos fenómenos psíquicos atribuidos a madame Blavatsky.

Para la época en que escribía *Isis sin velo*, sus familiares pensaron que había perdido la razón al verse sorprendidos por los «cuentos» de una «Sociedad de una Hermandad Universal» y por el supuesto ma-

nejo de conocimientos de filosofía ancestral «sobre lo que ha comenzado a escribir un largo tratado». Tampoco sabían cómo explicar tales «fantasías», e intentaban buscar en sus cartas una explicación a todo esto, llegando a sospechar que se trataba de fraude y falsificación. «Siempre supe a mi hermana una mujer capaz e inteligente; pero que repentinamente comenzara a escribir acerca de esta ciencia, desconocida hasta entonces...». También era sospechoso para su familia el que se hubiera sometido a la voluntad de Mahatmas y entidades extrañas, ella que desde chica había hecho su antojo y voluntad sin que permitiera que nada ni nadie interfiriera; de pronto decía haber encontrado a un guía (¡hombre, por si fuera poco!) al que le debía entera obediencia, ¡ella!, y encima de eso, ¡qué tipo de hombre!: «¡Alguna clase de hechicero, un medio-místico hindú de las riveras del Ganges!». No entendían nada. Por su parte, madame Blavatsky se limitaba a responder a sus familiares que no había necesidad para su inmediato internamiento en un asilo para lunáticos.

* * *

Bueno, Vera, ya sea que me creas o no, algo milagroso me está sucediendo. No puedes imaginarte en qué afortunado mundo de imágenes y visiones vivo. Estoy escribiendo Isis; no escribiendo, sino más bien copiando y trazando lo que Ella personalmente me muestra. Te lo juro, a veces me parece que la antigua Diosa de la Belleza en persona me guía a través de todos los países de siglos pasados que tengo que describir. Me siento con los ojos abiertos y de manera evidente veo y escucho todo real y verdadero alrededor de mí, y todavía al mismo tiempo veo y escucho aquello que escribo. Siento que se me corta el aliento; tengo miedo de hacer el más leve movimiento por temor a que el hechizo pueda ser roto. Lentamente, siglo tras siglo, imagen tras imagen, flotan en la distancia y pasan delante de mí como en un panorama mágico; y mientras tanto los ordeno en mi mente, haciendo casar épocas y fechas, y sé con seguridad que no puede haber error. Razas y naciones, países y ciudades, que hace mucho desaparecieron en la oscuridad del pasado prehistórico, emergen y luego se desvanecen, cediendo lugar a otras; y luego se me dicen las fechas consecutivas. La vieja antigüedad abre paso a los períodos históricos; se me explican mitos con eventos y gente que existió de verdad, y cada evento destacado, cada pasada página de este

libro multicolor de la vida, se imprime a sí mismo en mi cerebro con exactitud fotográfica. Mis propias cuentas y cálculos se me antojan después piezas separadas de colores de diferentes formas en el juego llamado casee-tête (rompecabezas). Las junto y trato de hacerlas casar una con otra, y al final siempre resulta un todo geométrico... Más precisamente, no soy yo quien hace todo, sino mi Ego, el más alto principio que vive en mí. E, incluso, esto con la ayuda de mi Gurú y maestro quien me ayuda en todo. Si sucede que olvido algo tengo solo que dirigirme a él, o a otro del mismo tipo, en mi pensamiento, y lo que he olvidado surge una vez más ante mis ojos —algunas veces tablas enteras de números, pasando, delante de mí, largos inventarios de eventos—. Ellos lo recuerdan todo. Ellos lo saben todo. Sin ellos, ¿de dónde podría reunir mi saber?

Una nueva erudita

EN 1875 respondió a su hermana, quien había escuchado que estaba escribiendo de una manera misteriosa y temía por su salud mental; a la vez, los rumores de hechicería circulaban. Madame Blavatsky le decía que no temiera que hubiera perdido la cabeza, que todo cuanto podía decir era que alguien la inspiraba positivamente, y más que eso, que alguien entraba en ella, y que no era ella quien hablaba y escribía, era algo dentro de ella, su más alto y luminoso Ser, que pensaba y escribía por ella. Le pedía que no le preguntara lo que experimentaba, porque no podía explicárselo con claridad. «¡No me conozco a mí misma!», le decía, y lo único que sabía era que entonces, cuando estaba por alcanzar la vejez, se había convertido en una especie de almacén del conocimiento de alguien más. Le trataba de explicar que alguien llegaba y la envolvía como una nube neblinosa, y de inmediato la empujaba hacia fuera de ella misma, y entonces, ya no era más «ella» —Helena Petrovna Blavatsky— sino alguien más; alguien más fuerte y poderoso, nacido en una región del mundo totalmente diferente; y que en cuanto a ella, era como si estuviera dormida, o acostada pero no muy consciente, no en su propio cuerpo pero cerca, sostenida solo por un hilo que la ataba a él. Como fuera, le decía que por momentos veía y escuchaba todo con mucha claridad, y que era perfectamente consciente de lo que su cuerpo estaba diciendo y haciendo; o, al menos, su nuevo poseedor. Incluso, añadía que lo entendía y lo recordaba todo tan bien que después podía repetirlo e incluso escribir sus palabras. En esos momentos veía respeto y temor en los rostros de Olcott y otros, y ella seguía con interés la manera como él, medio compasivamente, los contemplaba desde sus ojos y les enseñaba con su lengua física; aunque no con su mente sino con la suya, la cual envolvía su cerebro como una nube. «Ah; pero en realidad no puedo explicarlo todo», concluía.

Y en otra carta a su tía Nadya, escribió: «Dime, querida, ¿tienes algún interés en misterios fisio-psicológicos? Aquí hay uno para ti, el cual está bien calificado para asombrar a cualquier fisiólogo: en nuestra Sociedad hay unos cuantos miembros excedentemente eruditos: por ejemplo, el Profesor Wilder, uno de los primeros arqueólogos y

orientalistas en los Estados Unidos, y toda esta gente viene a mí para que yo les enseñe, y juran que sé todo tipo de lenguas orientales y ciencias, tanto concretas como abstractas, mucho mejor que ellos mismos. ¡Eso es un hecho! Y es tan malo tropezar con un hecho como hacerlo con un tridente. Entonces dime: ¿Cómo puede haber pasado que yo, si mi aprendizaje fue tan terriblemente flojo hasta la edad de cuarenta, de repente me he convertido en un fenómeno del aprendizaje a los ojos de gente que de verdad es letrada? Este hecho es un impenetrable misterio de la Naturaleza. Yo, un problema psicológico, un enigma para futuras generaciones, ¡una Esfinge! Solo imagínate que yo, quien nunca en mi vida he estudiado nada, y quien posee nada más que las superficiales nociones de información general; yo, quien nunca tuvo la mínima idea acerca de física, o química, o zoología, o cualquier otra cosa, de pronto ahora he llegado a ser capaz de escribir enteras disertaciones sobre todo esto. Entro en discusiones con hombres de ciencia, en disputas de las que a menudo emerjo triunfante... No es una broma; hablo en serio; estoy realmente asustada porque no entiendo cómo sucedió todo esto. Es cierto que desde hace unos tres años he estado estudiando noche y día, leyendo y pensando. Pero lo que sea que leo, me parece familiar... Encuentro errores en los artículos más letrados, y en conferencias de Tyndall, Herbert Spencer, Huxley y otros. Si sucede que un arqueólogo me visita, cuando se va me asegura que le he aclarado el significado de varios monumentos y que le he indicado cosas en las que nunca había soñado. Todos los símbolos de la antigüedad y su significado secreto vienen a mi cabeza y permanecen allí delante de mis ojos tan pronto como la conversación los toca.

»Un pupilo de Faraday, un cierto Profesor H., quien ha sido bautizado por la voz de miles de bocas como “El Padre de la Física experimental”, habiendo pasado la tarde de ayer conmigo, ahora me asegura que estoy bien calificada para “poner a Faraday en mi bolsillo”. ¿Será que todos ellos son unos simples tontos? Pero es imposible suponer que amigos y enemigos como estos se hayan confabulado para hacer de mí una erudita si todo cuanto hago es probar de manera superficial ciertas locas teorías de mi cosecha. Y si solo fuera mi devoto Olcott y otros teósofos quienes tuvieran tan alta opinión de mí, podría decirse: “Dans le pays des aveugles les borgnes sont rois” (“En país de ciegos, los tuertos son reyes”). Pero de continuo tengo toda una multitud, desde la mañana hasta la noche, de toda clase de profesores, doctores de ciencia y doctores de la divinidad. Por ejemplo, hay dos rabinos

hebreos acá, Adler y Goldstein, de quienes se piensa que son los más grandes talmudistas. Se saben de memoria tanto la Quabalah de Simeon Ben Jochai y el Codex Nazaraeus de Bardesanes. A mí los trajo A., un pastor protestante y comentarista de la Biblia, quien esperaba que ellos probaran que estoy errada en el tema de una cierta afirmación en la Biblia Caldea de Onkelos. ¿Y con cuál resultado? Los he derrotado. Les cité sentencias enteras en hebreo ancestral y les probé que Onkelos es una autoridad de la escuela Babilónica».

En Ithaca

EL SEÑOR Corson, profesor de literatura anglo-sajona e inglesa en la Universidad de Cornell, había perdido a su hija a mediados de 1874, y a diferencia de su esposa, sin hallar consuelo en las creencias tradicionales, se había vuelto asiduo al espiritismo, por medio de cuya práctica pretendía comunicarse con su hija. Fue así como contactó con madame Blavatsky tras conocer sus experiencias en la casa de granja de los hermanos Eddy. La correspondencia se mantuvo por un buen tiempo, y con la familiaridad surgida en ella madame Blavatsky fue invitada a pasar una temporada en casa de los Corson, en Ithaca, Syracuse, en el estado de Nueva York.

Las expectativas del profesor Corson muy pronto se diluyeron, puesto que al llegar a mediados de septiembre, la huésped se enfrascó en su trabajo de manera casi obcecada. A principios de octubre un decepcionado profesor escribió que madame Blavatsky daba muchos problemas y que ellos obtenían muy poco a cambio, ya que se la pasaba enteramente ocupada en su propio trabajo. «Había esperado que tuviéramos algunas sesiones juntos; pero no solo no está dispuesta a ello, sino que está decididamente en contra de cualquier cosa semejante. Es una mujer inteligente, pero ignorante de todas las gracias y amenidades de la vida. Es un gran oso ruso». Además, fumaba como el mismo demonio, al punto que las macetas de su periferia estaban repletas con las colillas de sus cigarrillos.

Trabajaba en la cama o en el escritorio desde las nueve de la mañana hasta bien entrada la noche, fumando, y lo que era más sorprendente, citando grandes párrafos de libros (cuyas copias el profesor Corson estaba seguro que no existían para la época en los Estados Unidos), traduciendo de muchos idiomas, y de manera esporádica haciéndole alguna consulta sobre la correspondiente expresión en inglés de una palabra en griego u otro idioma antiguo. Lo que más sacaba de quicio al profesor era que toda vez que pudo hallar en la biblioteca de la universidad alguna cita empleada por madame Blavatsky en sus escritos, resultó estar correcta; aunque esto último no era un caso frecuente, ya que la mayoría de las acotaciones provenían de libros desconocidos.

—Aparecen delante de mis ojos, pero en un plano distinto de existencia objetiva —trataba de explicarle madame Blavatsky—. Veo lo que deseo ver con la claridad de un libro físico que se abre delante de mí, y todo cuando debo hacer entonces es traducirlo al inglés.

Pronto el profesor Corson escribió a su hijo diciendo que nunca había visto una criatura tan intensa en sus propósitos, intensa en su empeño. «Nada de cuanto la rodea parece importarle; así el cielo se cayera, ella se mantendría en sus asuntos».

—Es una pena, madame, que no vea usted las bellezas a su alrededor —le dijo un día—. Me gustaría ofrecerle un paseo en coche para que pueda ver los edificios de la universidad y los hermosos campos.

Luego de convencerla, le suplicó nada más que no fumara dentro del coche ya que la gente no lo acostumbraba y les daría una mala impresión. A regañadientes, consintió también. Pero no le duraría mucho el gusto al profesor.

—Le suplico que me deje salir un momento del coche —pidió a mitad del paseo—. *Tengo* que fumar un cigarrillo y no soportaré un minuto más. Si la gente del campo me toma por gitana, ¿por qué no? —le dijo—. ¿Qué daño puede hacer?

Salió, se sentó sobre una piedra a la orilla del camino y fumó a su antojo el cigarrillo, mientras sus acompañantes esperaban, cuchicheando, dentro del coche.

«Madame Blavatsky se ha ido —escribió el profesor Corson a su hijo en otra carta—. A pesar de que hubo muchas cosas poco placenteras en su estancia con nosotros, en conjunto, disfrutamos su visita [...] Nunca conocí a alguien que trabajara así. Escribía desde la mañana hasta la medianoche muchas veces sin parar más que para comer y hacer cigarrillos. Se fuma doscientos cigarrillos al día. Beardsley ha tomado algunas fotografías magníficas de ella. Te enviaré una tan pronto como estén listas».

La Lamasería

A FINALES DE 1876, madame Blavatsky y el coronel Olcott se trasladaron a la calle 47 y 8ª Avenida, lugar que pronto sería conocido como La Lamasería.

Un extraordinario grupo de personas se reunía noche a noche en las habitaciones de La Lamasería luego de la habitual jornada laboral de los dos colegas, quienes habían tomado dos juegos de habitaciones independientes en el segundo piso de un edificio de 5. No se tomaba vino ni ninguna otra bebida alcohólica, y la encargada de servicio abandonaba las habitaciones al mediodía, lo que dejaba solos a madame Blavatsky, el coronel y su hermana (quien vivía en el mismo edificio, con el coronel) para atender a los invitados.

En ocasiones, cuando ya pasaba la medianoche, a madame Blavatsky se le ocurría la maravillosa idea de tomar un té, y obviando las dificultades que a tales horas representaba preparar y servir té con leche y azúcar para ella y sus invitados (porque no se conformaba con tomarlo solo ella, sino que hacía invitación abierta para que quien quisiese la acompañara), aún así metía a los anfitriones —ella en cuenta— en problemas tales como a esas horas darse a la tarea de conseguir los ingredientes faltantes en la vecindad. Cabe decir que muchas de esas búsquedas resultaban infructuosas, por lo que, haciendo juego con el ambiente poco ortodoxo de las reuniones, el coronel se las ingenió para evitar recaer en dichos desatinos mediante el simple recurso de colocar un rotulito a la vista, que decía:

*LOS INVITADOS ENCONTRARÁN AGUA CALIENTE Y TÉ
EN LA COCINA, TAL VEZ LECHE Y AZÚCAR, Y DEBERÁN, POR
GENTILEZA, SERVIRSE ELLOS MISMOS.*

Finas señoras, profesores eruditos, condesas extranjeras, artistas de renombre, físicos, rabinos, periodistas, todos se volverían, así, miembros de lo que en son de broma llamaban el «Ministerio de Cocina».

Cremación del Barón de Palm

PARA ESA época se dio un acontecimiento que pondría a los miembros de la Sociedad Teosófica en la mirilla de los elementos eclesiásticos tradicionales y puristas, y de la curiosidad pública. Uno de los miembros de la recién formada Sociedad, Joseph Henry Louis Charles, barón de Palm, descendiente de una familia de la baronía de Bavaria, antes de fallecer había pedido que su cuerpo fuera incinerado. Sería, pues, el primer acto de cremación pública que se realizaría en los Estados Unidos, y, siendo considerada esta práctica como anti-cristiana, las críticas dirigidas hacia quienes llevarían a cabo los servicios funerarios que incluía esta «práctica pagana» (la Sociedad Teosófica), no se hicieron esperar.

El Templo Masónico de la calle 33 de Nueva York fue la sede escogida para los servicios, y aunque estaba previsto que la entrada al templo fuese por invitación, la gente se volcó en masa para presenciar los extraños rituales y la posterior cremación del cuerpo del barón de Palm, que estaría a cargo de la recién formada Sociedad de Cremación de Nueva York.

Entre los asistentes a la ceremonia se hallaban algunos agitadores fanáticos que estaban atentos a cualquier oportunidad que se diera para sabotear el evento solemne.

El coronel Olcott subió a la tarima, y un poco atrás y al lado del ataúd del barón comenzó a dirigir la oración fúnebre.

—No hay más que una Primera Causa, no creada... —dijo.

En ese mismo punto alguien en la audiencia interrumpió al coronel gritando: «¡Eso es una mentira!», lo cual fue suficiente para que la agitación de las personas creciera hasta el punto que algunos se pararon en las sillas listos a incorporarse a una trifulca que se hacía más y más inminente, mientras que, despavoridos, otros buscaban las salidas.

Por fortuna el coronel Olcott había estudiado las tácticas de plataforma del gran orador abolicionista Wendell Philips, y actuando sin demora mantuvo la calma y la sangre fría necesarias para teatralmente dar un paso al frente. Acercándose al ataúd donde yacía el cuerpo del barón posó su mano sobre aquel mientras miraba hacia adelante,

hacia la multitud. Y esperó, ceremonioso y quieto. Pronto se hizo el silencio. En ese mismo momento el coronel, despacio, levantó su otra mano y dijo solemne y gravemente:

—¡Estamos en presencia de la muerte!

Y esperó todavía un rato más, inmóvil, a que su patética sentencia calara en la multitud.

Sentencia y gesto hicieron lo suyo para apaciguar los ánimos exaltados, y solo hasta entonces el coronel prosiguió su oración en el punto justo en donde había sido interrumpido:

—... Eterna, infinita y desconocida —dijo.

Ya la policía escoltaba al provocador, y para terminar de aplacar la tensión, al notar que los ojos de todos estaban puestos en el hombre que era retirado, madame Blavatsky se levantó de su asiento y, rompiendo el silencio, en relajado tono de sátira exclamó oportuna: «¡Un fanático, eso es lo que es!», provocando con ello que todos comenzaran a reír.

A pesar de que no se produjeron más incidentes, la Sociedad de Cremación se acobardó a último minuto y no fue posible cremar el cuerpo como se tenía previsto; por lo que hubo que aplicar un método para preservar el cadáver del barón de Palm hasta que se hallara una alternativa para llevar a cabo la cremación, y se decidió que mientras tanto se lo mantuviera en una cripta en el cementerio Luterano.

Meses antes de fallecer, el barón de Palm había manifestado al coronel que planeaba dejar el grueso de su fortuna, que consistía en castillos en Suiza, minas de oro y plata, así como tierras de gran valía en los Estados Unidos, para que fuese usado en promover la causa de la Sociedad Teosófica. No obstante, una vez fallecido, el coronel se pudo dar cuenta de que las mencionadas tierras habían sido rematadas para el pago de impuestos, las minas no tenían ningún valor y los castillos en Suiza no existían más que en la mente del barón. Tampoco había ningún efectivo ni nada a qué echar mano. Lo único de valor que se le encontró fueron dos camisas que habían sido robadas al mismo coronel Olcott en la época cuando, tocado este por la soledad en que vivía el viejo barón, le había ofrecido un cuarto de su apartamento para que viviera en él.

Con todo y esto, el coronel estaba determinado a cumplir con la última voluntad del hombre. Fue así que entre la noche del 5 y la madrugada del 6 de diciembre de 1876 logró que se llevara a cabo la primera cremación en los Estados Unidos, en el pueblo de Washington, Pensilvania, en un crematorio privado que un excéntrico físico fi-

lántropo, el Dr. Francis Le Moyne, había mandado a construir para él.

Esa misma noche alrededor de trescientas personas que habían ido a ver a la popular actriz Kate Claxton interpretar en la obra *Los dos huérfanos*, morían calcinadas en el incendio del Teatro de Brooklyn, Nueva York.

Visita del Mahatma a Olcott

LOS «GEMELOS teósofos» habían terminado el trabajo de esa noche de *Isis sin velo*, el coronel Olcott había dado las buenas noches a madame Blavatsky, se había retirado a su cuarto, había encendido su pipa y se había apoltronado en su sillón a leer un libro. Tras unos minutos de profunda concentración en la lectura, con la esquina derecha del ojo derecho percibió de pronto un destello blanco cerca de la puerta. Con asombro se volvió para ver de lleno hacía ahí, dejando el libro al lado del sillón, y vio delante de él a un hombre alto de apariencia hindú, cubierto con vestidos blancos y un turbante hecho de tela de rayas color ámbar, bordado a mano en seda floja de color amarillo. De ese turbante caía hasta los hombros una cabellera negra, lustrosa; una barba negra llevada al estilo rajput bordeaba su barbilla y se extendía por la quijada frisando sus orejas. La mirada benigna y abrasadora del hombre estaba fija en él. Al coronel le pareció un hombre tan grandioso e imbuido en una majestuosa fuerza moral y espiritual tan por encima de los seres ordinarios, que sintió vergüenza y se vio impelido a agachar el rostro y arrodillarse. Sintió entonces que la mano de ese ser excepcional se posaba sobre su cabeza.

—Toma asiento —lo convidó.

Cuando el coronel se sentó, vio que su visitante había también tomado asiento en una silla cercana.

—He venido ya en momentos de crisis —le dijo la presencia— cuando me has necesitado. Tus acciones te han llevado a este punto, y solo en ti recae el que nos debemos ver a menudo como colaboradores para el bien de la humanidad. Un gran trabajo debe ser hecho por ellos y tú tienes el derecho de participar en él si lo deseas. Una misteriosa unión, que no se te puede explicar en este instante, los ha juntado a tu colega y a ti; un lazo que no puede ser roto, por muy tenso que a veces pueda llegar a estar.

Le dijo cosas de madame Blavatsky que el coronel Olcott no se sintió con el derecho a repetir; y otras acerca de él mismo que no conciernen a terceros. Luego se levantó, y en ese instante el coronel pensó: «¿Y qué, si todo esto fuera solo una alucinación; qué, si HPB hubiera echado un encanto hipnótico sobre mí? ¡Cómo desearía tener

un objeto tangible para probarme a mí mismo que Él ha estado acá en realidad; algo que pudiese tocar después de que se vaya!».

Como si hubiese escuchado los pensamientos del coronel, en ese momento el visitante desenrolló el turbante de su cabeza y se despidió, desvaneciéndose delante de los ojos del coronel. Sobre la mesa yacía, extendido, el turbante del extraño ser que lo había visitado.

Isis ve la luz

CUANDO LOS DOS volúmenes de *Isis sin velo* se publicaron en septiembre de 1877, la Sociedad Teosófica se había reducido a prácticamente unos cuantos miembros diseminados y a una «notoriedad estrepitosa», y el genuino centro de actividades seguía siendo La Lamasería, en la que las reuniones informales seguían atrayendo a muchos. Como era de esperar, esto se acentuó con la salida del libro, cuya primera edición de 1,000 ejemplares se vendió en tan solo diez días, lo cual era un acontecimiento sin precedentes para un libro de ese tipo, y en menos de dos años se agotarían dos reimpressiones de mayor tiraje. Las críticas fueron abundantes y mixtas, pero más favorables que contrarias, y utilizaban expresiones tales como «un gran plato de hachís» hasta «una valiosa contribución a la literatura filosófica». Día con día madame Blavatsky se hacía célebre y más gente visitaba la Lamasería para conocerla en persona y ser testigos de algunos de los fenómenos que ocurrían en su presencia, como el sonar de campanillas astrales y la vibración o movimiento de objetos cercanos a ella. A partir de la publicación de *Isis* también recibió invitaciones para escribir en todo tipo de periódicos, motivo por el cual le escribió a su hermana diciéndole que tenía suerte de no ser una vanidosa, y confesándole que apenas tenía tiempo para escribir en las publicaciones de otra gente por dinero. «Nuestro trabajo está creciendo», le dijo, y añadió que debía trabajar, escribir y escribir, con tal de que pudiera encontrar editores para sus escritos. «¿Crearías —le dijo— que hasta ahora mientras escribo estoy todo el tiempo bajo la impresión de que todo es basura y sinsentidos que nadie nunca será capaz de entender? Entonces se imprime y luego comienzan las aclamaciones. La gente lo reimprime, están en éxtasis»; y le contaba, además, que se solía preguntar si todos eran unos asnos para estar en semejante estado de éxtasis. «Bueno —terminaba la carta—, si pudiera escribir en ruso y ser alabada por mi propia gente, entonces, quizá, creería que soy un orgullo para mi ancestro, conde Hahn von Rottenstern-hahn, de bienaventurada memoria».

El interés generado por el libro y por la persona de madame Blavatsky hizo, asimismo, que de nuevo comenzara a surgir el interés en

la Sociedad Teosófica. Se formaron varias sedes nuevas, una de ellas en Londres; además, nuevos miembros se incorporaron en Nueva York, entre quienes se hallaba Thomas Edison, quien para entonces ya había diseñado y construido el primer fonógrafo y había llevado a cabo por su cuenta experimentos psíquicos con buenos resultados. Por ejemplo, aseguraba que era capaz de mover a voluntad un péndulo que mantenía en una de las paredes de su laboratorio.

* * *

[De HPB a su hermana, para la época en que se publicó *Isis sin velo*:]

Te parece extraño que algún Sahib hindú se sienta tan libre y cómodo en sus tratos conmigo. Puedo entenderte muy bien: una persona no acostumbrada a ese tipo de fenómeno —el cuál, a pesar de no estar del todo desprovisto de antecedentes, es bastante ignorado— de seguro es alguien incrédulo. Por la muy sencilla razón de que tal persona no tiene costumbre de profundizar en esos asuntos. Por ejemplo, preguntas si es dado a permitirse paseos dentro de otras personas de la misma forma como lo hace en mí. Estoy segura de que no lo sé; pero acá hay algo de lo que estoy muy segura: El admitir que el alma del hombre —su verdadera alma viviente— es algo perfectamente separado del resto del organismo; que este peri-espíritu no está pegado con engrudo a las «internidades» físicas; y que esta alma que existe en todo lo viviente, empezando con un infusorio y terminando con un elefante, es distinta de su doble físico solo porque siendo más o menos opacado por el espíritu inmortal es capaz de actuar libre e independientemente. En el caso de un profano no iniciado, actúa durante el sueño: en el caso de un adepto iniciado, actúa en el momento que él escoge de acuerdo a su voluntad. Solo trata de asimilar esto, y entonces muchas cosas se te volverán claras. Este hecho se creía y era conocido en épocas muy lejanas. San Pablo, quien entre todos los apóstoles era un Adepto iniciado en los Misterios Griegos, alude con claridad a él cuando narra como fue «llevado al tercer cielo, si en el cuerpo o fuera de él no puedo decirlo: Dios lo sabe». También Rode dice sobre Pedro, «no es Pedro sino su ángel» —es decir, su doble o su alma—. Y en los Hechos de los Apóstoles, c. viii, v 39, cuando el espíritu de Dios levanta a Felipe y lo transporta, no es en su cuerpo que fue transportado, no su grosera carne, sino su Ego, su espíritu y

su alma. Lee a Apuleyo, a Plutarco, a Jámblico, y a otros hombres eruditos: todos aluden a este tipo de fenómenos, aunque los juramentos que tuvieron que tomar en el momento de su iniciación no les permitieran hablar abiertamente. Lo que los médium logran inconscientemente, bajo la influencia de poderes externos que toman posesión de ellos, puede ser logrado por los Adeptos conscientemente a su propia volición. Eso es todo... En cuanto al Sahib, lo conozco desde hace mucho tiempo. Hace veinticinco años vino a Londres con el príncipe de Nepal; hace tres años me envió una carta sobre un hindú que vino acá a dar una conferencia acerca de Buddhismo. En esta carta me recordó de muchas cosas, dichas por él en su momento, y me preguntó si le creo ahora y si consentiría obedecerle, para evitar una completa destrucción. Después de esto apareció repetidamente, no solo a mí si no también a otras personas, y al coronel Olcott a quien le ordenó ser el Presidente de la Sociedad, enseñándole cómo iniciarla. Siempre reconozco y conozco al Maestro, y a menudo hablo con él sin verlo. ¿Cómo es que me escucha desde cualquier lugar, y que también escucho su voz a través de mares y océanos veinte veces al día? No lo sé, pero es así. Si es él quien personalmente entra en mí, no lo puedo decir con certeza: si no es él, es su poder, su influencia. Solo por medio de él soy fuerte; sin él soy una simple nada.

También por esa época, madame Blavatsky recibió la visita del frenólogo y psicómetro profesor Joseph Rodes Buchanan, de la Sociedad Americana de Frenología, quien había pedido un retrato de ella y, óigase bien: una prueba de su cabeza.

Y así —escribió madame Blavatsky a su hermana—, esta pobre víctima (víctima en vista de su horrible tarea) fue enviada a mí: un frenólogo ocultista, quien llegó en compañía de un enorme bouquet (¡como si fuese yo una prima donna!) y con tres camionadas de cumplidos. Manoseó mi cabeza una vez y otra; la puso de un lado y del otro. Resopló sobre mí (bufó como una máquina de vapor) hasta que ambos empezamos a sudar. Y finalmente espetó indignado: «¿Llama usted a esto una cabeza? No es en absoluto una cabeza sino una bola de contradicciones. En esta cabeza —dijo— hay una guerra sin fin de los más conflictivos chichones... No puedo hacer nada con este caos de imposibilidades y confusión de Babel. Aquí, por ejemplo —dijo, pegando

con la punta del dedo en mi cráneo— está el chichón de la más ardiente fe, y aquí, junto a él, el chichón del escepticismo, pesimismo e incredulidad, hinchándose con orgullo. Y ahora, si me lo permite, aquí está el chichón de la sinceridad consigo misma, caminando de la mano con el chichón de la hipocresía y de la astucia. El chichón de la domesticidad y del amor por su país le hace zumbar los oídos al chichón de lo nómada y del amor al cambio. ¿Y pretende usted decir que toma esto por una cabeza respetable? —preguntó—. Se jaló de los cabellos, y en su desesperación se arrancó un enorme mechón de su propia cabeza respetable, que respondía a los altos estándares de la frenología... Pero igual describió, dibujó y publicó mi pobre cabeza para la diversión de los cientos de miles de suscriptores del Phrenological Journal.

Un espíritu feroz

AO'DONOVAN, un escultor irlandés y amigo de madame Blavatsky, le divertía sacarla de quicio; tocaría unas cuerdas por aquí, otras por allá, y tendría a la amigable madame despotricando contra la Iglesia y contra él, era axiomático; sabía que la mujer llevaba fuego por dentro y que bastaba una chispa para provocar el incendio. Una dama muy fina cuando trataba con recién conocidos, pero que no le mencionaran en confianza a la iglesia católica y romana y a sus santos padres, porque era capaz de volverse el diablo mismo dispuesto a provocar otra guerra en el cielo. O'Donovan lo sabía, y le divertía. La provocaba siempre. Le gustaba ver su reacción como si se tratase de un espectáculo privado que él mismo dirigía.

—Contra todos esos fetiches ha prevenido ya el catolicismo y su libro sagrado —le decía—. Todos esos espíritus. Todos esos fenómenos.

—¡En toda materia late el espíritu, señor O'Donovan! —sentenciaba entonces madame Blavatsky, rompiendo con su panteísmo arcaico el tono cordial y la ecuanimidad que había mantenido—. ¡Y todo está gobernado por leyes naturales, aun en los casos de aparente violación de estas leyes: una apreciación que proviene del error de no conocerlas!

—Admítalo, madame —le decía O'Donovan—. El catolicismo terminará barriendo de la faz de la tierra al budismo, al hinduismo y a todas esas religiones orientales, con todo y sus misterios exóticos y adivinaciones.

Y entonces ocurría la transformación.

—¡Pronto se conocerán muchas cosas que se conocieron hace siglos, pero quedaron sepultadas por las supersticiones de los teólogos! —le gritaba.

Y O'Donovan se volvía hacia la persona que estaba a su lado y le decía:

—Ella habla bien, ¿no es cierto?; pero no cree realmente en lo que dice. Todavía será una buena católica algún día, ya lo verá.

—¡Eres un idiota incurable, O'Donovan! —explotaba madame Blavatsky, fuera de sí—. ¡La Iglesia anatematiza la adivinación, y sin embargo por adivinación escogió los cuatro evangelios canónicos

desechando al resto como apócrifos, pues no había otro medio de dilucidar la cuestión! ¡No obstante, de los 318 miembros del Concilio de Nicea, solo dos sabían leer: el Emperador Constantino y el gran falsario Eusebio!

Ante las repetidas provocaciones de O'Donovan los ánimos de madame Blavatsky se caldeaban más, al punto que solo palabrotas salían de su pequeña boca movediza, y hay que añadir que con una sonoridad estruendosa, hasta que ya los sonidos no bastaban y, dejando el asiento, tomaba cualquier objeto contundente que se le pusiera enfrente y amagaba con lanzarlo a la cabeza del atrevido irlandés, momento que este aprovechaba para salir huyendo hacia la cocina a prepararse un té. Al regreso, y luego de sufrir una serie de reprimendas de parte de madame Blavatsky, ambos reían y volvían a ser tan buenos camaradas como siempre.

Esto del carácter nada delicado de madame Blavatsky le traería serias complicaciones por el resto de su vida con quienes no la conocían bien, pues juzgaban que alguien que se decía destinada a servir de enlace entre grandes sabios y maestros de la humanidad para la transmisión de conocimientos complejos y sagrados, no era digna de tal distinción, por semejante carácter iracundo. «Usted, usted, querida anciana pecadora —llegaría a escribir Allan Hume algunos años después, en una de sus cartas— es la peor de todas las grietas en nuestra posición; su completa falta de control de temperamento; su manera del todo antibuddhista y anticristiana de hablar de todos quienes la ofenden; sus afirmaciones precipitadas, forman en conjunto una acusación difícil de defender». En sus cartas, los Mahatmas saldrían al paso expresando implicaciones a nivel de personalidad, producto del entrenamiento a que se la había expuesto en el Tibet, lo que creaba inconsistencias indeseables muy notorias. «Ahora —explicarían—, ningún hombre o mujer, a menos de ser un iniciado del “quinto círculo”, puede dejar los recintos de *Bod-las* y regresar al mundo en integridad total, si se me permite emplear tal expresión. *Uno*, al menos, de sus siete satélites debe permanecer ahí por dos razones: la primera, para formar el necesario vínculo de conexión, el alambre de transmisión; la segunda, como una garantía de seguridad de que ciertas cosas no serán jamás divulgadas. Ella no es la excepción a la regla... El comportamiento y estatus de los restantes *seis* dependen de las cualidades inherentes, de las peculiaridades psico-fisiológicas de la persona, y en especial de las idiosincrasias transmitidas por lo que la ciencia moderna llama “atavismo”». Como esto de los «satéli-

tes» traería más sombra que aclaración al asunto, y aludía a la teoría de los Principios humanos que los ocultistas enseñaban, el para entonces disidente Hume —quien antes había sido considerado por los mismos Instructores, junto con Alfred Percy Sinnett, como posible candidato al discipulado—, en respuesta a lo anterior, preguntaría a dichos Instructores en una carta posterior, que si ella era una «mutilada psicológica», con uno de sus siete Principios empeñado en el Tibet, ¿cuál, entonces, sería ese Principio? «...¿Suponga que no sea ninguno de los *siete* en particular, sino todos —responderían los Mahatmas—. Cada uno de ellos habiendo sido “mutilado” e impedido del ejercicio de sus plenos poderes? ¡Y suponga que sea esa la sabia ley de un poder con amplia capacidad de previsión!». Y, entonces, o todo era un fiasco, o todo era un asunto muy delicado y secreto que no podía ser dilucidado sin explicar más de la cuenta.

Incluso el coronel Olcott llegaría a preguntar por qué razón no se ejercía un control permanente sobre el temperamento feroz de madame Blavatsky, obteniendo como respuesta que tal curso de acción la conduciría de manera inevitable hacia una muerte por apoplejía. «El cuerpo está vitalizado por un espíritu feroz e imperioso —le dirían al coronel—, uno que desde la niñez no conoció restricciones, y si no se le permitía un respiradero a la excesiva energía corporal, los resultados hubiesen sido fatales».

Soñando con India

—Y QUÉ DIRÍAS si trasladáramos la sede a la India —preguntó madame Blavatsky al coronel Olcott desde su escritorio. Ambos atendían la correspondencia del día—. Desde ahí, la Sociedad echaría raíces, florecerían y se diseminaría a otros continentes —agregó, como para ella.

El coronel escuchó en silencio, sin atreverse a pensar demasiado en esa posibilidad. Le entusiasmaba la idea desde hacía mucho. En el fondo, desde que conoció a «Jack» le había enamorado el pensar en poder cambiar su vida de Nueva York por una en ese país de gran tradición espiritual y misterios; además, los relatos de su colega, vívidos y coloridos, hacían también su parte. Cada vez que alguien mencionaba la posibilidad de trasladarse a la India, y toda vez que escuchaba las vivencias de alguien que volvía de aquellas tierras, algo que no se detenía a nombrar se movía en su alma. Además, estaba la aparición del Mahatma hindú. Él era un signo infatigable de que el destino suyo estaba ligado a aquel país. Pero su realidad era, por el momento, otra. La realidad era que tenía muchos asuntos pendientes en Nueva York: su oficina, sus clientes, sus hijos, su madre.

«A tus hijos de los proveeré, no temas nada por ellos» decía una carta del Mahatma Morya que halló un día sobre su escritorio. Para entonces, no era infrecuente que esto sucediera: las cartas aparecían en los lugares menos pensados y en los momentos menos esperados; a veces eran «dictadas» a madame Blavatsky; otras, eran «precipitadas» en papeles dentro de una gaveta, previa solicitud de la misma madame Blavatsky; incluso había habido veces en que las cartas literalmente llovían de puntos cercanos al cielo falso de las habitaciones luego de ser, en la jergonza espíritu-técnica de la época, «aportadas», procedimiento que dejó atónito al coronel la primera vez que ocurrió en su presencia, y al que madame Blavatsky se refería como «correo instantáneo», llamando la atención del coronel en el sentido de que guardara absoluta discreción al respecto, y le confiaba que todos aquellos mecanismos inusuales de entrega de correspondencia, como otros fenómenos a los que llamaba «supranaturales», no tenían un propósito de vana ostentación por parte de los Mahatmas, sino de mera demostración práctica con fines pedagógicos, destinada a él:

preciosas perlas de enseñanza que el coronel nunca creyó merecer.

Con el tiempo las preocupaciones y los obstáculos que se interponían en el deseo vehemente de ir a India fueron solventándose uno a uno. Olcott, además, tomaba las providencias necesarias para no dejar sin amparo a su madre y a su ex esposa, y, por si esto fuera poco, pensaba en la manera de lograr los fondos necesarios para él y para madame Blavatsky, quien para variar prefería desentenderse de esas cuestiones prácticas, confiando en que él las resolvería en su momento. «No es extraño —pensaba el coronel en instantes de abatimiento— que el patrimonio se le haya escurrido como agua entre manos impermeables». Él mismo se recriminaba a veces por echar al traste lo que le había costado tanto esfuerzo consolidar mientras pensaba en ir a fundar sueños a una región desconocida y lejana. Pero lo cierto era que fuerzas poderosas lo impulsaban, y su presencia y su poder ni siquiera eran invisibles, como había tenido oportunidad de ver y constatar. Ingrato sería si no lo dejaba todo por ellas. Todo lo daría y lo dejaría.

Un reposo necesario

ERA UN martes de abril por la mañana. Madame Blavatsky estaba en su escritorio, escribiendo a sus corresponsales de California. En un segundo, todo se nubló. De pronto era de tarde y ella estaba acostada en su cama. Alrededor había un grupo de amigos, entre ellos, el coronel Olcott y su hermana, todos con semblantes de extrema preocupación, «arrugados, como si hubiesen sido hervidos en una cacerola».

—¿Qué sucede? ¿Qué ha sido? —les preguntó.

Pero ellos respondieron con iguales preguntas.

Para ella, sin embargo, nada había ocurrido, nada recordaba; aunque no tenía ningún sentido el que hacía un instante hubiese sido martes por la mañana, un día hermoso, y ahora ellos dijeran que era sábado por la tarde, ni que en la cama llevara puestos esos zapatos tan monos, con los que, parecía, iban a quemar su desgastado cuerpo.

La habían hallado sin conciencia sobre el escritorio. La habían llevado a la cama y habían llamado al médico. Parecía muerta. Respiraba apenas y era difícil sentirle el pulso. Pasaron dos, tres, cuatro días. El médico no daba esperanzas, debían prepararse para lo peor, debían prepararla, era cuestión de unas horas: el pulso se debilitaba más y más. Sin embargo, Olcott recibió un telegrama desde Bombay:

No tema. No está enferma, sino reposando. Se ha excedido en el trabajo. Su cuerpo necesitaba descanso, pero ahora estará bien.

Y estuvo bien.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha sido? —preguntó.

Pero ellos respondieron con iguales preguntas.

«Nada pasa conmigo».

Se levantó. Era terrible pensar en todo el trabajo que se había acumulado. Debía ponerse a hacerlo de inmediato.

En el acto dejó la cama como si nada hubiese sucedido, y se puso a trabajar, a trabajar, a trabajar, dejando a todos perplejos.

Sociedad teosófica del Arya Samaj

UN VIAJANTE americano amigo del coronel había recién llegado de la India y se hallaba contándole sus impresiones del viaje. Era una noche de 1877 y todavía *Isis sin velo* no había sido publicada. En medio de la plática amena, los ojos del coronel habían notado que el invitado estaba sentado justo debajo de un par de retratos en los que él aparecía con dos hindúes a quienes había conocido en un viaje mientras cruzaba el Atlántico, hacía 7 años. Un fuerte impulso lo llamó a descolgar los referidos retratos y a mostrárselos al visitante.

—¿De casualidad ha conocido usted en su viaje a alguno de estos dos caballeros hindúes? —le preguntó, aún sabiendo que tal eventualidad era en extremo improbable.

El visitante estudió las fotografías y, para sorpresa del coronel, dijo saber quién era uno de ellos.

—Se llama Moolji Thackersey —añadió—, y recién lo he conocido en Bombay.

Así que el coronel había hecho bien en seguir su intuición.

—Si usted está interesado, coronel —prosiguió— con gusto puedo proporcionarle su dirección. Acá mismo la tengo —dijo, para asombro del coronel.

Poco tiempo después, el coronel había escrito una extensa carta al personaje, explicándole sobre la Sociedad Teosófica, sus propósitos, y confesándole el enorme atractivo que sentía por la India. También le había ofrecido un diploma de membresía y pedido información sobre actividades relacionadas que se estuviesen llevando a cabo en esas tierras. El asunto quedó olvidado entre muchas otras actividades; pero un día recibió una respuesta entusiasta de Thackersey, en la que aceptaba el diploma ofrecido y le contaba sobre un excelso pandit hindú que desde hacía un par de años estaba impulsando un movimiento renovador de mucha importancia para rescatar la religión védica en toda su pureza. El swami hindú se llamaba Dayanand Saraswati, y su movimiento, el Arya Samaj. Asimismo, el fervoroso corresponsal incluía el nombre del presidente de dicho movimiento en Bombay, un tal Hurrychund Chintamon, y los términos elogiosos con los que lo hacía movió al coronel a escribirle de inmediato. Hurrychun

Chintamon, en su respuesta, empleaba para describir el movimiento términos y principios que parecían casi idénticos a los de la Sociedad Teosófica, y tras un intercambio más detallado de correspondencia, el hindú le sugirió amalgamar a ambas sociedades para volverlas más eficientes e incrementar sus posibilidades de éxito. No viendo inconveniente en ello, en mayo de 1878 se cambió el nombre de la Sociedad a «Sociedad Teosófica del Arya Samaj», algo que no duraría tanto como se esperaba, puesto que cuando el coronel por fin recibió la traducción al inglés de las leyes y doctrinas del Arya Samaj se pudo dar cuenta, con gran pesar y decepción, de que el movimiento era más bien una nueva secta védica del hinduismo que aceptaba al swami Dayanand como la incuestionable autoridad y el supremo juez en lo concerniente a cuáles, y en qué proporción, vedas y shastas eran o no fiables, algo que era incompatible con la Sociedad Teosófica, un movimiento concebido como incluyente y antidogmático. Luego de aclarar esa situación con los entonces colegas de la India, la Sociedad americana retomó su nombre original, aunque no se dañaron por ello los vínculos con el Arya Samaj, sobre todo porque era un contacto apropiado que ayudaría a los miembros de la Sociedad Teosófica a establecerse en esas tierras si el viaje se llegaba a realizar. Al menos, las instrucciones en este sentido habían llegado a mediados de mayo de 1878, aunque muchos asuntos faltaban aún por resolverse. El que más preocupaba a madame Blavatsky era el de la reacción que tendría la ex esposa del coronel Olcott cuando se enterara del mismo. Sabía que «Kali», como la llamaba, podía recurrir a las instancias legales para impedir que Olcott partiera, y no quería, por supuesto, que su amigo terminara detenido en una cárcel en lugar de en un camerino de un trasatlántico. Lo demás era afianzar los contactos en la India y buscar los medios para financiar el viaje y la estadía allí. Desde que se dio la alianza entre la Sociedad Teosófica y el Arya Samaj se estipuló que los miembros locales pagaran una cuota que se destinaría a dar soporte a las actividades del movimiento hindú. Como una muestra de solidaridad y fraternidad, esta cuota se mantuvo vigente incluso después de desvincular el nombre de la Sociedad Teosófica con el Arya Samaj.

Pronto llegó la instrucción con la fecha apropiada para un viaje que se creyó iba a ser exploratorio. El 17 de diciembre tendrían que partir.

Los meses pasaban y los esfuerzos del coronel Olcott no daban frutos. Tenía recursos limitados, suficientes solo para cubrir el viaje y un corto tiempo de estadía. Tanto el coronel como madame Blavatsky sabían que podían hacer algo de dinero trabajando con sus plumas

independientes para periódicos y revistas en América y Europa; pero eso era un recurso muy precario. Lo más que el coronel logró fue atraer el interés de algunos inversionistas locales para un posible negocio de importación-exportación cuyo representante en la India sería él, y establecer vínculos similares en la India para su futuro desarrollo; pero en concreto, nada.

Tan cercanos a la fecha límite como el 5 de diciembre, madame Blavatsky escribió en el diario del coronel Olcott que «Junior» tenía esperanzas de hacer su entrada en Bombay con el sello del Gobierno estampado en su trasero. En efecto, ocho días después reportó que Olcott había recibido del Presidente de los Estados Unidos, Rutherford Hayes, una carta de recomendación para todos los embajadores y cónsules, y que el Secretario de Estado lo había provisto con un pasaporte diplomático especial para oficios de promoción cultural y relaciones comerciales entre los Estados Unidos y otros países. Al menos eso le proporcionaba si no los recursos en metálico necesarios, sí el estatus para iniciar con más facilidad sus actividades proyectadas una vez estuvieran en suelo hindú.

«Kali sospecha la partida y piensa en arrestar a H.S.O.», escribió madame Blavatsky el 13 de diciembre.

Con rumbo a la India

—¿Así QUE VA A dejar América? —preguntó el reportero del *Daily Graphic* con una vocecilla descortés y desvelada.

Había logrado escabullirse en La Lamasería, que para entonces, 10 de diciembre, se hallaba vacía y en pleno desorden como resultado de la subasta del día anterior, en la que uno de los amigos de la casa había «pujado con demasiado fervor» para recabar dinero y había terminado vendiendo hasta los visillos de unas ventanas, que pertenecían al propietario del inmueble.

—Sí —respondió madame Blavatsky, sentada junto a una mesita lateral, mientras terminaba de enrollar un cigarrillo—, y La Lamasería, donde he pasado tantas muy felices horas. Me da pesar dejar estos cuartos, no obstante no haber ahora en ellos mucho que deplorar —añadió, echando un vistazo de nostalgia en las paredes solas—. Pero estoy contenta de salir de su país. Ustedes tienen libertad, pero eso es todo, ¡y de eso tienen mucho, demasiado! —concluyó, sonriendo con cierta calidez de abuela inocente, a pesar de ser una señora de solo 47 años.

El reportero, un espécimen subalimentado de mediana estatura y dedos pálidos y nudosos, tomando aún nota en su pequeña libreta, retorció su boca un poco antes de lanzar la siguiente pregunta.

—¿Cómo, con su desagrado por América, llegó a abandonar su ciudadanía rusa y se convirtió en residente de Nueva York? —dijo, y tosió un par de veces.

—Ah, ustedes tienen libertad —reiteró madame Blavatsky—. Yo no la tenía. No podía ser protegida por los cónsules rusos de la forma en que seré protegida por los cónsules americanos.

El hombrecillo le lanzó una fugaz mirada sobre la libreta, sonrió, y volviendo al papel, preguntó:

—¿Cuándo partirá?

—No conozco ni el momento ni el barco, pero será muy pronto —dijo madame Blavatsky, luego de soltar con deleite una bocanada de humo oloroso—. Iré primero a Liverpool y a Londres, en donde tenemos ramas de sociedades teosóficas. Luego iré directo a Bombay —y en este punto sus ojos parecieron iluminarse—. ¡Ah! —exclamó,

sonriendo abiertamente—. ¡Cuán contenta estaré al ver mi querido hogar indio de nuevo!

Dejó el cigarrillo de lado, se levantó de su asiento y, tomando una túnica mañanera que el reportero describiría como de «extraño diseño», la extendió delante de ella. «Se parecía mucho a la sacerdotisa oriental que asegura ella no ser», concluiría el reportaje.

El día 15 de diciembre el coronel apareció con un pesado fonógrafo que Thomas Edison les había enviado y que el coronel estaba dispuesto a llevar en el barco. Muchos de los presentes en la reunión de despedida, madame Blavatsky entre ellos, se turnaron frente al receptáculo de voz para grabar mensajes de camaradería a sus hermanos de la India. Desafortunadamente el tiempo haría lo suyo y las voces se perderían ahogadas por los ruidos que eran las huellas del desgaste natural con el que todo lo físico es derrotado, sobre todo si esto es acentuado por una tecnología incipiente.

El propio día 17 en la tarde el coronel Olcott llegó con los boletos del vapor trasatlántico, el *Canada*. Partirían esa misma noche.

La sede local de la Sociedad Teosófica quedaría bajo la dirección del Mayor General Abner Doubledy, y se asignó a William Judge para ser tesorero temporal y secretario corresponsal. En Estados Unidos, sin embargo, la sede estaba destinada a sufrir una merma de actividades fuerte y prolongada, producto, sin duda, de la ausencia de los dos motores principales del movimiento, a quienes se les rendía una especie de culto; aquello, al menos, mientras no se estableciera bien la Sociedad Teosófica de la India y desde ahí se generara la energía que sería esparcida luego al mundo occidental entero.

Cerca de la medianoche los gemelos teósofos salieron por última vez de su querida Lamasería y abordaron el vapor aún en fecha 17. «El Maestro S— obtuvo de nosotros lo mejor posible, y sí dejamos suelo americano el 17», escribió madame Blavatsky en el diario de su colega. Sin embargo, no sería sino hasta el 18 por la tarde que se soltarían las amarras y madame Blavatsky podría respirar con más libertad, ya que en el ínterin estaría temiendo que Kali tomara una acción de último momento en contra de Olcott. Aún así, ni bien habían avanzado unas pocas millas náuticas cuando las máquinas pararon en Coney Island y se tiró el ancla para esperar marea alta. «Colapsada en miedo de nuevo», apuntó madame Blavatsky entonces. Pero no era tanto miedo como un profundo desgaste psíquico el que sufría, de tanto usar sus capacidades, dijo, para prevenirlos del peligro. «El

cuerpo es difícil de manejar... El espíritu es fuerte, pero la carne es muy débil», añadió.

No fue sino hasta el mediodía del 19 de diciembre de 1878 cuando el *Canada* por fin zarpó. Atrás quedaba Nueva York, y madame Blavatsky no regresaría nunca más a suelo americano.

Cuarta Parte

En la niebla de Londres

LA NEBLINA era tan densa que impedía ver los propios pasos. Olcott y dos amigos más, teósofos, recorrían Cannon Street. Era de noche en Londres y habían arribado hacía un par de días. Sujeta a la ruta como niño de las faldas de su madre, la atención había sustituido a la charla. Con esa neblina uno creía ser el fantasma del otro. Era como si también se hubiese cerrado, junto a los alrededores, el ánimo de exteriorizar las ideas. Se escuchaban solo los pasos, solos. «Es una ruta hacia adentro», pensó el coronel, temiendo afectar con ese pensamiento el concentrado andar de sus dos compañeros.

Hasta podría ser que el frío que calaba en su rostro fuera la razón que alborotaba esa niebla meona, que con sus hilillos como de dulce de algodón envolvía en telarañas fugaces, constantes, el túnel blanquecino por el que parecían estar transitando. El espíritu de esa llovizna los tocaba. Olcott iba con la mirada atenta a sus pasos en el andén, por eso no advirtió, como sí lo hicieron los otros dos —sus afantasmados compañeros— la estremecedora presencia de... ¡Ahora sí!: las exclamaciones sordas de sorpresa de los otros habían hecho que levantara la mirada y lo viera pasar. Casi había sentido cómo la neblina se disipaba de sus pensamientos cuando pasó a su lado. Olcott detuvo la marcha blanca de su túnel inventado, volvió a ver con rapidez hacia atrás y encontró la mirada del Mahatma, quien también se había vuelto sobre sus hombros para verlo a él. Olcott no lo sabía por haberlo visto antes y haberlo reconocido. Lo sabía porque lo sintió en todo su cuerpo, y eso le bastaba: era el rostro del excelso Sahib, que ahora había desaparecido tragado por la garganta de cortinas blancas echas de clima londinense. Los tres lo habían visto. Los tres lo sabían.

Los tres se mantuvieron juntos toda la noche, y juntos regresaron a la casa de los Billing, en donde se hospedaban. Al entrar, ansiosos como iban por contar sobre el efímero encuentro, lo que encontraron fue al doctor y a la señora Billing en estado de exaltación, y a madame Blavatsky con una expresión de paz en el rostro.

—Ha estado aquí —les dijo. Y los tres, sorprendidos, profirieron exclamaciones de asombro—. Mencionó haberlos encontrado a ustedes tres en la ciudad —agregó madame Blavatsky, para más pasmo y

estupor de ellos, aunque, al final, para su júbilo, porque entonces era cierto, entonces era verdad que había sido él, el Sahib.

—¡Es tan alto! —prorrumpió en éxtasis la señora Billing—. ¡Un hermoso hindú con un ojo peculiarmente penetrante, con el que parece poder ver a través de uno. Era tan... Tan...

Era obvio que continuaba conmocionada la señora Billing. Se paseaba inquieta por la sala, tratando de hacer que las palabras nacieran del recuerdo, de la cercana impresión de tenerlo frente a ella.

—«Deseo ver a madame Blavatsky», me dijo, y se dirigió directo hacia el cuarto en donde ella estaba sentada. Yo misma lo abrí para él y le rogué que entrara. Caminó directo hacia madame Blavatsky, le hizo un saludo oriental y empezó a hablarle en una lengua de sonidos por completo desconocidos. Por supuesto, los dejé ahí. Solos.

En realidad la señora Billing se había quedado escuchando con la oreja pegada a la puerta. Su marido la martirizaba diciéndole que guardara la compostura, que no le hiciera pasar esa vergüenza. Ella agitaba su mano y fruncía el ceño, porque las interrupciones del doctor no la dejaban escuchar. Pero había sido en vano. No había entendido ni una sola palabra.

—Hablamos de asuntos secretos que aunque fuera mi gusto no estaría yo en libertad de revelar —dijo madame Blavatsky, lanzando una mirada suspicaz sobre la señora Billing, quien con los ojos se evadió, diríase que hacia los invisibles átomos de la luz astral—. En un término de cuarenta días deberemos arribar a Bombay —sentenció, antes de dar las buenas noches y retirarse a la serenidad de su cuarto.

En sus quince días de permanencia en Inglaterra, la organización de la rama de la Sociedad Teosófica británica había sido todo un éxito, y los gemelos teósofos partieron hacia la India desde Liverpool a bordo del *Speke Hall*, un sucio y apestoso vapor.

El avistamiento del hogar

A MEDIADOS DEL siglo 19 se dice que había vivido en el sur de la India un sabio raja-yogui —santo, poeta y alquimista— llamado Ramalingar Pillay. Como apóstol del *Raja Yoga* o Yoga Rey, que es aquel que busca el desarrollo de las facultades superiores en el ser humano —más allá de un psiquismo intrascendente— recorrió esas tierras proclamando la fraternidad universal, buscando prosélitos que se identificaran con los ideales superiores que no podían ser sujetos a los falsos cotos del *maya* o ilusión —raza, credo, nacionalidad, ideologías y dogmas—, pensando en fundar en los corazones de las mujeres y de los hombres el estado humano absoluto e incluyente. Por desgracia, como consecuencia natural de su propio desarrollo, manifestaba el sabio yogui Ramalingar atributos psíquicos que distraían a los hombres del mensaje y del supremo objetivo de su búsqueda, y lo adoraban no por este sino por aquellos, y en ellos se perdía el ideal. Uno de estos poderes se relacionaba con su capacidad para engañar a los fotógrafos. Se dice que nunca tuvieron éxito en conseguir captar su imagen completa: aparecían siempre su rostro, sus manos y sus pies, sustituidos en las placas por una niebla tan difusa como inexplicable.

No encontró, pues, el yogui, hombres puros y sinceros que vieran más allá de los beneficios egoístas que los poderes que un desarrollo tal traía aparejados, y su misión fracasó. El hombre de la niebla fotográfica reunió a sus seguidores una tarde y les dijo que ninguno era digno de conseguir la renovación que predicaba. Cuentan quienes fueron sus prosélitos que no obstante tuvo una visión, y basado en ella profetizó y dijo que poco tiempo después de su muerte, extranjeros de Rusia, de América y de otros países llegarían a la India a predicarles la misma doctrina de hermandad universal, y que solo entonces conocerían y apreciarían las verdades que en vano había él intentado enseñarles.

Ramalingar Pillay había muerto en 1874. Temprano en el año el yogui había seleccionado un pequeño recinto en que se dice fue sepultado en vida, habiendo sido sellada la única entrada del mismo. En ese reducido espacio había buscado entrar en el estado de *Samadhi*. Cuentan también que no fue sino hasta un año después de su encierro

que las autoridades británicas habrían roto el sello de la entrada, sin encontrar adentro nada. «Los componentes de su cuerpo han sido devueltos a los elementos originales», pregonaban algunos de quienes fueros sus seguidores; pero el recaudador británico del área, el señor J. H. Garstin y el oficial médico del distrito no estuvieron convencidos con esa explicación, al menos al principio. Los registros del distrito demuestran, sin embargo, que por alguna razón sus opiniones originales se modificaron al punto de llegar también ellos a considerar a Ramilingar un hombre santo. Los dos oficiales contribuyeron con dinero de sus bolsillos en un evento que se llevó a cabo para honrar la memoria del yogui, en el que se recaudaron fondos para alimentar a un grupo de gente pobre.

«Propaganda pura», diría, años después, Richard Hodgson, al leer la historia escrita por un tamil pundit del *Presidency College* de Madrás, en un ejemplar del *The Theosophist* de julio de 1882.

Futura propaganda o no, algo es cierto: dos extranjeros, una rusa, el otro americano, arribaban a suelo hindú el 16 de febrero de 1879, y muchos nativos estaban asombrados, no sin razón: los foráneos llegaban no para mofarse de sus creencias ni para estudiarlos como curiosos ejemplares remanentes de viejas doctrinas paganas, como era la costumbre, sino para resucitar en ellos el orgullo de la grandeza espiritual de un legado muy antiguo que estaba siendo prácticamente socavado por la imposición de un esquema cultural occidental decadente que había viajado, como polizón, en el inmenso barco conquistador y colonizador del comercio, del cristianismo y del militarismo subyugante. Habían perdido la fe en ellos mismos y los extranjeros llegaban ahora para vindicarlos y sacarlos de la indigencia anímica y del declive de sus tradiciones, y rescatarlos así de una eminente debacle espiritual.

Cuando las costas de Bombay se divisaron al amanecer, el júbilo inundó la cubierta del vapor. Pocos instantes después las lágrimas generadas por un interno regocijo estuvieron a punto de escapar de los ojos del coronel Olcott, al identificar a lo lejos y a la derecha de ellos mientras se acercaban al puerto de Bombay de manera irrevocable, la isla de la sagrada ciudad de la purificación: Elefanta. Madame Blavatsky tomó la mano de su amigo y apretó, gesto que engendró inmediata reciprocidad, cual símbolo de algo no dicho, pero que significaba a la vez que un alivio, un grato saber que la misión, ahora sí, había comenzado.

Ustedes son Divinos

HACIA LA izquierda, en el Monte Malabar, vieron algo que los sacó por un momento del estado encantado con el que navegaban en la bahía: eran los suntuosos *bungalows* de los británicos y de los indios ricos, pintados con colores brillantes, el «deslumbrante esplendor del nuevo orden de cosas... Donde la más sincera adoración es pagada al ídolo de la Reina en rupias», como diría el coronel Olcott. Contemplaron la casa del Gobernador, rodeada de mar por tres de sus cuatro lados. Tres hindúes subieron al barco al haber este tirado el ancla. Aun sin conocerse, la comitiva teosófica se fundió en abrazos con ellos.

—Soy Moolji Thachersey. Sean ustedes bienvenidos —dijo uno de ellos, vestido con un *dhoti* y sobretodo de muselina blanca y el turbante rojo en forma de exquisita celada que apuntaba su cuerno hacia el frente sobre su rostro.

Otro de ellos era el pandit Shyamji Krishnavarma, principal discípulo del swami Dayanand, un joven hindú de tez canela clara con ojos negros y párpados natural y perfectamente delineados del mismo color, como si se hubiese aplicado pintura con un delgado pincel. Era alto y hermoso. Llevaba túnica blanca y turbante blanco. Pero los recién llegados no tuvieron tiempo para más intercambios protocolarios ya que eran asediados por un tropel de hindúes esqueléticos de diversas tribus que tejían alrededor de los extranjeros un manto de alharaca con sus muchos dialectos, que aturdía. Pronto subieron a un bote y dejaron el barco para dirigirse a la costa. Lo primero que hizo el coronel Olcott al bajar del bote fue agacharse y besar el suelo, después de lo cual no les quedó más que sentir el intenso calor con el que el suelo sagrado los recibía, y esperar a Hurrychund Chintamon, a quien se le había pedido que consiguiera una casa pequeña y cómoda en los barrios hindúes para recibirlos.

Llamó la atención de los visitantes el ensordecedor graznar de una sarta de atolondrados cuervos imprudentes que andaban ebrios por los aires. Según les explicó Moolji, los pajarracos bebían a su gusto del *toddy*, un potingue embriagador que se obtiene de los cocoteros que inundan Bombay al inserir en sus troncos un cuenco hondo hecho de corteza de fruta en el que la savia goteaba y se fermentaba.

Escortados ahora por los cuervos beodos, al solo llegar Chintamon fueron acorralados por una banda de bailarinas medio desnudas que cantaban sus mantras y los bombardeaban con flores hasta conducirlos «¿Crees que a un coche? —preguntaba madame Blavatsky en una carta a su hermana Vera—. En absoluto, ¡hacia un elefante blanco! ¡Santo Dios, el esfuerzo que me costó escalar sobre las manos y las espaldas de los *coolies* desnudos hacia la cima de este enorme animal! Todavía me intriga saber cómo me las arreglé para no caerme del “howdah” en el que fuimos puestos Olcott y yo, especialmente cuando el elefante se estaba levantando para ponerse de pie. A los otros los pusieron en palanquines, y, al acompañamiento de aclamaciones, tamborines, cuernos, con todo tipo de pompa teatral, cantos y una trifulca general, nos condujeron a nosotros (humildes esclavos de Dios) a la casa del Arya Samaj», una quinta propiedad de Chintamon, cuyos pequeños *bungalows*, rescatados de un abandono reciente, colindaban con un estudio fotográfico que estaba techado con vidrio.

«Respecto a la mujer —escribiría después madame Blavatsky, en sus primeras crónicas en ruso publicadas en los periódicos de su tierra natal—, ella es capaz de entusiasmar a cualquier artista tanto por sus vestiduras como por la gracia gentil de sus movimientos, y, no obstante, ninguna corpulenta, blanca y sonrosada Ana Ivanovna descendería a saludarla, ni a mirarla siquiera... ¡Qué vergüenza, Dios santo; la mujer está completamente desnuda!», y aclaraba luego que ni a la mujer más infeliz le faltaba nunca una pieza de diez varas de muselina para envolver su cuerpo, y que no se hallaría mujer decente alguna, en cambio, que consintiera en llevar calzado, ya que estos eran la insignia y distintivo de las mujeres desacreditadas. Contaría, además, que una vez la esposa de un gobernador de Madrás había intentado que su marido obligara a las mujeres del país a cubrirse el pecho, lo cual estuvo a punto de ocasionar una revolución. «El Gobierno se vio forzado a reconocer que no era prudente exasperar a las mujeres, más peligrosas a veces que los hombres». Y la costumbre, sancionada por un uso de tres mil años y basada en una ley del Código del Manú, permaneció inmutable y respetada.

Trescientos nativos estuvieron presentes en la recepción que en el recinto del estudio fotográfico se ofreció en honor a la Misión Americana, cuyos miembros se vieron pronto engalanados con exóticas guirnaldas y fueron rociados con agua de rosas.

La siguiente mañana trajo consigo, no obstante, el primer sinsabor de la misión. Chintamon, quien hasta el momento había rehuido in-

formar al coronel Olcott sobre el valor de la renta de los *bungalows* destinados a ellos, apareció con una cuenta que por poco hace salir de sus órbitas los ojos del coronel. En ella se incluía, aparte de una renta exorbitante, un disparatado cobro por alimentación, servicio y reparación del complejo de cabañas, y por si eso fuera poco añadía también el valor del alquiler de las trescientas sillas utilizadas para la recepción de la noche anterior y el valor de un cablegrama que les había enviado, rogándoles que apresuraran su venida. Al enterarse del asunto madame Blavatsky despertó del embelesamiento casi místico en el que había pasado desde su arribo, se puso hecha una leona y comenzó a imprecar y a dar de puñetazos en la mesa, sobre todo cuando se enteró de que las cuotas cobradas a los miembros norteamericanos de la Sociedad, y enviadas como fondo solidario al Arya Samaj —que sumaban la nada despreciable suma de seiscientas rupias—, no habían tocado más fondo que el de los bolsillos del exigente Hurrychund Chintamon, lo que a la vez suscitó la vergüenza e indignación de sus colegas del Arya Samaj. Tuvieron que consentir, sin embargo, permanecer en esas instalaciones, bajo esas condiciones y bajo la promesa de Chintamon de devolver íntegro el dinero recibido, mientras encontraban dónde alojarse. Por fin pudieron trasladarse a una casa también de los barrios hindúes, el 108 de Girgaum Back Road, que durante los próximos dos años se convertiría en el cuartel general de la Sociedad Teosófica de Bombay.

En esa casa se reunirían noche a noche gentes de todos los credos, tribus, procedencias, niveles sociales y costumbres, y los más intrincados problemas religiosos, filosóficos, metafísicos y científicos serían discutidos en esas cabañas protegidas por las sombras de las palmeras.

En la noche del 23 de marzo de 1879, el coronel Olcott ofreció la primera conferencia pública como representante de la Sociedad Teosófica, ante cientos de invitados al Framji Cowasji Hall. Su ponencia duró cerca de dos horas y en ella manifestó que en la Sociedad había lugar para miembros de todas las religiones, que no ofrecían ningún credo nuevo o dogma alguno, sino el espacio para la investigación profunda de la naturaleza latente del hombre. Asimismo, atacaba la degradación en que había caído el hinduismo. «La juventud de la India —concluyó— se sacudirá la pereza y se hará digna de sus progenitores. Desde cada templo en ruina, desde cada pasadizo esculpido en el corazón de las montañas, desde toda secreta *vihara* donde los custodios de la Ciencia Sagrada mantienen viva la antorcha de la Sabiduría Primitiva, surge una voz susurrante

que dice: “Hijos, vuestra Madre no está muerta, sino adormecida”».

«Que los hindúes, parsis, mahometanos, cristianos, olviden sus diferencias —apuntó el *Indian Spectator*, comentando la ponencia del coronel Olcott—, y los días de la regeneración de la India no estarán lejos».

Madame Blavatsky, quien no era dada a dirigirse a grandes auditorios, no dejaba de promover, siempre que la ocasión se lo permitía, el mismo entusiasmo entre los nativos, sobre todo entre los parias, «aquellos descastados sin esperanza, o, mejor, criaturas sin casta, rechazados por todos sus prójimos», los llamaba; y a ellos dirigía estas palabras: «Ustedes son Divinos, hijos del Único Padre, y miembros de la gran fraternidad humana».

Primeros días en India

VISITARON EL *dakhma*, o Torre del Silencio, en Malabar, en la que los parsis de la zona disponen de sus muertos: una edificación circular de más de 30 pies de altura con una sola puerta que da hacia el este y sin techumbre, en donde solo los portadores de los muertos, los *nassesalares*, pueden entrar con el fin de depositar y abandonar el cadáver luego de leer algunos pasajes del Zend-Avesta, para que los buitres dispongan de ellos. Luego visitaron el *Pinjarapala*, un hospital del jainismo destinado a los animales. En días posteriores llegaron a Khandala y a las cuevas de Karli.

Seguida de cerca por una mal disimulada vigilancia policial (su presencia había generado resquemores en el Gobierno británico de la India, que la consideraba una posible espía rusa), madame Blavatsky junto al coronel Olcott emprendieron luego una primera incursión en el noroeste del territorio hindú, para visitar Nissit, Allahabab, Cawnpur, Agra, Delhi, el Rajistán, Labore, Amritsar, Hurdwar, Bhadrinath y Matura. Iban acompañados por un grupo de hindúes ilustrados, quienes les ayudaron a desentrañar los secretos de los sitios que visitaban. Estas y otras incursiones a los rincones más apartados de la India serían narradas una a una y con todo detalle por la infatigable pluma de madame Blavatsky en sus constantes colaboraciones a los periódicos rusos; relatos que posteriormente saldrían en forma de libro bajo el título de *Por las grutas y selvas del Indostán*, lleno de mil aventuras.

En un episodio representativo de tales variadas y numerosas aventuras en los territorios sagrados de la India, madame Blavatsky narró lo que sucedió con ellos una vez que pernoctaban como huéspedes de un «respetable» brahmán llamado Sham Rao. «Tras aquel tan accidentado día, dormí el sueño de los justos», diría; agregando que cuando se lleva durmiendo durante muchas noches bajo una tienda de campaña, era una verdadera delicia el poderlo hacer en una auténtica cama, aunque fuese colgante. «Tamaño placer —continuaba diciendo— se habría aumentado en proporción extraordinaria si hubiese sabido que dormía nada menos que en el lecho de un dios». Esta particularidad le sería revelada al día siguiente, cuando al bajar por la escalera divisara al ilustre *general Hanumân*, el mono-dios, acurru-

cado bajo la escalera y muy triste sin su cama colgante que había sido suya la noche anterior. «Decididamente, los hindúes del siglo XIX son una raza degenerada —afirmaba—, execrable e impía... Aquella cama-cuna de Hanumân, y un viejo y desarreglado canapé, eran, por lo visto, los únicos muebles de la casa que podían hacer las veces de lechos para los forasteros». Los caballeros que la acompañaban habían pasado una mala noche, ocupando un torreón vacío que antaño fuera altar de una derruida pagoda situada detrás del edificio principal, donde los había llevado el dueño de la casa «con la buena intención de protegerlos contra los chacales, que solían andar a sus anchas por toda la planta baja, ingresando al torreón por las arcadas sin puertas». Pero no habían sido los chacales la causa principal de las molestias de los caballeros. El señor Y--- y el coronel Olcott habían tenido que vérselas con un vampiro enorme, especie de zorro volador que según se habían enterado más tarde era también un espíritu. «Revoloteando dentro de la torre durante toda la noche, sin hacer ruido, acababa posándose alternativamente sobre los durmientes, haciéndoles estremecerse bajo el repugnante contacto de sus alas viscosas y frías, con la sana intención de darse un buen atracón chupando sangre extranjera». Los había despertado muchas veces, sin que hallaran la manera de sacarlo del recinto. Justo en el momento en que intentaban dormirse de nuevo el vampiro-zorro volvía a posarse en sus piernas, hombros y cabezas, «hasta que, exasperado, el señor Y--- lo cogió y le retorció el pescuezo».

»Y fue lo bueno del caso —continúa el relato— que ajenos a la gravedad del pecado que con ello habían cometido, a la mañana siguiente contaron a su anfitrión el trágico fin del *alevoso murciélago*. Esto atrajo la inmediata tempestad sobre ellos. Pronto el patio se había llenado de gente que, cariacontecida y triste, se agolpaba a la entrada del torreón. La anciana madre del amo se tiraba de los cabellos, furiosa, lanzando exclamaciones en todos los dialectos de la India. ¿Qué ocurría? No acertábamos a explicárnoslo, y cuando por fin averiguamos la causa, quedamos estupefactos.

»Merced a ciertas extrañas y misteriosas señales, solo conocidas por aquella brahmánica familia, había sucedido que al dejar su cuerpo, el alma del hermano mayor de nuestro anfitrión había conseguido encarnar en aquel murciélago vampiro, hecho que nos fue revelado como sin admisión de dudas. Así, pues, desde hacía nueve años, el finado Patarah Prabhu había continuado viviendo bajo aquella nueva forma merced a la ley de la metempsicosis. Durante el día

dormitaba colgado de una pata y bocabajo, en un viejo árbol cercano al torreón; pero durante la noche se dedicaba a dar caza a cuantos insectos anduvieran por aquel rincón retirado; y en tal estado, dedicado a comer, dormir y redimirse de sus culpas, el buen murciélago iba purificándose de los pecados que bajo la forma de Patarah Prabhu había cometido. Y ahora, ¡horror!, su abandonado cuerpo de quiróptero yacía inerte en el polvo, a la entrada misma de su querido torreón y con la membrana de sus alas medio roída por las ratas, mientras que la pobre anciana de su madre enloquecía de pena, lanzando, a través de sus lágrimas, miradas acusadoras contra el señor Y---, quien, en su nuevo aspecto de asesino descarado, parecía mostrar con su actitud una tranquilidad repulsiva.

»El asunto empezaba a ponerse serio. El lado cómico que pudiera mostrar la cuestión en un principio, desaparecía ante la sinceridad e intensidad de semejantes lamentaciones. Descendientes y consanguíneos del dueño de la casa, le estaban a este lo bastante subordinados como para permitirse el arremeter contra nosotros, pero sus semblantes nada tenían de tranquilizadores».

Shastras en mano, el sacerdote astrólogo de la familia se había colocado a la par de la anciana, disponiéndose a cumplir con sus oficios de purificación, cubriendo el cadáver del animalejo con un paño blanco. Una de las acompañantes del partido teosófico, a quien madame Blavatsky se refiere en su relato solo como la señorita X, la emprendió contra el sacerdote «anatematizando en voz alta la indignación que aquellas supersticiones propias de una raza inferior le producían». Esto lo había hecho, olvidando que el anfitrión conocía muy bien el inglés. Sham Rao pidió entonces al coronel Olcott que lo acompañase. «¡Van a echarnos en el acto de la casa!», pensó madame Blavatsky. Sin embargo, los propósitos del brahmán eran muy otros, dirigidos más bien a aclarar el significado de lo que la señorita X había llamado supersticiones de una raza inferior. Él era un hombre culto, les dijo, y había gozado de cuantas ventajas proporcionaba la educación europea. Confesó que debido a eso nada estaba más lejos de ser cierto como el imaginar que él creyese que su difunto hermano moraba en el cuerpo de aquel quiróptero. «A juicio suyo —contaba madame Blavatsky—, Darwin y otros grandes naturalistas occidentales, a lo que él se unía, parecían creer en la transmigración de las almas en sentido inverso de los hindúes».

—¿Acaso no es esta la interpretación más fidedigna de la escuela darvinista? —había preguntado Sham Rao.

Madame Blavatsky y el coronel se habían vuelto a ver, sin terminar de creer que habían escuchado lo que habían escuchado.

—Señor Rao —le había dicho, por fin, madame Blavatsky—. Entenderá usted que como hemos viajado incesantemente durante el año anterior, nos sentimos algo ausentes por no haber tomado nota de las más actuales conclusiones de la ciencia moderna.

Esto había exacerbado aún más los ánimos de Sham Rao.

—¡Pero yo las he seguido al día! —había exclamado—. Espero, por tanto, que se me permita agregar que he penetrado debidamente en el desenvolvimiento operado por los estudios más recientes. Acabo de estudiar, por cierto, la magnífica *Antropogénesis* de Hæckel, y he meditado hondamente acerca de todas sus científicas y lógicas explicaciones, acerca de cómo el hombre desciende de formas animales mediante dicha transmigración.

Había continuado diciendo que, con todo y el respeto que sentía por Darwin y por Hæckel, no podía aceptar sus conclusiones definitivas, sobre todo del último: ese «irritable y bilioso alemán» coincidía en su embriología con la doctrina del Manú, pero, según él, olvidaba por completo la evolución respectiva del alma humana, la cual, afirmaba, según sus creencias estaba armonizada con la evolución de la materia. El hijo de Svayambhuva, el Nacido por Sí Mismo, enseñaba que «todo lo creado en un nuevo ciclo evolutivo, adquiere cada vez cualidades nuevas que se agregan a las ya adquiridas en las precedentes metempsicosis; y la Chispa Divina que a todo ser envuelve se hace más y más brillante a medida que se aproxima a la humana categoría, y después entra en un cielo de transmigraciones conscientes», añadiendo que en ese momento sus palingenias evolutivas ya no dependían de las ciegas leyes generales, sin que hasta la menor de sus acciones llevara aparejada su premio o su castigo.

—Entonces —les había dicho—, ¿por qué, conociendo yo, como acaban de ver, las ideas más modernas de su ciencia de Occidente, van a figurarse como la señorita X... que pertenezco a una tribu de gentes ignorantes y supersticiosas? Yo no afirmo que nuestras creencias populares sean dogmas infalibles, sino meras teorías, y trabajo cuanto me es dable para conciliar entre sí las dos ciencias antigua y moderna. En uso de un perfecto derecho formulo una hipótesis y nada más, cual lo hacen Darwin y Hæckel. Además, si no he sospechado mal, la señorita X... es espiritista, y creará, por tanto, en los *bhutas*, o sombras de los muertos. Si, entonces, admite que un *bhuta* puede posesionarse del cuerpo de un médium, ¿por qué se atreve a negar que un *bhuta*,

y mejor aún, un alma menos pecadora, pueda entrar en el cuerpo de un murciélago vampiro?

«Para eludir semejante delicadísima cuestión metafísica, tratamos de disculpar del mejor modo posible el desacierto de la señorita X», apuntó madame Blavatsky en su relato.

Sin embargo, la tranquilidad que esto había obrado en Sham Rao no había durado mucho, ya que el señor Y--- había interrumpido gritando que la pobre vieja se había vuelto loca y decía que la muerte del vampiro no era sino la primera de una serie de desgracias que Sham Rao había acarreado sobre su familia por haber profanado su santidad brahmánica dándoles albergue a ellos.

—¡Envíe por nuestros elefantes, coronel, antes que la multitud irritada caiga como fieras sobre nosotros!

—¡Por favor, señores! —había proferido, entonces, Sham Rao—. ¡Sean un poco más considerados, porque aunque se trata de una anciana supersticiosa, esta anciana es mi madre!

Y luego les había pedido que le aconsejaran qué harían ellos en su lugar. «¡Cogería mi pistola y acabaría a tiros con cuantos murciélagos pululan por los alrededores, aunque solo fuera por liberar a sus difuntos de los asquerosos cuerpos de semejantes bichos, y después rompería la cabeza al farsante brahmán inventor de esta broma estúpida!», había exclamado el señor Y--- «No hay que añadir —apuntó madame Blavatsky, que en esos relatos tempranos para los periódicos rusos escribía bajo el seudónimo de *Radha Bai*— que el desgraciado descendiente de Rama, puesto en semejante aprieto, no tuvo a bien el seguir el consejo, y permaneció indeciso acerca de la resolución que debía tomar: ya fuera la de arrojarnos, violando las sagradas leyes de la hospitalidad, o la de seguir faltando abiertamente a los preceptos brahmánicos al mantenernos bajo su techo. Entonces el ingenioso *babú* vino en nuestro auxilio». Los persuadió de que debían quedarse aunque fuese una hora, porque lo contrario sería considerado un ultraje para Sham Rao. Les dijo que, mientras tanto, fueran a visitar las ruinas de un antiguo castillo que se había alzado antes no lejos de allí.

No bien habían andado pocos pasos, cuando el *babú* se aproximó a ellos.

—¡Todo ha quedado resuelto del mejor modo del mundo! —les había gritado—. Es más, hasta les debe estar agradecidísima toda esta familia, porque ustedes, al matar al murciélago, no han hecho otra cosa que proteger y salvar al *bhuta* del difunto... ¡Y todo por míseras diez rupias! Empecé ofreciendo tan solo cinco, pero no que-

ría, ¡se trataba de un gravísimo asunto sagrado!, decía el muy pícaro.

«Toda la metempsicosis de aquella buena gente —refiere madame Blavatsky— no depende sino de la imaginación e inventiva de los *Gurús* o directores espirituales de la familia, quienes por sus buenos oficios suelen cobrarles de ciento a ciento cincuenta rupias anuales. Cada nuevo rito no es sino un nuevo ingreso en el bolsillo sin fondo de la familia sacerdotal brahmánica, que es insaciable en sus codicias, pero los acontecimientos felices se pagan más que los desgraciados, y, no ignorando esto, el ingenioso *babú* pidió al brahmán, sin más rodeos, que practicase un falso *samâdhi*, esto es, que fingiese haber tenido una inspiración celeste y anunciase a la desolada madre que la terminante voluntad de su hijo era la única causante de lo acaecido, siendo él y nadie más quien había precipitado así el fin de su vida en el cuerpo del vampiro por estar ya cansado de aquella etapa palingénica y desear la muerte como medio de ascender en la escala animal; que era por tanto mucho más feliz, y que estaba profundamente agradecido al Sabih que, al retorcerle el pescuezo, le había liberado de aquel abyecto cuerpo.

»Conviene añadir —concluye— que al ojo siempre alerta de nuestro *babú*, no había pasado inadvertido el detalle de cierta vaca del *Gurú* que estaba por dar a luz ... y semejante circunstancia era un triunfo de baraja más en manos del *babú*, por cuanto exigió también del *Gurú* que anunciase, amparado en el supuesto *samâdhi*, que el espíritu aquel, así liberado, proyectaba habitar en el futuro cuerpo de la cría que en breve iba a dar a luz la vaca, con lo que no hay por qué añadir que la pobre vieja se apresuraría a comprar al *Gurú* el ternero de aquella nueva encarnación de su amado primogénito, y que el bienaventurado suceso se celebraría con nuevas fiestas y ritos, que traerían, como es natural, nuevas rupias al director espiritual de la familia».

Al regresar a Bombay, madame Blavatsky se dirigió al vigilante que con torpeza había seguido sus pasos por toda la extensa gira en el noroeste del territorio hindú.

—¡Mis felicitaciones —le dijo al azorado hombre— por los resultados que debe usted haber obtenido de su largo y costoso viaje en vagones de primera clase, cargando ese enorme guardarropa con la fina selección de falsas barbas y bigotes! Salude a sus superiores, y recuerde que con gusto daré una recomendación para que sea promovido, dadas sus dotes milagrosas de pasar inadvertido.

Luego de lo cual visitó el consulado estadounidense para demandar del cónsul el envío de una protesta vigorosa al jefe de la policía «por el insultante tratamiento a inofensivos ciudadanos norteamericanos».

Si bien la vigilancia del Gobierno británico de la India cesaría, no lo haría el abuso y las infamias a los que los misioneros cristianos los someterían. «Que cualquiera que aspire a la corona del martirio —escribiría madame Blavatsky— venga a la India y a Ceilán, y nos ayude a tratar de establecer una sociedad basada en la Tolerancia y la Hermandad. Se daría cuenta, entonces, de qué sustancia están hechos los cristianos promedio».

Damodar, Subba Row, *The Theosophist*

UN EXTRAÑO brahmín llegó en una tarde lluviosa a los *bungalows* de los gemelos teósofos en Bombay. Llevaba puesto un impermeable blanco y una capa vueluda, y orientaba sus pasos con un pequeño farol que sostenía con su diestra. Saludó cortésmente al coronel y pidió hablar con la autora de *Isis sin velo*. Un charco se formó alrededor de sus pies y de su larga nariz escurrió un diluvio; al quitarse la capa y el impermeable quedó en huesos. Al coronel le impactaron en especial sus larguiruchas piernas que parecían querer quebrarse con cada movimiento que el joven hacía. Tenía una voz grave y decidida, una mirada intensa como pocas: parecía hipnotizar al aire que se interponía; debía ser el hijo de una cobra. Humildemente se confesó interesado en ese movimiento llamado teosófico que los extranjeros esparcían por su tierra, y solicitó ser considerado desde ese momento su más fiel colaborador. Así, tarde a tarde llegaba el brahmín como fantasma humedecido, chorreando lluvia a su paso, constante, guiado por su pequeño farol. Se llamaba Damodar K. Mavalankar, tenía 22 años y era hijo de un rico brahmán; además, como William Judge, contaba que de pequeño había sido rescatado de la muerte por una visión de un benigno sabio que se aproximó a él y que tomándole la mano le aseguró que no moriría aún, sino que viviría para hacer un trabajo de gran utilidad.

Al principio al coronel le pareció que el muchacho no se diferenciaba del promedio de la gente que decía interesarse en la teosofía, esa gente que abundaba y que en el fondo lo que perseguían era llegar a convertirse como por arte de magia en iluminados y «mantenerse a mil millas de un *ashrama* real»; pero pronto el joven brahmín demostró genuino interés en los propósitos de la Sociedad y en su desarrollo espiritual, e inusuales aptitudes psíquicas que llamaron la atención de madame Blavatsky. En poco tiempo el joven Damodar K. Mavalankar se convertiría en uno de los principales colaboradores de la misión y en un discípulo aceptado del Mahatma Koot Hoomi, en cuya figura reconoció al sabio benigno de su temprana visión.

De más está decir que el joven brahmín sería más adelante fastidiado por sus padres, quienes, conociendo quizá sus antiguos in-

tereses, que no iban más allá de adquirir más tierras, mantener su posición y de la gratificación de sus pequeños caprichos y apetitos cotidianos, lograrían hacer que entregara su parte de la herencia ancestral que ascendía a alrededor de 50,000 rupias para que la joven que había sido designada para casarse con él fuese acogida en la casa de sus padres, dado que Damodar no tenía ningún interés en hacer más vida mundana.

Tallapragada Subba Row, abogado hindú perteneciente también a la casta de los brahmanes, estableció contacto en esos días con la Sociedad, convirtiéndose en un constante colaborador, junto con Damodar K. Mavalankar.

Para esa época, y debido sobre todo a la actitud desfavorable de los medios impresos de la India (dirigidos en su mayoría por recelosos angloindios) que no daban espacio en sus hojas a las actividades de los teósofos por considerarlos muy contrarios a los intereses y a las costumbres civilizadas de occidente; pero también debido a la necesidad progresiva de responder a las inquietudes de los numerosos corresponsales dentro y fuera de la India, surgió la idea de constituir el primer medio de difusión masivo de la teosofía. Es así como, poniendo en riesgo el propio y poco recurso monetario disponible, en julio 4 de 1879 tomaron la decisión de echar a andar la revista *The Theosophist*, con intenciones de volverla una publicación mensual bajo la dirección editorial de madame Blavatsky. En octubre de 1879 salió el primer número.

Otra visita del Mahatma

ESA TARDE hacía un calor insoportable. Babula, el joven sirviente, llegó semimudo, haciendo aspavientos. No había palabras para eso que había visto.

Pronto el coronel descifró el telegrama mímico lleno de lágrimas, temblores de piernas y sobresaltos.

—¡Sahib! ¡Sahib! —repetía Babula.

En plena luz del día, a caballo, el Mahatma Morya había llegado y requería la presencia del coronel frente al *bungalow* de madame Blavatsky.

El coronel dejó a toda prisa su *bungalow*. Afuera, la figura majestuosa del Mahatma lo esperaba. El coronel se postró a sus pies. El Sahib saludó cortés, volteó el rostro y extendió la mano en dirección al *bungalow* de madame Blavatsky, quien estaba reunida con unos visitantes. Madame Blavatsky se disculpó con sus invitados y salió de prisa, como atendiendo a un grito; al llegar donde ellos se arrodilló ante el Mahatma.

Nada ocurría alrededor. Todo se mantenía en calma. En el interior del *bungalow* apenas si se distinguían las voces de afuera.

Nadie los vio.

Lluvia de rosas

—MADAME, estos pandits me dijeron que sin ninguna duda en tiempos antiguos hubo yoguis que de verdad desarrollaron los *siddhis* descritos en los *shastras* —dijo el profesor Thibaut con su fuerte acento alemán. Thibaut era el director del Colegio Superior de Benares, y había sido discípulo del conocido orientalista Max Müller—; y que ellos podían realizar cosas maravillosas, como por ejemplo, hacer caer en una sala como esta una lluvia de flores; pero que en la actualidad nadie puede hacerlo —desafió.

Un grupo de pandits estaba de visita en la casa que la comitiva teosófica había tomado en Benares, y que era propiedad del Maharajá de Vizianagram. Se hallaba asimismo entre ellos el swami Dayanand —a quien se debía principalmente la visita a Benares—, Damodar, la señora Gordon —a quien habían conocido en Allahabad— y otros. Al escuchar esas palabras de boca del intelectual, un hombre bonachón y amable con profundos conocimientos del sánscrito y otros asuntos orientales, madame Blavatsky saltó de su asiento, indignada.

—¡Ah! ¿Así que eso dicen? —exclamó—. ¿Qué nadie puede hacerlo ahora, dicen? ¡Pues bien, yo les mostraré!; ¡y puede usted decirles de mi parte que si los modernos hindúes fuesen menos aduladores de sus maestros occidentales, si estuviesen menos enamorados de sus vicios y se hiciesen más como sus ancestros en muchas maneras, no tendrían que hacer tales confesiones humillantes, ni hacer que una vieja hipopótama occidental les probara la verdad de sus *shastras*!

Dicho lo cual, tras decir algo entre dientes, efectuó un pase rápido de mano en el aire con un gesto imperioso, y en el acto se precipitó del techo una lluvia de hermosas rosas rojas que dejó pasmados a todos. En el alboroto que se armó, no dejaron oportunidad al profesor Thibaut de hacerse de una.

Con los ánimos espoleados que generó el fenómeno, se suscitó a partir de ese instante un intenso debate entre el profesor y madame Blavatsky sobre la filosofía *sankhya*, un sistema de metafísica analítica hindú fundado por el richi Kapila, que trata sobre las categorías numéricas y sobre el significado de los veinticinco *tattvas*. Madame Blavatsky se playó en la explicación sobre los dos principios increa-

dos y eternos en que se sustenta tal metafísica: *Purucha*, el Espíritu, y *Prakriti*, la Materia, así como del fundamento o raíz de esta: *Mûla-prakriti*, de donde todos los seres proceden. Tan convincente fue su ponencia que al final el profesor se mostró no solo satisfecho sino impresionado.

—Ni Max Müller ni ningún otro orientalista me ha aclarado tanto el significado real de la filosofía *sankhya* como lo ha hecho usted hoy, madame —le dijo.

No sin algo de ingenuo pudor el intelectual le confesó después sentirse algo frustrado por no haber podido conseguir una de las rosas que había tenido a bien precipitar hacía unos momentos.

—Me temo que no he sido muy afortunado —le dijo—, en parte por lo inesperado del hecho. Pero, ¿podría ser favorecido con una de ellas como un recuerdo de esta deliciosa velada? —solicitó, en realidad, para salir de la duda que lo embargaba: si ese asunto de la lluvia de flores había sido preparado de antemano no cabría entonces la posibilidad de que madame Blavatsky pudiese repetirlo.

—Pero por supuesto, profesor —exclamó madame Blavatsky—. ¡Tantas como usted quiera! —añadió, repitiendo el mismo pase rápido de mano y volviendo a murmurar las palabras secretas.

Al gesto siguió otra lluvia de rosas, una de las cuales, creando una escena francamente cómica, cayó directo sobre la cabeza del profesor, quien como un niño se echó a reír fascinado.

Alfred P. Sinnett y Hume

DOS SEMANAS antes el coronel Olcott y madame Blavatsky fueron recibidos en la estación de trenes de Allahabad por un inglés adusto, algo calvo y de barbas y bigotes entrecanos, en su birlocho con cochero y dos hombres de a pie vestidos en sus elegantes libreas. Recién amanecía. Era la hora del desayuno temprano cuando los huéspedes arribaron a la casa de este inglés de nombre Alfred Percy Sinnett, quien años después se convertiría en el primer biógrafo de madame Blavatsky.

Alfred Percy Sinnett era para entonces el editor del más importante periódico angloindio en circulación, el *Pioneer*, y casi desde el arribo de los teósofos a la India se había puesto en contacto con ellos, esperando algún día poderlos conocer. La oportunidad se dio en ese diciembre de 1879 cuando ambos se hospedaron en su casa de veraneo de Allahabad, ocasión que el anfitrión, contrario a lo que lo habían predispuesto a esperar de ella, aprovecharía para disfrutar de la más que interesante charla de madame Blavatsky y de su vivo humor, aunque no pudo contener después una franca risotada cuando el coronel Olcott les confesó, a él y a su señora esposa, madame Patience Sinnett, que madame Blavatsky había estado hasta entonces y desde que los conoció tremendamente autorrestringida para evitar darles una mala impresión, algo que contrastaba con la concepción ideal que de ella se podrían haber formado a causa de la lectura de *Isis sin velo*. Aparte del festejo que causó semejante revelación, Alfred Percy Sinnett, sin embargo, era de la idea de que el deseo de madame Blavatsky de hacerse con la benevolencia de los naturales era la causa que la había hecho, y la haría, tropezar con muchos obstáculos, «por haber comenzado en términos que casi puede decirse que provocaron la mala voluntad de los europeos». Opinaba, además, que por su labor se había armado con un ramillete de equivocados conceptos sobre las condiciones sociales del país, lo cual había motivado no pocas discusiones calurosas con ella en esos días de diciembre. Por otra parte, las maneras un tanto alambicadas de Sinnett, si bien no eran del agrado de madame Blavatsky, acostumbrada desde la niñez a la impetuosidad espontánea enemiga de las convenciones sociales y de las etiquetas,

tampoco obraron en contra del casi inmediato afecto que sintió por él, al hallarlo, aunque ingenuo en su exceso de intelectualismo, leal, sincero y dispuesto a ir tras la verdad de las cosas costara lo que costara. Muy pronto Sinnett publicaría el primero de sus libros, *El mundo oculto*, en el que dedicaría la mayoría de sus páginas a dar a conocer los fenómenos producidos por madame Blavatsky, atestiguados por él en las repetidas estancias tanto de ella como del coronel en sus casas de Allahabad y de Simla, lo cual, a la larga, traería más sinsabores que provecho a madame Blavatsky, al hacerse pública controversia sobre esas particularidades psíquicas que ella reservaba siempre para su grupo cercano de amigos y visitantes, y sin ánimos de sacar ganancias o ventaja de ello —algo que era considerado un pecado imperdonable por cualquiera que osase llamarse ocultista de la buena ley—; sin embargo, consideraría después, ese era el precio kármico que tendría que pagar por tirar perlas a los puercos, un axioma demasiado conocido por los iniciados. Sinnett pronto mantendría una fecunda correspondencia con los Mahatmas. «No podemos consentir inundar al mundo so riesgo de ahogarlo con una doctrina que debe ser dada con mucha cautela, y trago a trago como un tónico demasiado poderoso el cual puede matar lo mismo que curar», le escribiría el Mahatma Koot Hoomi.

De Allahabad habían partido hacia Benares para encontrarse con el swami Dayanand, quien había causado una grata impresión en los viajantes. Madame Blavatsky lo llegó a describir como «el sanscritista más agudo; el orador más maravilloso y el más osado fustigador de los errores y vicios que se ha conocido desde tiempos de Sankarâchârya, el fundador de la filosofía vedânta».

En el consejo de diciembre 17, efectuado en el Palacio del Maharajá de Vizianagram se decretó una nueva constitución de la Sociedad Teosófica en la que se hacía énfasis en la Fraternidad Universal y se establecían tres grados de membresía. El primero estaba formado por los iniciados en ciencia esotérica y filosófica —los llamados Mahatmas y sus altos *chelas* o discípulos y nadie más, excepto aquellos con quienes estos voluntariamente se comunicaran y tuvieran, por tanto, derecho al saber. Por supuesto, no se aplicaría a los conocimientos así transmitidos absurdos conceptos tales como «dogmas de fe» o «infalibilidad»—. El segundo se refería a los miembros cuyo valor, fidelidad y devoción al trabajo habían sido demostrados, y a quienes habían aprendido a considerar a todos los hombres como hermanos.

El tercero era un grado llamado de *probacionismo*, en el que se los mantenía a los nuevos miembros hasta que probasen su sinceridad y habilidad para conquistar ciertas debilidades de carácter y prejuicios. El primer objetivo de la Sociedad se definió como «Mantener vivo en el hombre sus intuiciones espirituales».

En ese viaje también conocieron a Allan Octavian Hume, quien había sido secretario del Gobierno y quien años después sería conocido como el Padre del Congreso de la India. Tanto Sinnett como Hume se hicieron miembros de la Sociedad Teosófica; sin embargo, según los teósofos, el orgullo intelectual de Hume y el haber sido rechazado por los Mahatmas para transmitirle conocimientos especiales, lo convertirían pronto en uno de los principales críticos del movimiento. Todo comenzaría por el intento de ambos por lograr que la Sociedad Teosófica Ecléctica de Simla, por ellos fundada, obtuviera la entera independencia de los cuarteles generales de la Sociedad, con la excusa de necesitar de un estudio independiente del ocultismo a la luz de los Mahatmas. «Son egoístas —respondería el Mahatma Koot Hoomi a Sinnett—, porque debe usted saber que el principal objetivo de la Sociedad Teosófica no es tanto la gratificación de las aspiraciones individuales como servir al prójimo». Sinnett lo entendería. Hume, no; aunque, al principio, este último se había supuestamente granjeado la simpatía general debido a su entusiasmo y celo intelectual. Al ver estas alianzas, incluso los misioneros cristianos, encabezados por el reverendo Moncure Conway, tan sabedores de las tradiciones antiguas hindúes como de las teorías evolucionistas de la época, llegaron a esparcir el rumor de que el nombre que los teósofos daban a uno de sus pretendidos Mahatmas, Koot Hoomi (o Kuthumi como también se escribe), procedía de la deformación de los apellidos de Olcott y Hume. Según el reverendo, apoyado en la observación, decía, por varios sanscritistas, el nombre «estaba fuera de toda analogía de cualquier lenguaje alguna vez conocido en la India». Ignoraban los misioneros que el Vishnu Purana (Libro III, cap. vi, 6o de la traducción de Wilson) mencionaba al letrado y sabio Kuthumi como el maestro del Sama Veda y el discípulo de Paushyinji. Esto sin tomar en consideración el hecho de que la correspondencia de K. H. se remitía a algunos años anteriores al encuentro de madame Blavatsky con el coronel Olcott, y más aún con Hume.

Un mal presagio

Los cuervos beodos estaban más inquietos que nunca en el momento en que llamaron a la puerta del *bungalow* ocupado por madame Blavatsky, en Bombay. Babula llegó diciendo que una pareja de extranjeros preguntaba por ella. Se habían identificado como los esposos Coulomb. Madame Blavatsky abandonó su silla para recibirlos.

Emma Coulomb venía vuelta una cotorra, tratando de contar en dos segundos los desastres que los habían llevado a buscar refugio donde su «querida amiga». Habían leído de ella en los periódicos de Ceilán, y con todo y la enorme pena que sentían, habían decidido solicitar su protección y bondad. «Ayer por ti, ahora por mí», le dijo Emma, mostrándole los dientes.

También le recordó la copia del periódico que algunos meses antes le había enviado, en la que había una carta con que había defendido su reputación. De pura casualidad el recorte lo llevaba a mano, y se lo entregó al coronel Olcott luego de saludarlo y alabar su labor. El coronel leyó:

Conozco a esta dama desde hace ocho años, y quisiera decir que no hay nada contra su carácter. Vivimos un tiempo en la misma ciudad, y, contrario a eso, era considerada como una de las damas más inteligentes de entonces. Madame Blavatsky es una mística, una pintora, una lingüista, una autora, y puedo decir que muy pocas damas, y de hecho pocos caballeros, tienen un conocimiento real de las cosas en general como madame Blavatsky.

El coronel agradeció a los esposos las muestras de solidaridad y las atenciones que un día tuvieron para con su colega cuando esta había perdido sus posesiones y se hallaba en una crisis material, y estuvo de acuerdo en admitirlos bajo la protección de ambos mientras se establecieran en Bombay, esmerándose en ser los mejores anfitriones de la afligida pareja.

Dharmapala

CUANDO EN mayo de 1880 madame Blavatsky, el coronel Olcott y Damodar partieron a Ceilán en un viaje de difusión, el coronel dejó a Emma Coulomb encargada de la casa, atribuyéndole una responsabilidad mayor incluso que la de Rosa Bates —quien los había acompañado desde Londres cuando arribaron a Bombay—, algo que no fue cómodo para la referida señora ni para el señor Wimbridge, otro de los acompañantes londinenses.

Aparte de que el primer oficial del pequeño vapor en que se embarcaron, un fanático de la iglesia presbiteriana, se manifestara hondamente preocupado de que la providencia les permitiese alcanzar a salvo Ceilán debido a la presencia en el barco de la «Hija del Padre de las Mentiras» —lo que causó la risa franca de madame Blavatsky—, el viaje transcurrió sin novedades. Llegados a la isla fueron recibidos con entusiasmo por los naturales. Entre tantos budhistas devotos, conocieron a un muchacho de 16 años, quien con el tiempo sería conocido como el resucitador del budhismo en su más pura expresión: Anagarika Dharmapala.

—La promoción de las enseñanzas verdaderas del Señor Buddha debería ser la auténtica línea de acción de la humanidad —le dijo madame Blavatsky, y le repitió lo que el Maha Chohan escribiera una vez—: «El budhismo, desnudado de sus supersticiones, es verdad eterna».

Incentivado por estas palabras, Dharmapala se uniría a la Sociedad Teosófica y emprendería el estudio del Pali.

«Recuerdo haber ido a presentar mis respetos —escribió en 1927— ...El deseo de hermandad universal, por todas las cosas que ellos querían para la humanidad, tocó una cuerda sensible en mí. Comencé a leer su revista. Mientras caminaba en los jardines repletos de plantas olorosas o a lo largo de las costas sombreadas por tecas y palmas de coco, ponderé las conversaciones que había tenido con los dos teósofos. Me decidí a no enredarme en la red de los deseos mundanos. Me esforzaría de entonces en adelante en ofrendar mi vida al bienestar de los otros. Cómo, con exactitud, llevaría a cabo mi resolución, no estaba seguro; pero sentí que de alguna manera

el camino sería encontrado en los escritos de madame Blavatsky».

En ese viaje madame Blavatsky, el coronel Olcott y Damodar se convirtieron al buddhismo, lo que les acarrearía algunos malos entendidos y problemas más adelante. Viajaron a Colombo y luego a Kandy, en donde se les honró permitiéndoles apreciar el supuesto diente de Buddha guardado como reliquia en el templo. Era un diente que más parecía de lagarto. Cuando un grupo de singaleses educados preguntaron a madame Blavatsky si creía en la autenticidad del diente, si creía que en verdad era el diente de Buddha, los fundadores se volvieron a ver, temiendo, por un momento, poder cometer una indiscreción con una respuesta inadecuada; pero casi en el acto madame Blavatsky reaccionó:

—¡Pero claro que es su diente! —aseguró con entusiasmo—. Uno que él tuvo cuando nació como tigre —agregó, para sorpresa y regocijo de todos.

Una decisión desatinada

AL REGRESAR de Ceilán los teósofos hallaron en casa una batalla campal, que duró semanas, entre Emma Coulomb y Rosa Bates. Se acusaban de interferir en sus respectivos asuntos y la discusión, a pesar de los llamados a la cordura que se les hacía, solo subía de tono con el pasar del tiempo. Finalmente el asunto explotó:

—¡Es un bruja siniestra! —tronó miss Bates— ¡La hallé husmeando por ahí entre mis cosas!

—¡Eso es una calumnia! —respondió Emma Coulomb— ¡Esta mujer es una víbora muy peligrosa! ¡Está celosa porque me sabe más capaz que ella y veinte más como ella!

—¡Trató de envenenarme! —confesó miss Bates, ya al borde de las lágrimas y casi sin voz.

—¡Infamia! —exclamó Emma Coulomb, y luego se dirigió a madame Blavatsky—. No creerás, amiga, que yo sería capaz de semejante... Tú me conoces. ¡Ninguna moscamuerta va a venir a...

—Les ruego que retomen ustedes la calma y olviden los insultos antes que ocasionen un daño irreparable a la convivencia —insistía el coronel, sin resultados.

—Pero es que *ya es* un daño irreparable el que se ha hecho —dijo Emma Coulomb—, y me temo que no queda otra solución: con esta señora no podremos nunca estar en la misma casa. Mucho me temo que tendremos que irnos nosotros, siendo los que menos tiempo hemos permanecido bajo la amable protección de ustedes. ¡Y que Dios se apiade de ustedes por los arrebatos e indiscreciones de ella! ¿Recuerdas las posesiones infernales de que era víctima aquella franchuta desorbitada que contrataste de forma apresurada como médium por no haber más opción? madame Sebire se llamaba. ¡Pues esta es peor, y sin necesidad de que se le metan demonios! No se diga más. ¡Nos vamos! ¡Nos vamos, Alexis! —dijo a su esposo, aunque sin moverse de su sitio.

Uno de los ojos de Alexis Coulomb divagaba entre los rostros adustos de todos, mientras el otro, el de vidrio, se mantenía fijo en Rosa Bates.

—Eso está fuera de toda consideración —dijo el coronel—. Uste-

des son nuestros protegidos y permanecerán con nosotros mientras les sea necesario.

—Pero esta mujer es una asesina, coronel. ¿No lo ve? ¡Le digo que ha tratado de envenenarme!

—Eso es absurdo —opinó el coronel, lo que provocó la violenta reacción de miss Bates.

—¿Me llama usted mentirosa, coronel?! —prorrumpió.

—Solo digo que esto ha ido más allá de los límites de la prudencia y...

—¡Váyase al diablo con los límites de la prudencia y su palabrería, coronel! —profririó miss Bates, fuera de sí—. ¡Quiso matarme!

El coronel reflexionó un momento y tomó por fin una decisión.

—Me temo que usted deberá irse —le dijo a miss Bates.

Miss Bates se sintió entonces como desplumada por un grupo de cuervos beodos. Humillada, inerme, desvalida. Era cierto que nunca se había identificado con los quehaceres de los teósofos; pero esperaba más lealtad de parte de ellos. Hecha un mar de lágrimas, sintió que la respiración le faltaba y abandonó el salón a toda prisa.

—De ser así, me veo obligado a solidarizarme con mi compatriota —dijo el señor Wimbridge, quien hasta ese momento se había mantenido al margen—. Nunca he hallado una falta a la lealtad y a la veracidad en miss Bates.

Y en eso concluyó la discusión. Más tarde, sin embargo, lleno de remordimientos, pues consideraba que había sido muy drástico con miss Bates, el coronel le ofreció un boleto de regreso ya fuera a Inglaterra o a Nueva York; pero miss Bates lo rechazó y dijo que se iría por sus propios medios. En cuanto a Wimbridge, el coronel lo ayudó a establecer un negocio de mueblería fina en Bombay. Nunca pondría más un pie en la casa de los teósofos. A Alexis Coulomb le consiguió un trabajo de mecánico en una fábrica de tejidos de algodón. Apenas duró en él unos días, debido a su genio «difícil de complacer en cuanto a condiciones para los empleados». Así, viendo que nada satisfacía al quisquilloso francés, se tomó la decisión de que ambos esposos permanecerían de manera permanente en la sede de la Sociedad, Alexis trabajando como conserje y, dadas sus medianas dotes, como carpintero, y Emma como ama de llaves.

Funesta decisión demostraría ser esta.

Satyât Nâsti Paro Dharmah

—POR FAVOR, madame, le ruego encarecidamente que bajo ningún concepto mencione usted cualquier asunto que atañe a la teosofía o a esa cuestión del espionaje —le pidió el señor Sinnett, temeroso de que la revoltosa ocultista rusa fuese una nota discordante en las reuniones que en Simla sostendrían con el té y la crema del Gobierno del Virrey y la plutocracia de las altas esferas angloindias, algo que se anunciaba como una dura batalla de estrictos códigos de conducta victoriana.

Madame Blavatsky estaba segura de que si a cualquiera de esos estirados esqueletos del cacicazgo de la alta sociedad angloindia se le inflingiera una herida, no sería sangre la que se vería correr por el suelo, sino engrudo.

—Descuide, haré todo cuanto esté en mis manos, mi querido cacique —respondió.

Olcott secundó el pedido, tras considerar de vital importancia que ese «corazón de Angloindia» enviara sus efluvios de sangre vitalizadora a su Sociedad Teosófica y a la vez la limpiara de cualquier suspicacia.

Llenaba de mucha ternura al coronel observar cómo su colega se esmeraba en parecer cortés y en atender a las normas del comportamiento en sociedad como se esperaría de una digna descendiente de la alta casta de la Rusia imperial; aunque no le duraría mucho el gusto, pues casi se desmayó del espanto al notar que unos demasiado familiares golpecitos salían de la cabeza del mismísimo Secretario de Gobierno, convertido en un abrir y cerrar de ojos en una atracción de circo por su risueña compañera. ¡Cuánto alivio sintió al percatarse de que el remilgado personaje hallaba «fascinantes» aquellos inesperados tronidos craneanos que se generaban de la nada y a voluntad de la simpática dama rusa que tan en gracia caía a todos! Al sonar de las campanas astrales, madame Blavatsky se convirtió en el alma de las reuniones en *Brightlands* —la casa de los Sinnett en Simla—, en *Rothney Castle* —la casa del señor Hume en Jakko Hill— y en otras mansiones de los acomodados colonizadores. La domesticación de la díscola osa rusa era un imposible categórico que hasta el mismo Sinnett tuvo que admitir de no muy buena gana. Pronto los fenómenos

producidos a granel por ella se convirtieron en la principal atracción de las reuniones, en las que incluso el mayor Phillip C. Henderson, «nuestro viejo enemigo del Servicio Secreto, quien envió al detective a perseguirnos» era uno de los habituales asistentes.

Estos y otros fenómenos obrados por la dama rusa durante su estancia en Simla produjeron, a la larga, diferentes tipos de reacción en los diarios locales. Muchos los llamaban sin remilgos una completa farsa; otros, un asunto del diablo. Incluso los hindúes estaban divididos: algunos aceptaban con toda naturalidad la posibilidad de los mismos; otros los proclamaban como fraudes basados en viejas y oscuras supersticiones mantenidas por los más ignorantes de sus gentes.

Hubo, en particular, un incidente relacionado con la *aportación* de una taza de té y un plato, que bajo la dirección de madame Blavatsky fueron hallados enterrados en una localidad a varias millas de la casa de sus anfitriones, que generó gran polémica. Comentando sobre el estupor que esto causaba a madame Blavatsky, quien no veía motivo para tanta alharaca, el señor Sinnett escribiría que, no siéndole a ella simpáticos los temperamentos positivistas e incrédulos, y habiendo pasado gran parte de su vida entre los místicos de Asia, cultivando las facultades imaginativas más que las críticas, «no puede seguir en toda su complicación las suspicacias con las que el observador europeo recibe lo maravilloso, aun en sus formas más elementales».

El mayor Henderson, sin embargo, quien se había ofendido tras solicitar, sin resultados, que madame Blavatsky realizara un fenómeno bajo estrictas condiciones dictadas por él y otro amigo —esto después de presenciar la *aportación* de la taza, el plato (ya referida) y un diploma que él mismo solicitó de manera caprichosa e inesperada, con resultados inmediatos positivos—, fue tajante en su declaración pública con respecto a tales presuntos prodigios presenciados. Escribió, en una carta enviada al *Times of India*, que declaraba que lo del plato era una manifestación incompleta e insatisfactoria, ya que no llenaba las condiciones de prueba adecuadas. «Mi duda razonable fue tomada como un insulto personal... No soy un teósofo ni un creyente en fenómenos, los cuales desacredito por completo; ni tengo ninguna intención de seguir los objetivos de la Sociedad en ningún sentido», escribió.

Fue en esa misma visita a los Sinnett cuando Alfred Sinnett comenzó a recibir la correspondencia de los Mahatmas. Hallaba las cartas en cajones con llave, traspapeladas entre sus cosas, puestas sobre los muebles, incluso dentro de sus propias cartas selladas. En

más de una ocasión decía haber presenciado fenómenos de *aportación*: cartas que caían sobre su escritorio desde el aire que circundaba el techo. De esta correspondencia nacería luego el primer tratado oculto escrito por su pluma, el *Buddhismo Esotérico*, donde ahondaba en los esquemas de las constituciones internas del ser humano y del universo, y hablaba del karma y la reencarnación, todo según una concepción oculta que echaba luz sobre los vacíos y contradicciones de las teorías evolucionistas materialistas en boga.

En el transcurso de esa incursión al norte de la India, los teósofos visitaron al Maharajá de Benares, y les llamó poderosamente la atención el lema familiar del mismo: *Satyât Nâsti Paro Dharmah* —No hay religión más elevada que la Verdad—, el cual, con la gentil anuencia del Maharajá, fue adoptado desde entonces como el lema de la Sociedad Teosófica.

Un segundo encuentro con el swami Dayanand demostró que había diferencias irreconciliables entre los grupos. A Dayanand le molestaba la ligereza con que madame Blavatsky exhibía sus fenómenos, ya que suponía que importunaban con cuestiones mundanas las enseñanzas profundas que se pretendían transmitir; además, exigía que no se prestara tanta atención a los budhistas de Ceilán y a los parsis de Bombay; recriminaba que los fundadores teosóficos se hubiesen convertido al buddhismo y pretendía que la revista de la Sociedad fuese un órgano de difusión casi exclusivo del Arya Samaj, desviando así el fundamento ecléctico de aquella. Por tanto, ninguno de los dos movimientos se hizo desde entonces responsable por los puntos de vista del otro, y esto solo iría acrecentando las diferencias entre ambos hasta cuando la unión terminara por disolverse en el aire.

Ya rumbo a Bombay, a finales de 1880, en Baroda, el Jefe de Justicia Parsi, un anciano de cabello cano, presentó a madame Blavatsky a su esposa de tan solo diez años, lo cual, como era de esperar, le produjo una inmediata repugnancia, y, no pudiendo contenerse, llamó al asustado hombre, una vieja bestia.

—¡Debería estar avergonzado de usted mismo! —añadió, y se dio la vuelta para irse.

A partir de entonces se esmeraría en formar alianzas y en hacer causa común con movimientos nativos de amplia mentalidad, para fomentar el matrimonio de las mujeres solo hasta que estas alcanzaran la pubertad, y para lograr que se permitiese a las viudas jóvenes volverse a casar. Damodar y Subba Row se le unirían en la cuestión de si una mujer podía llegar a convertirse en una Adepta, asegurando que

había muchas altas iniciadas a lo largo y ancho de la India. Incluso, escribiría Subba Row, «hay una mujer que permanece en la lista de Maha Chohans», o grandes jefes de una alta jerarquía espiritual.

Cartas del Mahatma y del Maha Chohan

[Extractos de una carta del Mahatma Koot Hoomi
a Alfred Percy Sinnett:]

...Por lo que se refiere a la naturaleza humana en general, es la misma ahora que era hace un millón de años: prejuicios basados en el egoísmo; mala disposición común para renunciar al orden establecido de las cosas a favor de nuevos modos de vida y de pensamiento— y el estudio oculto exige todo esto y mucho más—, el orgullo y la obstinada resistencia a la Verdad, si esta trastorna sus conceptos establecidos de las cosas; esas son las características de su época [...] ¿Cuál sería, pues, el resultado de los más asombrosos fenómenos, suponiendo que consintiéramos que se produjeran? Por mucho éxito que tuviesen, el peligro aumentaría en proporción al éxito conseguido. Pronto no quedaría más que seguir adelante, siempre in crescendo, o entregarse a esta incesante lucha contra el prejuicio y la ignorancia, y ser muertos con vuestras propias armas. Se exigirían, y tendrían que facilitarse, una prueba tras otra; se esperaría que cada fenómeno fuese más maravilloso que el anterior. Su observación constante es que no puede esperarse que uno crea, a menos que no lo haya visto con sus propios ojos. ¿Bastaría todo el curso de la vida de un hombre para satisfacer la curiosidad de todos los escépticos del mundo? Puede que resulte fácil aumentar el número inicial de creyentes en Simla hasta llegar a centenares y a miles. Pero, ¿qué pasaría con los centenares de millones que no podrían ser testigos oculares? Los ignorantes —incapaces de comprender la labor de los operadores invisibles— algún día podrían descargar su ira contra los representantes activos visibles; en cuanto a las clases elevadas e instruidas seguirían dudando y negando como siempre, desacreditándolos a ustedes como antes. Haciendo causa común con la mayoría, usted nos reprocha nuestra excesiva reserva. Pero nosotros conocemos un poco la naturaleza humana porque nos lo ha enseñado la experiencia de muchos siglos —incluso de milenios—. Y sabemos que mientras la ciencia

tenga algo que aprender, y mientras anide en el corazón de las multitudes una sombra de dogmatismo religioso, los prejuicios del mundo tienen que ser vencidos paso a paso y no de golpe [...] No tenemos más que recordar las recientes persecuciones de médium en Inglaterra, la muerte en la hoguera de supuestas brujas y hechiceras en América del Sur, en Rusia y en los confines de España para convencernos de que la única salvación de los auténticos expertos en las ciencias ocultas se encuentra en el escepticismo del público; los charlatanes y los prestidigitadores son el escudo protector natural de los «adeptos». La seguridad pública está únicamente garantizada manteniendo en secreto, por nuestra parte, las terribles armas que, de no ser así, podrían ser empleadas contra esa seguridad y las cuales, como ya se le ha dicho, se convertirán en armas mortales en manos de los malvados y los egoístas [...] Un testigo de reconocida reputación pesa más que las pruebas facilitadas por diez desconocidos; y si hay alguien en la India que sea respetado por su fiabilidad, es el editor del Pioneer. Recuerde que no fue más que una mujer histérica la que pretendía haber estado presente en la supuesta ascensión, y que el fenómeno nunca ha sido corroborado con una repetición del hecho. Sin embargo, durante casi 2,000 años, una ingente cantidad de personas ha depositado su fe en el testimonio de esa única mujer y ella no era demasiado fiable.

[Fragmento de carta del Maha Chohan para Alfred Percy Sinnett]

[...] ¿Nos aplicaremos a enseñar a algunos europeos, bastamente provistos, muchos de quienes están colmados de bienes por una fortuna ciega, el secreto de las campanillas astrales, de la producción fenoménica de tazas, del teléfono astral, y dejaremos a las masas innumerables de los ignorantes, de los pobres, de los humildes y de los oprimidos, salir del paso como mejor puedan, hoy y en el más allá? ¡JAMÁS! Perezca la S. T. con sus infortunados fundadores antes que permitirles que se vuelva una simple academia de magia, un instituto de ocultismo.

Crow's Nest y más giras

AL REGRESAR a Bombay en el último día de diciembre de 1880, madame Blavatsky y el coronel Olcott fueron conducidos a las nuevas instalaciones de la Sociedad: un *bungalow* llamado *Crow's Nest*, el Nido de Cuervos, con una inigualable vista hacia el mar. Su renta era bastante cómoda, apenas 65 rupias, producto de la mala fama que tenía la casa: se decía que estaba embrujada, algo que en lo más mínimo molestó a los nuevos ocupantes. El piso de abajo se destinó a la Sociedad y a las habitaciones del coronel, y el de arriba, a las habitaciones de madame Blavatsky y a las oficinas de *The Theosophist*. Una espaciosa galería contigua al *bungalow* serviría de comedor y despacho.

Ya a principios de 1881 los dos teósofos habían estipulado los planes para el año: el coronel iría a Ceilán, esta vez solo, para recolectar fondos de desarrollo educativo para los budhistas, algo que madame Blavatsky le aseguró contaba con el visto bueno de los Mahatmas; ella quedaría a cargo de *The Theosophist* y más adelante viajaría al norte a encontrarse de nuevo con los Sinnett y con el señor Hume. El coronel hizo los preparativos necesarios para su viaje a Ceilán; pero tan temprano como el 11 de febrero, madame Blavatsky había mudado de parecer y exigía al coronel que se quedara a ayudarle con la monumental tarea de la revista, la correspondencia, las visitas, ¡tantas cosas! El coronel le expresó un *no* rotundo, había hecho compromisos ya y no iba a desairar a todos por complacer a la madame en sus caprichos repentinos. Entonces ella se puso rabiosa, gritó, maldijo, tiró cosas, insultó al coronel y se encerró no un momento, no un día, ¡una semana entera en sus habitaciones! Durante el tiempo que le duró la rabieta orondamente se negó a ver al coronel; no obstante, le enviaba «cartitas oficiales» con las más necesarias instrucciones que se requerían para que tanto la revista como los asuntos de la Sociedad anduvieran sobre ruedas. Pero una de tales cartitas oficiales resultó ser un ultimátum desesperado. Le comunicaba al coronel en ella que la «Logia» dejaría de ocuparse de él y de la Sociedad, y que él quedaba en libertad «de ir a Tombuctú» si le daba la gana de hacerlo. El

coronel, sintiendo que las patadas de ahogada de su colega salpicaban mucho en su rostro, le respondió por el mismo medio, manifestándole que como esa gira había sido enteramente aprobada por la Logia, la llevaría a cabo aunque por ello él no debiese volver a ver más un Maestro; que no los creía de una naturaleza tan indecisa y voluble, y que si era así, él prefería trabajar sin ellos. Por fin, ella se rindió, y el 18 de febrero se fueron juntos a pasear en coche.

A raíz de la visita de uno de los Mahatmas el día 19, los fundadores teósofos sostuvieron, el 25, una reunión privada en la que acordaron «reconstruir la Sociedad sobre una base diferente; colocando en primer término la idea de fraternidad y dejando de lado el ocultismo a reserva de tener para él una sección secreta». Así nació la que luego se conocería como Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica.

En mayo partió el coronel para Ceilán y estuvo ocho arduos meses trabajando en sus proyectos con bastante éxito. Además, notando la falta de una guía apropiada para el estudio primario del buddhismo, tuvo la idea de que se redactara un catecismo buddhista. Al no hallar un solo monje capaz de llevar a cabo la empresa, él mismo se dio a la tarea, para lo cual tuvo que leer «10,000 páginas de libros buddhistas en sus traducciones inglesas y francesas». El librito fue un gran éxito, y apareció en inglés y en cingalés el 24 de julio de 1881, con un certificado de ortodoxia del gran sacerdote Sumangala anexo al texto. La fundación de nuevas escuelas fue un paso crucial para la supervivencia del buddhismo, ya que las pocas que había, o eran laicas o estaban en manos de misioneros que enseñaban a los niños que el buddhismo era una superstición maléfica de los ignorantes ancestros.

Mientras tanto, madame Blavatsky tomaría rumbo norte en el verano; primero a Simla y a Lahore y luego más al norte, fundando nuevas ramas de la Sociedad Teosófica. No volvió a Bombay sino hasta finales de noviembre. Olcott lo haría hasta el 19 de diciembre. El coronel se encontró a su regreso con una madame Blavatsky cordial y amistosa que le transmitía un mensaje cariñoso de los Mahatmas sobre su éxito en Ceilán, en el que ellos habían, al parecer, olvidado las amenazas mencionadas arriba. «A partir de entonces —escribió el coronel— no la he querido menos, ni sentido hacia ella menos aprecio como amiga y preceptora, pero si yo hubiera creído, aunque fuese un poco, en su infalibilidad, aquello me habría curado».

El 12 de enero de 1882 los fundadores celebraron el séptimo aniversario de la Sociedad Teosófica en el Framji Cowasji Hall.

Las giras continuaron en 1882. A veces juntos, a veces separados.

El 3 de mayo viajaron ambos en una embarcación pequeña por el canal de Buckingham, acompañados solo por los *coolies* y por su fiel sirviente Babula. Fue un viaje silencioso y marcado por una íntima convivencia de ambas almas. Madame Blavatsky tenía para entonces 50 años y había recientemente padecido de exóticas fiebres y de dolores reumáticos ocasionados por la humedad que hacía en Bombay, en especial para la época de los monzones. A pesar de haber viajado y vivido juntos tanto tiempo, eran escasas las ocasiones en que pudieran estar solos y sin los ajetresos de la agenda pública. En esa ocasión compartían un mismo camarote con dos cofres cubiertos por colchones que de día servían de cómodas. Solo atracaban para comer y darse un baño, y los días se les pasaban en atender la correspondencia y escribir artículos para la revista. Hablaban lo necesario, trazando planes futuros para su querida Sociedad, y por muy optimistas que fueran, no tenían idea de la influencia y extensión con que se esparciría el pensamiento teosófico en el mundo. Los llevaban las horas sobre sí, en las aguas de los nuevos tiempos, plagadas de serpientes, y después de todo, en esos momentos eran solo dos viejos soñadores navegando como espectros por un canal estrecho perdido en la inmensidad de la India. Por suerte el humor de madame Blavatsky era bueno en aquel viaje, que de lo contrario hubiera resultado insoportable para el coronel. «¡Querida amiga tan sentida —escribiría este muchos años después, tras la muerte de su colega—, a la vez compañera, colega, maestro y camarada!, nadie podía ser más exasperante en sus malos días, pero tampoco nadie más amable y admirable en sus buenos. Yo creo que hemos trabajado juntos en vidas precedentes, y creo que trabajaremos todavía en vidas futuras por el bien de la humanidad. Esta página de mi diario, abierta ante mis ojos, evoca el recuerdo de uno de los más deliciosos episodios del movimiento teosófico; veo ante mí a H. P. B. con su fea bata, sentada en su cofre, fumando cigarrillos, con su poderosa cabeza coronada de revueltos cabellos inclinada sobre la página que estaba escribiendo, la frente arrugada, la mirada como dirigida a su interior, su mano aristocrática guiando rápidamente la pluma sobre el papel, y me parece oír aquel silencio marcado tan solo por el murmullo del agua sobre la borda o por el roce de los desnudos pies de un *coolie* que tesaba una driza sobre nuestras cabezas».

Más adelante en la misma travesía, tiosos como troncos, recostados cada uno sobre un palanquín cuyas varas eran llevadas sobre las cabezas de los *coolies* para atravesar el vado de un río, el coronel reía a carcajadas, escuchando los juramentos de su pesada colega.

—¡Estos *coolies* idiotas van a dejarme caer con toda seguridad en el agua! —decía.

—No te preocupes por eso —respondía el coronel, tratando de que las carcajadas no produjesen un desequilibrio hostil en las cabezas de los *coolies*, lo que lo haría terminar, a él y a sus papeles, en el agua—. Tú estás demasiado gruesa para irte al fondo —añadía—. Yo te pescaré.

—¡Espera que te ponga las manos encima! —le respondía madame Blavatsky, hecha una furia—. ¡Ni una veintena de Mahatmas te librarán de la contundencia de mis golpes, maldito *yankee* del demonio! —y de nuevo la emprendía contra los *coolies*, quienes por suerte no entendían ni una palabra de inglés— ¡Y ustedes, a pisar con cuidado, mentecatos, si no quieren conocer la furia de la primera y última ballena de agua dulce que verán sus ojos!

Media docena de cigarrillos fumados al hilo y un ir y venir por la orilla del río hicieron falta luego para aplacar su nerviosismo.

En Adyar, los fundadores teósofos hallaron un nuevo edificio para trasladar la sede central de la Sociedad. Contaba la construcción con dos *bungalows* a orilla de un río, cuadras, cocheras, depósitos, piscina, una avenida de banyans y de mangles, y plantaciones de casuarinas, a un precio de compra más que justo. Dejaron, pues, Bombay, y luego de otro viaje a Ceilán del coronel, para finales de 1882, estaban instalados en Adyar.

¿Curaciones milagrosas?

—LAMENTO NO PODER dar más —dijo un hombre medio paralítico, de nombre Cornelis Appu, al inscribirse con media rupia en la lista de suscriptores para recaudar fondos de la Sociedad, en Galle, Ceilán.

Días antes, el sumo sacerdote Samangala había contado al coronel Olcott sobre lo que estaba sucediendo cerca de Kelanie, en donde un pozo de un católico se estaba volviendo una especie de Lourdes donde los enfermos eran sanados «milagrosamente».

—¿Qué puedo yo hacer? —le había preguntado Sumangala, sintiéndose impotente.

—Es necesario que usted y un monje conocido se pongan a curar enfermos en nombre del Señor Buddha —le había dicho el coronel.

—Pero no podemos hacerlo, no conocemos nada de esas cosas —le había respondido el sacerdote.

—Sin embargo, es preciso que eso se haga, de lo contrario se producirán verdaderas curaciones una vez que el pueblo se halle bajo la influencia de la sugestión, y los budhistas podrían precipitarse en masa en brazos del catolicismo —le había explicado.

Ahora, Cornelis Appu, paralizado de su brazo y casi del todo de una pierna, le ofrecía al coronel la oportunidad de ejercer sus capacidades de curación nunca antes probadas. «He aquí con qué responder al pozo milagroso», se dijo, y de inmediato tomó el brazo del hombre y se puso a hacerle algunos pases magnéticos. Lo mandó a su casa, diciéndole que con seguridad mejoraría en el transcurso del día. Por la noche, Cornelis llegó para agradecerle. «Me encuentro muy mejorado», le dijo; y entonces el coronel se dio a la tarea de continuar con sus pases en el brazo del hombre.

—Vuelve mañana —le dijo.

A la mañana siguiente Cornelis Appu llegó eufórico a primera hora, a postrarse ante el coronel para darle gracias por lo mejorado que estaba. Continuando con el tratamiento, después de algunos días el brazo y la mano habían recuperado su movimiento normal y lo mismo podía decirse de su pierna, sobre la que podía incluso hasta «saltar a la pata coja» sin dificultad.

Ese fue el inicio de un período incansable y extenso de curaciones

que el coronel efectuaría por todo lo largo y ancho de la India. En casi la mitad de los casos que se le presentaban era capaz de hacer mejorar el padecimiento o de vencerlo por completo. Atendió paralíticos, ciegos, sordos, epilépticos y personas con muchos otros padecimientos, y en cualquier lugar donde iba era recibido con entusiasmo y pompa popular como solo los hindúes pueden hacerlo. Él aseguraba que sus curas no consistían en sugestión hipnótica, sino en «psicopatía honrada y a la moda antigua».

Una vez, en Bengala, el coronel recibió la visita del reverendo Philip Smith, de la universidad de Oxford, y en ella se detuvieron a discutir con cierta extensión el tema de las curaciones luego de haber este observado e interrogado por sí mismo a una larga serie de pacientes atendidos por el coronel en su presencia. El reverendo, «un hombrechito pálido, muy ilustrado, el verdadero tipo del asceta religioso, vestido como un católico, con una sotana blanca y tocado con un sombrero en forma de pastel norteamericano», se declaró totalmente conforme con lo visto.

—Nunca lo habría creído posible si me lo hubieran contado —le dijo—. Lo he visto a usted llevar a cabo gran número de prodigios atribuidos en los Evangelios a Jesús y sus apóstoles, devolviendo la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, el uso de su miembro a los paralíticos, y curar neuralgias, cólicos, epilepsia y otros tantos males.

—Le ruego que me diga, señor Smith —le preguntó el coronel— dónde colocaría la línea divisoria entre estas curaciones y las idénticas que narra la Biblia. Si yo efectúo las mismas cosas, ¿por qué dos explicaciones?

El reverendo se mantuvo en silencio reflexivo por algunos instantes, con el entrecejo fruncido y la vista perdida a la distancia, como si quisiera atravesar las paredes del salón con ella, para ver más allá.

—Si las curas bíblicas son milagros —prosiguió el coronel—, ¿por qué no lo son también las mías?, y si las mías no son milagros sino perfectamente naturales, completamente al alcance de cualquiera que posea el requerido temperamento y sepa elegir a los sujetos, ¿por qué me pide usted que crea que las curaciones efectuadas por San Pedro o por San Pablo eran pruebas de un poder milagroso? Esto me parece ilógico.

Por fin, el reverendo regresó la vista al interior del salón, y, clavando la mirada en el coronel, le ofreció el fruto de su profunda reflexión.

—Le concedo que los fenómenos son los mismos en ambos casos —le dijo—, no puedo ponerlo en duda. La única explicación que encuentro es que las curaciones de Nuestro Señor eran efectuadas por el lado humano de su naturaleza.

La fama de curador del coronel se extendió por toda la India, y se certificaron cientos de casos en los archivos de la Sociedad, con testigos presenciales, testimonios médicos y de parientes de los enfermos. Y así como su capacidad para sanar un día comenzó, así, un día terminó, tras el anuncio que Damodar le comunicó: los Mahatmas habían ordenado que las curaciones cesaran hasta nuevas órdenes. Esto confirmaba algo que el coronel siempre tuvo: la certeza de que no habría podido «sostener un gasto tan intenso y prolongado de vitalidad» de no haber estado los Mahatmas tras todo ese asunto. «No conseguiría curar ahora los casos desesperados que con tanta facilidad despachaba en media hora y a veces en menos», escribiría años después el coronel.

Upasika en el Tibet

MIENTRAS TANTO, madame Blavatsky intentaba llegar al Tibet, esta vez por la frontera de Sikkim. Había permanecido dos días en el ashram de uno de los Mahatmas en esta ciudad, y antes había descansado en Ghum, un monasterio cercano a Darjiling donde los lamas se quedaban en su ruta hacia el Tibet. Hacía más de un mes el doctor le había dicho que saliera de Bombay, según lo que escribiera madame Blavatsky al príncipe Dondoukov, «porque a principios de septiembre me estaba muriendo de una enfermedad del hígado y de los riñones», así que, se fue a las montañas. Le contaba que había ido vía Calcuta y Chandernagore hacia Cooh-Behar, donde el rajá era teósofo. Ahí había estado enferma de fiebre por tres días debido a un cambio drástico de clima (un terrible calor seguido de frío, lluvia y neblina). Pidió a la Oficina de Extranjería un pase hacia Sikkim, el cual se lo habían denegado, diciéndole que no tenían objeción en que se dirigiera al Tibet y que para ese fin cruzara territorio inglés, pero que más allá de su territorio, no respondían por su seguridad. Madame Blavatsky contaba al príncipe que les había respondido en los siguientes términos: «Ustedes no me han dado un *pase*. Bien, al diablo con ustedes. Iré de cualquier modo».

Como era muy tarde ya para ir a Shigatse, la sede del Tashu Lama, decidió ir a la lamasería que quedaba a cuatro días de Darjiling situada en la frontera del Tibet. Había ido «a pie», ya que era imposible llegar en coche, «y escalamos y gateamos no cuatro sino ocho días completos», le contaba. Y, así, llegaron no propiamente al Tibet sino a la frontera, que no era más que un río con un puente colgante de bambú, al otro lado del cual había unas barracas con guardias de frontera en ellas, una lamasería y una aldea; era una estrecha cañada «donde apenas diez hombres pasarían hombro a hombro». En el lado de Bután habían encontrado a dos ingleses disfrazados de monjes mendigos, quienes en vano habían estado esperando a que se le permitiera pasar al otro lado.

—Perdió usted su tiempo al venir —le dijo uno de ellos—. No la dejarán pasar.

—Ya veremos —le respondió madame Blavatsky.

Luego envió a algunos teósofos originarios de la zona con una carta del lama del Monasterio de Pamionchi, Pha Luen Ugan Yatcha, dirigida al Superior de la lamasería Pe-ma-in, al otro lado de la frontera, y los dejaron pasar. Había transcurrido menos de una hora cuando el Superior en persona llegó por ella, llevándole té con mantequilla y toda clase de bocadillos exquisitos como presente. Luego de beber el té y de comer algunos de los bocadillos, junto con otros tres singaleses habían sido conducidos con honores a través del puente hacia la lamasería, mientras los dos ingleses miraban incrédulos desde sus ridículos disfraces cómo se alejaba la comitiva. «Solo temía que no me dejasen volver», escribió madame Blavatsky al príncipe Dondoukov.

Había permanecido tres semanas ahí, viviendo en una pequeña casa a los pies de los muros del monasterio, y había conversado día y noche con los *Gelungs* y con el Superior —de quien contaban, era una encarnación de Sakya-Buddha—; también había pasado horas enteras en su biblioteca, donde a ninguna mujer se le permitía entrar. «Un testimonio conmovedor a mi belleza y a su perfecta inofensividad», se mofaba. Agregaba que el Superior había reconocido públicamente en ella a una femenil encarnación de uno de los Boddhisattvas, «de lo cual estoy muy orgullosa», coronaba a manera de chanza. Luego aseguraba haber recibido una carta del Mahatma Koot Hoomi, cuyas instrucciones motivaron a que los guías la condujeran de nuevo para dar otro paseo por el puente colgante de bambú, y la llevaran a Sikkin, y a través de este, «donde me encuentro al presente, hospedándome en otra lamasería, a 23 millas de Darjiling».

La construcción de la cómoda magnetizada

LUEGO DE este viaje al norte del territorio Hindú, que incluyó muchos otros lugares y ciudades, madame Blavatsky y el coronel Olcott se encontraron en Adyar, concentrándose, ahí, durante los primeros días de 1883, en acomodar las nuevas instalaciones. Muy pronto se hizo parte del paisaje ver las cuatro pieles blancas de los Coulomb, madame Blavatsky y el coronel Olcott, contrastar de forma muy visible entre media docena de pieles canelas de hindúes, cuando juntos tomaban un baño en el río que corría detrás de la casa. El más cobarde era Damodar, que «se estremecía y temblaba en cuanto le llegaba el agua a la rodilla», como puso luego el coronel en sus *Páginas de un viejo diario*, al recordar el alborozo característico de esa época. Madame Blavatsky y él no perdían ocasión de burlarse del pobre Damodar, que con sus piernas de lápiz y sus rodillas chocando entre sí, parecía el baile húmedo de una calavera a punto de despedazarse.

—¡Bonito adepto será usted si no se atreve ni a mojarse las rodillas!
 —le dijo una vez el coronel.

Damodar guardó silencio, pero pareció bastante tocado por el comentario que el coronel le había lanzado de forma más que inocente. La siguiente oportunidad que tuvo, en el próximo de los frecuentes baños que tomaban en el río, Damodar, de manera temeraria, se zambulló de cabeza al agua y atravesó la corriente a nado, decidido a perder la vida, si era necesario, con tal de demostrar que todos sus temores podía vencerlos en aras de sus ideales más queridos. «Nunca se hizo un hombre o un planeta diciendo: no puedo», escribió el coronel.

Se hicieron algunas reformas a la casa. Una de las habitaciones del segundo piso, contiguo a la habitación de madame Blavatsky, se adecuó para que sirviera como una especie de santuario, con la intención de utilizarlo exclusivamente para la comunicación con los Mahatmas. En él sería construida una pequeña cómoda desmontable que sería colocada contra la pared que dividía el santuario del cuarto de madame Blavatsky. En esta cómoda, «magnetizada» para tal propósito, se depositarían las cartas dirigidas a los Mahatmas, y en ella se «aportarían» las respectivas respuestas e instrucciones de estos en lugar de hacerlo a través de madame Blavatsky. La práctica demostraría que

tales respuestas e instrucciones eran recibidas en intervalos que iban desde solo unos cuantos segundos hasta algunos días. El santuario y la cómoda serían muy pronto objeto de terribles controversias y escándalos.

Anna Kingsford versus Alfred Sinnett

HABIENDO SIDO Alfred Percy Sinnett destituido de su cargo de editor del *Pioneer*, se trasladó a Inglaterra para continuar allí con sus labores de autor teosófico, con el añadido estatus de ser uno de los privilegiados que mantenían correspondencia directa con los Mahatmas. El afamado autor de *El mundo oculto* y el *Buddhismo esotérico* pronto ganó prosélitos en Londres y entró en lucha por el control de la presidencia de la Sociedad Teosófica de dicha ciudad. Su adversaria era la señora Anna Bonous Kingsford, quien no había nunca visitado la India y se sentía más inclinada a dar a esa rama de la Sociedad un giro hacia la investigación científica de los fenómenos y hacia el misticismo cristiano y egipcio. Era una mujer de 27 años, excéntrica, que confesaba nunca haber podido sentir amor por un ser humano, incluyendo a su propio hijo, pero que se deshacía de ternura por su mascota: un conejillo de indias que la acompañaba a todas partes; además, aseguraba ser la reencarnación de Hermes y de Juana de Arco, y sentía ser el «ángel de una nueva época religiosa», una iluminada. A pesar de esta actitud esquizoide, era una mujer brillante, segura de sí, carismática, influyente y autoritaria. Había aceptado la presidencia de la Sociedad Teosófica de Inglaterra siempre y cuando no se le exigiera «ninguna forma de obediencia a los Mahatmas, a HPB o a cualquier otra persona». Sinnett recibió para entonces una carta del Mahatma Koot Hoomi en la que le decía que los dejara permanecer bajo sus máscaras de San Juan Bautista y aristócratas bíblicos semejantes «mientras enseñen nuestras doctrinas. Por más que estén mezcladas con adiciones ajenas, un gran punto habrá sido ganado», le decía. Por su parte, Anna Kingsford manifestaba que ella explicaría el verdadero y oculto significado de las doctrinas católicas. Madame Blavatsky se refería a ella, en sus cartas a Sinnett, con un tono sarcástico, llamándola «la divina Anna». «Estuve desde un principio en contra de su nombramiento —le escribió madame Blavatsky a Sinnett—; pero tuve que contener mi lengua ya que es la elección de KH, quien percibe semillas maravillosas en ella y llega incluso a no dar importancia a sus arrogantes críticas personales contra Él». Madame Blavatsky se mostraba muy sensible en cuanto al aspecto hermoso y jovial de Anna

Kingsford y a la manera como los demás la idealizaban, en especial cuando comparaba la esbeltez de ella con su flagrante obesidad. Un día escribió a Sinnett, diciéndole que Anna Kingsford le había sido «mostrada». «Dígame —le escribió— ¿por qué estaba ella vestida en un atuendo que parecía como “el abrigo negro y amarillo de las zebras en la casa de fieras del Rajá de Cachemira?”», y ¿es verdad que tenía rosas en su cabello, “el cual es como una flamante puesta de sol, de un dorado amarillo”? Y ¿por qué —¡por piedad!— y para qué tenía “sus manos y brazos pintados de negro, negro *azabache*, hasta los codos”? ¿O eran guantes? Y entonces es verdad que tenía esa noche un brillante bolso de metal frente a ella, con gafetes y campanas y algo más; y “aretes retintines de luna creciente”, simbólicos de la creciente brillantez de la “Logia de Londres”. “Esta luna ha prestado luz del satélite” [...] Pero, ¿para qué —por qué— *ella*, “la mística del siglo” tenía tanta joya sobre sí! ¿Cómo puede ella confabular con los Dioses no vistos cuando parece “una vitrina de una joyería inglesa de Delhi”? Bueno, también creo haberla visto y quisiera tener su retrato para comparar. Porque *ella* me fue *mostrada*. ¿No es más bien alta, delgada de cintura pero ancha de hombros, y muy tersa, y de mejillas ligeramente rosadas y con labios muy rojos y una nariz más larga o más gruesa cuando habla que cuando está en reposo? Sus ojos azul claro. Ella *es* fascinante; pero, entonces, ¿por qué hacer que su hermoso cabello luzca como “la mitra de un Dugpa Dashatu-Lama”? Bueno, todas esas son palabrerías. Estoy en extremo triste, y no me interesa bromear». Y en una carta posterior: «...Supe todo el tiempo qué tipo de intolerable hembra *snob* era “la divina Anna”. Lo sabía, y lo repetí y me volqué a protestar de principio a fin hasta que mi JEFE M. me llamó una “lata” y una “hembra de vista corta” [...] y me ordenó “cerrar el pico”, una elegante expresión que obtuvo, supongo, del almacén de palabras *yankees* de Olcott [...] Pero la tal Anna era una serpiente, una cornuda áspid entre rosas y por mi vida no puedo entender por qué fue elegida por K. H. [...] Bien, que establezcan ellos una Sociedad Kingsfordeana y oficien a los pies de su fetiche».

Los problemas en Europa se extendían también a la logia de Francia, por lo que se volvía indispensable la presencia de al menos uno de los fundadores para aclarar y resolver los conflictos. Se decidió que iría el coronel Olcott, quien además tenía una agenda para restablecer los derechos negados a los budhistas de Ceilán; al final, sin embargo, madame Blavatsky se incorporó a la misión.

El coronel Olcott había establecido un comité que se encargaría de

administrar la sede central de la Sociedad en Adyar en ausencia de los fundadores, entre cuyos miembros se hallaban el señor Franz Hartmann —un bávaro convertido en ciudadano americano—, el señor Sain-Georges Lane Fox —un ingeniero electricista recién llegado a Adyar— y, por insistencia de su esposa, quien le había manifestado al coronel que de lo contrario, siendo una persona muy orgullosa, se sentiría herido, el señor Alexis Coulomb. Además, los esposos Coulomb quedaban como los únicos autorizados a entrar a las instalaciones del segundo piso, incluido el santuario, ya que madame Blavatsky había pedido a Alexis Coulomb que construyese en su ausencia otra habitación para ella en el ángulo noreste de la terraza.

Hacia unos meses Emma Coulomb había solicitado del príncipe Hurisinghji, rico miembro de la Sociedad, un empréstito para la Sociedad, con intenciones de usar dicho dinero para iniciar un negocio por cuenta propia de un hotel; sin saber qué responder al extraño pedido, el príncipe le había propuesto colaborar con ella en una futura ocasión. Como esto había sido pactado a espaldas de madame Blavatsky y del coronel Olcott, llegada la ocasión, cuando el príncipe estaba a punto de darle los fondos a Emma, y enterándose de ello a último momento madame Blavatsky, esta impidió que tal cosa ocurriera, evitando así que la mujer se aprovechara del príncipe. Esto fue algo que Emma Coulomb nunca perdonaría a su «amiga».

Cuando el 20 de febrero de 1884 la misión teosófica abordó el *Chandernagor* con rumbo a Marsella, Emma, quien quedaba encargada de las cosas personales de madame Blavatsky, se despidió de ella con lágrimas de emoción en los ojos. La referida misión la componían los dos fundadores, Mohini M. Chaterjee —un abogado de Calcuta de 26 años, descendiente del gran reformador hindú, el Rajá Rammohun Roy—, el señor B. J. Padshah —parisi graduado de la Universidad de Bombay— y el sirviente Babula.

La rama Londres y algunas cartas

LA POSICIÓN crítica que Anna Kingsford mantenía respecto a la obediencia servil hacia los hombres llamados Mahatmas, no eran del todo infundadas. En los últimos meses varias sospechas se habían cernido sobre el buen juicio de tales seres, e, incluso, sobre su existencia real; una de estas sospechas había nacido a partir de la publicación del *Mundo oculto* de Sinnett, en el que aparecía parafraseado el pasaje de una carta del Mahatma Koot Hoomi que había resultado ser un supuesto plagio de un discurso pronunciado por un espiritista americano hacía algunos años en *Lake Pleasant*, el que además se había publicado en agosto de 1880 en el periódico espiritista *Banner of Light*. El autor del discurso, Henry Kiddle, escribió luego un artículo exponiendo el asunto, lo que de inmediato motivó serias dudas acerca del proceder de los supuestos Mahatmas y de la autenticidad de los fenómenos atribuidos a los teósofos, con madame Blavatsky a la cabeza.

El señor Sinnett tuvo que esperar algunos meses antes de recibir una carta del Mahatma Koot Hoomi en la que este le explicaba los incidentes ocurridos alrededor de la escritura de la carta que llevaría al anterior malentendido. En ella, KH le exponía que la explicación que le daba no se la habría dado nunca si él, KH, no se hubiera dado cuenta, en una conversación sucedida con algunos amigos de Sinnett sobre el asunto del supuesto plagio, de lo turbado que este estaba. «El ocultarle a usted la verdad sería una crueldad —añadía—; y, sin embargo, ponerla en manos del mundo de los espiritistas, lleno de prejuicio y malevolentemente dispuesto, sería una completa locura». Le pedía que llegasen a un acuerdo en el sentido de que le prometiera no explicarle a nadie, sin su especial consentimiento, los hechos como se los explicaba en la carta. En las argumentaciones de Kiddle, a él (KH), se lo hacía ver como un ser incapaz de extraer de su «pequeño cerebro oriental» ninguna palabra digna de Platón, y por tanto, decía en tono irónico KH, o bien se había visto en la necesidad de volverse hacia ese abismal depósito de profunda filosofía, el *Banner of Light*, y había extraído de ahí las formas mejor adaptadas para expresar sus ideas más bien confusas; o bien, él era un invento de un par de bromistas

occidentales. Luego explicaba la forma en que la carta en cuestión había sido «precipitada». Le decía al señor Sinnett que esta había sido ideada por él mientras estaba en un viaje a lomo de caballo, y dictada mentalmente, en la dirección de, y «precipitada por», un joven chela todavía inexperto en esa rama del manejo de las energías psíquicas, y quien tuvo que transcribirla de la apenas visible impresión resultante. La mitad de ella había sido omitida y la otra mitad más o menos distorsionada por el «artista». Refería que cuando por esa época este le había preguntado si él la vería y corregiría, había respondido: «De cualquier manera servirá, hijo mío; no tiene gran importancia si te saltas unas cuantas palabras». Confesaba haber estado psíquicamente muy cansado por haber cabalgado 48 horas consecutivas, y físicamente medio dormido. Añadía que, habiendo sentido interés en su momento por el progreso intelectual de los fenomenalistas y espiritistas americanos, había dirigido su atención hacia algunas de las ideas y frases que representaban las esperanzas generales y aspiraciones de los espiritistas americanos, y que aquellas habían quedado bien impresas en su mente, y de manera involuntaria había transferido de forma más vívida esas ideas y frases que sus propios comentarios y deducciones sobre ellas, y, por tanto, habían sido «fotografiadas con más claridad (primero en el cerebro del chela y luego en el papel frente a él: un procedimiento *doble* y mucho más difícil que la simple “lectura del pensamiento”», mientras que el resto, constituido por sus comentarios y argumentos, era borroso, y, por tanto, el chela lo había omitido. Tan pronto como estalló el escándalo se había dado cuenta de que él había sido la parte más culpable, y que el pobre chico no había hecho más que cuanto le había sido ordenado. KH incluía en su carta a Sinnett la restauración de la carta original tal cual había sido transferida por él, subrayando en ella las partes omitidas, para que comparara con la carta recibida por él y lo publicado en su *Mundo oculto*. «Y ahora —le decía—, si usted ha entendido mis explicaciones sobre el proceso, tal como se han dado en pocas palabras más arriba, no necesita preguntarme cómo pudo ocurrir que las frases transcritas por el chela, aunque algo deshilvanadas, sean principalmente las que ahora se consideran un plagio, mientras que los “eslabones faltantes” son precisamente aquellas frases que hubieran demostrado que los pasajes eran simplemente reminiscencias, si no citas, alrededor de cuya nota predominante se habían concentrado mis reflexiones aquella mañana [...]

»Para usted y otros pocos amigos genuinos —continuaba—, siento

que es deber dar una explicación. A todos los demás les dejo el derecho de que consideren al señor Kiddle —quienquiera que él sea— como el inspirador de su humilde siervo. He terminado, y puede usted ahora, en su turno, hacer lo que le plazca con estos hechos, excepto el hacer uso de ellos de manera impresa o incluso de hablar de ellos con los oponentes, salvo en términos generales. Usted debe entender mis razones para esto. Uno no cesa enteramente, querido amigo, de ser un hombre, ni pierde su propia dignidad por ser un adepto [...]

»Contestaré sus preguntas en mi próxima carta. Si encuentra tiempo de escribir para el *Theosophist* y puede inducir a alguien más, como al señor Myers, por ejemplo, me obligará personalmente. Se equivoca usted al desconfiar de los escritos de Subba Row. Él no escribe voluntariamente, es cierto, pero nunca hará una falsa afirmación. Vea su último trabajo en el número de noviembre. Sus aserciones concernientes a los errores del general Cunningham deberían considerarse como toda una revelación que conduce a una revolución en la arqueología de la India. Diez a uno a que este artículo nunca recibirá la atención que merece. ¿Por qué? Simplemente porque sus afirmaciones contienen hechos serios, y lo que ustedes, europeos, prefieren en general es la ficción, en tanto que esta se amolde a sus teorías preconcebidas y responda a las mismas.

»K. H.

»Entre más lo pienso, más razonable me parece su plan de una Sociedad dentro de la Sociedad de Londres —concluía—. Inténtelo, ya que algo podría salir de eso.

* * *

De K.H. a uno de los Vice-Presidentes o Consejeros de "La Rama Londres" de la Sociedad Teosófica.

A los miembros de "La Rama Londres" de la Sociedad Teosófica —Amigos y adversarios.

Acabo de ordenar que se envíen dos telegramas a la señora A. Kingsford y al señor A.P. Sinnett para notificarles a ambos que la primera debe continuar siendo Presidenta de la «Rama Londres» de la Sociedad Teosófica.

Este no es solo el deseo de uno de nosotros dos, o de ambos, que somos conocidos del señor Sinnett, sino que es el deseo expresado del Chohan mismo. La elección de la señora Kingsford

no es cuestión de sentimientos personales entre nosotros y esa señora, sino que está basada enteramente en la conveniencia de tener al frente de la Sociedad, en un lugar como Londres, a una persona bien adaptada al nivel y a las aspiraciones del público (hasta ahora) ignorante (de las verdades esotéricas) y por este motivo, un público malicioso. Ni tampoco tiene en absoluto la menor importancia si la Presidenta actual de la Rama Londres de la S.T. abriga sentimientos de consideración o de irreverencia hacia los humildes y desconocidos personajes que están al frente de la Buena Ley Tibetana —sea el autor de la presente o cualquiera de sus Hermanos— sino que se trata de que dicha señora está cualificada para el propósito que todos abrigamos en nuestro corazón, es decir, la propagación de la VERDAD por medio de las doctrinas Esotéricas transmitidas por no importa qué canal religioso, y la destrucción del burdo materialismo y los ciegos prejuicios y el escepticismo. Como ha observado justamente la señora, hay que hacer comprender al público occidental que la Sociedad Teosófica es «una escuela filosófica constituida sobre las antiguas bases herméticas», ya que ese público no ha oído hablar nunca del Sistema tibetano, y tiene ideas muy tergiversadas sobre el Sistema Esotérico Buddhista. Por lo tanto, y hasta aquí, estamos de acuerdo con las observaciones reflejadas en la carta escrita por la señora K. a Mme. B., y que se pidió a esta última que la «sometiera a K.H.»; y a este respecto queremos recordar a nuestros miembros de la «Rama Londres» que la Filosofía Hermética es universal y no sectaria; mientras que la Escuela Tibetana siempre será considerada por aquellos que la conocen poco, si es que la conocen algo, como más o menos teñida de sectarismo. Al no aceptar la primera ninguna discriminación por cuestión de casta, color, ni credo, ningún amante de la sabiduría Esotérica puede poner ninguna objeción al nombre, como sucedería en el caso de que la Sociedad a la que pertenece llevara la etiqueta de una denominación específica correspondiente a una religión determinada. La Filosofía Hermética se adapta a toda creencia y a toda filosofía y no choca con ninguna. Es el océano sin límites de la Verdad, el punto central hacia donde fluye y donde coincide cada río, así como cada corriente —tanto que su origen esté en el Este, Oeste, Norte o Sur. Y así como el curso del río depende de la naturaleza de su cuenca, así también el canal para la comunicación del Conocimiento debe adaptarse a las circunstancias que le

rodean. El Hierofante Egipcio, el Mago Caldeo, el Arhat, el Rishi, emprendieron antaño el mismo viaje de descubrimiento y llegaron por último a la misma meta, aunque por distintas trayectorias. Incluso en el momento actual, existen vigentes tres centros de la Fraternidad Oculta, tan separados geográficamente como exotéricamente, siendo la verdadera doctrina esotérica la misma en sustancia, aunque diferente en los términos; todos enfocados al mismo gran objetivo, pero en los detalles de procedimiento no hay dos que, aparentemente, estén de acuerdo. Ocurre todos los días encontrar estudiantes pertenecientes a diferentes escuelas de pensamiento oculto, sentados lado a lado a los pies del mismo Gurú. Upasika (madame B.) y Subba Row, aunque alumnos del mismo Maestro, no han seguido la misma Filosofía: la una es budhista, y el otro advaita. Muchos prefieren llamarse budhistas, no porque el nombre les identifique con el sistema eclesiástico construido sobre las ideas básicas de la filosofía de nuestro Señor Gautama Buddha, sino debido al significado de la palabra sánscrita «Buddhi»: sabiduría, iluminación; y como silenciosa protesta contra los vanos rituales y vacíos ceremoniales que, en demasiados casos, han sido causa de las mayores calamidades. Tal es, también, el origen del término caldeo Mago.

Es, pues, comprensible que los métodos del Ocultismo, aunque sean en su esencia inalterables, sin embargo tienen que adaptarse a los tiempos y a las circunstancias cambiantes. El estado general de la Sociedad en Inglaterra —completamente distinto del de la India, donde nuestra existencia es cuestión de creencia común, o por así decirlo, inherente a la población y, en muchos casos, es cuestión de absoluto conocimiento— requiere un sistema totalmente distinto para la presentación de las Ciencias Ocultas. El único objetivo por el que hay que esforzarse es el mejoramiento de la condición del HOMBRE mediante la difusión de la Verdad, adaptada a los diferentes estados de su desarrollo, así como al desarrollo del país en el que vive y al que pertenece. La VERDAD no tiene una señal distintiva y no sufre por el nombre bajo el cual es promulgada; si se consigue el objetivo mencionado. La constitución de la “Rama Londres de la Sociedad Teosófica” permite alimentar la esperanza de que, antes de poco, se ponga en práctica el método adecuado. Es bien sabido que un imán deja de ser imán si sus polos cesan de ser antagónicos. Al unirse el calor por un lado y el hielo por el otro, la temperatura resultante será

saludable para todo el mundo. La señora Kingsford y el señor Sinnett son útiles los dos y ambos son necesarios y apreciados por nuestro venerado Chohan y Maestro, precisamente porque son los dos polos calculados para mantener todo el cuerpo en armonía magnética, igual que el buen juicio de ambos formará un excelente componente que no se lograría de otra manera; el uno corrigiendo y el otro equilibrando. Para el firme progreso de la S.T. en Inglaterra, es necesaria la dirección y los buenos servicios de ambos. Pero no pueden ser Presidentes los dos. Los puntos de vista de la señora Kingsford son, en el fondo, (excepto en los detalles) idénticos a los del señor Sinnett en las cuestiones de la Filosofía Oculta; y debido a su asociación con los nombres y símbolos familiares a los ojos y a los oídos cristianos, son más apropiados que los del señor Sinnett para la actual disposición de la inteligencia nacional inglesa y de su espíritu conservador. La señora K. es, pues, más idónea para dirigir con acierto el movimiento en Inglaterra. Por lo tanto, si nuestro consejo y nuestro deseo cuentan para algo entre los miembros de la “Rama Londres”, sea como sea, ella tendrá que ocupar la Presidencia, al menos el próximo año. Que los miembros, bajo su dirección, traten de superar con decisión la impopularidad que toda enseñanza esotérica y toda reforma es seguro que provoquen en los comienzos, y triunfarán. La Sociedad será una gran ayuda y una gran fuerza para el mundo, así como un canal seguro para la corriente filantrópica de su presidenta. Su lucha constante y no del todo infructuosa, por la causa de la anti-vivisección, y su ardiente defensa del vegetarianismo, son suficientes méritos para la consideración de nuestros Chohans, así como para la de todos los verdaderos budhistas y advaitas, y de ahí la preferencia de nuestro Maha-Chohan en este sentido. Pero como los servicios del señor Sinnett por la buena causa son evidentemente importantes —mucho más importantes que los de cualquier otro teósofo occidental— por ello es aconsejable un nuevo arreglo.

Parece necesario, para un estudio apropiado y una correcta comprensión de nuestra filosofía, y para el beneficio de aquellos cuya inclinación les lleva a buscar el conocimiento esotérico en la fuente del Buddhismo del Norte, así como para que esa enseñanza no sea impuesta ni siquiera virtualmente, ni ofrecida a aquellos teósofos que puedan discrepar de nuestros puntos de vista, que se forme un grupo especial compuesto por aque-

llos miembros que deseen seguir totalmente las enseñanzas de la Escuela a la que nosotros, miembros de la Fraternidad Tibetana, pertenecemos, y que se formará bajo la dirección del señor Sinnett y dentro de la «Rama Londres de la S.T.» Ese es, en realidad, el deseo del Maha Chohan. Nuestra experiencia del año pasado demuestra ampliamente el peligro que se corre al someter imprudentemente nuestras sagradas doctrinas a un mundo no preparado. Por lo tanto, esperamos, y estamos resueltos a exigir, si es necesario, más cuidado que nunca a nuestros seguidores, en la exposición de nuestras enseñanzas secretas. Por consiguiente, muchas de estas últimas que el señor Sinnett y sus condiscípulos puedan recibir de nosotros de cuando en cuando, tendrán que guardarse enteramente en secreto para el mundo, si quieren que les ayudemos en ese sentido. Casi no necesito señalar que el arreglo propuesto está proyectado para conducir a un progreso armónico a la «R.L.S.T.» Es un hecho universalmente admitido que el éxito maravilloso de la Sociedad Teosófica en la India es debido completamente a su principio de sabia y respetuosa tolerancia hacia las opiniones y creencias de cada uno. Ni siquiera el Presidente-Fundador tiene el derecho a intervenir, directa o indirectamente, para interferir la libertad de pensamiento del más humilde de los miembros; y menos aún tratar de influir en su opinión personal. Solo cuando no hay esta generosa consideración es cuando incluso la más ligera sombra de diferencia arma a los buscadores de la misma verdad, por otra parte devotos y sinceros, con el dardo envenenado del odio contra sus hermanos, igualmente sinceros y devotos. Víctimas engañadas de verdades distorsionadas, olvidan, o nunca supieron, que la disonancia es la armonía del Universo. Así pues, en la Sociedad Teosófica, cada parte, como en las gloriosas fugas del inmortal Mozart, incesantemente estas disonancias se persiguen unas a otras en una discordancia armónica por los senderos del Progreso Eterno, para unirse y, finalmente, fundirse en el umbral de la meta perseguida, en un armonioso todo: la nota clave de la Naturaleza [caracteres sánscritos de «Sat»]. La Justicia Absoluta no establece diferencias entre los muchos y los pocos. Por lo tanto, al mismo tiempo que agradecemos a la mayoría de los teósofos de la «R.L.» su «lealtad» hacia nosotros, sus instructores invisibles, debemos recordarles que su presidenta, la señora Kingsford, también es leal y sincera —a lo que ella cree que es la

Verdad—. Y de la misma manera que ella es leal y sincera en sus convicciones, independientemente de la minoría que pueda estar de su parte en estos momentos, la mayoría dirigida por el señor Sinnett, nuestro representante en Londres, no puede, en justicia, cargarla con la culpa —puesto que ella ha negado enérgicamente toda intención de faltar a la letra o al espíritu del Artículo VI de los Estatutos de la S.T. Madre (los cuales le ruego que se miren y se lean)—, culpa que solo lo es a los ojos de aquellos a quienes gustan ser excesivamente severos. Todo teósofo occidental, especialmente aquellos que quisieran ser nuestros seguidores, debería aprender y recordar, que en nuestra Fraternidad, todas las personalidades se funden en una idea única: el derecho abstracto y la absoluta práctica de la justicia para todos. Y que, aunque no digamos como los cristianos «devolved bien por mal», repetimos con Confucio: «devolved bien por bien; y para el mal: JUSTICIA». Así pues, los teósofos que piensan como la señora K. —incluso aunque estén personalmente en contra de algunos de nosotros hasta el fin— tienen tanto derecho a toda consideración y respeto (en tanto que sean sinceros) de nuestra parte y de parte de sus compañeros de opinión distinta, como los que están dispuestos a seguir incondicionalmente al señor Sinnett y a nuestras enseñanzas especiales. Una respetuosa obediencia a estas reglas servirá siempre en la vida a los intereses más elevados de todos aquellos a los que ellas conciernen. Para el progreso paralelo de los grupos bajo la dirección de la señora K. y del señor S. es necesario que uno no interfiera en las creencias y derechos del otro. Y se espera, seriamente, que ambos actuarán llevados por un sincero y atento deseo de respetar la independencia filosófica de cada uno, preservando, al mismo tiempo, su unidad como conjunto —es decir, los objetivos de la Sociedad Teosófica Madre en su integridad— y los de la «Rama Londres» con su ligera modificación. Quisiéramos que la Sociedad en Londres conservara su armonía en su división, como en las Ramas indias, donde los representantes de las diferentes escuelas de Hinduismo buscan estudiar las Ciencias Esotéricas y la Sabiduría Antigua sin abandonar necesariamente por ello sus respectivas creencias. Cada Rama, y a menudo miembros de la misma Rama, —en algunos casos cristianos conversos incluidos— estudian fraternalmente para servir a los objetivos comunes de la Sociedad. Para llevar a cabo este programa es deseable que la «Rama Londres» sea

administrada al menos por catorce Consejeros: la mitad de tendencia hacia el Esoterismo cristiano, representado por la señora K., y la otra mitad por los que siguen el Esoterismo budhista, representado por el señor S.; y que todas las cuestiones importantes se decidan por mayoría de votos. Somos plenamente conscientes y sabemos muy bien las dificultades de un arreglo así. Sin embargo, parece absolutamente necesario para restablecer la armonía perdida. La constitución de la «Rama Londres» tiene que ser modificada, y puede serlo siempre que los miembros lo intenten, y así tendrán mayor fuerza en una amistosa división como esa que en una unidad forzada.

Por lo tanto, a menos que la señora Kingsford y el señor Sinnett acepten la discrepancia en los detalles, y a menos que el trabajo vaya al unísono para servir a los principales objetivos tal como están establecidos en los Estatutos de la Sociedad Madre, no podemos intervenir en el futuro desarrollo y progreso de la Rama Londres.

K.H.

7 de diciembre de 1883,
Mysore.

* * *

Niza,

marzo 17

[...] *¿Qué clase de compañía soy yo para seres civilizados como ustedes? Es muy, muy amable de parte de la señora y la señorita Arundale invitarme, no soy merecedora de semejantes expresiones de bondad y simpatía. Podría llegar a parecerles odiosa en siete minutos y un cuarto, de llegar a aceptar y llevar mi desagradable y voluminoso ser a Inglaterra. La distancia cede su encanto, y en mi caso, mi presencia arruinaría, con absoluta seguridad, todo vestigio de él [...]*

Por favor, no se enojen conmigo. De verdad y realmente no me siento en condiciones de ir a Inglaterra. Los amo a todos en la distancia. Podría odiar a algunos de ustedes de la Logia Londres si fuera para allá. ¿No entienden por qué? ¿No pueden ustedes darse cuenta, con todo lo que saben de mí y de la verdad (lo último solo podría ser ignorado por aquellos que no la ven) de que

sería un sufrimiento inexpresable para mí ver cómo los Maestros y su filosofía son mal entendidos? Cómo podría yo estar ahí, y ver sus enseñanzas puestas a prueba y rectificadas por los sublimes absurdos de un Hodgson, quien instruye a sus lectores friamente con una criatura a la que él llama «Dios, esto es, de un absolutamente inmaterial ser». Un «ser» y uno absolutamente INMATERIAL!! [...]

* * *

MI QUERIDO SEÑOR SINNETT,

[...] ¡Vade retro Satanas! ¿Cómo podría nunca yo enfrentar a una Sociedad, algunos de cuyos miembros abrigan tan insultantes pensamientos y los expresan en papel? Por esto no puedo ir a Londres. Si siguiera los dictados de mis afectos por ustedes dos y mi deseo de conocer en persona aquellos encantadores miembros como la señora y la señorita Arundale, el señor Finch, el señor Wade y otros, conozco cuáles serían los resultados. Saltaría y desgarraría el cielo y el infierno a la primera oportunidad, o tendría que explotar como una bomba. No puedo mantener la calma. He acumulado bilis y secretado hiel por más de seis meses durante este embrollo Kingsford-Sinnett; he contenido mi lengua y he sido forzada a escribir cartas civilizadas que están ahora representadas a la luz de una «simpática y halagüeña correspondencia.» [...] Pero, no he nacido para una carrera diplomática. Echaría a perder el caldo, y no haría ningún bien; de ningún modo, no hasta que todo el asunto se calme y el equilibrio teosófico sea restablecido [...]

No sé qué ordenó el Maestro hacer a Olcott. Mantiene prudencia y no dice nada. Pero me siento segura de que ni aun el Chohan la forzaría a ella en la Sociedad contra la voluntad de la mayoría. Que funde una Sociedad aparte de la suya —una distinta «Logia de Londres Esotérica-Cristiana», y usted establezca una Sociedad propia [...]

Ahora bien, mi JEFE quiere que ella —puesto que el viejo Chohan está enamorado de su vegetarianismo y de su amor por los animales— permanezca como Presidente —pero no necesariamente de la Sociedad de usted—. El Chohan la quiere en la Sociedad, pero no consentiría forzar la opinión o el voto de un

solo miembro de la L.L. Él no influirá ni en el último de ellos, porque entonces no sería mejor que el Papa, quien piensa que puede forzar una obediencia implícita y así evitar que sobre él caiga el karma de las personas. Por esto es que el JEFE ha estado diciéndome que le escriba a usted, por lo que es mejor que se prepare y busque la opinión y el consejo de cada miembro que está a tono con su manera de pensar, y se alisten a dividirse en dos Sociedades, porque esto es lo que el coronel tiene que hacer —según se me ha dicho.

* * *

En el vagón del tren, el coronel Olcott leía las cartas de los miembros de la Logia de Londres que habían atendido a su petición de escribirle de manera confidencial para expresar sus puntos de vista respecto al asunto de la elección y los candidatos. Precisamente leía la de uno de los miembros más activos y queridos, a quien aún no conocía en persona: Bertram Keightley, en la que le expresaba su firme convicción de que los Mahatmas arreglarían todo ese embrollo de la manera más conveniente, cuando un sobre cayó desde el cielo del vagón sobre la cabeza de su acompañante, el señor Mohini Chatterjee. Con seguridad era la respuesta de los Mahatmas que el coronel esperaba. Precipitándose sobre él, lo abrió y pudo constatar, con alivio, que era la letra de KH. Ansioso, comenzó a leer la carta, pensando a la vez que había sido un detalle muy sugestivo el que hubiese sido «aportada» justamente en el momento en que leía la carta de Keightley en la que se aludía a una solución que darían los Mahatmas. ¿O era solo una casualidad? ¿Existían, acaso, las casualidades?

«Está ahí el papel particular de M. —leyó—, quien bajo las órdenes del Maha Chohan, le ha dejado a usted toda independencia, sabiendo que justificará la política de la Sociedad. Si recuerda nuestra conversación en Lahore, notará que todo ha sucedido en Londres como se lo predije. Siempre han existido allí potencialidades latentes, tanto destructivas como constructivas, y hacía falta, en interés de nuestro movimiento, que todo esto fuera llevado a la superficie. Como dirían sus encantadores y nuevos amigos, asiduos de Montecarlo y de los círculos donde se juega, los jugadores tienen ahora —*cartes sur table*».

Luego leyó algo que lo dejó muy inquieto:

«Cualesquiera que sean las noticias de Adyar, no sienta usted sor-

presa ni desesperanza. Es posible —aunque en los límites del karma trataremos de impedirlo— que tenga que soportar grandes fastidios domésticos.

»Durante años han ustedes albergado bajo su techo a un traidor y un enemigo, y el partido de los misioneros está más que dispuesto a volcar a su favor toda la asistencia que pueda obtenerse de esta persona. Un verdadero complot ha sido fraguado. Ella está alocada por la aparición de M. Lane Fox y por los poderes que usted ha conferido al Comité de Control.

»Nosotros hemos producido algunos fenómenos en Adyar después que H.P.B. dejara la India, a fin de proteger a Upasika contra los conjurados.

»Y ahora obre usted con circunspección, conforme a nuestras instrucciones, y cuente más con sus observaciones que con su memoria».

Portezuelas falsas y páneles secretos

EN EFECTO, mientras ambos fundadores estaban en Europa, asuntos muy misteriosos e incómodos estaban ocurriendo en Adyar. El 3 de marzo, el Dr. Franz Hartmann había solicitado a Alexis Coulomb que le permitiese utilizar las habitaciones superiores de la casa para realizar allí una reunión privada; según le había dicho, madame Blavatsky le había manifestado de manera oral que podía hacer uso de dichos aposentos cuando lo juzgase oportuno. Alexis Coulomb, sin embargo, se negó rotundamente.

—Pierde usted su tiempo, doctor Hartmann. Mi esposa y yo somos los únicos autorizados a entrar en el lugar, y no veo la manera en que esto pueda cambiar —le dijo.

Posterior a este incidente, fue Damodar quien solicitó a Emma Coulomb le permitiese utilizar el cuarto de madame Blavatsky, obteniendo la misma negativa. Como madame Blavatsky le había ordenado a Alexis Coulomb la construcción de un cuarto adicional en el tiempo que durara su estancia en Europa, Damodar había pasado a vivir en los aposentos inferiores de la casa, dejando a Alexis ocupar el cuarto del techo que aquel antes ocupaba. Pero esta vez, Emma Coulomb no solo le negó el acceso, sino que le mencionó algo más que preocupó a todo el Comité.

—Y aunque lo dejase entrar —le dijo—, de nada le serviría. Todo es un desastre allí. Madame Blavatsky ordenó a mi esposo que le construyera algunas portezuelas falsas y paneles secretos tanto en su habitación como en el santuario. Y ya se imaginará usted que no son estos, por ahora, lugares óptimos para cualquiera de sus asuntos usuales.

¡Así que portezuelas falsas y paneles secretos! ¿Para qué iba madame Blavatsky a ordenar ese tipo de obras en sus aposentos? Eso era algo que ni siquiera a Damodar se le había informado, por lo que tanto el doctor Hartmann como Damodar y Lane Fox decidieron encarar a los esposos Coulomb. Algo raro estaba sucediendo allí arriba y ellos debían averiguarlo.

Damodar, mientras tanto, había recibido cartas del Mahatma en las que le impelía a tratar condescendentemente a los Coulomb.

«Deberá usted preferir errar por el lado de la misericordia que cometer un acto de injusticia», le decía. «Madame Coulomb es un médium —añadió el Mahatma— y, como tal, irresponsable por muchas cosas que pudiera decir o hacer».

No obstante, el Comité encontró, para esos días, faltantes en los fondos destinados al manejo de la casa, y la responsabilidad de esto caía sobre Emma Coulomb. Confrontada por algunos miembros del Comité, Emma Coulomb dejó entonces ver sus verdaderos propósitos:

—Hay cosas que puedo revelar al mundo y que no les conviene a ustedes —les dijo—. Contaré, por ejemplo, que el objetivo verdadero de su Sociedad no es otro que el de derrocar al Gobierno Británico de la India, y que los pretendidos fenómenos de su ama son fraudes baratos o asuntos del diablo, ustedes escojan. Tenemos las pruebas, y nuestro silencio vale tres mil rupias.

Hartmann y Lane Fox se quedaron estupefactos.

—Ya nos han ofrecido diez mil rupias por acabar con la Sociedad Teosófica —le dijo Alexis Coulomb a Hartmann.

—Sin embargo —secundó Emma— estamos dispuestos a aceptar, solo por una cuestión de nobleza y lealtad, una suma menor con tal de evitar la ruina de la Sociedad, aunque esté basada en la impostura y la herejía.

Eso fue suficiente. El Comité en pleno se reunió con los esposos Coulomb, acusándolos de diversos cargos, que iban desde el intento de extorsión, pasando por malversación de fondos de la Sociedad, circulación de rumores e infamias contra madame Blavatsky y otros teósofos, hasta acusaciones falsas que pretendían hacer ver a la Sociedad como una fachada para llevar a cabo una labor de espionaje contra el Gobierno Británico establecido en la India. El Dr. Hartmann recibió una enérgica carta del Mahatma Morya en la que urgía al Comité telegrafiar a los fundadores para que consintieran estos en expulsar a los esposos Coulomb de la sede central de la Sociedad.

El 25 de mayo, justo antes de marcharse, se obligó a Alexis Coulomb a mostrar al Comité los artificios secretos construidos en los aposentos de madame Blavatsky. Era una obra reciente y aún sin terminar. Entre estos artificios hallaron un hueco abierto en una de las dos particiones de la pared que del cuarto de madame Blavatsky daba a la cómoda del santuario destinada a la precipitación de los mensajes de los Mahatmas. Sin embargo, no había abertura en la segunda partición, por lo que era imposible acceder, de esta forma, a la parte

posterior de la cómoda del santuario, aun si esta tuviese en ella, como lo tenía, un panel deslizante. Todo parecía indicar que Alexis no había contado con el tiempo suficiente para terminar su obra. Pero Alexis no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Había un segundo agujero en la otra partición de la pared. Yo mismo la he bloqueado —les dijo.

Había otros paneles móviles en guardarropas y paredes. Todos parecían ser de reciente construcción.

Una vez despachados, los esposos Coulomb buscaron refugio con algunos miembros de la iglesia de un misionero, el reverendo George Patterson.

La visita inesperada

UNA EXTRAÑA mujer, alta, robusta y vestida toda de negro, entró abruptamente por una de las puertas del fondo del hall y, agitada, casi sin aliento, tomó asiento al lado de uno de los nuevos miembros de la logia, el señor Archibald Keightley. La elección se había realizado sin tropiezos, y esta vez la Logia de Londres tenía nuevo presidente, el señor Finch. Alfred Sinnett había sido electo nuevo vicepresidente y secretario, y la señorita Arundale, tesorera. El coronel Olcott, quien presidía, franqueado por las partes contendientes (Anna Kingsford a su diestra), había logrado que el partido de Kingsford aceptara el otorgamiento de una carta constitutiva para formar con ella una nueva rama hermética. En la reunión se formalizó el asunto, tras presentarse la petición oficial de dicha carta constitutiva y obtenerse la promesa del coronel Olcott para concederla. De inmediato dio inicio una discusión que el coronel apenas si se daba abasto en moderar. Eran obvias las diferencias de los miembros del grupo de Sinnett y Finch, y los de Kingsford, que, si bien menos numerosos, hablaban cada uno por diez de los otros. La mujer de negro parecía cada vez más inquieta, y se revolvía en su asiento a punto de perder la calma. De pronto, en medio de la discusión, alguien del grupo de Sinnett dijo algo acerca de lo que madame Blavatsky haría en esas circunstancias.

—¡Así es, en efecto! —prorrumpió la mujer desde su asiento, con un tono enérgico, casi exasperado.

Entonces los presentes notaron a la extraña dama de negro que había interrumpido la discusión. Pocos ahí sabían quién era, pero su presencia igual se imponía a los ojos de quienes curioseaban fascinados sus atuendos y sus rasgos. ¿Quién era esa mujer? Ya todos lo sospechaban, pero se sentían abrumados e indecisos, hasta cuando Mohini Chatterjee, el digno abogado descendiente del gran reformador hindú, dejando su puesto en la mesa directiva, se apresuró por el estrecho pasillo hasta llegar cerca de la mujer de negro y, ante la mirada atónita de todos, caer arrodillado a sus pies. En ese mismo instante, Alfred Sinnett tomó la palabra:

—Permítanme presentar a la Logia de Londres, a madame Blavatsky —dijo.

Todos se apresuraron hacia donde la extraña dama estaba, y la rodearon, unos sollozando, otros queriendo tocarla, besándole la mano, otros más, arrodillándose ante ella. Se diría que los estirados ingleses, que segundos antes discutían con toda propiedad y raciocinio parsimonioso, derroche de elegancia y buen tono, se habían vuelto de pronto unos mocosos sin atisbos de decoro. Había terminado la discusión en medio de la algarabía desordenadamente solemne que se armó ante la presencia de la fundadora, quien ahora parecía con turbada e incómoda, sobre todo cuando los miembros más entusiastas insistían en llevarla hacia la mesa directiva para que les hiciera «el honor» de dirigir «aunque solo sean unas frases» desde ahí. Ella decía que no, que no osaría interrumpir de esa manera la asamblea, que dejaran que se continuara con los procedimientos regulares; se manifestaba cansada, más tarde ella, con más calma...; pero insistían todos con más ímpetu, hasta convencerla, y a regañadientes (algunos de los presentes precisarían que «maldiciendo en diez idiomas diferentes en una sola frase»), subió a la mesa, saludó a quienes precedían, felicitó a los nuevos dirigentes de la Logia e hizo votos para que todos trabajasen por una causa común que no viera las diferencias de maneras sino la esencia única objeto de una Sociedad abierta que aspira a la fraternidad universal entre sus miembros. Anna Kingsford se estuvo callada. Sabía que si quería brillar con luz propia, debía irse lejos de aquella mujer que no necesitaba ser bella para atraerse la admiración de los otros. «Una mujer muy astuta», pensó.

Los agrimensores de lo psíquico

W. H. COFFIN, de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, invitó al coronel Olcott a una cena en su honor en el Atheneum Club. El coronel debería de haber atendido al presagio que encerraba el apellido de su anfitrión (que significa ataúd o féretro), pero no lo hizo; además, él pensaba que no había ninguna razón para estar a la defensiva: los señores de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas eran todos unos perfectos caballeros, científicos, artistas, hombres de letras uno más respetable que el otro. Luego de algunas reuniones cordiales entre algunos de estos miembros de la SPR (según las siglas en inglés de la mencionada Sociedad), el coronel incluso aceptó ser «examinado» por una comisión especial. Todo parecía ir muy bien, él se abría a todo lo que daba de sinceridad su corazón, y los señores de la comisión escuchaban y tomaban notas. Hasta hablaron con Mohini y con Sinnett, y el coronel llegó a contarles acerca de las apariciones de su Mahatma en el departamento de Nueva York y en su tienda de Lahore, de los viajes astrales de Damodar y de las cartas que eran «aportadas» en los sitios menos pensados. Como resultado de esto se convocó a una nueva reunión para que sostuviera y diera detalles de esos fenómenos delante de una delegación aún mayor, que incluía a Frank Podmore, un escéptico extremista que pensaba que cuando se trataba de asuntos de fenómenos psíquicos siempre se debía presumir una deshonestidad anormal de parte de los investigados antes que unos poderes psíquicos anormales. Se discutió en esa reunión sobre las aportaciones de cartas, los poderes telepáticos de los Adeptos y los supuestos fenómenos ocurridos en el santuario de la casa de Adyar. Con todo y las exigencias de la comisión, sus indagaciones insistentes en busca de detalles que proporcionaran pruebas irrefutables que los convenciera más allá de cualquier duda razonable, el coronel se sintió confiado de que las investigaciones iban por buen camino y que, en general, la disposición de los miembros de la SPR los favorecía; es más, consideraba que era necesario pasar por ese tipo de investigación, y aclarar lo mejor que se pudiera cualquier duda que se manifestara para volver más fuerte a la Sociedad Teosófica a los ojos de los occidentales serios, de naturaleza escéptica, solo así saldría

la Sociedad y sus Adeptos fortalecida ante la opinión pública de los buenos occidentales interesados en este tipo de pruebas contra el materialismo, solo así se garantizaría el respeto de los investigadores más severos, después de todo, él no tenía nada que ocultarles, y con mantener una actitud abierta, serena y sobre todo honesta, todo estaría bien.

Para el 30 de junio, sin embargo, madame Blavatsky estaba en Londres, y consintió en asistir, junto con el coronel Olcott y el señor Sinnett, a una nueva reunión con los agrimensores de lo psíquico, quienes siempre mantenían en dichas reuniones las costumbres y los procedimientos más rigurosos dictados por el buen gusto, el recato y el decoro. No obstante, el coronel Olcott, dejándose llevar por la emoción del momento, se levantó de su asiento sin ninguna invitación y, rebozando confianza, en un punto del interrogatorio comenzó a hacer un discurso impropio y sin ningún tacto, que más parecía digno de un fanático, una propaganda inconexa y fuera de sintonía con los procedimientos normales de una reunión de la SPR. Madame Blavatsky estaba contrariada y pálida, y desde su asiento observaba casi sudando al coronel, quien se deshacía en pormenores y detalles que a ningún occidental no iniciado podría interesar, como no fuera para crear terribles sospechas acerca de la veracidad del divulgador. Hacía referencia a misterios y claves que no era ni prudente ni permitido transmitir sin preparar antes al auditorio, y aquel atolondrado derroche de pormenores parecía no acabar. Al discurso siguió un silencio digno de algún cementerio londinense a media noche. Había un muerto, además. O varios.

Madame Blavatsky salió humillada y furiosa con el coronel, y pidió al señor Sinnett que les permitiese pasar un rato por su casa para descargar la ira que sentía fuera del alcance de sus anfitrionas, la señora y la señorita Arundale. Los oídos del coronel Olcott reventaban con los truenos y tempestades que madame Blavatsky le dejaba caer. Le gritó tanto y de tal modo que el señor Sinnett tuvo miedo de que los vecinos se sintieran perturbados por el alboroto.

—Tú quieres que cometa suicidio, ¿es eso? —le respondía el coronel, avergonzado y amedrentado como ratoncillo—. No puedo volver el tiempo atrás —le decía.

—¡Peor para ti!

Y peor para todos. «Puedo decir aquí —escribió el señor Sinnett un tiempo después— que el envío de Richard Hodgson a la India para investigar los fenómenos de madame Blavatsky, su relato desfavorable

y el colapso de nuestra joven Sociedad, de la cual casi todo el mundo se fue cuando parecía que madame Blavatsky había sido desacreditada, todos fueron frutos de aquella noche infeliz del 30 de junio de 1884».

Los falsos cómplices de una traición

—¿LAS TIENEN? —preguntó el reverendo misionero Patterson desde su poltrona.

Se sentía un calor del diablo y los hilillos de sudor hacían carrera en su rostro regordete.

—Todo en orden —respondió Emma Coulomb, mirando al reverendo misionero como si se tratase de un ídolo.

—¿Cómo quedaron?

—Nadie podrá notar nunca algún contraste. Oficialmente, madame Blavatsky es ahora una falsificadora y una impostora, y nosotros, sus cómplices.

—¡Deja ver! —dijo el reverendo, dejando la comodidad de su asiento y arrebatando el juego de cartas de la mano de Alexis Coulomb para hojearlas por encima, como si fuese un experto para quien cualquier anomalía saltaría a la vista. Sonrió y asintió—. ¡La tenemos! —dijo, en el mismo tono de falsa contención con que la emprendía «con dureza necesaria pero con el respeto que merecen quienes no han sido tocados aún por la sabiduría del Señor Jesús» contra esas «tradiciones de viejas ignorantes» de los naturales, en sus sermones domingueros—. ¡Esperen que el mundo se entere de esto! —añadió con la voz temblorosa, casi con lágrimas en los ojos, como si la ofensa fuese verdadera y fuese él el ofendido.

—En cuanto a nosotros... —dijo Emma Coulomb.

—Ya, ya —dijo algo molesto el reverendo misionero Patterson, sintiendo que le interrumpían su comilona de pedazo de cielo en la tierra—. Lo acordado. Para lo cual —añadió, creyéndose dadivoso: el corazón se le hinchaba en el pecho— se hará una suscripción para ustedes. No podrán creerlo cuando vean cuántos estarán dispuestos a colaborar.

Emma se mostró satisfecha al escuchar esas palabras y volvió a ver a Alexis relamiéndose los labios. El ojo de vidrio de Alexis deambulaba sin parar, estaba en éxtasis, se diría: veía hoteles y lujos en el aire circundante.

El 20 de septiembre de 1884, mientras madame Blavatsky estaba en Alemania, el *London Times* publicó un escandaloso artículo acerca de lo que parecía ser la puesta en evidencia del fraude de los fenómenos producidos por ella. El artículo se hacía eco del publicado el 11 de septiembre en el *Madras Christian College Magazine* bajo el título de «El colapso de Koot Hoomi», que a la vez se sostenía en la supuesta correspondencia obtenida por el editor de dicha revista, el reverendo misionero Patterson, de manos de los esposos Coulomb, en las que madame Blavatsky ponía en evidencia la complicidad que mantenía con ellos en torno a un enorme fraude que convertía los fenómenos del santuario y la correspondencia de los Mahatmas en una red de trucos y engaños maquinados por la misma madame Blavatsky. Los principales periódicos de la India habían publicado también el escándalo, y era fácil hallar en las calles, a lo largo y ancho del territorio indio, las pancartas de los mismos anunciando «La caída de madame Blavatsky. Sus intrigas y engaños al descubierto».

«Señor —escribió madame Blavatsky el 9 de octubre, en respuesta a lo publicado en el *London Times*—, con referencia a las alegadas revelaciones en Madrás de una deshonrosa conspiración entre mi persona y dos sujetos de apellido Coulomb para engañar al público con fenómenos ocultos, debo decir que las cartas que pretenden haber sido escritas por mí, sin duda alguna no son mías. Reconozco algunas oraciones aquí y allá, tomadas de viejas notas mías referentes a diversos asuntos, pero están mezcladas con interpolaciones que perverten enteramente su significado. Con estas excepciones el todo de las cartas es una fabricación.

»Los productores de esta elaboración deben ser groseramente ignorantes de los asuntos hindúes, puesto que me hacen hablar de un «Maharajá de Lahore», cuando todo chico colegial hindú sabe que no existe tal persona.

»Con respecto a las sugestión de que intenté promover “la prosperidad financiera” de la Sociedad Teosófica por medio de fenómenos ocultos, digo que nunca, en ningún momento, he recibido, o intentado obtener, de cualquier persona, cualquier dinero ya sea para mí o para la Sociedad por tales medios. Desafío a cualquiera a que venga y pruebe lo contrario. El dinero que he recibido lo he ganado con trabajo literario propio, y estas ganancias y lo que queda de mi propiedad heredada cuando fui a la India ha sido destinado a la Sociedad Teosófica. Soy una mujer aún más pobre ahora de lo que fui cuando, con otros, fundé la Sociedad».

Mientras el coronel Olcott partía hacia la India, madame Blavatsky, acompañada por un matrimonio de teósofos, los esposos Cooper-Oakley, partió hacia Egipto para proceder de ahí, luego de hacer las respectivas investigaciones sobre la conducta de los esposos Coulomb, a la India. En Suez fue acompañada por el entonces clérigo de la Iglesia Católica Anglicana Charles Webster Leadbeater, quien por esa época era un joven recién interesado en la teosofía y en el buddhismo, pero que con los años llegaría a ser uno de los principales cabecillas del movimiento teosófico cuyas exóticas y aventuradas especulaciones psíquicas, extravagantes y contradictorias investigaciones en la luz astral, y su comportamiento liberal, daría mucho de que hablar a principios del siglo XX.

«Éxito completo. Proscritos. Pruebas legales. Zarpamos Colombo. *Navarino*», telegrafió madame Blavatsky desde Cairo.

Había obtenido todo un dossier de la policía del Cairo referente a los esposos Coulomb, en donde eran llamados «más maliciosos que la malicia en sí» por el antiguo gerente de un hotel de su propiedad, Monsieur Fortune. El truco favorito de la pareja era decir que podían descubrir tesoros ocultos haciendo uso de los poderes de clarividencia que manifestaba tener Emma Coulomb, y de esta forma habían embaucado a no pocos crédulos con dinero para emprender tales aventuras. La pareja había terminado heredando el hotel, y más pronto que tarde lo había perdido por mala administración; para entonces habían conocido a un sirviente hindú que decía haber robado unas joyas a su antiguo amo. Como tenía miedo a regresar debido a las represalias que pudieran tomarse contra él, convenció a los Coulomb de que fueran y desenterraran las joyas siguiendo sus indicaciones, y les prometió compartir con ellos buena parte de su valor. Por supuesto, los esposos no encontraron nada, y se dieron por engañados. Luego habían intentado varias empresas para hacer dinero rápido, pero habían fallado en todas, y, siendo perseguidos por la policía por bancarrota fraudulenta, habían llegado a Ceilán, en donde habían leído acerca de madame Blavatsky y de su Sociedad, y habían decidido recuperar los favores que una vez le hicieron a la dama rusa, obligándola a que los tomara bajo su cuidado.

Después de reunirse con el coronel Olcott en Colombo, madame Blavatsky partió hacia Madrás. Llegó ansiosa por emprender la defensa legal de su caso y poner una demanda de calumnia; pero, a pesar de su insistencia, el coronel se negó a que llevara a juicio el caso

—¡Entonces iré yo sola, y haré que se limpie esta mancha de mi

persona! —dijo madame Blavatsky, decidida a llegar hasta las últimas consecuencias.

—Si lo haces —sentenció el coronel— renunciaré a mis oficios y dejaré que la convención decida entre nosotros.

Ante esa amenaza madame Blavatsky cedió y estuvo de acuerdo en que una comisión especial decidiera lo que debía hacerse. Esta comisión decidió por unanimidad que no se buscaría procesar a sus difamadores en una corte.

—¡Por qué! ¡Explicámelo como si fuese yo una niña! —tronó madame Blavatsky.

—Hay varias razones que nos exigen prudencia —trató de explicarle el coronel—. En primer lugar, ponte a pensar que saldrían a relucir los Mahatmas, y se pedirían nombres y lugares, querrían tomar su testimonio, y los más interesados en llevar a un banquillo de testigos a los Mahatmas son nuestros enemigos misioneros, y créeme que intentarán ridiculizarlos. ¿Estarías dispuesta a permitirlo? ¿Estarías dispuesta a dejar que sean sometidos a un interrogatorio pueril con intenciones de hacerlos parecer unos santones? Además, se sabe que los jueces de Madrás son anti-teósofos. El caso ya está decidido a favor de los angloindios. Por otra parte, por experiencia legal sé que las declaraciones que contiene el dossier del Cairo no están en forma para ser aceptadas por una corte.

—Como miembro de nuestra Sociedad —apuntó S. Subramania Iyer, miembro de la comisión especial—, no creo que el rumbo adecuado sea el dar al mundo el espectáculo de un interrogatorio rencoroso. Cualquier hombre con dos dedos de frente puede formarse una opinión basada en las evidencias, sin necesidad de ir a una corte de justicia en la que los resultados son de continuo contrarios a la verdad.

Por fin, y ante estos argumentos, madame Blavatsky se rindió.

—Huiré como una culpable entonces —dijo—, y que la mancha en mi persona quede conmigo para siempre si eso es lo que la comisión desea.

Quinta parte

Dos cartas y una esperanza

6, LUDWIG STRASSE,
WÜRZBURG,
19 DE AGOSTO, 1885.

MI QUERIDO SEÑOR SINNETT

[...] *Hará más bien escribiendo novelas fantásticas en las que la verdad, y tales verdades se encuentran en formas de aparente ficción, que con trabajos como el Mundo oculto, en los que cada palabra es ahora considerada por todos, excepto los teósofos, como alucinación y embustes de cómplices.*

Yo soy «el sujeto de opinión y conversación» en sus círculos. Desearía no serlo; por confianza y amistad, o desconfianza y resentimiento, ni amigos ni enemigos se darán nunca cuenta de la completa verdad. ¿Y de qué serviría? Póngase la mano en el corazón, mi querido señor Sinnett, y dígame: ¿Alguno de mis enemigos ha proferido, desde el último mayo (1884), algo, o el más pequeño cargo que no haya sido mencionado con anterioridad por ellos, ya sea en conversaciones privadas o en chismes de periódicos e insinuaciones? La única diferencia entre los cargos actuales Coulomb-Patterson-Hodgson, y aquellos previos al escándalo de Adyar, es esto: entonces los periódicos solo insinuaban, ahora, afirman. Entonces, ellos se limitaban (por muy débilmente que fuese) por el temor a la ley y el sentido de decencia; ahora se han vuelto intrépidos, y han perdido toda y cada forma de decencia. Observe al Prof. Sidgwick. Él es evidentemente un caballero y un hombre honorable por naturaleza, de mentalidad justa como lo son la mayoría de los ingleses. Y ahora dígame: ¿Puede cualquier desconocido (la opinión de los «Padres de la SPR» no tiene ningún valor, claro) pretender decir que su opinión publicada de mí es ya sea justa, legal u honesta? [...] No hay ni un solo fenómeno que pueda ser probado por entero falso de principio a fin legalmente, si los fenómenos fuesen algo aceptado por la ley. Entonces, ¿qué derecho tiene él de hablar en público (y hacer publicar su opinión) de mis engaños, fraudes,

deshonestidad y trucos? ¿Mantendrá usted que es justo de su parte, u honesto o siquiera legal, tomar ventaja de su excepcional posición, y la naturaleza de la cuestión implicada, para calumniarme, o, si lo prefiere, deberé decir, para de este modo acusarme y deshonorar mi nombre, con tan miserable evidencia como la que tienen por intervención de Hodgson? El único derecho que tiene la SPR es el de proclamar que a pesar de todas sus investigaciones, no tienen evidencia para mostrar que los fenómenos fueron todos genuinos; que hay una fuerte presunción desde el punto de vista científico y lógico, si no legal, para sospechar que pudieron haber exageraciones en los reportes, circunstancias sospechosas relacionadas con su producción, etc., nunca un fraude deliberado, engaño y demás. Su Reporte de julio los cataloga a todos —desde Myers y Sidgwick hasta el último de sus admiradores— como unos asnos. Se muestran absurdos y ridículamente injustos en él. ¿Puede usted culpar, después de esto, a Solovioff y otros teósofos rusos por decir que el motor principal de su ira contra mí es, que soy una rusa? Sé que no es así; pero a ellos, los rusos como Solovioff y los teósofos de Odessa, no puede hacérseles ver la causa de tan manifiesta injusticia bajo otra luz. Entre los dos cuernos del dilema, no tienen alternativa. Todo hombre de mentalidad justa, con cerebro en su cabeza, debe decir luego de leer el Reporte [...] que aquellos que lo expresaron y lo editaron, están motivados ya sea por el ciego, salvaje, personal odio y prejuicio; o que son unos ASNOS [...]

¿Por qué hizo falta solo una madame Coulomb, y una docena de desaseados y apestosos padris escoceses y americanos, respaldados por tan listos expertos e investigadores como los Profesores de Cambridge para derrumbar toda la maquinaria? Que el señor Hodgson encuentre un solo caso que le haya sido revelado por madame Coulomb, que no haya sido planeado con anterioridad e insinuado antes por periódicos hindúes y americanos, y entonces agacharé mi disminuida testa. Los pobres infelices ni siquiera tuvieron la dificultad de inventar algo nuevo [...] Ella empezó a urdir su plan de traición en 1880, desde el primer día que llegó a Bombay con su marido, ambos descalzos, sin un centavo y muertos de hambre. Ofreció vender mis secretos al Rev. Bowen del Bombay Guardian, en julio de 1880, y de hecho los vendió al Rev. Patterson [...] pero esos secretos fueron «cartas abiertas» por años. ¿De qué me quejo? ¿No dejó el Maestro en

mis manos ya fuera seguir los dictados del Señor Buddha, que nos instruye para que no desmayemos en alimentar incluso a una serpiente hambrienta, despreciando todo temor a que se vuelva y muerda la mano que la alimenta, o enfrentar el karma el cual es seguro que castigue a quien se aparte de la vista del pecado y la miseria, o desmaye en socorrer al pecador y al que sufre? La conocía, y traté lo mejor que pude de no odiarla, y si bien es cierto que siempre fallé en lo último, traté de compensarlo cobijando y alimentando a la vil serpiente. Tengo lo que merezco, no por los pecados de los que se me acusa, sino por aquellos que nadie, salvo el Maestro y yo misma, sabemos. ¿Soy acaso más grande, o de algún modo mejor, de lo que fueron St. Germain, y Cagliostro, Giordano Bruno y Paracelso, y tantos y tantos otros mártires cuyos nombres aparecen en las Enciclopedias del siglo 19 bajo los meritorios títulos de charlatanes e impostores? [...]

Olcott, con todas sus grandes cualidades, se ha convertido, en especial últimamente y bajo nuevas influencias de las que no deberé hablar, en una perfecta bolsa de presunción y simpleza. Esto lo hace inconscientemente. No será conducido por nadie excepto por su Maestro, dice él, y el Maestro se rehúsa a conducirlo excepto en asuntos de mucha importancia, que no tiene nada que ver con su karma personal o con el de la Sociedad [...] Pobre hombre. *Tan cegado está que cree con toda honestidad que él está salvando la Sociedad, la CAUSA —como él lo expresa—, ha adoptado últimamente la política de propiciar el Moloch de la opinión pública admitiendo con cautela que yo pude haber ¡suplantado en ocasiones fenómenos espurios por reales! Que yo sufro en ocasiones de aberración mental, y cosas por el estilo. Es suficientemente estúpido, en su real e inmaculada, pero siempre imprudente honestidad, para olvidar que admitiendo tanto —y lo que él sabe con certeza que es falso—, él se confesaba a sí mismo el primero y principal cómplice en los alegados fenómenos espurios [...]* *En cuanto a mí, estoy resuelta a permanecer sub rosa. Puedo hacer más permaneciendo en la sombra que volviéndome prominente en el movimiento una vez más. Déjeme esconderme en lugares desconocidos, y escribir, escribir, escribir, y enseñar a quien desee aprender. Puesto que el Maestro me fuerza a seguir viviendo, déjeme vivir y morir ahora en relativa calma. Es evidente que Él aún quiere que trabaje para la S. T., puesto que no me permite hacer contrato con Katkoff —uno que*

pondría en mis bolsillos al menos 40,000 francos al año— para escribir en exclusiva para su periódico. No me permitió firmar ese contrato hace un año en Paris, cuando se me propuso, y no lo sanciona ahora porque —dice Él— mi tiempo «deberá ser ocupado de otra forma» [...] ¡Por qué mis mejores amigos permiten que sea yo vilipendiada! ¿Por qué debería el Reporte del Comité de Defensa haber sido suprimido y declarado en forma impresa por Olcott, detenido? ¿No es, como dice Patterson, una directa confesión de que el Comité ha cometido un error, encontrándome, después de todo, culpable, y por consiguiente, deteniendo mi defensa? ¿Quién del público sabe, que después de haber trabajado para, y haber dado mi vida por, el progreso de la Sociedad por más de diez años, he sido forzada a dejar la India —un mendigo, literalmente un mendigo que depende de la bondad del The Theosophist— (¡mi propio diario, fundado y creado con mi propio dinero!!) para mi soporte diario. Yo, proclamada una impostora mercenaria, un fraude por obtención de dinero, cuando nunca pedí o recibí una pieza por mis fenómenos, cuando miles procedentes de mi propio dinero ganado por mis artículos rusos los he dado, cuando por cinco años he abandonado las ganancias de Isis y los ingresos del The Theosophist para mantener la Sociedad. Y ahora se me permite generosamente una suma de 200 rupias mensuales de ese ingreso para salvarme de morir de hambre en Europa, y se me reprocha por eso en casi cada carta de Olcott. Tales son los hechos, mi querido señor Sinnett. De no haber sido porque la más pobre Sociedad de la India —o mejor dicho, por cuatro miembros de la más pobre Sociedad en la N. W. P.—, que sabiéndome con frío y sin un centavo, y sin ningún sentido arribando a Nápoles, me envió, cada uno de ellos, dos meses de su salario (en total, 500 rupias), no podría haber venido acá. A ninguna de las Sociedades Hindúes se les permite saber mi verdadera posición. Se les esconde la verdad y los hechos, no sea que se rebelen y muestren sentimientos de furia por el coronel. ¡Cuando empiezan a clamar muy fuerte por mí, se les dice que soy yo quien se rehúsa a volver!! Es solo ahora que comienzan a sospechar la verdad. Por suerte Katkoff me envió 4,000 francos que me debía, y por ahora estoy bien, y debo enviar de vuelta las 500 rupias para los cuatro pobres hombres. Perdón por decirle todo esto y mostrarme tan egoísta. Pero es una respuesta directa a la vil calumnia, y está bien que los teósofos de Londres

lo sepan, para permitirles que apuesten al menos una palabra de defensa por mí [...]

Sí; es el apremio sobre los psíquicos de Cambridge de Olcott, con sus experiencias; y su infeliz y descarada comparecencia con su Buddha al volante, en esa reunión de la SPR, que trajo la miseria sobre todos nosotros. Aún así, él lo niega. Incluso sostiene en la India, y en mi cara, que fui yo la única causa de eso; ¡que es mi visita a Europa lo que causó todo! Bueno, que así sea entonces.

No, se equivoca usted si piensa que son los Maestros quienes quieren que la gente me crea culpable. Al contrario; a pesar de no estar en capacidad de ayudarme porque no se atreven a mediar con mi karma, son demasiado justos para no desear verme defendida por aquellos que con honestidad piensan que soy inocente. Aquellos que lo hacen, solo ayudan a mejorar su propio karma; aquellos que no, ponen una mancha en él. Créame cuando digo que cada defensa es tomada en cuenta por Ellos. Lo que Ellos quieren es solo mostrar que los fenómenos, sin la comprensión de las condiciones filosóficas y lógicas que los causa, son fatales y se convertirán siempre en algo desastroso [...] Mientras mis enemigos me despedazan en piezas, la gente de Adyar juega a las escondidillas; se hacen los muertos. ¡Ah!, ¡los pobres y miserables cobardes! Pero tenga en cuenta que no son los hindúes por más que se le haya dicho eso. Le probaré con docenas de cartas que ellos son los primeros engañados. Le confieso que sufro más por los traidores teosóficos que por los Coulomb, Patterson, e incluso por la SPR. De haberse mantenido juntas como un solo hombre todas las Sociedades; de haber sido despertada la unidad en lugar de las ambiciones personales y pasiones, todo el mundo, el Cielo y el Infierno mismos, no hubiesen prevalecido contra nosotros. Sacrifíqueme, lo deseo, pero no arruinen la Sociedad. Ámenla a ella y a la Causa. Cómo es posible que ninguno de ustedes se haya pronunciado sobre la obvia, evidente injusticia, y deberé decir, idiota y estúpida manera en que las investigaciones psíquicas han sido conducidas. ¿Cuándo o dónde han escuchado ustedes de la sentencia de un demandado sin habersele dado el derecho de decir una sola palabra? ¿Qué derecho tienen ellos para dar por genuinas las cartas de los Coulomb, cuando no se me ha permitido ver siquiera una de ellas? Hodgson las tenía en Madrás. Llegaba a diario a cenar y a comer y a beber en Adyar,

las tenía en su bolsillo. ¿Me ha mostrado alguna vez una de ellas? ¿Es justo que, tomando ventaja de mi condición moribunda, luego de mi incapacidad para dejar mi cuarto, él viniera a diario a visitar al coronel Olcott, y mientras subía a verme varias veces, nunca intentara darme una tan sola oportunidad? Es una falsedad decir que Hodgson no ha «pescado en aguas turbulentas» o «recabado de forma encubierta» sus evidencias, ya que ha hecho ambas cosas [...]

[...] La escritura de Alexis Coulomb es de manera natural parecida a la mía. Todos sabemos cómo Damodar fue engañado una vez por una orden escrita de mi puño y letra para que subiera y me buscara en mi cuarto de Bombay cuando yo estaba en Allahabad. Todo fue un timo del señor Coulomb, quien halló divertido engañarlo a él, «un chela», para quien había preparado un señuelo de mí, acostado en mi cama. Habiendo logrado que Damodar se sobresaltara, se rió de él durante tres días.

[De Subba Row a madame Blavatsky:]

Usted ha sido la culpable del más terrible de los crímenes. Ha divulgado secretos de Ocultismo —los más secretos y los más escondidos. Es preferible que deba usted ser sacrificada a que lo sea aquello que nunca se pretendió que fuese destinado a mentes europeas. La gente tenía mucha fe en usted. Era tiempo de sembrar dudas en sus mentes. De otra forma, ellos le hubiesen sonsacado todo cuanto usted sabe.

[Diario del coronel Olcott. 8 de enero de 1885:]

H.P.B. recibió de su Gurú el plan de La Doctrina Secreta, y es excelente. Oakley y yo habíamos estado trabajando en él ayer; pero este plan es mucho mejor.

El pago de una vergüenza

EXTRACTO DEL llamamiento público hecho por el reverendo Patterson, editor del *Christian Magazine* en el *Madras Mail* el 6 de mayo de 1885, a fin de recaudar fondos para enviar al señor Alexis Coulomb y a su esposa, señora Emma Coulomb, a Europa:

Como la autenticidad de las cartas de la señora Blavatsky puede ahora ser considerada como establecida, y ya que no hay necesidad de que el señor y la señora Coulomb permanezcan en la India [...] Se hallan sin recursos y se les hace imposible ganarse el sustento en este país [...] No dejan de tener algunos derechos a la consideración del público [...] Hay muchas personas que, sintiendo que se ha hecho una obra útil, estarán dispuestas a contribuir...

Y acusa recibo de las siguientes sumas:

Del reverendo obispo de Madrás, 50 rupias.

Del honorable H. S. Thomas, 100 rupias.

Del reverendo J. Cooling, 25 rupias.

Antes de esto, la señora Coulomb había presentado una instancia por difamación contra el general Morgan, directivo teósofo, con la intención de obligar a comparecer a madame Blavatsky ante un tribunal e interrogarla a su antojo. Anticipándose a los hechos con el optimismo que lo caracterizaba, el reverendo Patterson tuvo una estupenda idea:

—¡Daremos una gran gira de conferencias con ustedes dos, queridos amigos, por todo lo ancho y largo del territorio de la India, luego por Inglaterra y después por el resto de Europa, con el fin de exponer las farsas fraudulentas de esa condenada mentirosa!

Sin embargo, cuando madame Blavatsky partió hacia Europa, los castillos en el aire del reverendo se desmoronaron, ya que la susodicha quedaba fuera de toda jurisdicción de cualquier tribunal de la India. Además, la sesión de ensayo de la primera conferencia de la

grandiosa gira programada —que sería dirigida por un empresario capaz—, llevada a cabo en el Memorial Hall, fue tan desastrosa que, como escribió el coronel Olcott, «los traidores volvieron a caer poco a poco en su fango natural».

La condesa Wachtmeister y el comienzo de *La Doctrina Secreta*

EN EL otoño de 1885, la condesa Constance Georgina Louise Bourbel Wachtmeister, una dama inglesa entonces de 46 años, viuda desde hacía 14, de un ex-embajador de Suecia en Inglaterra (el conde Wachtmeister), se preparaba para partir de su residencia en Suecia para pasar el invierno con unos amigos en Italia, y tenía planes de visitar antes, en Alemania, a la señora Mary Gebhard, con quien había hecho amistad meses atrás en Londres, en una velada en la que también conoció a la Vieja Dama, como para esa época se llamaba en los círculos íntimos a madame Blavatsky. Mientras ponía en orden las cosas que llevaría a su viaje, sucedió algo inesperado: con toda la claridad con que podría esperarse que fuese pronunciada una frase por alguien que estuviera en ese instante ocupando un espacio físico en el mismo lugar en que ella se hallaba, escuchó una voz masculina que le dijo: «Lleve ese libro, le será útil en su viaje». Sus ojos se volvieron hacia un volumen manuscrito de una colección de notas sobre el tarot y pasajes de la cábala que un amigo de la condesa había compilado para ella. Decidió entonces hacer caso a esa voz y llevar el mamotreto, colocándolo en el fondo de uno de sus baúles de viaje.

—Recibí una carta de la Vieja Dama, en la que me confiesa sentirse muy sola —le dijo la señora Gebhard en Alemania, luego de que la condesa le anunciase que estaría pronta a partir hacia Italia en pocos días, después de haber pasado unas semanas con ella—. Vaya a ella. Necesita un poco de compasión, y usted puede ayudar a que mejore su estado de ánimo. Para mí es imposible, tengo mis obligaciones; pero usted puede ampararla si quisiera.

Meditando al respecto, la condesa Wachtmeister tomó la decisión de acompañar a la Vieja Dama, que se encontraba para entonces en Würzburg. Luego de un mes podría reunirse con sus amigos en Italia.

—Antes de que transcurran dos años usted dedicará toda su vida a la teosofía —le había dicho madame Blavatsky en París hacía más de un año, cuando esta realizaba su anterior visita a Europa. Antes de eso, sin apenas conocerla, la Vieja Dama le había enviado una carta a

la condesa diciéndole que fuera a visitarla a París.

En aquella ocasión a la condesa le pareció un absoluto imposible pensar en dedicar su vida a la teosofía; tenía muchos asuntos que atender, y así se lo dijo a madame Blavatsky.

—El Mahatma lo dice —le respondió la Vieja Dama, sonriente—, y, por tanto, sé que será así.

Esta vez, después de pasado más de un año desde su primer encuentro, era ella quien le escribía una carta a madame Blavatsky, sugiriéndole que si no le importaba recibirla estaría encantada de acompañarla durante algunas semanas, ya que la señora Gebhard le había dicho que necesitaba cuidados y compañía.

La respuesta llegó al fin, y ambas damas sintieron que apenas podían contener su ansiedad por abrir el sobre y enterarse.

La condesa comenzó a leer en voz alta: «Le pido disculpas, pero no tengo espacio para usted acá; además, estoy volcada a la escritura de *La Doctrina Secreta* y no dispongo del tiempo que quisiera para entretener huéspedes; sin embargo, espero que podamos encontrarnos luego de su regreso de Italia».

—No me quiere con ella —dijo la condesa Wachtmeister, desilusionada y sombría, aunque no tanto como la señora Gebhard, quien no lograba comprender las razones de la negativa.

En ese instante, la condesa decidió partir sin demora hacia Italia; pero una vez que estaba a punto su equipaje y ella a solo segundos de abordar el carruaje, un sirviente le llevó un telegrama recién recibido:

«Venga sin demora a Würzburg —decía—. Requerida de inmediato —Blavatsky».

Inmóvil, sin saber qué pensar, la condesa volvió a ver a su amiga, esperando que ella sacara algo en claro de todo el asunto. La encontró entusiasmada y radiante.

—Ah, ¿ya ve?: *sí* la quiere con ella después de todo. ¡Vaya a ella! ¡Vaya!

Y hacia Würzburg se dirigió la condesa.

Ya en el número 6 de *Ludwig Strasse* subió las gradas, expectante por lo que pudiera ahora decirle madame Blavatsky al verla llegar. ¿Habría sido una repentina y seria enfermedad lo que había llevado a madame Blavatsky a cambiar de parecer? ¿Y si volvía a mudar de opinión y la esperaba con un «pensándolo mejor, siempre no la necesito»? «¡Bah! —se dijo la condesa para tranquilizarse—. Roma está a solo 36 horas de viaje, por lo que no sería un asunto tan grave después de todo».

Pero encontró a una madame Blavatsky entusiasta y cordial, sumamente afectuosa.

—Tengo que disculparme con usted por comportarme de forma tan extraña —le dijo luego del recibimiento—. Le diré la verdad: no la quería acá. Dispongo de una sola habitación y pensé que usted podría ser una de esas damas finas que no estaría interesada en compartirla conmigo. Mis maneras, ¿sabe?, probablemente no sean las suyas. Si venía, yo sabía que usted tendría que lidiar con muchas cosas que podrían parecerle incomodidades intolerables. Por esa razón decidí declinar su ofrecimiento, y le escribí en tal sentido. Pero después de que mi carta fue enviada, el Mahatma me habló y me dijo que debía decirle que viniera. Nunca desobedezco una palabra del Mahatma, y le telegrafíé de inmediato. Desde entonces he estado intentando volver el espacio más habitable. He comprado un gran biombo para dividir el cuarto, para que tenga usted un lado y yo el otro, y espero que no esté muy incómoda.

—Cualesquiera que sean los medios a los cuales yo he estado acostumbrada —respondió la condesa—, voluntariamente renunciaría a ellos por el placer de su compañía.

—Es usted muy amable, condesa. ¿Me haría ahora el honor de acompañarme a tomar el té? Es por acá, venga. ¡Ah!, pero antes —añadió la anfitriona, como si recién hubiera recordado algo—, el Mahatma me dice que usted tiene un libro para mí, del cual tengo mucha necesidad.

—No en realidad —respondió la condesa después de pensarlo un poco—. No traje libros conmigo.

Madame Blavatsky la miró con fijeza.

—Piénselo de nuevo —insistió—. El Mahatma dice que se le dijo a usted en Suecia que trajera un libro sobre el tarot y la cábala.

Entonces la condesa recordó el volumen recopilado por su amigo, y de inmediato fue a la habitación, donde el equipaje había sido ya depositado, lo buscó en el preciso baúl y lo sacó del fondo del mismo. Cuando volvía con él en sus manos y estaba a punto de entregarlo, madame Blavatsky la contuvo:

—Espere un poco —le dijo—. No lo abra aún. Ahora ábralo en la página diez y en la sexta línea encontrará las siguientes palabras —dijo, citando a continuación todo un párrafo que fue corroborado de forma simultánea, palabra a palabra, por la condesa.

—¿Para qué lo quiere usted? —preguntó esta, cuando por fin lo puso en las manos de madame Blavatsky.

—Ah. Es para *La Doctrina Secreta*. Es mi nuevo trabajo, y estoy tremendamente comprometida en su escritura. El Mahatma está recabando material para mí. Él sabía que usted tenía el libro y le dijo que lo trajera para que estuviera a mano como referencia.

El régimen de trabajo que la condesa Wachtmeister pudo observar durante su permanencia de meses con madame Blavatsky era inquebrantable y arduo, como describió después en sus *Reminiscencias*: comenzaba a las 6 de la mañana, hora en que la Vieja Dama tomaba su café, se bañaba, se vestía y se instalaba en el estudio hasta las ocho, cuando se servía el desayuno. Inmediatamente después comenzaba el grueso de su tarea, que duraba a veces hasta la una o dos de la tarde, hora en que engullía el almuerzo a veces frío para continuar trabajando sin descanso hasta las 7 de la tarde, hora en que se servía el té, después del cual se sentaba en su ancha poltrona y disponía sus cartas para un juego de «Paciencia» o solitario, momentos que la condesa aprovechaba para distraerla de la dura faena diaria, leyéndole artículos y notas de periódicos y revistas. A eso de las 9 de la noche madame Blavatsky se retiraba a su lado de la habitación y leía periódicos rusos hasta cerca de la media noche, a veces más.

La condesa hacía copias de los manuscritos de madame Blavatsky, los cuales estaban plagados de referencia a libros raros y difíciles de ubicar, y que sin duda alguna, no se encontraban entre los pocos ejemplares que se veían en los escasos estantes de la casa de Würzburg.

—Será un trabajo más voluminoso que *Isis sin velo* —le confió madame Blavatsky una tarde—. Naturalmente, será muy fragmentario, y habrá necesariamente que dejar grandes lagunas; pero hará pensar a los hombres, y tan pronto como estén más capacitados, se les dará más a conocer; aunque eso no sucederá sino hasta el siglo venidero, cuando los hombres comiencen a comprender y a discutir esta obra de manera inteligente.

A la condesa le parecía increíble que en tan estricto encierro, y casi sin recursos y materiales de referencia, se estuviera gestando ante sus ojos una obra de las proporciones y profundidad que vislumbraba a diario cuando hacía las copias. A veces los escalofríos recorrían su cuerpo al notar la densidad de las ideas y de los conocimientos que amparaban los papeles. ¿Qué tenía que ver aquello con esa vieja madame llena de dolencias, que se quejaba a menudo de las cosas más ridículas que se pudiese pensar, o hablaba de simples temas cotidianos como los que trata cualquier anciana desocupada y retirada?

—¿Conoce usted quién pueda ir por mí a la Biblioteca Bodleian? Necesito que me verifique la página de un pasaje de un libro —le pidió un día.

Esa fue la primera de innumerables veces que madame Blavatsky le pidió la confirmación de sus citas, las cuales en la totalidad de los casos en que pudieron ser revisadas resultaron correctas, siendo que a veces estaba solo invertido el número de página, según le explicó a la condesa, debido a que las imágenes que se le presentaban ante su vista estaban a veces invertidas, y ella, en un segundo de distracción, lo olvidaba y copiaba mal un número.

Según presenció la condesa, resmas enteras de manuscritos cuidadosamente preparados y copiados eran con frecuencia arrojados a las llamas a una instrucción de los Mahatmas. «Por cierto que conozco el hecho —apuntó la condesa Wachtmeister— de que mucha enseñanza realmente esotérica tuvo que ser eliminada de sus escritos originales [...] no obtuve ninguna satisfactoria contestación a mis averiguaciones, de forma que, finalmente, aprendí a guardar silencio y rara vez hacía preguntas».

«Estoy muy ocupada en *La Doctrina Secreta* —escribió al señor Sinnett para esa época madame Blavatsky—. Se está repitiendo lo que sucedió en Nueva York, solo que con mucha más claridad y de mejor manera. Empiezo a creer que esto nos reivindicará. ¡Qué imágenes, panoramas, escenas, dramas antediluvianos, y todo lo demás! Nunca vi ni escuché mejor».

Malditos fenómenos

EL TRABAJO continuó por algún tiempo sin interrupción, hasta cuando en un momento de la tarde, a finales de 1885, el casero apareció en el número 6 de *Ludwig Strasse* con un sobre grande bajo el brazo, y lo tiró sobre la mesa a la que madame Blavatsky y la condesa estaban sentadas listas para tomar el té.

—Estaba en el buzón —dijo el hombre—. Ahora debo irme.

Y, sin más, partió. Madame Blavatsky tomó el sobre de la mesa, se excusó con la condesa y se fue a la sala para ver su contenido. La condesa, que al principio pensó que debía tratarse de alguno de los libros que el Mahatma le enviaba para su consulta, siguió sentada en el comedor y se dispuso a tomar el té, que recién había servido, y a leer algunos artículos de revistas para no interrumpir a la Vieja Dama. A las nueve fue en busca de ella, pensando que tal vez se había quedado dormida en medio de la lectura de aquel libro. Sin embargo, cuando entró en la sala, la encontró bien despierta, con el documento abierto. Al notar su presencia madame Blavatsky la volvió a ver desconcertada, con una mirada de petrificante desesperación que la condesa no podría nunca más quitarse de la mente.

—Esto —le dijo casi sin voz— es el karma de la Sociedad Teosófica, y cae sobre mí. Soy el chivo expiatorio. Se me hace cargar con todos los pecados de la Sociedad y ahora se me apellida la gran impostora de la era, y una espía rusa, además. ¿...Quién me escuchará ahora, o leerá *La Doctrina Secreta*? ¿...Cómo puedo proseguir con el trabajo del Mahatma? ¡Ah!, ¡malditos fenómenos, que solo produje para complacer a amigos íntimos y para instruir a aquellos que me rodeaban! ¡Qué terrible karma para sobrellevar! ¿Cómo viviré con eso? ¡Si muero, el trabajo del Mahatma será estropeado y la Sociedad se arruinará!

El documento recibido era el esperado y famoso Reporte final de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas.

La condesa trató de que lo tomara con calma; pero tanto la había afectado la lectura del documento que sus palabras no hacían más que incrementar la angustia de madame Blavatsky.

—¿Por qué no se marcha? —le dijo en el punto más agudo de su pena—. ¿Por qué no me deja? Usted es una condesa, no puede

quedarse aquí con una mujer desprestigiada a la que se exhibe ante el desprecio de todo el mundo, con quien será señalada con el dedo en todas partes, como una embaucadora e impostora. Váyase antes de que sea manchada por mi vergüenza.

—Helena —dijo entonces la condesa, tratando de contagiarle un poco de serenidad con su mirada—, usted sabe positivamente que el Mahatma vive y que Él es su Mahatma y que la Sociedad Teosófica fue fundada por Él. ¿Cómo puede entonces perecer? Y desde que sé esto tan bien como usted, desde que para mí, ahora, la verdad ha sido establecida más allá de la posibilidad de alguna duda, ¿cómo puede usted, siquiera por un momento, suponer que la podría abandonar a usted y a la causa a la que las dos nos hemos comprometido a servir? Aun si cada miembro de la Sociedad Teosófica demostrara ser traidor a esta causa, usted y yo permaneceríamos y esperaríamos y trabajaríamos hasta que volvieran tiempos mejores.

Esto la calmó un poco de momento; aunque a partir de esa noche el progreso de *La Doctrina Secreta* primero se detuvo por completo y luego continuó a tropezones durante algún tiempo, esto debido a que el Reporte se hizo acompañar por un constante goteo de cartas recriminatorias e insultantes que recibía, la renuncia de muchos miembros de la Sociedad Teosófica y el temor de quienes permanecieron en ella. De momento lo que madame Blavatsky quería era partir a Londres y aniquilar a sus detractores. Ningún trabajo útil pudo hacerse en semanas. Por fin entró en razón al comprender que no contaba ni con los recursos ni con la energía ni con el tiempo para involucrarse en penosos procedimientos legales para limpiar su nombre. «El señor Hodgson —escribió— y el Comité comparten, sin duda, su conocimiento de que, por mi parte, él está a salvo de acciones por difamación, porque no tengo dinero para proceder con trámites costosos (por haber dado siempre todo lo que he poseído a la causa que sirvo), porque mi reivindicación involucraría el examen de misterios psíquicos que no pueden ser tratados de manera adecuada en un tribunal y también porque hay ciertas preguntas a las que me he comprometido solemnemente no contestar nunca, y una investigación legal de tales calumnias actualizaría esas preguntas, a la vez que mi silencio y negativa a contestarlas sería tergiversada como rebeldía al tribunal. Estas circunstancias explican el vergonzoso ataque que ha sido lanzado contra una casi indefensa mujer y la inacción a que estoy tan cruelmente condenada frente a todo ello».

La condesa Wachtmeister escribió también una carta al señor Sin-

nett, que fue publicada en la prensa americana y luego citada en sus libros por el mismo señor Sinnett. «Desde un punto de vista mundano —decía, en parte, dicha carta—, madame Blavatsky es una mujer desdichada, calumniada, puesta en tela de duda y maltratada por mucho; pero observando desde un punto de vista más elevado, ella posee cualidades extraordinarias y ninguna acumulación de vilipendio puede privarla de los privilegios de que ella disfruta y que consisten en un conocimiento de muchas cosas que solo unos pocos mortales conocen y en un trato personal con ciertos Adeptos orientales.

»Debido al vasto conocimiento que posee y que se extiende profundamente dentro de la parte invisible de la naturaleza, no podemos menos de lamentar mucho que todas sus perturbaciones y tribulaciones le impidan dar al mundo una gran cantidad de información que ella estaría bien dispuesta a impartir si solo se le permitiera trabajar en paz y sin insensatas distracciones.

«Aun el gran trabajo al cual está ahora entregada, *La Doctrina Secreta*, ha sido en gran parte impedido por todas las persecuciones, cartas ofensivas y otras mezquinas molestias a las que la han sometido este invierno, pues debe recordarse que HPB no es, todavía, un Adepto completo, ni ella pretende serlo, y que, por lo tanto, a pesar de todo su gran conocimiento, ella es tan dolorosamente susceptible al insulto y a la sospecha como lo pudiera ser cualquier dama de su condición, refinamiento y posición.

»*La Doctrina Secreta* será, no hay duda, un grandioso e importante trabajo. He tenido el privilegio de observar su progreso, de leer los manuscritos y de presenciar la manera oculta por la cual ella obtenía sus informaciones».

—Usted no puede imaginarse lo que es sentir tantos pensamientos y corrientes adversas dirigidas contra uno —le dijo madame Blavatsky a la condesa un atardecer—; son como los pinchazos simultáneos de miles de agujas. Tengo que estar levantando barreras de protección alrededor.

—¿Y sabe usted de quiénes proceden esos pensamientos hostiles? —inquirió la condesa.

—Sí; por desgracia tengo que saberlo; pero estoy tratando siempre de cerrar mis ojos para no ver ni saber.

Y para probarlo le citaba pasajes enteros de cartas que estaban por enviarse, los cuales eran luego corroborados por la condesa, cuando dichas cartas arribaban al poco tiempo.

La condesa recordó entonces lo expresado por madame Blavatsky

la primera tarde que tuvo oportunidad de conocerla en Londres, cuando uno de entre un grupo de personas que la rodeaban, y que a la condesa le había parecido una muchedumbre de aduladores, preguntó cómo era que una discípula de Mahatmas semiomniscientes, y clarividente entrenado, no podía distinguir a sus amigos de sus enemigos. «¿Quién soy yo —respondió en esa ocasión— para denegar una oportunidad a alguien en quien veo una chispa, todavía centelleante, de reconocimiento a la Causa que sirvo, y que puede aún ser soplada y convertida en una flama de devoción? ¿Qué importan las consecuencias personales que caen sobre mí cuando ese ser falla y sucumbe a las fuerzas del mal que en él anidan [...] fuerzas que vi tan claramente como vi la prometidora chispa? [...] No puedo escoger. Estoy compeliada por mi promesa hacia las estrictas leyes y preceptos del ocultismo, a la renuncia de toda consideración egoísta».

—Sí, doce veces he intentado escribir esta página correctamente y cada una de las veces el Mahatma me ha dicho que está mal —le dije un día de esos a la condesa, cuando esta entró al estudio y halló el piso cubierto con hojas de papel estrujadas—. Creo que voy a enloquecer escribiéndola tantas veces; pero déjeme sola, que no me detendré hasta haberla logrado, aunque tenga que pasarme en eso toda la noche.

Horas más tarde madame Blavatsky la llamó, y la condesa la encontró recostada en su poltrona, fumando un cigarrillo y satisfecha de haberlo logrado.

—¿Cómo es que puede cometer errores en aquello que le transmite? —aproveché entonces a preguntar la condesa.

—Bien, como usted ve —le respondió entre bocanada y bocanada, dando sus habituales golpecitos de punta de pie sobre el suelo— lo que hago es lo siguiente: efectúo ante mí eso que solo puedo describir como una especie de vacío en el aire y fijo mi vista y voluntad en él; pronto comienza a pasar ante mí una escena tras otra, como las sucesivas escenas en un diorama, o si necesito una referencia o información de algún libro, fijo mi mente con intensidad y aparece la imagen del libro y de ella tomo lo que necesito. Cuanto más perfectamente libre está mi mente de distracciones y mortificaciones, tanto más energía e intensidad posee y tanto más fácilmente puedo hacer eso; pero hoy, después de toda la vejación que he sufrido a consecuencia de una carta que recibí, no pude concentrarme de manera correcta y cada vez que lo intenté obtuve todas las citas equivocadas. El Mahatma dice que ahora están bien, de manera que vamos a tomar un poco de té.

Un reporte infundado

DURANTE MESES, Richard Hodgson había estado husmeando en los asuntos de la Sociedad, en la casa de Adyar, en el mismo cuarto en donde madame Blavatsky yacía enferma luego de su regreso de su anterior viaje a Europa, a finales de 1884. Debido a que el coronel Olcott consideraba que los recintos de los pisos superiores habían sido muy profanados por los esposos Coulomb, para entonces el santuario había sido modificado substancialmente y la pequeña cómoda desmontable que servía como caja receptora de las aportaciones de las cartas de los Mahatmas, destruida. Hodgson tenía no obstante otras cartas para jugar: personalmente estaba convencido de que madame Blavatsky era una espía rusa. Hasta finales de 1885 entrevistó, sobre todo, a los conocidos y abiertos enemigos de la Sociedad, ignorando las evidencias que pudieron haber sido usadas a su favor, y manipuló a sus «expertos» en caligrafía para que cambiaran sus posiciones cuando estas no favorecían a la parte acusadora. Uno de tales «expertos», el señor J. D. B. Gribble, escribió en su Reporte del Examen de la Correspondencia Blavatsky, publicado en el *Christian College Magazine*, refiriéndose a una carta falsificada del señor Franz Hartman:

«La escritura de esta carta tiene solo un leve parecido a la del Dr. Hartman. Las cartas están escritas en un estilo inconstante, y no son bajo ninguna circunstancia distintas de aquellas cartas de anónimos y seudónimos que uno con frecuencia recibe en este país. De hecho, la diferencia entre la escritura de este documento y el del Dr. Hartman es tan sorprendente que una o dos suposiciones se imponen a la vez en la mente:

- » (1) O esta persona que escribe esta carta nunca ha visto o no ha tenido oportunidad de copiar la escritura del Dr. Hartman;
- » (2) o la persona que la escribe pretendió que quien la recibiera debiera de inmediato detectar la falsificación.

» La única instancia en la cual cualquier parecido a la escritura del Dr. Hartman se evidencia, está en la formación de la H mayúscula. Esto, sin embargo, es muy elaborado y muy forzado [...] La carta Hartman es tan torpe falsificación que su falsedad sería de inmediato

evidente a cualquiera que estuviera familiarizado con la escritura del caballero».

Richard Hodgson, en su Reporte, escribe no obstante que la imitación de las características del Dr. Hartman en su mayor parte «es excesivamente cercana», y que en ese punto difería por completo del Sr. Gribble, quien, según lo expresaba, estaba evidentemente no familiarizado con la escritura del Dr. Hartman; «Debo decir —continuaba— que el Sr. Gribble tuvo la oportunidad de examinar el documento solo muy rápidamente durante su corta visita de una hora a la Sede de la Sociedad Teosófica, cuando también examinó otros documentos; y esto explica el error que hizo en su examen de este».

Otros dos «expertos», el señor Netherclift y el señor Sims, fueron designados para examinar algunas de las cartas del Mahatma Koot Hoomi, y ambos concluyeron que tales cartas no habían sido escritas por madame Blavatsky, lo cual pareció molestar mucho a Hodgson, quien, dándose las de experto, luego escribía en el Reporte que había expresado su propia conclusión, alcanzada luego de una investigación de los escritos de KH en la India, de que «aquellos que yo examiné lo eran, con la excepción de la KH (Y), escrita por madame Blavatsky, y a mi llegada a Inglaterra me sorprendió hallar que el Sr. Netherclift era de opinión diferente concerniente a los escritos de KH enviados a él».

Finalmente, bajo presión de Hodgson, el «experto» número dos, Netherclift, cambió su opinión, llegando no solo a opinar, sino a asegurar, que TODOS los documentos fueron SIN DUDA escritos por madame Blavatsky. Asimismo, el «experto» número tres, el señor Sims, tuvo que cambiar también su opinión experta para hacer juego con sus colegas.

«No me propongo entrar en detalles para describir las semejanzas entre la escritura indudable de madame Blavatsky y la escritura de las cartas Blavatsky-Coulomb —añadía Hodgson, en tono ligero de todo-un-experto—. Estas cartas, antes de su publicación en el *Christian College Magazine*, fueron, como he dicho, entregadas por el editor a varios caballeros con experiencia en escritura a mano, quienes llegaron a la inequívoca opinión de que habían sido escritas por madame Blavatsky. La misma opinión expresó el Sr. J. D. B. Gribble, de Madrás, en “Un reporte de la Investigación de la Correspondencia Blavatsky, publicado por el *Christian College Magazine*”. Pero el juicio más importante en este punto es el del experto en escritura, el Sr. F. G. Netherclift, quien no tiene duda alguna de que las cartas en discusión que le fueron enviadas a él fueron escritas por madame

Blavatsky [...] El Sr. Sims, del Museo Británico, también sostiene la misma opinión».

Sin embargo, Richard Hodgson pasó por alto que la ambigüedad de «varios caballeros con experiencia en escritura a mano» no constituía evidencia alguna. Tampoco hubo nunca un testimonio escrito del Sr. Sims, del Museo Británico; solo los reportes de Hodgson de lo que él dijo o pensó.

Respecto a una carta atribuida al Mahatma Koot Hoomi, y que Hodgson creía que había sido escrita por Damodar, Hodgson escribió en el Reporte que su opinión era que el Sr. Damodar incuestionablemente escribió tanto la KH (Z) como la KH (Y). «El Sr. Netherclift no ha tenido oportunidad de ver la KH (Y), la cual me fue presentada por un corto tiempo en la India, pero la KH (Z) fue enviada a él con los otros documentos KH sobre los que se le pidió dar una segunda opinión, con la perspectiva adicional proporcionada por aquellas que nos prestara el Sr. Sinnett. El Sr. Netherclift, en su segundo reporte, declaró como opinión que era “completamente imposible que Damodar pudiera haber adaptado su estilo usual para acomodarse al de KH”... Entonces le envié mi análisis del documento, y él amablemente se comprometió a hacer un nuevo examen, expresando su confianza de que me probaría que las conclusiones a las que yo había llegado eran erróneas. El resultado, sin embargo, de una prolongada comparación que entonces hizo fue que él francamente confesaba que mi opinión era la correcta, diciendo que en todo el curso de su experiencia de muchos años como experto, “nunca había conocido un caso más desconcertante”, pero que estaba al fin “completamente convencido de que” la KH (Z) “estaba escrita por Damodar en *parecida imitación* del estilo adoptado por madame Blavatsky en los papeles KH”.

A pesar de los desacuerdos y cambios de opinión constantes de los «expertos» para complacer a Richard Hodgson, cuando en diciembre de 1885 el «Reporte del Comité Designado para Investigar Fenómenos relacionados con la Sociedad Teosófica», vio luz, fue tomado, y a partir de entonces citado, como un ejemplo incuestionable de lo que debe ser una investigación imparcial y exhaustiva de este tipo de fenómenos. Su conclusión principal era la siguiente:

«Por nuestra propia parte, la consideramos [a madame Blavatsky] no como la portavoz de sabios, ni como una mera aventurera vulgar; pensamos que ella ha alcanzado un título para su recuerdo permanente como una de las más logradas, ingeniosas, e interesantes impostoras en la historia».

Año tras año estas frases serían citadas una y otra vez por todo tipo de libros, enciclopedias, diccionarios, revistas, y divulgado como una Verdad de Dios cada vez que se mencionaba el nombre de Helena Petrovna Blavatsky. No sería sino hasta pasados 100 años que un miembro respetado y antiguo de la misma Sociedad para las Investigaciones Psíquicas (SPR), el señor Vernon Harrisson, investigador experto en falsificaciones, desenmascararía en las páginas de la propia revista de la SPR, a Richard Hodgson y su pretendido reporte imparcial.

Vernon George Harrisson nació en marzo de 1912 en Sutton Coldfield, Warwickshire, Inglaterra. Se educó en el Colegio Bishop Vesey y en la Universidad de Birmingham. Después de obtener su doctorado en física, trabajó como investigador en el Printing & Allied Trades Research Association (PATRA), y desarrolló posteriormente su trabajo relacionado con las propiedades ópticas del papel, impresión a color y calidad de la reproducción *halftone*, que consiste en la construcción de una imagen a partir de pequeños puntos negros. Luego trabajó en Thomas De la Rua & Co. como director de investigación, estudiando los métodos de falseo y falsificación e ideando métodos para mejorar la seguridad de los productos de la Compañía. Con el tiempo esto lo capacitó como examinador de documentos cuestionados, y trabajó tanto para la fiscalía como para la defensa en muchos casos relacionados a la falsificación de documentos, cubriendo un amplio rango de temas que iban «desde documentos Isabelinos puestos en duda, hasta graffiti en muros, testamentos dudosos, moneda falsificada y láminas de impresión ilícitas, identificación de papel de billetes bancarios procedentes de canales de desagüe, y el valor evidencial de fotografías».

Tras una investigación de más de 15 años, el señor Vernon Harrisson estudió los originales de las Cartas de los Mahatmas a A. P. Sinnett, complementado por un detallado examen de un juego auténtico de 1,323 diapositivas a color preparadas y suplidas por la Biblioteca Británica, y un examen microscópico línea a línea de todas y cada una de las 1,323 diapositivas. Observó que el Reporte Hodgson, como fue conocido el «Reporte del Comité Designado para Investigar Fenómenos relacionados con la Sociedad Teosófica» mostraba serios fallos en los métodos, observaciones, razonamientos, procedimientos y conclusiones. Encontró que el reporte estaba plagado de declaraciones tendenciosas, distorsión de evidencia, conjeturas insinuadas como hechos o como probables hechos, testimonios no corroborados de testigos sin nombre, selección de evidencia, falsedades obvias y absolutas y argumentos defectuosos para sostener tesis preconcebidas. Halló

que madame Blavatsky había sido condenada «bajo sospecha», lo cual es un imposible legal. Sin pretender probar que madame Blavatsky era inocente de los cargos presentados en su contra, dado que para la fecha de su investigación todos los testigos habían muerto y mucha de la evidencia estaba desaparecida o había sido destruida, se limitaba a probar que el caso contra madame Blavatsky en el Reporte Hodgson, simplemente NO ESTABA PROBADO.

Las porciones comprometedoras de las cartas Blavatsky-Coulomb nunca fueron reproducidas en el reporte junto con muestras reconocidas de la escritura de madame Blavatsky, de Alexis Coulomb (cuya escritura, como antes había afirmado madame Blavatsky, descubrió Harrisson que era muy parecida a la de esta) y de Emma Coulomb, lo cual era una omisión inexcusable en un estudio científico serio, dado que las cartas referidas eran una parte vital de la evidencia. Hodgson se excusaba de lo anterior diciendo que él había enviado SU selección de las cartas a Netherclift, pero a su arribo a Inglaterra dichas cartas habían sido despachadas de vuelta a Madrás, haciendo imposible su reproducción. Tampoco la escritura de los esposos Coulomb había sido examinada nunca por Netherclift ni por los otros dos «expertos», a pesar de que Emma Coulomb era una conocida intrigante y que su testimonio debía ser recibido con cautela y verificado con propiedad y severidad.

«Si ha creído usted que ambas cartas proceden de una única y misma mano, ha trabajado bajo un tremendo error», fue la opinión del Dr. Ernst Shutze, calígrafo de la corte de Su Majestad Wilhelm I, Emperador de Alemania, luego de que en 1886 el señor Gustav Gebhard le enviase dos cartas: una de madame Blavatsky y otra del Mahatma Koot Hoomi.

También uno de los mejores peritos en escritura de los Estados Unidos, el Dr. Paul L. Kira, del departamento de criminología de la Universidad de California, tuvo la oportunidad de opinar sobre tres cartas enviadas a él en 1963: una de madame Blavatsky, la otra atribuida al Mahatma Koot Hoomi y la tercera a Damodar, tomadas de los ejemplos dados por Hodgson, y como resultado de sus investigaciones, reportó que las tres cartas habían sido escritas por manos diferentes.

Pero en su momento el daño se hizo, y la cabeza de madame Blavatsky rodaba por el mundo, despreciada y vilipendiada, excepto por aquellos pocos que la conocían bien. Los Coulomb y los misioneros cantaban victoria. «¡Demos gracias al Señor —decían—, por

habernos liberado del agente de La Gran Bestia y sus mentiras!».

* * *

Ah, deben ser famosos esos expertos... El mundo entero debería doblegarse ante sus decisiones y agudezas; pero hay una persona, al menos, a quien no pueden ellos convencer..., y esa es H. P. Blavatsky. Ya fuera que el DIOS de Israel y de Moisés, Mahoma y todos los profetas, en adición a Jesús y la Virgen María, vinieran y me dijeran que yo he escrito una sola línea de las infames instrucciones a los Coulomb —yo les diría en sus caras— «Tonterías— No lo he hecho»... Hasta este día no se me ha permitido nunca ver una de tales cartas.

* * *

Würzburg, abril, 1886.

MI QUERIDO SEÑOR SINNETT,

[...] *Usted dice, «En consecuencia, por ejemplo, debemos sacar por completo a luz ese incidente con Metrovitch». Yo digo que no debemos. Esas Memoirs no traerán mi vindicación. Esto lo sé de la misma forma que supe que el Times no notaría mi carta contra el Reporte de Hodgson. No solo fallarían en hacerlo «si se hacen suficientemente completas dichas memorias», sino, también, si aparecieran en seis volúmenes y fueran diez veces más interesantes. Nunca me vindicarían.*

[...] *Y ahora, viendo otro aspecto de la cuestión.*

Se me recuerda repetidamente el hecho de que, como personalidad pública, una mujer, quien en vez de perseguir sus deberes de mujer, durmiendo con su esposo, criando niños, limpiando sus narices, cuidando su cocina y consolándose con asistentes matrimoniales a hurtadillas y a espaldas del marido, haya escogido un camino que me ha llevado a la notoriedad y a la fama, y que, por tanto, tenga que esperar que todo eso recaiga sobre mí. Muy bien, lo admito y me muestro de acuerdo. Pero a la vez le digo al mundo: «Damas y caballeros, estoy en sus manos y sujeta y subordinada al jurado del mundo, solamente desde cuando fundé la Sociedad Teosófica. Entre la H. P. Blavatsky desde 1875 y la H. P. B. desde 1830 hasta esa fecha, hay un velo corrido y de ninguna forma les concierne a ustedes lo que sucedió detrás

de él, antes que yo apareciera como un personaje público. Esa fue mi VIDA PRIVADA, santa y sagrada, para todos excepto para los calumniosos y venenosos perros rabiosos que meten sus narices en el amparo de la noche en cada vida privada de cada familia y cada individuo. A esas hienas que desenterrarán por la noche cada tumba para llegar a los cuerpos y devorarlos, no les debo ninguna explicación. Si las circunstancias me impiden matarlos, tengo que sufrir, pero nadie puede esperar que me pare en Trafalgar Square y que lleve mis confidencias a todos los gamberros y conductores de carruajes que pasen. Y aún estos cuentan más con mi respeto y confianza que su público leído y literario, sus «salas de entretenimiento» y damas y caballeros del Parlamento. Confiaría más en un honesto y medio borracho conductor de carruajes que en los últimos [...] con muy pocas excepciones todas las mujeres son unas mentirosas, con ellas mismas y con otros. Todos los hombres no son mejores que animales y brutos en su naturaleza más baja. Y son ellos, semejante lote, a quienes voy a pedir que me juzguen; para dirigirme a ellos tácita y prácticamente, describiendo ciertos eventos en mi vida en las Memoirs para que «por favor me den el beneficio de la duda». «Queridas damas y caballeros, ustedes, que nunca han caído en pecado detrás de una puerta cerrada, ustedes, que están teñidos con los abrazos de los esposos de otras mujeres y los de las esposas de otros hombres, ustedes, ninguno de los cuales está exento del placer de tener uno o dos esqueletos en los clóset de la familia; por favor, acepten mi defensa». No, señor, ¡prefiero morir a hacerlo! Como Hartman señaló con acierto, es mucho más importante lo que yo misma piense de mí, que lo que piensa el mundo. Es eso que sé de mí misma lo que será mi juez de acá en adelante, no lo que un lector que compra por unos pocos chelines mi vida, «una inventada», como siempre pensará, crea de mí. Si tuviera hijas cuya reputación pudiera dañar fallando en justificar mi comportamiento, quizá recurriría a tal indignidad. Como no tengo ninguna y puesto que tres días después de mi muerte todo el mundo salvo unos pocos teósofos y amigos habrá olvidado mi nombre, dejemos todo, digo yo.

La moraleja de lo anterior y su conclusión: es bienvenido a dejar estupefacto al público con la descripción de mi vida día tras día desde que la Sociedad Teosófica fue fundada, y el público está autorizado a ello. Me atrevo a decir que usted podría hacer

cientos de veces más bien en poner eso desnudo delante de los lectores, que iniciándolos en la vida de una rusa, una de miles y con quien no están de ningún modo interesados, (de cualquier forma yo no estoy interesado en ellos). Entonces tendría usted catorce o quince volúmenes de libros de notas, para proveerlo con material suficiente para 100 volúmenes; «La Historia de la Sociedad Teosófica y de sus miembros, o sus tribulaciones y triunfos, sus altas y bajas» Esto sería un trabajo legítimo, cada palabra de lo cual podría ser verificada [...] Enseñe de manera sistemática lo no escuchado sobre las persecuciones, conspiraciones, incluso los errores cometidos y esa será nuestra justificación. «Odiamos y perseguimos solo aquello que tememos» [...] No despierte a los perros dormidos más de lo necesario. Que nunca fui la señora Metrovitch o aun la señora Blavatsky es algo cuyas pruebas me las llevaré a la tumba [...] Siento ganas de pedirle al Gobierno de Rusia que me permita regresar a morir en alguna esquina donde se me dejará tranquila. El sentido de mi deber para con los Maestros es lo único que me previene de hacerlo.

[...] NO ESCRIBIRÉ NADA sobre «el incidente Metrovitch» ni de ningún otro incidente por el estilo, en los que la política y los secretos de gente muerta se confunden. Esta es mi última y final determinación. Si usted puede hacer las Memoirs interesantes de alguna otra forma, hágalo, y yo le ayudaré. Todo lo que guste luego de 1875. Mi vida era una vida abierta y pública desde entonces, y en mis horas de sueño nunca estuve sola. Desafío al mundo entero para que pruebe cualquiera de las acusaciones vertidas contra mí durante esa época. En cuanto a los fenómenos; de haber sido yo la inmaculada Virgen María hasta esa fecha, habría dado lo mismo. Todo esto es culpa nuestra. Mía, de Olcott, suya, de Damodar, de todos, incluso de los Maestros que lo buscaron y lo permitieron. No podemos esperar estar siempre ondeando un trapo rojo delante del toro y luego quejarnos de que este nos esté fastidiando.

En Ostende

EN EL verano de 1886, madame Blavatsky se trasladó a Ostende, Bélgica, y la condesa Wachtmeister, a su casa en Suecia. En ruta hacia esa localidad la Vieja Dama sufrió una caída en la casa de los esposos Gebhard, doblándose el tobillo y lesionándose una pierna. «Estoy tratando de escribir *La Doctrina Secreta*. Pero Sinnett, que está aquí por algunos días, desea que toda mi atención se concentre en las benditas *Memorias*. La señora Sinnett no pudo venir y él se irá pronto y entonces me quedaré sin piernas, sin amigos y sola con mi karma. ¡Lindo *Tete-a-tete!*». Y en otra carta: «Mis pobres piernas han dejado de hacer compañía a mi cuerpo. Es un ilimitado si no eterno “ausentismo”, como se dice en la India. Sea cual fuere la causa, el hecho es que estoy ahora tan sin piernas como lo puede estar cualquier elemental. No, excepto Louise y mi casera con su gato y su petirrojo, no conozco una sola alma en Ostende. Ni un solitario ruso hay aquí en esta temporada exceptuándome a mí que preferiría ser turca y volver a la India. Pero no puedo porque no tengo ni piernas ni reputación de acuerdo a los infames cargos de la SPR... Creo que la gota y el reumatismo alcanzarán pronto al corazón; siento gran dolor en él».

Por fin la condesa pudo retornar y encontrarse con madame Blavatsky en Ostende, y pudo esta establecer un «contacto más continuo con lo que ella llamaba las “corrientes”». Pronto, y a pedido de madame Blavatsky, la condesa fue a Londres a resolver unos asuntos personales de aquella. «Me siento desdichada —le escribí entonces— porque con cada día que pasa es más fuerte en mí la convicción de que no hay un rincón sobre la tierra donde yo pueda vivir y morir tranquilamente, porque no tengo hogar, nadie en quien pueda confiar sin reservas, porque no hay una sola persona capaz de comprenderme por completo y comprender la posición en la que estoy colocada. Porque desde que usted se fue he sido molestada por la policía, cierto que con cautela y gran prudencia hasta este momento, pero de manera bastante clara para que yo sepa que ¡se me observa con sospecha todavía, en relación con aquel asunto del robo de un millón efectuado en el trayecto del ferrocarril entre Ostende y Bruselas! Tres veces han preguntado por usted; recabando informes y por dos veces un hom-

bre de la policía vino a preguntarme mi nombre anterior y posterior a mi matrimonio, mi edad, de dónde vine, dónde viví anteriormente, cuándo llegué a Würzburg, a Elberfeld y otras cosas más. Hace dos días vinieron por Louise y demandaron que fuera con ellos a la estación de policía, y allí le hicieron muchas preguntas. Porque haga yo lo que haga, todo se vuelve *un mal* para mí, todo es malinterpretado y mal reconstruido aun por mis mejores amigos; soy censurada y mal interpretada no por extranjeros sino por aquellos que fueron o que parecían ser los más adictos a mi persona y a quienes yo amé verdaderamente... Porque las mentiras, la hipocresía y el jesuitismo reinan supremos en el mundo y como yo no soy nada de eso, ni podría serlo, por ello mismo parece que estoy condenada. Porque estoy cansada de la vida, de este forcejear con la piedra de Sísifo y la interminable labor de las Danaides y porque no se me permite escapar a toda esta miseria y descansar. Porque yo tenga razón o no, se me hace aparecer como sin razón. Porque yo estoy de más en esta tierra y eso es todo».

* * *

[De madame Blavatsky a la condesa Wachtmeister:]

Después de una larga conversación con el Mahatma —la primera en un largo tiempo— he llegado a dos convicciones. Primera: la Sociedad Teosófica fue arruinada por haber sido transplantada a suelo europeo. Si solo se hubiera dado a conocer la filosofía del Mahatma y los fenómenos hubieran sido mantenidos en cautelosa reserva, entonces habría sido un éxito. Esos malditos fenómenos han arruinado mi persona, que para mí es poca cosa, y bienvenido sea, pero también han arruinado a la teosofía en Europa. En la India vivirá y prosperará. Segunda convicción: toda la Sociedad (en Europa y en América) está sometida a una cruel probación. Aquellos que surjan incólumes tendrán su recompensa. Aquellos que permanezcan inactivos o pasivos, tanto como aquellos que le vuelvan la espalda, también obtendrán la suya. Es una prueba final y suprema. Pero hay noticias: o he de retornar a la India este otoño para morir allí, o he de formar, entre esta fecha y el próximo noviembre, un núcleo de verdaderos teósofos, una escuela mía, sin secretario; yo sola, con tantos místicos como pueda reunir, con el fin de impartirles enseñanzas. Puedo permanecer aquí, o ir a Inglaterra o adonde me agrade... Usted dice que la única salvación es la literatura. Bien;

vea los buenos efectos que produjeron las Memoirs de madame Blavatsky. Siete u ocho periódicos franceses cayéndole a Sinnett y a mí, a KH, etcétera, todo debido a esas Memorias. Otra vez un verdadero avivamiento de escándalos de la Sociedad Teosófica, justamente por esa literatura. Si se arrojaran por la borda los fenómenos y solo la filosofía se hiciera carne en ellos, entonces, dice el Mahatma, la ST podría ser salvada en Europa. Pero los fenómenos son la maldición y la ruina de la Sociedad. Porque yo le escribí dos o tres veces a Z. diciéndole lo que hizo y pensó y leyó en tal día, él es un loco y completo místico. Bueno, que el Mahatma la proteja y ampare porque usted también tendrá su parte en la lucha que se avecina. He sabido que las personas que se han suscrito a La Doctrina Secreta se han impacientado; no lo puedo remediar. Como usted lo sabe, trabajo catorce horas al día. Los últimos manuscritos que envié a Adyar no serán devueltos en menos de tres meses, pero entonces podremos comenzar la publicación. Subba Row está escribiendo notas valiosas, me dice Olcott. No me moveré de estos alrededores ni aun para ir a Inglaterra. Este es mi lugar, en Europa y eso está resuelto. El programa que se me ha trazado y al cual me ceñiré es el de estar a fácil alcance de Londres. ¡Por bondad, quisiera que usted volviera pronto!

* * *

Cuando la condesa regresó a Ostende encontró a madame Blavatsky desmejorada, e intentó varias veces sacarla de sus habitaciones en una silla de baño para que tomara el sol y el aire del mar; sin embargo, madame Blavatsky lucía incómoda luego de esos paseos, «como si sintiera que había hecho algo malo al perder todo ese tiempo, para ella tan valioso, en su propia persona».

—Pronto no estaremos solas y las condiciones serán alteradas y las corrientes serán rotas y no podré trabajar tan bien como ahora —le solía decir madame Blavatsky.

La condesa notó por esos días que madame Blavatsky permanecía soñolienta y amodorrada, y con frecuencia no lograba trabajar por más de una hora consecutiva. Al agravarse su estado, el médico determinó que sufría de una afección de los riñones. Alarmada, la condesa pidió ayuda a su amiga Mary Gebhard y consiguió a alguien para que le ayudase a cuidarla durante las noches. A falta de una enfermera, hizo venir a una hermana de la caridad que parecía muy atenta y

amable. Sin embargo, la primera noche que la dejó sola con madame Blavatsky sería la última: a los pocos minutos la condesa escuchó que madame Blavatsky la llamaba a gritos, y encontró, al llegar a la habitación, a la mujer delante de ella con un crucifijo, repitiendo a manera de mantra que la conjuraba a abrazar las enseñanzas de la única iglesia antes de que fuese demasiado tarde.

—¡Saque de inmediato a esta condenada lunática de mi habitación! —gritaba madame Blavatsky fuera de sí—. ¡¿Qué quiere usted?! ¡¿Terminar de matarme?!

Por suerte pronto llegó la señora Gebhard en ayuda de la desesperada condesa.

Ningún remedio parecía funcionar. La condesa hizo venir a un médico de Londres, el doctor Ashton Ellis, miembro de la Sociedad Teosófica, quien acudió pronto, llevando nuevos remedios y terapias.

—Nunca he conocido a alguien que teniendo los riñones atacados como están los de esta señora permanezca con vida tanto tiempo —decía el médico belga—. Estoy convencido de que nada puede hacerse.

—En verdad es raro que una persona sobreviva tanto en tal estado —respondió el doctor Ellis—. Antes de salir para acá consulté a un especialista que es de la misma opinión —añadió—. Él me indicó que además de la medicina prescrita se deberá intentar con masajes para estimular los órganos paralizados.

Al día siguiente el doctor Ellis procedió a efectuar los masajes cada hora, pero no pareció traerle ninguna mejoría. Entonces, la condesa Wachtmeister comenzó a sentir ese «peculiar aunque tenue olor a muerte que a menudo precede a la disolución del cuerpo». Estaba sentada a su lado, con solo una lamparilla apenas encendida. De pronto, madame Blavatsky abrió los ojos y la buscó con la mirada.

—Estoy contenta de morir —le dijo, a murmullos—. Al fin el Mahatma me permitirá liberarme de mi cuerpo físico... Solo me preocupa *La Doctrina Secreta*. ...Debe usted tener mucho cuidado con mis manuscritos. Entregue todo al coronel Olcott, con instrucciones de que sea impreso. ...Esperaba haber podido transmitir más enseñanzas, pero es el Mahatma quien sabe lo que más conviene.

Hablaba a pausas, adormilada y como ausente. Finalmente, se durmió.

La condesa no podía creer que el trabajo quedara a medias, y pensaba en el futuro de la Sociedad Teosófica. Recordó, incluso, que el Mahatma había instruido a madame Blavatsky para que formase

un círculo de estudiantes para impartirles a través de ella enseñanza especial. ¿Qué pasaría con todo eso? ¿De qué había valido tanto sufrimiento si su trabajo quedaba inconcluso? Con estos pensamientos y otros más sombríos en mente, la condesa se fue quedando dormida.

Despertó con los primeros rayos del sol y se halló sentada en su silla. Recordó entonces que estaba ahí porque velaba a su querida amiga, que moría, ¡que pudo haber muerto mientras ella se quedó dormida en vez de vigilarla!, pensó con horror. Volvió a ver hacia el lecho donde la había dejado durmiendo en algún instante de la noche anterior, y lo que halló la desconcertó por completo: los calmos ojos de madame Blavatsky la contemplaban, como cuidándola.

—Acérquese, condesa —le dijo.

La condesa obedeció en el acto.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó—. Tiene usted una apariencia por completo distinta de la que tenía tan solo anoche.

—En efecto —le respondió—. El Mahatma ha estado aquí conmigo y me dio a escoger entre morir y liberarme, si así yo lo quería, o vivir para terminar *La Doctrina Secreta*. Me anticipó los grandes sufrimientos que tendría, y las terribles vicisitudes que me esperan en Inglaterra (puesto que debo partir hacia allí); y cuando pensé en aquellos estudiantes a quienes podría instruir y en la Sociedad Teosófica, acepté el sacrificio de continuar, y ahora, para que este sacrificio esté completo, tráigame un poco de café, algo de comer. Ah, y alcáncheme la caja de mi tabaco.

Quienes habían sido convocados para la redacción del testamento ese día, llegaron con sus largas caras compungidas y sus trajes más dignos, esperando encontrarse con una moribunda que apenas pudiese comunicarse con gestos faciales y susurros, y se encontraron con una animada y bien dispuesta madame Blavatsky, en el comedor, fumando sus cigarrillos y bromeando con todos. Se quedaron estampados en el umbral de la habitación.

—Es algo inaudito —decía el doctor belga—. Madame estaba moribunda.

—Estoy encantado de que haya usted burlado a la muerte en esta ocasión —le dijo el cónsul americano luego de aproximarse a ella y estrecharle la mano, rompiendo de esta forma la incómoda perplejidad de toda la comitiva testamentaria.

—Efectivamente, señor cónsul, se suponía que iba a morirme, pero ahora no lo pienso hacer más —respondió madame Blavatsky—; no obstante, aprovechando que todos están presentes, lo mejor será

hacer ese testamento proyectado. Todo pienso dejárselo a la condesa Constance Wachtmeister, acá presente —dijo.

—¿No tiene usted parientes, madame? —amonestó el abogado—. ¿No considera usted que sería más justo dejar sus bienes a ellos —añadió, volviendo a ver de soslayo a la condesa.

—¿Por qué se inmiscuye usted en cosas que no son de su incumbencia? —lo reconvino madame Blavatsky—. Yo dejaré mi dinero a quien a mí se me antoje.

—Posiblemente cuando usted conozca la cantidad de dinero que posee madame Blavatsky no presentará más objeciones —intervino la señora Gebhard, para evitar que se formase una escena.

El testamento fue entonces redactado y firmado, a lo que siguió una animada charla de varias horas.

—Bien, creo que esto es bastante fatiga para una mujer moribunda —se excusó el cónsul, dando el ejemplo al resto del grupo, que de inmediato se dispersó.

Los señores Archibald y Bertram Keightley llegaron a Ostende por esos días. Llevaban una invitación del grupo de Londres para que madame Blavatsky se movilizara hacia esa ciudad.

En Londres

LA VIEJA Dama escribió desde Norwood, Inglaterra, a la condesa Wachtmeister (quien se había trasladado de nuevo a Suecia): «Me encuentro en el campo del enemigo y eso dice todo. ...Esta casa es un agujero donde todos nos encontramos como arenques en un barril: tan pequeña, tan incómoda, y cuando hay tres personas en mis dos habitaciones (que son la mitad del dormitorio que tenía en Ostende) nos pisamos en todo momento los pies; cuando hay cuatro, nos sentamos unos en las cabezas de otros. Además, aquí no hay tranquilidad, pues el mínimo ruido se siente en toda la casa. Todo esto es molestia personal, pero hay algo más, mucho más importante. Hay tanto trabajo para hacer aquí (teosófico) que tengo que, o bien renunciar a escribir *La Doctrina Secreta*, o dejar el trabajo teosófico sin hacer. Por eso se requiere su presencia más que cualquier otra cosa. Si dejamos de aprovechar las buenas oportunidades, nunca más tendremos mejores. Usted sabe, supongo, que una Logia Blavatsky fue organizada y legalizada por Sinnett y otros. Está compuesta de catorce personas hasta ahora. Sabe también que se ha formado una *Theosophical Publishing Company* por las mismas personas y que no solo hemos empezado a publicar una nueva revista teosófica, sino que insisten en publicar ellos mismos *La Doctrina Secreta*. Se han suscrito 200 libras para *Lucifer*, nuestra nueva revista, y 500 libras para *La Doctrina Secreta*. Se ha formado una *Limited Publishing Co.*, legalmente registrada. Todo eso ha sido, pues, hecho ya. Tengo reuniones regulares los jueves, cuando diez u once personas tienen que amontonarse en mis dos habitaciones y sentarse sobre mi escritorio y el sofá-cama. Duermos en el sofá que usaba en Würzburg ya que no hay lugar para una cama. Si usted viene tendrá una habitación arriba».

Madame Blavatsky se encontraba ahora hospedada en *Maycot*, la casa de Mabel Collins, reconocida escritora tanto de novelas románticas como de libros inspirados por corrientes similares, sino iguales, a las mahátmicas: una mujer alta, graciosa y de cabello rojizo, que siempre había aparentado tener menos edad que la que tenía. La Vieja Dama no terminaba de salir de su asombro, y mucho menos sabía qué pensar respecto a la devoción que la gente sentía al ponerse en

contacto con ella. ¿Por qué, se preguntaba, la condesa Wachtmeister era tan devota, al punto de estar lista para dar su vida por la de ella?; y ¿qué era ella para el doctor Ellis, quien no la había visto nunca antes, y a quien no se le ocurrió pensar en las consecuencias cuando dejó el hospital sin permiso para atenderla exclusivamente a ella durante una semana entera?; ahora había perdido su puesto, su atractivo salario y sus habitaciones en el Dispensario de Westminster. Se había ido de nuevo a Londres y había regresado a Ostende riendo: «No me importa ni un comino», le había dicho; lo único que le importaba era que tendría más tiempo para pasar a solas en la práctica de la teosofía. ¿Qué significaba todo eso?, se preguntaba. ¿Qué encontraban en ella? ¿Por qué debía ser su destino el influenciar los destinos de otra gente? Se sentía aterrada; había dejado de entender las causas y se sentía perdida. Lo único que sabía era que de alguna manera había convocado un poder desconocido que amarraba los destinos de otra gente al suyo, a su vida. Muchos eran antes egoístas descorazonados, materialistas sin fe, mundanos, sensualistas iluminados, y varios se habían vuelto personas serias cuando la conocían, y trabajaban infatigablemente, sacrificando todo por el trabajo: su posición, su tiempo, su dinero, pensando solo en una cosa: su desarrollo espiritual e intelectual. De pronto, decía, se volvían las víctimas del autosacrificio, y vivían nada más por el bien de los otros. «¿Y qué soy yo?», se preguntaba. «Soy la que siempre fui», se respondía. Decía sentirse lista para dar hasta la última gota de su sangre por la teosofía, pero en cuanto a los teósofos, apenas si amaba a alguien entre ellos. «No lo sé, no lo sé, no lo sé —decía—. Para mí, como para cualquier otro, el nacimiento fenomenal de nuestra Sociedad, bajo *mi* iniciativa, su crecimiento diario, hora con hora, a pesar de los muchos puñetazos de sus enemigos, son un misterio inexplicable. No sé de ninguna causa lógica para esto, pero veo, y sé, que la Sociedad Teosófica está predestinada a tener una importancia mundial».

En Londres madame Blavatsky decía estar literalmente plantada entre las nieblas de Albión. «Fui arrastrada por mis admiradores», y le contaba a su hermana que hacían de ella un hobby. «Para sus mentes, ellos no serán capaces de encontrar por ellos mismos el camino al Reino de los Cielos sin mí». Y de manera un tanto jocosa le seguía contando que «cerraba su ser» de todos esos *vampiros místicos* que le succionaban entera su fuerza moral. «Todos por igual se apresuran hacia donde estoy, como moscas a la miel. “Nos hemos dado cuenta”, dicen “del espíritu de santidad y perfección moral en su *atmósfera*».

Solo usted puede iluminarnos y darle vida a la hibernada e inactiva Sociedad de Londres”». Le contaba, además, que había fundado una nueva revista, *Lucifer*; pero que no se permitiera tener miedo al nombre: no es el diablo, le decía, en el que los católicos han falsificado el nombre de la Estrella de la Mañana, sagrada para todo el mundo antiguo, de el «dador de luz», Phosphoros, como a menudo llamaron los romanos a la Madre de Dios y a Cristo. ¿Y en las *Revelaciones* de San Juan no decía, «Yo, Jesús, la estrella de la mañana?». «Me gustaría que al menos la gente tomara esto en consideración», y continuaba asegurándole que era posible que el ángel rebelde fuera llamado *Lucifer antes de su caída*, pero que luego de su transformación no debía ser llamado así. En fin, le contaba que la Sociedad en París estaba también dividida y rehusaban reconocer la rama bajo la presidencia de Lady Caithness, duquesa de Pomar, y que pedían un representante suyo, justo como lo hacían en Londres quienes querían que ocupara el lugar de Sinnett. «¡Insisten en que me rompa en pedazos para ellos! Debo jugar a ser algo así como un “omnipresente” general Booth con su Ejército de Salvación! ¡No, muchas gracias!».

En otra carta le contaba que toda una Sociedad de clérigos católicos y fanáticos de la Alta Iglesia se había formado en Londres contra ella, y que ya habían tenido tres reuniones, durante la primera de las cuales habían tratado de probar que ella era ni más ni menos que el propio Diablo en enaguas; pero que los teósofos habían protestado, y habiendo aludido al derecho de libertad de expresión, habían sacado a la luz que esos católicos eran jesuitas, cristianos arrepentidos, predicadores de Baal y de Mamón. Durante la segunda reunión, continuaba diciendo, habían tratado de sacar la vieja historia de que ella era una espía, una agente del gobierno ruso y un peligro para los intereses británicos, y que Lane Fox, Sinnett y el señor W. Grove se habían levantado y probado al público que los enemigos de la teosofía, quienes temían a su patriotismo ruso, eran parientes cercanos del asno de Balaam, aunque el animal había visto un ángel, al menos, y podía hablar, y ellos solo veían demonios azules en todos lados, en su fanatismo, y no podían hablar, por añadidura. En la tercera reunión, decía, había sido discutida la posibilidad de que pudiese ella ser el Anticristo, y en ese punto Lord P. se había levantado y leído la respuesta de ella, en la que lacónica pero claramente le informaba al mundo que si dos veces dos daba cuatro, todas esas gentes eran absolutos ignorantes y calumniadores.

Pronto se trasladaría hacia el número 17 de Lansdowne Road, en

Notting Hill, en donde compartiría gastos con los Keightley y con la condesa Wachtmeister. «No hay ni qué decir sobre cuán aliviada y contenta estoy con su prometida llegada —escribió a la condesa—. Venga y diríjase aquí por unas horas, si no quiere dormir en esta casa. Están amueblando la casa de Lansdowne Road. Estoy emigrando con libros y todo. He escogido dos habitaciones para usted que creo le gustarán, pero venga y ¡por piedad!, no posponga su llegada».

La condesa llegó a Londres en septiembre de 1887 y ayudó con el traslado hacia Notting Hill. Pero antes, en Norwood, un peregrinaje de personas de lo más variadas comenzó a suceder, y las charlas, que empezaban por la tarde, a veces podían prolongarse hasta después de la media noche. Se trataba en ellas los temas más diversos, y madame Blavatsky hacía una exhibición tremenda de energía al tratar de responder las inquietudes, y a veces las necedades, de sus visitantes.

Una de tales tardes de Norwood llegó un joven irlandés, luego fundador de la Sociedad Teosófica de Dublín, de nombre Charles Johnston, y su charla de media hora con madame Blavatsky ejemplifica bien lo que a diario sucedía.

—¡Mi querido compañero! —le dijo madame Blavatsky al recibirlo—. ¡Entre y hablemos! ¡Llega a tiempo para tomar el té! ¡Louise! —llamó, y la sirvienta suiza apareció para recibir las indicaciones respectivas en francés.

—Claro que ha leído el Reporte de la SPR (Sociedad de Investigaciones Espectrales), y sabe que soy una espía rusa, y la campeona impostora de la época.

—Sí, leí el Reporte —respondió Johnston—; pero ya sabía su contenido. Estuve en la reunión cuando se leyó por vez primera, hace dos años.

—Bien —dijo madame Blavatsky, sonriendo con mucho humor—, y qué impresiones hizo sobre su susceptible corazón, el cordero retozón de Australia?

—¿Hodgson? Unas muy profundas. Decidí que él debe ser un joven muy bueno, que siempre llega a casa a beber el té; y que el Señor le ha dado un muy buen concepto de sí mismo. Si tuviera una opinión dentro de su cabeza, seguiría derecho de manera testaruda y los hechos contrarios serían invisibles para él.

—Me alegro que piense eso, querido —dijo madame Blavatsky—, ya que ahora podré ofrecerle el té con buena conciencia.

—Hasta donde pude ver, Hodgson nunca había en absoluto investigado ningún fenómeno oculto —agregó Johnston—; simplemente

investigó los borrosos y confusos recuerdos acerca de ellos según las mentes de testigos desdeñosos. Myers llegó donde nosotros luego de la reunión, y sonriendo me preguntó qué pensaba del Reporte. Le respondí que era la cosa más injusta y parcializada que había nunca escuchado, y que si aún yo no era miembro de su Sociedad, madame, debía incorporarme de inmediato ante ese ataque. Myers dibujó una especie de sonrisa maliciosa, y continuó caminando. Lo más gracioso respecto a los investigadores psíquicos es que han probado para ellos que la mayoría de estos poderes mágicos son lo que dice usted que son, y parecen haber adoptado en conjunto, por no decir robado, sus enseñanzas de la Luz Astral.

—Nunca harán mucho con eso —respondió madame Blavatsky, encendiendo un cigarrillo—. Van demasiado lejos en el contexto material y son muy tímidos. Ese fue el motivo secreto que los volvió contra mí. Tuvieron miedo de levantar una tormenta si afirmaban que nuestros fenómenos eran ciertos. ¡Imagine lo que eso hubiese significado!

—Disculpe que le pregunte esto —dijo Johnston, tras una pausa; pero, ¿qué edad tiene su Mahatma?

—Querido, no puedo decirlo con exactitud, porque no lo sé. Pero le diré esto: lo conocí por vez primera cuando tenía veinte años, en 1851. Estaba entonces en el apogeo de su madurez. Soy una mujer vieja ahora, pero él parece no haber envejecido un solo día. Eso es todo cuanto le puedo decir. Debe usted sacar sus propias conclusiones.

«Luego me contó algo acerca de otros Maestros y adeptos que había conocido —escribió Johnston un tiempo después—, pues hizo una diferencia entre ellos, como si los adeptos fueran los capitanes para el mundo oculto, y los Maestros, los generales. Había conocido adeptos de muchas razas, del norte y sur de la India, Tibet, Persia, China, Egipto; de varias naciones de Europa, griegos, húngaros, italianos, ingleses; de ciertas razas de Sur América, en donde aseguraba que había una Logia de adeptos».

—Es la tradición de esto lo que los conquistadores españoles encontraron —agregó madame Blavatsky—. La ciudad dorada de Manoah o El Dorado. La raza tiene relación con los egipcios antiguos, y los adeptos han preservado hasta ahora inviolados los secretos de la ubicación de su morada. Hay ciertos miembros de las Logias que pasan de centro a centro, manteniendo intactas las líneas de comunicación entre ellos. Pero los adeptos siempre se conectan en otras formas.

—¿En sus cuerpos astrales? —preguntó Johnston.

—Sí. Y en otras formas aún superiores. Tienen una vida y un poder en común. A medida que elevan su espiritualidad, se elevan sobre la diferencia de raza, de nuestra humanidad común. Los adeptos son una necesidad en la naturaleza. Son los eslabones entre el hombre y los dioses; siendo estos «dioses» las almas de grandes adeptos y Maestros de pasadas razas y edades, y así, hasta los umbrales del Nirvana. La continuidad está intacta.

—¿Qué hacen ellos?

—Apenas lo entendería, a menos que usted mismo fuese un adepto. Pero mantienen viva la vida espiritual de la humanidad —le respondió madame Blavatsky, logrando con ello solo activar más la inquisidora mente de Johnston.

—¿Cómo guían los adeptos a las almas de los hombres? —preguntó este, quien, al parecer, guardaba aún un extenso repertorio de interrogantes.

—De muchas formas —respondió madame Blavatsky—, pero principalmente enseñando directamente a sus almas, en el mundo espiritual. Eso le parecerá difícil de entender. Pero es muy inteligible: a ciertos períodos regulares, tratan de dar al mundo en general un entendimiento correcto de las cosas espirituales. Uno de entre ellos aparece para enseñar a las masas, y es considerado por la tradición como el fundador de una religión. Krishna era tal Maestro; también lo fue Zoroastro; y Buddha y Sankarcharya, el gran sabio del sur de la India. Y así también lo fue el Nazareno.

—¿Y tienen ellos los antecedentes secretos de sus vidas?

—Deben tenerlos de seguro, porque tienen antecedentes de las vidas de todos los Iniciados. Una vez estaba yo en una gran cueva-templo en las montañas de los Himalayas, con mi Mahatma. Había muchas estatuas de adeptos en ella; apuntando a una de ellas, él me dijo «Este es aquel a quien ustedes llaman Jesús. Lo contamos como uno de los más grandes de entre nosotros». Pero ese no es todo el trabajo de los adeptos. A períodos más cortos envían mensajeros para tratar de enseñar al mundo. Tales períodos se dan en el último cuarto de cada siglo, y la Sociedad Teosófica representa su esfuerzo para esta época.

—¿Cómo beneficia esta a la humanidad?

—¿Cómo le beneficia saber a usted las leyes de la vida? —preguntó a su vez madame Blavatsky—. ¿No le ayudan acaso a escapar de la enfermedad y de la muerte? Pues bien, hay una enfermedad del

alma, y una muerte del alma. Solo la enseñanza apropiada de Vida las puede curar. La iglesia dogmática, con su infierno y condenación, su cielo material y su fuego sulfuroso, ha casi imposibilitado, a la gente pensante, creer en la inmortalidad del alma. Y si no creen en la vida después de la muerte, entonces no tienen vida luego de morir. Esa es la ley.

—¿Cómo puede afectarlos lo que piensen? O es, o no es, no importa lo que crean —objetó Johnston.

—Las creencias los afectan de esta forma: su vida luego de morir está hecha por sus aspiraciones y su desarrollo espiritual que se desenvuelve en el mundo espiritual. De acuerdo al crecimiento de cada quien, así será su vida después de la muerte. Es el complemento de su vida acá. Todos sus anhelos espirituales insatisfechos, todos los deseos por una vida superior, todas las aspiraciones y sueños de cosas nobles, florecen en la vida espiritual, y el día tiene su día, pues la vida en la tierra es su noche. Pero si usted no tiene aspiraciones, ni anhelos superiores, ni creencias en una vida después de la muerte, entonces no hay nada de qué pueda estar hecha su vida espiritual; su alma es algo sin expresión.

—¿Qué pasa entonces con usted?

—Reencarna de inmediato, casi sin intervalo, y sin recobrar consciencia en el otro mundo.

—¿Qué más enseña usted como teósofa?

—¡Bueno, señor! Parece que estoy siendo interrogada esta noche —soltó con una sonrisa franca—. Enseñamos algo muy antiguo —añadió luego, poniéndose seria—, y que, no obstante, debe ser enseñado. Enseñamos la fraternidad universal.

—No sea usted tan vaga y general, y dígame con exactitud qué quiere decir usted con eso.

—Déjeme tomar un caso concreto —respondió madame Blavatsky—. Tome a un inglés. ¡Cuán crueles son! ¡Cuán mal tratan a los hindúes!

—Siempre entendí que lo habían hecho muy bien con los hindúes, en un sentido material —interrumpió Johnston.

—¿Pero de qué sirven los beneficios materiales si usted es menospreciado y pisoteado moralmente todo el tiempo? Si sus ideas de honor nacional y gloria se estrellan en el lodo, y es obligado a sentir todo el tiempo que es una raza inferior, un orden inferior de mortal; cerdos, los llaman los ingleses, y lo creen con sinceridad. Bueno, exactamente el reverso de eso sería la fraternidad universal. Ninguna

cantidad de beneficio material puede compensarlos por dañar sus almas y aplastar sus ideales. Además, hay algo más que considerar, lo cual nosotros los teósofos siempre señalamos. No hay en absoluto «razas inferiores», porque todos son uno en nuestra común humanidad; y puesto que todos hemos encarnado en cada una de las otras razas, debemos comportarnos como hermanos con todas. Todos son pupilos confiados a nosotros, y, ¿qué hacemos?, invadimos sus tierras y les disparamos frente a sus propios hogares; ultrajamos a sus mujeres y robamos sus bienes, y luego, como una hipocresía de cara amable nos volvemos y decimos que lo hacemos por su propio bien.

—¿Así que eso le enviaron los adeptos a enseñar?

—Sí, eso y otras cosas; cosas que son muy importantes, y pronto lo serán más. Existe el peligro de magia negra, hacia la cual el mundo entero, y especialmente América, se está precipitando tan rápido como puede hacerlo. Solo un amplio conocimiento del verdadero psiquismo y de la naturaleza espiritual del hombre puede salvar a la humanidad de graves peligros.

—¿Historias de brujas en este siglo diecinueve, en la así llamada era de la iluminación?

—¡Sí, señor! ¡Cuentos de brujas en esta era iluminada! ¡Y marque bien mis palabras! Tendrá tales cuentos de brujas como el medioevo nunca lo soñó. ¡Naciones enteras se dejarán llevar hacia la magia negra, con buenas intenciones, sin duda, pero pavimentando el camino al infierno para ello! ¿No ve la tremenda maldad que se esconde tras la sugestión hipnótica? El hipnotismo y la sugestión son grandes y peligrosos poderes, por la razón de que la víctima nunca sabe cuándo está siendo sujeta a ellas; su voluntad le es robada. Estas cosas podrían comenzar con motivos buenos, y por propósitos correctos. ¡Pero soy una mujer vieja, y he visto mucho de la vida humana en muchos países y desearía con todo mi corazón poder creer que estos poderes serán usados solo para el bien! Si pudiera usted prever lo que yo, comenzaría a esparcir de corazón y alma las enseñanzas de fraternidad universal. ¡Es la única salvaguardia!

—¿Cómo se va a proteger a la gente contra el hipnotismo?

—Purificando los corazones de la gente que podría mal utilizarlo. Y la hermandad universal descansa sobre el alma común. Es por cuanto hay un alma común a todo hombre, que la hermandad, o incluso el entendimiento común, es posible. Traiga a los hombres a que se apoyen en eso, y estarán a salvo. Hay un poder divino en cada hombre el cuál debe guiar su vida, y que nadie puede influenciar para mal,

ni aún el más grande de los magos. Que los hombres pongan sus vidas bajo su guía, y no tienen nada que temer del hombre o del demonio. Y ahora, querido, se hace tarde —le dijo, sonriendo con dulzura—, por lo que debo desearle buenas noches.

El reencuentro de los gemelos teósofos

CUANDO VIO al coronel las dudas y los sinsabores quedaron atrás. Era algo mágico: todo parecía estar bien cuando estaban juntos; necesitaban, nada más, verse a los ojos para encontrar, cada uno, al viejo y leal amigo de otros tiempos, ambos unidos por esa extraña conexión maravillosa de almas que, sin embargo, sufría cuando la maledicencia, las intrigas y las confabulaciones de algunos interferían; es decir, siempre.

—¡Mi querido Maloney! —dijo madame Blavatsky, levantándose con dificultad de su silla—. ¡Por todas las gracias, qué dicha volver a estrecharte en mis brazos! —agregó, rebosando felicidad.

—¡Mi querida Jack, caballo viejo del demonio, cuánto te he extrañado! —repuso el coronel, estrechándola en sus brazos.

El lazo estaba intacto, y el conjunto de reproches, reconvenciones, protestas subidas de tono, desaprobaciones y contrariedades que destilaba cada una de sus cartas al coronel en los últimos meses, desaparecieron en el acto, haciendo ver como ridículas cualesquiera hayan sido las circunstancias que los habían llevado a ello. Y ambos convinieron en que las circunstancias habían tenido siempre nombres y apellidos. No parecía existir nada que no pudiesen resolver estando juntos como lo estaban esa vez.

—Mi hermana y mi sobrina están aquí —le informó al coronel—. Insisten en que debemos hacernos unos retratos juntos. ¿Te imaginas a esta vieja elefanta de pieles anchas y caídas, cautiva para la posteridad? Al menos esa larga barba tuya hablará en bien de la majestuosidad de estos tiempos que nos ha tocado vivir. Yo, por mi parte, resumiré para los pocos por venir, interesados en mí, el resultado del atropello y de la ignominia del lote entero de las bajezas de los hombres.

—Querida mía —le replicó el coronel—, deja un rato tranquilo al futuro que mucho tendrá de ti a través de tus escritos, y ofréceme un té.

Hablaron de muchas temas: de los problemas en las sedes de Francia y de los Estados Unidos; de la conducción del *The Theosophist*; del grupo esotérico que ella pensaba echar a andar; de Subba Row,

quien después de haberse ofrecido a corregir y comentar su *Doctrina Secreta*, se había retirado por completo del proyecto, ocasionando una profunda desilusión en madame Blavatsky.

—Figúrate que en febrero me escribió diciéndome que me ayudaría cuando yo retirara de ella todas las referencias a los Mahatmas. Insiste en creer que el mundo aún no está preparado para recibir esos conocimientos.

—Y no lo culpo.

—¿Sabes, coronel?, deberemos publicar una carta para disipar cualquier ingeniosa suspicacia que puedan albergar las mentes simples respecto a nuestras supuestas rivalidades y querellas.

Y así mismo lo hicieron. También se dio una orden en consejo para la constitución de la Sección Esotérica, y que en detalle decía:

Londres, octubre 9 de 1888.

Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica.

I. Por la presente queda organizada una sociedad destinada a servir los intereses esotéricos de la Sociedad Teosófica por medio de un estudio más profundo de la filosofía esotérica, la cual será conocida con el nombre de «Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica».

II. La constitución y la entera dirección de esta sociedad, están exclusivamente en manos de la señora H. P. Blavatsky, quien es su jefe. Ella es la única responsable de los resultados para los miembros, y la Sección no tiene ningún lazo oficial ni corporativo con la Sociedad exotérica, salvo en la persona de su Presidente-Fundador.

Las personas que desearan ingresar en esta Sección y que se hallen dispuestas a observar sus leyes, pueden dirigirse a la señora H. P. Blavatsky, 17 Landsdowne Road, Holland Park. Londres.

*Firmado: H. S. Olcott.
Presidente, en Consejo.*

*Refrendado: H. P. Blavatsky.
Secretaria Corresponsal.*

El coronel Olcott agregaría después que no había que olvidar nunca que la Escuela Esotérica no era la Sociedad Teosófica, y que

sus reglamentos no obligaban sino a quienes pertenecían a esa escuela especial, pues sería «violiar la constitución de la S. T. intervenir en sus derechos de juicio personal, y que el Presidente-Fundador está obligado a garantizar a cualquier miembro que sea, su libertad de creencia y de palabra, a cualquier religión, raza o color que pertenezca».

En Estados Unidos, mientras tanto, se estaba dando una especie de sabotaje comandado por el científico Elliot Coues, quien sostenía poseer poderes psíquicos y pretendía liderar allí un movimiento que sirviese de intermediario directo en las comunicaciones con los Mahatmas («¡Excusad la modestia!», escribió el coronel Olcott), y separarse de la jurisdicción de Adyar. William Judge se quejaba constantemente de él y pedía indicaciones. Debido a que la situación se volvía cada vez más candente, madame Blavatsky se vio forzada a tomar una posición firme en contra de las pretensiones de Coues, y el resultado fue que este inició una cruzada de desprestigio en contra de ella, volviendo necesaria la expulsión de Coues de la Sociedad Teosófica. Por supuesto que esto traería consecuencias aparejadas. La Sociedad Teosófica en Estados Unidos, a partir de entonces, pudo avanzar sin mayores problemas con el liderazgo de Judge.

«Amiga y hermana: tu descuidada pregunta, “¿En qué estás tan ocupada?”», nos ha caído como una bomba cargada con ingenua ignorancia de la vida activa de un teósofo», le escribía a Vera Zhelihovsky en el otoño de 1888, luego de que esta se quejara de no tener noticias de ella. Le decía madame Blavatsky que si alguna vez había habido en el mundo una víctima de exceso de trabajo, esa era su sufriente hermana, y que se tomara el tiempo para contar sus ocupaciones: cada mes, comenzaba a describirle, escribía de 40 a 50 páginas de instrucciones esotéricas que no debían ser dadas a conocer abiertamente al público en ediciones formales; «cinco o seis infelices mártires» de entre sus esoteristas debían diseñar, escribir y litografiar, por las noches, cerca de 320 copias de ellas, las cuales ella tenía que supervisar y rectificar, comparar y corregir, para que de esta forma no hubiese errores y su información oculta no quedara en vergüenza «¡Solo piensa en eso: entrenados cabalistas de cabellos blancos y libre-masones jurados toman lecciones conmigo!». Luego estaba la edición de *Lucifer*, que dependía por entero de ella; luego la condesa d'Adhemar le enviaba la *Revue Théosophique*, y no podía rehusar a ayudarle. Estaban después las recepciones, las reuniones semanales, aderezadas con discusiones eruditas, con un estenógrafo detrás de ella, y a veces dos o tres reporteros en las esquinas, «todo esto, puedes imaginarlo, toma

tiempo». Debía leer mucho para cada jueves, porque la gente que llegaba a la Escuela Esotérica no eran unos ignorantes de la calle, y debía prepararse para defender las enseñanzas de ocultismo contra las ciencias aplicadas para que los reportes del estenógrafo pudiesen ser impresos, sin correcciones, en su nueva publicación mensual bajo el título de *Diálogos de la Logia Blavatsky*. «Desde que partiste, todos se han vuelto locos acá; gastan tal cantidad de dinero que se me paran los pelos». Y no era necesario que le dijera que no aceptaba ni un centavo por ese tipo de enseñanzas. «Tu plata perecerá contigo, ya que pensaste en comprar la gracia de Dios con dinero», les repetía a todos los que imaginaban que podían comprar la sabiduría divina de los siglos con libras y chelines.

El 20 de octubre de ese año 1888 se publicó el primer volumen de *La Doctrina Secreta*, y el segundo en enero de 1889. El coronel Olcott partió al oriente, dejando bastante en orden el funcionamiento de las sedes en Inglaterra y apaciguada a madame Blavatsky, algo que, debido a la sobreexcitación nerviosa, exceso de trabajo y mala salud que padecía esta, no iba a durar. La «batalla» entre ambos era, no obstante, como decía el coronel, «superficial y solo tocaba los asuntos de la administración y políticas». Lo cierto fue que el coronel tuvo que regresar a Europa en el otoño de 1889 luego de su extensa y exitosa gira por Japón, no sin antes advertirle a la Vieja Dama que si continuaba enviándole consejos o protestas escudadas y secundadas por los miembros de la Logia Blavatsky, él dejaría de leer sus cartas y de contestarlas.

Una vez en Londres, y tras resolver las nuevas tensiones surgidas entre los miembros de la Sección Esotérica y Adyar, el coronel pasó los últimos meses de 1889 dando conferencias y conviviendo con su colega de siempre. Pasaron lo que sería la última cena de navidad juntos, y el siguiente día el coronel partió hacia la India, para no volver a ver con vida nunca más a su querida amiga.

Annie Besant

ANNIE BESANT entró a la oficina del señor Stead, editor del *Pall Mall Gazette*, sin sospechar que uno de esos llamados vuelcos del destino estaba por ocurrirle. Desde muy joven era ella quien hacía que las cosas sucedieran, y de ningún modo le gustaba verse en circunstancias en las que perdía el control de la situación; de ningún modo le gustaban los juegos de sumisión y había aprendido a defenderse muy bien de ellos desde la época en que estaba casada con el reverendo Frank Besant. Quizá lo que la movía a ello era su carácter impulsivo y orgulloso, desacostumbrado a ser tratado con rudeza. Había terminado odiando a su marido a la corta edad de 22 años, y a los 23 ya estaba divorciada. Pronto sus reflexiones y crisis la habían llevado a abrazar las ideas materialistas más extremas y anticlericales; además, por primera vez en su vida se había visto forzada a trabajar, primero como escritora independiente y luego en varios periódicos y revistas. Pronto sus arengas periodísticas en pro del ateísmo habían llamado la atención de muchos. Así conoció a Charles Bradlaugh, un célebre abanderado del ateísmo y del socialismo utópico, y habían comenzado a trabajar juntos en beneficio de las masas subyugadas. Annie Besant se declaró abiertamente a favor del socialismo materialista, se volvió una activista del mismo y defendió asuntos muy controversiales en esa época: el control de la natalidad y la liberación de la mujer. Esto ocasionó que en 1878, a petición del reverendo Besant, se le quitara la custodia de su hija. Por ese entonces las feministas lograron que las restricciones que las mujeres tenían para presentar exámenes de enseñanza superior fuesen suprimidas, y Annie se refugió en los estudios, capacitándose en química, fisiología animal, matemáticas superiores, biología, botánica y otras disciplinas. Esto le permitió poder impartir enseñanza en el Hall de las Ciencias, lo que no le impidió ejercer a la vez como secretaria permanente de un sindicato de trabajadoras: la Unión de Cerilleras, con quienes incluso llegó a asaltar los despachos de la Compañía.

Sin embargo, desde 1886 había ido cayendo paulatinamente en un desgano producido por la convicción de que su filosofía no era suficiente, porque, menos que alimentarla, la llenaba de vacíos. Además,

los avances en el campo de la psicología la habían hecho replantearse la existencia de algunos misterios y poderes aún no descifrados por el materialismo. Estudió el lado oscuro de la consciencia, de los sueños y de las alucinaciones; pero, por mucho que buscaba...

—¿Puede usted hacer una reseña de estos? —le dijo el señor Stead, largándole dos volúmenes de obscena corpulencia—. Todos mis hombres jóvenes los han evadido, pero usted está lo suficientemente loca, en estos temas, como para hacer algo con ellos.

La señora Besant no se sintió intimidada por los mamotretos. En el estado de desgano en que se hallaba hubiese aceptado diez volúmenes más de aquello. Buen castigo sería para ella.

—Veré qué puedo hacer —le dijo, sintiendo el peso de los libros en sus manos.

Eran los dos primeros volúmenes de *La Doctrina Secreta*.

Llevó su carga a casa y se sentó a leerla. Tenía para entonces 41 años y todo el resto de su vida para pasar ahí sentada. No obstante, al ir pasando las páginas fue sintiendo cada vez un interés más vivo por la obra: era como si esas páginas le insuflaran vida. Lo que la autora refería le parecía muy familiar, como si estuviese recordando algo que había permanecido siempre oculto en su mente, y que ahora afloraba nítido, natural, coherente, penetrante e inteligible ante sus ojos. Los misterios, interrogantes y problemas se resolvían en su mente a medida que leía, dándole sentido a todo. Leyó los libros en estado febril, extático, se sintió sometida por ellos, y, por primera vez en mucho tiempo, en paz. Escribió la reseña y solicitó al señor Stead que le dejase conocer a la autora. Ella misma envió la nota en que pedía se le permitiese hacer una visita. «Por favor, venga», fue la respuesta. La señora Besant no perdió el tiempo y pronto estaba frente al 17 de Lansdowne Road. Entró, caminó por el corredor, se abrió una puerta, y ahí estaba ella, la autora, sentada en su gran silla, sonriente y vivaz.

—¡Mi querida señora Besant; por tanto tiempo he deseado verla! —le dijo esta, mientras se daban las manos con entusiasmo.

Annie Besant sintió un fuerte palpito en su corazón; pero sin saber por qué, creyó que debía rebelarse en contra de sus emociones y se replegó «como algún animal salvaje cuando siente la mano de quien habrá de someterlo», manteniendo una actitud defensiva, solo escuchando. Mientras que con sus finas manos enrollaba uno tras otro sus cigarrillos, madame Blavatsky hablaba de sus viajes de manera brillante y vívida. Por suerte la señora Besant había llegado acompañada por un compañero de luchas sociales también interesado en teosofía,

el señor Herbert Burrows, y era este quien a ratos intervenía en la exposición que, por otro lado, no tenía ni un pelo de ocultismo. Pronto los dos visitantes se levantaron para irse. Cuando madame Blavatsky se estaba despidiendo de la señora Besant, sus ojos se encontraron.

—Oh, mi querida señora Besant —le dijo con una voz anhelosa, desde su asiento—. ¡Si tan solo se nos uniera usted!

Annie sintió un gran deseo de agacharse y besarla, tocada por ese llamado vehemente y por esos ojos avasalladores; pero su orgullo fue más fuerte y se contuvo.

—Adiós —le dijo, de manera cortés e insustancial.

Durante los siguientes días la señora Besant sostuvo una lucha encarnizada consigo misma. Deseaba unirse a la Sociedad, pero eso significaría reconocer públicamente que se había equivocado en sus convicciones anteriores, y no sabía cómo permitirse eso. Sabía que hacerlo la pondría en ridículo con la gente a la que había liderado. ¿Qué dirían ellos al verla de pronto defender la causa de una verdad impopular? ¿Qué diría Bradlaugh? No obstante esta crisis, a los pocos días, impulsada por algo más fuerte que ella, volvió a la casa de Lansdowne Road para indagar sobre la Sociedad Teosófica.

—¿Ha leído usted el Reporte sobre mí de la Sociedad para las Investigaciones Psíquicas? —le preguntó madame Blavatsky en un punto de la charla, mirándola con fijeza y con una inusual seriedad.

—No, nunca he escuchado de eso, hasta donde sé —le respondió la señora Besant.

—Vaya y léalo —le dijo—, y si luego de leerlo regresa, bien.

La conversación continuó sobre otros temas.

Annie Besant se procuró una copia del Reporte y lo leyó con mucho cuidado. La indignación que sintió contra lo que percibió como los calandrajos sobre los que se basaban las conclusiones del Reporte y las erróneas fuentes de las que se derivaban sus pretendidas evidencias, la hizo reír con desdén, y, dejándolo de lado, se propuso ir al día siguiente, mayo 10, a firmar su aplicación para volverse miembro de la Sociedad Teosófica.

Tras recibir su diploma de miembro en las oficinas de la *Theosophical Publishing Company*, la señora Besant se dirigió una vez más a Lansdowne Road, en donde encontró a madame Blavatsky sola en su estudio, sentada en su silla. La señora Besant se acercó a ella, y esta vez se dejó llevar por lo que sentía y se agachó para besarla, sin decir una sola palabra.

—¡Se ha unido usted a la Sociedad! —exclamó madame Blavatsky.

—Así es.

—¿Leyó el reporte?

—Sí

—¿Y bien?

La señora Besant se arrodilló frente a ella y tomó sus manos.

—Mi respuesta es —le dijo, mirándola a los ojos—: ¿me aceptaría usted como su discípula, y me daría el honor de proclamarla mi maestra de cara al mundo?

La expresión severa de madame Blavatsky se suavizó en el acto, y un inusitado destello de lágrimas brilló en sus ojos; luego posó una de sus manos sobre la cabeza de la señora Besant.

—Es usted una mujer noble —le dijo.

Avenue Road

LAS PUBLICACIONES de madame Blavatsky continuaron. En julio de 1889 vio la luz *La clave de la Teosofía*, y durante unas vacaciones en Fontainebleau, en el mismo mes de julio, escribió la mayor parte de *La Voz del Silencio*, según afirmaba, basada en el *Libro de los Preceptos de Oro*, algunos de cuyos pasajes había aprendido de memoria durante su pasado entrenamiento. «Son grandes aforismos, en realidad, debo decirlo —le escribió a su hermana Vera Zhelihovsky—, ¡porque tú sabes que no los he inventado yo! Solo los traduje del Telugu, el dialecto más antiguo del sur de la India. Hay tres tratados, sobre moral y los principios morales de los místicos mongoles y dravidianos. Algunos de los aforismos son profundamente maravillosos y hermosos. Acá han ocasionado un tremendo *furor*, y creo que llamarían la atención en Rusia también».

Annie Besant se sentó una tarde en la sala mientras madame Blavatsky escribía, según pudo notar, sin ninguna referencia a la cual echar mano, y hora tras hora, como si lo hiciera ya sea de memoria o copiando de un libro inexistente. De cuando en cuando hacía un alto.

—Lea usted en voz alta para ver si el inglés es decente —le pedía.

Y la señora Besant leía, encontrando que la traducción era no solo perfecta, sino hermosa, y que a lo sumo una o dos palabras debían ser ajustadas.

En la mañana de ese mismo día la señora Besant le había pedido que produjese los famosos golpecitos de las sesiones espiritistas.

—No se necesitan espíritus para producir golpecitos —le había dicho, y había puesto una de sus manos sobre la cabeza de la señora Besant, sin tocarla, produciéndose al instante unos suaves golpes en el cráneo de esta.

Todo eso podía hacerse a voluntad del operador, aseguraba; era solo cuestión de conocer y manejar las leyes de la naturaleza apropiadas. Pero toda vez que la señora Besant se interesaba por asuntos psíquicos, madame Blavatsky la desaconsejaba.

—No se complazca usted con esos ejercicios —le decía—. Usted está hecha para la magia del verbo y no para evocar espíritus.

Luego de permanecer un par de semanas en Fontainebleau, madame Blavatsky pasó otras dos semanas en la Isla de Jersey, y a partir

de entonces su salud desmejoró periódicamente, habiendo intervalos en los que los médicos la obligaban a permanecer en absoluto reposo.

«Ahora se me prohíbe trabajar —escribió a su hermana Vera en abril de 1890—, pero igual estoy terriblemente ocupada mudándome de un extremo de Londres al otro. Hemos tomado para varios años tres casas separadas, unidas por un jardín; 19 Avenue Road. Estoy construyendo un hall de conferencias con capacidad para 300 personas; este hall tendrá un estilo oriental, hecho de madera pulida, en una estructura de ladrillos para mantener afuera el frío; con un techo soportado por unas vigas y hecho también de madera pulida. Y uno de nuestros teósofos que es pintor pintará símbolos y retratos en él. ¡Oh, será maravilloso!».

Las nuevas instalaciones de Avenue Road se habilitaron en julio de 1890, y para la reunión inaugural madame Blavatsky tuvo que permanecer en su silla. «Me senté allí apenas capaz de mantener mis partes unidas, tan enferma estaba, con mi doctor a la mano por si me desvanecía». Los oradores de la noche fueron el señor Sinnett, la señora Wolf (de los Estados Unidos), el señor Bertram Keightley y la señora Annie Besant. «No necesito decir que ninguno habló mejor que Annie Besant. ¡Cielos, qué bien habla esta mujer! [...] En cuanto a mí, me he convertido en un simple papa teosófico ahora: he sido unánimemente electa presidenta de todas las ramas teosóficas europeas. Pero, ¿de qué me sirve todo eso?».

En Avenue Road la rutina comenzaba a las ocho de la mañana y se trabajaba hasta el almuerzo, que era servido a la una, e inmediatamente después se seguía trabajando hasta las 7 de la tarde, hora de la cena; luego, algunos discípulos se reunían en el cuarto de madame Blavatsky, hasta alrededor de la medianoche. La señora Besant, quien en ese tiempo convivía muy de cerca con la Vieja Dama, muy pronto había llegado a apreciarla más y a quererla como maestra, de quien decía que era muy paciente, y que tenía la capacidad de explicar los detalles de un asunto una y otra vez de diferentes maneras, hasta que lograba hacerse entender; pero cuando esto último no era así, dejaba caer su espalda en el respaldo de su sillón, dándose por vencida.

—¡*Mon Dieu!* —exclamaba entonces— ¿Acaso soy una tonta a quien ustedes no pueden entender? Señor Keightley, dígales a estos grandes ineptos de las edades lo que quiero decir.

Según la señora Besant, con la vanidad, la vanagloria, la pretensión de conocimiento, ella no tenía piedad si el discípulo era alguien que prometía.

El misterio de una letra

EN 1889 madame Blavatsky escribió que hacía diez años un místico, que aseguraba que cada letra en el alfabeto tenía una influencia ya fuera benéfica o maléfica en la vida y en los asuntos de cada hombre, le había hecho una curiosa profecía.

—¿Cuál es la letra más adversa para mí? —había indagado en esa oportunidad.

—Cuídese de la letra «C» —le había respondido el místico, añadiendo que debía tomar especial precaución en los siguientes diez años, y que debería blindar su Sociedad a sus influencias.

Coulomb, Coleman, Coues, y luego Mabel Collins (cuyo apellido de casada había sido Cook) demostrarían la veracidad de dicha profecía. Mabel Collins, autora de los libros *Luz en el sendero* y *El idilio del Loto Blanco*, pronto fue expulsada de la Escuela Esotérica en la que apenas era «probacionista», según explicó madame Blavatsky, por «romper sus votos, siendo culpable de la más negra traición y deslealtad contra su propio SER SUPERIOR. Y cuando no pude seguir manteniendo en la Escuela Esotérica ni a ella ni a su amigo, Michael Angelo Lane, los dos convulsionaron la Sociedad entera con sus calumnias y falsedades».

Aparentemente, Mabel se había comenzado a involucrar en asuntos tántricos que lindaban con prácticas de magia negra, habiendo tenido madame Blavatsky que intervenir; además, al parecer, Mabel estaba manteniendo una relación más que amistosa con Michael Angelo Lane y con Vittoria Cremers, colaboradora administrativa de *Lucifer*. Mabel, tras la acusación de practicar el tantra con fuertes tintes de magia negra, interpuso contra madame Blavatsky una demanda por difamación que alcanzaría la corte un año después, en julio de 1890. En ese instante el abogado defensor le mostró al abogado de Mabel una carta, y de inmediato este pidió al juez que no se siguiera con el proceso. Nunca se reveló el contenido de la carta.

Algún indicio del involucramiento de Mabel Collins en asuntos de índole siniestra se había dado un poco antes de su expulsión: madame Blavatsky había tenido dificultades con el escrito de Mabel, *El capullo y la fruta*, que estaba siendo publicado en *Lucifer*, al haber hallado

en su final un contenido que de cierto modo aprobaba la magia negra, razón por la que tuvo ella que reescribir dicho final, ya que la autora, dijo, había perdido el rumbo en él.

Pero el asunto era mucho más complicado que eso y tenía sus raíces en una perniciosa relación que Mabel mantenía para entonces con un personaje de lo más extraño, un tal Robert Donston Stephenson, en quien más adelante Mabel creería haber encontrado ni más ni menos que al mismísimo Jack el Destripador, quien por esa época había estado haciendo de la suyas en el área de *Whitechapel*.

A Stephenson lo había conocido cuando, haciendo este uso de un seudónimo, Roslyn D'Onston, había escrito de manera muy ingeniosa y conocedora, en el *Pall Mall Gazette*, comentarios acerca de una novela de reciente aparición, poniendo en evidencia destacados conocimientos en magia y ocultismo. Mabel creyó, pues, estarse relacionando con un gran mago. Stephenson le contó que había sufrido una crisis nerviosa producto de la cual había estado internado en el *Whitechapel Hospital* de Londres, en julio de 1888, en donde se le había diagnosticado, le dijo, neurastenia. Pero, en realidad, Stephenson había padecido de «cloralismo», debido al uso del hidrato de cloral, y había sido, por añadidura, un bebedor frecuente y drogadicto. Le contó, convencido, que durante su internamiento en el hospital había identificado a uno de los doctores del mismo, el Dr. Morgan Davies, como Jack el Destripador. Por extraña coincidencia, si tal era, Stephenson había arribado al *Whitechapel Hospital* poco antes de que los crímenes empezaran y lo había abandonado luego de que cesaran. Además, ya un artículo del *Pall Mall Gazette* había sugerido que el Destripador era un mago negro (al parecer, el artículo *Magia africana*, que apareció en *Lucifer* en noviembre de 1890, bajo el seudónimo de Tau-Triadelta, luego erróneamente atribuido a la pluma de madame Blavatsky, habría sido escrito por Stephenson). Mabel había quedado muy pronto subyugada bajo la influencia de este personaje y, junto con Vittoria Cremers (esta última un poco a disgusto, por recelar la estrecha relación de los otros dos) habían iniciado un negocio de cosméticos en Londres. En esos días se dieron las acusaciones contra Mabel de tantrismo y magia negra, y un año después, luego de la suspensión del juicio por difamación que había iniciado contra madame Blavatsky tras la muestra de la referida carta misteriosa ante al abogado de Mabel, esta tuvo una grave crisis nerviosa cuyas raíces estaban más allá de cualquier cosa que la gente hubiese podido imaginar.

Había llegado en estado alterado —ansiosa y dubitativa— a la oficina del negocio, preguntando a Vittoria por el paradero de Stephenson. Pareció tranquilizarse al escuchar que no se hallaba ahí en ese momento. Entonces le dijo a Vittoria que tenía algo muy delicado que contarle.

—Algo que él me ha mostrado —le dijo, temblando de miedo— me ha convencido de que él es nada menos que Jack el Destripador.

Vittoria se quedó congelada.

—Pero... ¿Qué te hace pensar eso, querida? —le preguntó.

—No te lo diré —respondió Mabel—. Vittoria —añadió—: estoy realmente aterrada —le dijo, estallando en llanto—. Tengo mucho miedo. Miedo de dejarlo. Tiene grandes poderes, tú bien lo sabes. Tengo miedo de que los vuelque sobre mí.

Luego le dijo a Vittoria que se iría por unos meses a Scarborough, y le pidió que le diera su palabra de que no se lo diría a nadie más. Para sorpresa de Vittoria, Stephenson no pareció ni siquiera notar la ausencia de Mabel, y cuando aquella intentó indagar un poco más sobre los motivos de ese comportamiento, Stephenson le echó en cara algo que, dijo, Mabel misma le había dicho, referente a la relación íntima que ambas mujeres mantenían. Indignada Vittoria escribió a Mabel, demandando una explicación y amenazando con dar por terminada sus relaciones si esta no era satisfactoria. «Lo entiendo», fue todo cuanto le respondió Mabel.

Como Stephenson y Vittoria vivían en el mismo edificio, esta se las arregló un día para entrar a la habitación de aquel en su ausencia, para hacerse de un juego de cartas que Mabel le había pedido como último favor que recuperara por ella, ya que su contenido era bastante explícito como para temer un posible chantaje. En su búsqueda Vittoria se topó no solo con el juego de cartas sino con varias corbatas manchadas con sangre, lo que le hizo pensar que quizá su amiga estaba en lo correcto al relacionarlo con los crímenes de *Whitechapel*.

«Conozco al Destripador», le dijo Stephenson por esos días, lo que en su mente Vittoria tradujo como que él era el Destripador. Por supuesto, no era algo que estaba dispuesta a averiguar.

Tras lograr que Stephenson se fuera de su vida, Mabel mantendría un muy bajo perfil por el resto de sus días, padeciendo de graves crisis nerviosas y de dificultades financieras periódicas, teniendo a veces que recurrir al Fondo Real Literario para pedir ayuda de subsistencia. Solo en sus últimos años volvería a relacionarse con la teosofía.

Por su parte, el 20 de julio de 1890, Elliot Coues denunciaba y

calumniaba públicamente en el *New York Sun* a madame Blavatsky y a otros miembros de la Sociedad Teosófica, en un artículo preparado por él mismo a manera de entrevista con un periodista ficticio. Ya antes había sacado a la luz una carta que, inmediatamente después de haber sido expulsada de la Sociedad, Mabel le había enviado, en la que le confesaba que el inspirador de *Luz en el sendero* no había sido ningún Maestro, como madame Blavatsky, decía, le había obligado a manifestar en una correspondencia anterior con el mismo señor Coues. «Deseo aliviar mi conciencia ahora diciendo que escribí esa carta sin ser consciente de lo que hacía y solo para complacerla; y que ahora puedo ver que hice mal al hacerlo. Debo además expresar que *Luz en el sendero*, hasta donde sé, no fue inspirado por nadie, sino que lo vi escrito en las paredes de un lugar que visité espiritualmente», decía en la carta. Sin embargo, por la época en que fue escrita esa primera carta aludida madame Blavatsky se encontraba en la India. Como entre muchas de las acusaciones vertidas Coues afirmaba tener pruebas de que madame Blavatsky había sido sexualmente promiscua en una etapa de su vida, y que había tenido un hijo deforme con el príncipe Emile de Wittgenstein, esta decidió responder. «...para la protección del nombre de un amigo muerto y para que los teósofos del futuro estén seguros, he arrastrado hacia las Cortes a aquellos quienes, sin tener sentido de lo que es correcto o justo, se las han manejado para propalar malvadas e infundadas calumnias».

Por casi quince años había soportado con calma, decía, y visto su buen nombre atacado por chismes de periódicos que se deleitaban en esparcir las peculiaridades personales de aquellos que son bien conocidos. Pero esa vez era un gran periódico metropolitano en Nueva York, sin tener conocimiento de los hechos relacionados al caso, que difundía ante el público muchos cargos en su contra, y como uno de ellos ponía en entredicho su carácter moral y traía a descrédito el honorable nombre de un hombre muerto, un viejo amigo de familia, le era imposible permanecer en silencio, así que, informaba que había dado instrucciones a sus abogados en Nueva York para que tomaran acciones en contra del *N. Y. Sun* por libelo.

Tanto Coues como el periódico serían demandados, y en una audiencia previa al juicio, los abogados del *New York Sun* confesaron que no podían demostrarse los cargos de inmoralidad publicados por el periódico. Por lo que todo sería una cuestión de esperar el juicio que establecería el monto de la indemnización.

En octubre de 1890, W. E. Coleman, enviado de Elliot Coues, fue

recibido por el reverendo misionero George Patterson en la sala de estar de su alojamiento de Londres.

—¿Así que son esas? —preguntó Coleman, observando el fajo de cartas que el reverendo misionero Patterson tenía en sus manos.

—Las mismas —respondió este con voz de púlpito—. Las indicaciones de la mismísima Blavatsky a Emma y Alexis Coulomb con las que se prueba que eran cómplices de sus patrañas. A precio de remate, siendo el señor Coues tan buen amigo —añadió, sonriendo con una serena condescendencia, como si con eso se quitara un peso de encima de su alma—. Esto lo sacaré de sus apuros.

Coleman se buscó en uno de los bolsillos de su traje la billetera, sacó de esta 21 libras esterlinas y se las dio al reverendo misionero Patterson. Patterson le entregó el paquete de cartas a cambio.

—Bendiciones de mi parte para el señor Coues —le dijo a Coleman mientras lo encaminaba hacia la puerta—. Que Nuestro Señor os bendiga a ambos.

El 21 de noviembre de 1890 Elliot Coues recibía de manos de Coleman las cartas compradas al reverendo misionero Patterson. Al momento de tenerlas en sus manos el rostro pareció iluminársele como si de un mensajero del propio cielo las hubiese recibido.

—El reverendo Patterson le envía sus bendiciones.

Elliot Coues, ansioso como estaba, solo emitió un gruñido como respuesta, y se apresuró a llenar un cheque por 21 libras esterlinas y a endosarlo para Coleman. «Precio de las cartas originales de Blavatsky mandadas a mí por el señor George Patterson a través del señor W. E. Coleman», se leía en el cheque.

Coues ni siquiera se despidió de Coleman. Le dio el cheque, tomó las cartas y se encerró en su biblioteca particular.

Pasó toda la noche y la madrugada leyendo y estudiando las cartas con una gran lupa. A la hora del alba se levantó de su escritorio, dejando sobre él las cartas, y se tumbó en su sillón de lectura. Se lo veía fatigado y gravemente preocupado. Pese a que la luz entraba de lleno en la biblioteca, el rostro de Elliot Coues se mantenía ensombrecido.

No sería sino hasta el 26 de septiembre de 1892 cuando el *New York Sun* publicaría la retractación editorial de lo manifestado en sus páginas por Coues hacía dos años.

Publicamos en otra página un artículo en el cual el Sr. WILLIAM JUDGE trata la romántica, extraordinaria carrera de la difunta madame HELENA P. BLAVATSKY.

Aprovechamos la ocasión para observar que en julio 20 de 1890, fuimos embaucados a admitir dentro de las columnas del THE SUN, un artículo del Dr. E. F. COUES, de Washington, en el que se hicieron alegatos contra Madame BLAVATSKY, como también contra sus seguidores, mismos que parecen no haber tenido un fundamento sólido. El artículo del Sr. JUDGE, dispone de todas las cuestiones relacionadas a Madame BLAVATSKY tal como fueron presentadas por el Dr. COUES, y deseamos decir que los alegatos de este, con respecto a la Sociedad Teosófica y al Sr. JUDGE personalmente no están sustentados por las evidencias, y no debieron haber sido publicados.

Muchos años después, uno de los descendientes de Elliot Coues sacaría de un cajón empolvado unas cartas extrañas y viejas, y, siguiendo las órdenes escritas por su pariente en una de ellas, las echaría, una a una, al fuego de la chimenea hasta que «ni un solo trozo de papel quede sin ser sacrificado a las llamas». La última hoja que vería consumirse sería la carta de Coues que contenía las escuetas instrucciones.

El día del Loto Blanco

En medio de estos constantes ataques las enseñanzas esotéricas a los miembros bajo su cargo, la escritura de artículos para las revistas teosóficas, la revisión de sus historias y cuentos y la composición de su *Glosario teosófico*, madame Blavatsky combatía contra sus crecientes dolencias. En los últimos meses de su vida se fue aislando más y más, aun de sus discípulos más cercanos. Era raro incluso que asistiera a las reuniones de los jueves por la noche de la Escuela Esotérica. Como su sala de estar era un paso obligado que conducía al cuarto de reuniones de dicha Escuela, se construyó para ella una habitación privada, lejos de toda intromisión, que daba al hermoso jardín posterior, para que pudiese así tener más tranquilidad y concentrar las pocas fuerzas de su cuerpo físico en sus trabajos, que nunca abandonó. La condesa Wachtmeister era de la opinión de que los estaba acostumbrando a su próxima ausencia con su gradual aislamiento.

Para la convención anual de teósofos americanos, madame Blavatsky envió una delegación presidida por Annie Besant, quien el 26 de abril leyó una carta enviada por aquella, que entre otras cosas decía que la autovigilancia nunca era más necesaria que cuando un deseo personal por liderar, y una vanidad herida, se disfrazaban con las plumas de pavo real de la devoción y del trabajo altruista: «pero en la presente crisis de la Sociedad —continuaba la carta— una falta de autocontrol y de vigilancia pueden llegar a ser fatales en cada caso. ... Si cada miembro en la Sociedad estuviera satisfecho de ser una fuerza impersonal para el bien, sin importarle el elogio o el reproche toda vez que se subordine a los propósitos de Hermandad, el progreso hecho impactaría al mundo y pondría al Arca de la Sociedad Teosófica fuera de peligro».

Mientras tanto, una epidemia de influenza arremetía contra Londres. Muchos de los asiduos a la casa de Avenue Road la padecieron en carne propia y madame Blavatsky no pudo escapar de contraerla. El 25 de abril de 1891 cayó en cama abatida por sus síntomas. El 30 comenzó a sufrir de la garganta y a toser. Para entonces expresó que

esa enfermedad la llevaría a la muerte. Sin embargo, siendo que en tantas otras ocasiones la Vieja Dama se había sobrepuesto a condiciones de enfermedad todavía más terribles, sus declaraciones no alarmaron demasiado a sus discípulos ni a su doctor.

A su vez, en Rusia, en casa de sus parientes, habían estado sucediendo algunos incidentes de extraña índole. Un anillo de ágata que madame Blavatsky le había enviado a su tía Nadya hacía algunos años desde la India, y que Nadya describía como «de color ligeramente amarillento», se había estado oscureciendo hasta volverse «negro como el carbón». Nadya lo había lavado, limpiado y frotado, sin resultado favorable. De ningún modo comenzaría a recuperar gradualmente su color original sino hasta cuando sucediera el fallecimiento de su sobrina. Aparte de esto, también se habían estado escuchando todo tipo de ruidos y sonidos: de vidrios que se rompían, chasquidos y golpes en los muebles. Mientras tanto, en Londres, la condición de madame Blavatsky empeoraba día a día, y en cualquier instante se esperaba lo peor.

La sorpresa fue que el 6 de mayo se había recuperado un poco, se había vestido y caminado sin ayuda hacia la sala de estar; la fiebre se había disipado y el doctor pronosticaba una pronta recuperación. El día siguiente, mayo 7, madame Blavatsky se había sentido con fuerzas para vestirse y caminar de nuevo hacia la sala de estar, adonde pidió le fuese llevado su sillón. Y no solo eso: solicitó que le llevaran sus cartas y se dispuso para jugar un juego de «Paciencia». El doctor la visitó a las cinco de la tarde de ese día y, según cuenta Laura Cooper, quien junto con su hermana Isabel Cooper-Oakley pasaban unos días en la casa, se sorprendió al verla sentada y la felicitó por su esfuerzo.

—Hago lo mejor que puedo, doctor —logró articular madame Blavatsky con mucha dificultad, debido a su corto aliento, algo que la mantenía en un constante estado de desesperación.

Haciendo un extraordinario esfuerzo, preparó un cigarrillo, el último que hizo, y se lo dio al doctor. No obstante esa recuperación, esa misma noche se vio que la enfermedad se estaba complicando y evolucionaba hacia una grave recaída. Su condición casi le impedía respirar. Esto la seguía inquietando, y posteriormente la obligaría a permanecer sentada en su sillón, que sería acondicionado con almohadas y colchas para que le resultase lo más cómodo posible.

La señora Laura Cooper la acompañó esa noche, preocupada por

el intenso sufrimiento que madame Blavatsky padecía. Pudo notar, no obstante, que a eso de las 4 de la mañana su condición mejoraba de nuevo. A las siete de la mañana que la dejó al cuidado de su hermana su pulso era fuerte y la fiebre había cedido. A las nueve de la mañana del 8 de mayo llegó de nuevo el doctor, encontrándola mejorada.

—No deben ustedes preocuparse —les expresó—. No veo ninguna causa de ansiedad inmediata. Le aconsejo que tome un descanso de algunas horas —recomendó a la señora Laura Cooper—. Y usted, puede ir a atender sus asuntos —le dijo a Isabel.

Cerca de las 11:30, el señor Wright, quien se había quedado acompañando a madame Blavatsky, despertó a la señora Laura Cooper.

—Venga de inmediato —le dijo—. Parece que se está poniendo muy mal y la enfermera no cree que pueda vivir muchas horas.

Cuando intentó humedecerle los labios la señora Cooper notó que los ojos de la enferma se estaban poniendo opacos. A las dos de la tarde, dos de sus discípulos, el señor Wright y el señor Old, sujetaban cada uno una de las manos de madame Blavatsky, y la señora Cooper sostenía su cabeza. Así permanecieron, inmóviles, por varios minutos. La respiración de madame Blavatsky era muy corta ya, y apenas perceptible. Parecía, sin embargo, estar consciente, y, con la mirada perdida, solo estar esperando. Miraba en su mente unos ojos serenos que la observaban. No podía decirlo; lo cierto era que iba hacia ellos por fin, y en ellos recordaba la última visita que su hermana Vera le hiciera con sus hijos, y cómo le había complacido escuchar viejas tonadas rusas que había pedido a sus sobrinas que cantasen para ella una y otra vez.

—¡Canta algo, corazón! —les había dicho.

—¿Qué quieres que cantemos ahora, tía? —habían preguntado las niñas, dramatizando un falso fastidio cuando en realidad estaban contentas de complacerla.

—Bueno, podría ser *Nochenky* o *Travooshky*. Canten cualquiera de nuestras canciones nativas.

Y escucharlas de nuevo en su mente la remitía a su propia infancia en Ekaterinoslav, en Tiflis, en San Petesburgo, en el Cáucaso; ¡tantos lugares y paisajes, climas y costumbres! Recordaba el Dniéper. Recordaba a sus ayas; a su abuela, la princesa Dolgorouki y a su pequeño museo de historia natural; recordaba a su abuelo y a las húmedas catacumbas en las que había fundado su torre y se había declarado, encima de ella, la diosa de la Libertad; recordaba los campos de arena en donde embelesaba con sus historias a sus amigos y parientes, Vera

incluida; recordaba a su padre y a su primigenia indiferencia hacia lo desconocido y misterioso; recordaba a su madre, sus ojos vigilando sus chapoteos en el Mar Negro, la navidad en Mala Rohozianka y el misterio de los cerillos. «Lolo», escuchaba en su mente que le decía su madre. Su voz estaba viva en esos sus ojos, mientras aquellos otros ojos, los de siempre, la perseguían en sueños y se escondían en los objetos menos esperados. «Sí. Cualquiera de nuestras canciones», pensaba.